RAQUEL ATTARD

El sol en un invierno fugaz



VERSÁTIL juvenil

Contenido

Prólogo
- 1 -
- 2 -
- 3 -
- 4 -
- 5 -
- 6 -
- 7 -
- 8 -
- 9 -
- 10 -
- 11 -
- 12 -
- 13 -
- 14 -
- 15 -
- 16 -
- 17 -
- 18 -
- 19 -
- 20 -
- 21 -
- 22 -
- 23 -
- 24 -
- 25 -
- 26 -

- 27 -
- 28 -
- 29 -
- 30 -
- 31 -
- 32 -
- 33 -
- 34 -
- 35 -
- 36 -
- 37 -
- 38 -
- 39 -
- 40 -
- 41 -
- 42 -
- 43 -
- 44 -
- 45 -
- 46 -
- 47 -
- 48 -
- 49 -
- 50 -
- 51 -
Epílogo
Agradecimientos

El sol en un invierno fugaz, de Raquel Attard

Página de créditos

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título: El sol en un invierno fugaz

© 2026 Raquel Attard

Diseño de la cubierta: Eva Olaya

1.ª edición: abril 2026

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2026: Ediciones Versátil S. L.

Calle Muntaner, 423

08021 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

A mi hermano, que hace la vida mejor solamente con estar en ella.
Eres mi inspiración para Aston y el sol de cualquier tormenta.

«Adoro la ambivalencia poética de una cicatriz, que tiene dos mensajes: Aquí dolió, aquí sanó».

Louis Madeira

*

«Como cuando la arena quema y te da igual porque sabes que corres hacia el mar. Así deberíamos vivir».

Anónimo

PRÓLOGO

Nothing Breaks Like a Heart

LIAM

Dos años antes

Ariadna Brooks era muchas cosas para mucha gente: para sus amigas, una de las chicas más populares del instituto. Para los chicos, una de las tías más buenas que habían visto cruzar los pasillos del Santa Mónica High School o Sumohi, como lo llamábamos por aquí. Para los adultos, una chica educada, de modales exquisitos, cuyos padres abogados habían construido un imperio a su alrededor y lo habían puesto a sus pies, aunque ella no lo quisiera. Y para mí… Para mí lo era todo.

No recordaba cuándo había empezado nuestra amistad, porque no tenía recuerdos de una vida sin Ari. Nacimos con meses de diferencia, crecimos juntos y convertirnos en mejores amigos fue algo tan natural como respirar. Ari, Aston, Madison y yo éramos inseparables. Y desde que Maddie se fue, nos habíamos unido todavía más, si es que eso era posible. Habíamos pasado por muchas cosas juntos y conocíamos cada pequeño detalle del otro por insignificante que fuera.

Solía intuir cuándo le venía la regla y cada mes le regalaba una tableta de chocolate con almendras, su preferido; cuándo tenía bronca con sus padres, solamente por la mueca que hacía con los labios y que me parecía supersexi; y con quién se enrollaba, incluso antes de que pasara, aunque no me hiciera ni puta gracia, porque estaba claro que no había ni un solo tío a su altura. Pero lo que me estaba pidiendo en ese momento traspasaba un poquito los límites de la amistad.

—Liam, ¿quieres empezar ya? Voy a llegar tarde.

—Claro, porque la hora que te has pasado rizándote el pelo no tiene nada que ver…

Nos encontrábamos en su habitación —sus padres estaban de viaje, como de costumbre—, sentados uno frente al otro mientras Ari se

preparaba para su gran cita.

—Mira quién fue a hablar, tú te tiras horas mirándote al espejo.

—Eso no es verdad —resoplé, aunque era cierto—. Además, que da igual. Paso de pintarte las uñas de los pies —dije con cara de asco.

—No te van a comer. —Alzó la pierna y me restregó el pie por la cara.

—¡Quita! —Me lancé sobre ella y empecé a hacerle cosquillas mientras se revolvía gritando entre mis brazos.

—Que todavía no se me han secado las uñas de las manos, ¡para!

—¿Cuál es la palabra mágica?

—¡Idiota! —dijo entre risas.

—¡Error! —Continué con mi ataque. Yo siempre ganaba la guerra de cosquillas porque Ari tenía muchísimas, pero era tan cabezota que cada vez tardaba más en rendirse.

—Valeee, valeee, ¡por favor, oh, Dios del *hockey*, del surf y de todo lo divertido que hay en Santa Mónica!

—Así me gusta. —Sonreí muy pagado de mí mismo. Aún no había conseguido que dijera aquello con más gente delante, pero me bastaba con que lo admitiera conmigo—. Dame el pintaúñas. —Extendí la mano y ella dio unas palmadas, feliz, antes de pasármelo. Siempre conseguía lo que quería, era uno de los encantos de Ari, y yo tampoco me resistía demasiado en complacerla, porque verla sonreír... Verla sonreír era lo puto mejor de mi día—. Pero ni se te ocurra contárselo a nadie.

—Que nooo —aceptó. Ella sabía tan bien como yo que los del equipo estarían meses burlándose de mí, aunque fuera una gilipollez —. Los mejores amigos hacen estas cosas.

—Ya, pues voy a pensarme si quiero seguir siéndolo.

—¡Sacrilegio! Hicimos un pacto con saliva a los ocho años, no se puede romper.

A esa edad yo era muy ingenuo, pero ahora ya sabía que se podían romper muchas cosas, y que ni el mayor de los vínculos permanecía

intacto si alguien decidía lo contrario, pero no quise contradecirla. Estábamos empezando a encontrar el equilibrio en nuestras vidas, por muy doloroso que fuera.

—¿Y qué planes tenéis para esta noche?

—Pues iremos a cenar y luego, no sé, a algún sitio íntimo. —Se mordió el labio, ilusionada. Molaba mucho verla tan feliz—. Creo que Ethan es el amor de mi vida.

Puse los ojos en blanco. Mi amiga encontraba al amor de su vida cada dos por tres, pero parecía que con este iba en serio. Cuando ocurrió lo de mis padres, Ari decidió dejar el patinaje artístico, algo que cabreó muchísimo a su madre, y entrar en el *Ice team* como animadora para pasar más tiempo con nosotros. Ahí fue cuando se fijó en Ethan y poco después empezaron a salir. Desde entonces habían pasado tres meses y, según Ari, estaba preparada para dar el siguiente paso y acostarse con él. Sentía que era el momento y se dejaba llevar mucho por su intuición, ese era otro de sus encantos.

—Ethan es gilipollas.

—¡No es verdad! —contestó indignada—. Se ha portado muy bien con vosotros durante este año.

—Deja de moverte.

Suspiró, apartándose el pelo de la cara.

—Pues deja tú de decir tonterías.

Ethan era nuestro capitán, y era cierto que, cuando tuvo que posicionarse, no nos dio la espalda. Es más, él fue el primero que nos apoyó y calló muchas bocas hasta que lo ocurrido dejó de ser un tema de conversación por los pasillos del instituto, pero siempre había pensado que lo hizo por Aston. Lo idolatraba de una forma rara y le jodió la vida que tuviera que dejar el equipo, y vale que mi hermano era el mejor portero que habían tenido los Condors hasta el momento, pero había algo en todo aquello que no me gustaba.

—Esto ya está. —Admiró sus uñas color coral moviendo los dedos —. Oye, no se te da nada mal, ¿eh?

—Hay pocas cosas que se me den mal, nena —respondí alzando las

cejas, insinuante. Ella soltó una carcajada.

—¿Crees que este conjunto es sexi? —Se señaló. Estaba intentando no fijarme demasiado por eso de que éramos amigos y tal, pero seguía siendo un tío con un par de ojos operativos y ella llevaba todo ese rato en ropa interior porque no quería mancharse el vestido que se iba a poner. Y sí, era de encaje rojo y sexi que te cagas.

—Estás buenísima.

—Bien. —Dio unas palmaditas, algo que hacía con demasiada frecuencia cuando estaba contenta, y fue a ponerse el vestido azul palabra de honor, de no sé qué diseñador impronunciable. En lo único que Ari coincidía con su madre era en su amor por la ropa de marca. Tenía un vestidor casi tan grande como su habitación y baño propio. Si sus padres no aparecieran de vez en cuando por la casa, casi parecería que vivía sola.

Una vez lista, se miró en el espejo de cuerpo entero que cubría la pared, se retocó el maquillaje que le tapaba las pecas de la nariz y se aplicó el pintalabios.

—No entiendo por qué te maquillas tanto siempre —farfullé. Ella se encogió de hombros.

—Nunca se sabe dónde va a encontrar una al amor de su vida, tengo que estar preparada —explicó resuelta.

—Estás mucho mejor sin tantas capas.

—¡Qué dices! —Se acercó a mí, hasta que nuestros rostros se quedaron a un palmo y pude ver las motitas marrones en sus iris color caramelo—. Mira cómo resalta mis ojos el delineador.

Yo la veía guapa siempre, pero asentí.

—Es que son preciosos, nena.

—Tú no eres objetivo, te gusto de cualquier manera. —Hizo un ademán con la mano—. Verás, Liam, cuando una chica quiere conquistar a un chico…

—Oh, cállate —la corté y estalló en una carcajada—. ¿Estás segura de esto? —le pregunté por enésima vez. Me parecía que todo iba demasiado rápido, pero mi amiga era de ideas fijas, y cuando decidía

algo, lo llevaba a cabo hasta sus últimas consecuencias.

Fue la primera en besar a un chico cuando teníamos doce años y por su culpa todos quisimos probar a qué venía tanto alboroto. *Spoiler:* no era para tanto. Y como yo perdí la virginidad el verano pasado, ahora ella quería ser la siguiente, antes de que Aston se le adelantara, aunque mi hermano no tenía ninguna prisa. Si Maddie no se hubiera ido de Santa Mónica quizá fuera diferente, pero, en fin..., mejor no pensar en cosas que jamás iban a ocurrir.

—Claro que sí. Además, es ahora o nunca. Ethan es de último curso y se irá a la uni después de la graduación, aunque a lo mejor podemos continuar la relación a distancia, ¿no crees?

Había oído a Ethan hablar de Ari en los vestuarios y parecía loco por ella, así que me encogí de hombros.

—Supongo.

—¡Un poco de entusiasmo, Liam! —me regañó. Me cogió de las manos para levantarme de la cama y nos pusimos a dar vueltas por la habitación.

—¡Me vas a marear!

—¡Se llama felicidad! —Y sonreí, porque era imposible no sonreír con Ari. Su risa era contagiosa y sus carcajadas solían quedarse reverberando en mi pecho tiempo después de que las hubiera soltado. Quizá era yo quien tardaba en dejarlas ir. Me encantaba su sonido y cómo me hacían sentir.

Cuando salí de su casa estaba atardeciendo y la luz anaranjada del sol se fundía con el cielo, creando un caleidoscopio de colores que se difuminaría hasta dar paso a la oscuridad de la noche.

Fui paseando hasta casa de la abuela. Apenas llevábamos un año viviendo con ella, pero siempre la sentí como mi hogar. Aun así, cuando pasé por mi antigua casa, no pude evitar que se me saltaran las lágrimas por todo lo que habíamos perdido y, sobre todo, por mamá. La echaba tanto en falta que a veces me desesperaba pensar que no iba a volver a verla. La necesitaba, igual que Aston, pero sabía que tenía que ser fuerte por él.

—Te recuerdo cada día, te echo de menos y te quiero. Más que a nada en el mundo —susurré al viento. Con aquel ritual me sentía más cerca de ella. Me reconfortaba pensar que la brisa que corría aquella tarde era su abrazo—. Sigo cumpliendo mi promesa, mamá.

Siempre tendría una sonrisa en la cara; Aston ya soportaba suficiente mierda por los dos. Verme sufrir lo hacía sufrir a él. Oí cómo se lo dijo a la abuela y no pensaba permitirlo.

Unas horas después, cuando Aston y yo estábamos jugando al NHL en la Xbox, mi móvil sonó. Era Ari.

—¿Cómo ha ido la gran cita? —pregunté con una sonrisa que se me borró de la cara en cuanto oí sus sollozos.

—Liam…, ¿podéis venir a por mí? Estoy en el parque Griffith.

Me puse de pie y Aston me imitó, intuyendo que algo grave pasaba.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Sí, sí… Sí —afirmó con determinación, no supe si intentando convencerme a mí o a sí misma.

—Joder, Ari. No te muevas de allí y no cuelgues. Vamos enseguida.

Aston avisó a la abuela para que nos llevara, ya que a nosotros aún nos faltaba un año para poder sacarnos el permiso de conducir.

—Vale, tranquilo. Me he puesto debajo de una farola y hay más coches por aquí, no va a pasarme nada… —Nada *más*, quiso decir. Noté esa última palabra atascada en su garganta. La noté en mi estómago. Juro que aún hoy soy capaz de sentirla arañándome desde dentro.

Respiré un par de veces para intentar calmarme. No solía enfadarme, pero cuando pasaba era en serio y dolía, joder. Aston me miró desde el asiento del copiloto mientras le metía prisa a la abuela.

—Ya voy, mi niño, ya voy. Este trasto no puede ir más rápido.

—Dime qué ha pasado. —Estaba impaciente por saberlo y, a la vez, no quería escucharlo, porque si Ethan le había hecho daño u obligado a hacer cualquier cosa para la que ella no estuviera preparada… lo mataría. Me daba igual si Ari había cambiado de

opinión cuando él ya tenía la polla fuera. Me importaba una mierda que tuviera que machacársela con dos piedras para aliviarse. Un NO es un puto NO, daba igual el momento en el que se dijera—. Estoy contigo, Ari. No estás sola.

—Lo sé. —Tragó saliva—. Estoy bien. Es solo… —Suspiró—. Es que he sido una estúpida. Pensaba que iba a ser especial y bonito, que me iba a llevar a algún sitio para estar los dos solos y que iba a ser delicado, pero no ha sido así, ya está. Es solo eso. —Volvió a sollozar.

Iba a cortarle la polla. En ese momento solo quería atravesar el teléfono, darle un abrazo y protegerla del puto mundo.

—Tenemos que cambiar de coche, joder —masculló mi hermano.

—Mi niño, no digas palabrotas —lo regañó la abuela.

Aunque los dos me estaban escuchando, me dio igual. Sabía que Aston estaría de acuerdo conmigo y que la abuela lo entendería, porque ella nunca juzga a nadie. Es la mejor.

—Te merecías que fuera especial, Ari. Todo el mundo merece que su primera vez sea única.

Aston gruñó y la voz de mi mejor amiga sonó con escepticismo.

—Estábamos equivocados, Liam. Somos unos románticos, pero la realidad es otra historia.

—Ni de coña. —Apenas tenía experiencia, pero sabía que no tenía que doler tanto si se hacía bien. Cuando estuve con aquella chica, pese a estar hecho una auténtica mierda, me aseguré de que lo disfrutara, porque entendía que me estaba entregando algo demasiado íntimo como para no darle el valor que se merecía, y porque en eso consistía precisamente el acto: en que las dos personas quisieran lo mismo y lo disfrutaran.

—Ya hemos llegado —anunció Aston y saltó del coche casi en marcha.

Ari se encontraba bajo la farola, con el vestido manchado, el pelo revuelto y el maquillaje emborronando su preciosa cara. Y es verdad que estamos hechos de recuerdos, porque aquella noche y su imagen se quedaron grabadas en mi mente hasta llegar a formar parte de mí.

Aston inspeccionó a Ari durante unos segundos y luego la envolvió en la seguridad de sus brazos mientras ella temblaba.

La abuela se acercó a ellos, acarició la espalda de Ari y le hizo preguntas. Muchas. Todas las que yo tenía en la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te ha hecho daño?

—Sí, pero no del que se ve.

—¿Vamos a la policía?

—No, ¡no! Dotty, yo quería hacerlo, ha sido consentido, de verdad. Solo es que no pensaba que iba a ser… así.

—¿Y por qué te ha dejado sola?

—Ya habíamos terminado y yo no quería… No quería que volviera a tocarme. Le he dicho que iba a llamar a Liam y que se fuera.

Joder.

—¿Qué necesitas, cielo?

—Salir de aquí. Ducharme. Quemar esta ropa. Mudar la piel.

Aston volvió a abrazarla y yo me quedé ahí parado. No había soltado el móvil aún, y lo agarré con tanta fuerza que pensé que iba a romperlo. Apreté los dientes y quise llorar de rabia y de impotencia, hasta que la abuela se acercó a mí y me ofreció una sonrisa reconfortante que decía que Ari estaba bien, que estaba con nosotros y que aquello no se volvería a repetir. No lo permitiríamos. Ari no lo permitiría. A partir de esa noche tomaría las riendas de su vida, sería ella la que decidiera cómo, cuándo, dónde y con quién, y cada tío del instituto caería rendido ante la seguridad que irradiaba.

—Larguémonos de aquí.

Nos sentamos en la parte de atrás del coche y cogí su mano. Ella miraba por la ventana, pero no dejaba de apretar la mía, y yo solo quería decirle que no iba a soltarla nunca; que aún era un crío que empezaba a ver lo corrompido que estaba el mundo, pero que si algo tenía claro era que siempre estaría a su lado y que la quería. Puse su

palma bocarriba y empecé a dibujar las palabras «te quiero» sobre ella. Entonces me miró y sonrió. Y entendí que todo iba a estar bien, aunque los dos llevaríamos esa noche dentro durante el resto de nuestras vidas, porque si hay algo jodido de los recuerdos es que no puedes expulsarlos cuando quieres.

—¿Te llevo a casa, cielo? —preguntó la abuela.

—¡No! —respondimos Ari y yo al mismo tiempo, y luego sonreímos. Sabía que si Roxana, la empleada interna de los Brooks, la veía en aquel estado, sus padres acabarían enterándose, y Ari ya tenía suficiente.

—Todo va a ir bien —aseguró Aston cuando llegamos a nuestra casa, dando voz a mis pensamientos. Salimos del coche y se acercó a ella—. Te prometo que no permitiré que nadie vuelva a hacerte daño. —Le retiró unos mechones de pelo hacia atrás y depositó un beso en su frente—. Jamás.

—Mi niño, no hagas ninguna tontería —le advirtió la abuela.

—Tranquila. Solo voy a encargarme de que esto no le vuelva a ocurrir a ninguna otra chica.

Me miró y yo asentí. Sabía que no iba a pegar a Ethan. Aston y yo no nos peleábamos con nadie, pero su sola advertencia haría que se cagara de miedo. Podía ser bastante intimidante; era la actitud que utilizaba para protegerse del mundo, pero tenía un corazón tan grande que no le cabía en el pecho. Mi hermano no era de los que decían lo que sentían, sino de demostrarlo con hechos. O de escribirlo en una libreta por la urgente necesidad de sacarlo de su interior, porque, de no hacerlo, terminaría ahogándolo lentamente. En cambio, yo no solía guardarme nada. Hasta aquel día.

Una hora después, Ethan le mandó un mensaje a Ari disculpándose por su cagada y prometiéndole que no volvería a acercarse a ella. Ese año se graduaría y desaparecería de nuestras vidas para siempre, pero el daño ya estaba hecho.

Ari respiró hondo y se mordió el labio para no llorar. Odiaba sentirse vulnerable, así que me aguanté las ganas de abrazarla hasta fundirme con ella. Ya se había duchado, se había puesto unos

pantalones de pijama y una de mis sudaderas, y estábamos sentados en el porche trasero de casa, que habíamos bautizado con el nombre «Donde los sueños se hacen realidad». Era nuestro refugio, nuestro lugar en el mundo y donde nos sentíamos seguros. Veinticinco metros nos separaban del mar. El aire olía a sal, la brisa estaba envuelta por la humedad de la noche y teníamos los pies enterrados en la arena. Todo estaba en calma menos yo. Respiré también, llenando mis pulmones al máximo, y solté el aire de golpe cuando oí a la abuela:

—Toma, cielo. —Le tendió una taza de té a Ari, que aferró entre sus manos como si fuera un ancla. Luego la abuela le acarició el pelo intentando reconfortarla—. Sé que esto es una mierda.

—¡Abuela!

—En ocasiones como esta están permitidos los tacos, tesoro. —Me guiñó un ojo antes de continuar—. Sé que ahora estás muy disgustada, pero algún día esto será solo un mal recuerdo. Conocerás al chico indicado y entonces sabrás lo que es sentirse querida y valorada, porque hacerte sonreír será su felicidad y verás un mundo lleno de posibilidades reflejado en sus ojos.

—Puede que ese amor solo exista en las películas, Dotty —dijo Ari, pesimista. La abuela sonrió como si supiera mucho más que nosotros.

—Te aseguro que es real. Es lo que yo sentí con mi marido.

—Ugg, ¡abuela!

—¿Qué, tesoro? —me preguntó inocente—. No queráis crecer tan pronto y disfrutad del camino —sentenció antes de volver dentro.

—Adoro a Dotty —dijo Ari dando un sorbo al té—. ¡Ay, quema!

—¿Quieres esperar un poco? Eres una impaciente.

—Mira quién fue a hablar. Deja de mover la pierna, me estás poniendo nerviosa.

Resoplé. No sabía cómo afrontar las situaciones cuando algo iba mal. Y en los últimos años iba mal todo. Así que, simplemente, me escudaba tras una sonrisa y seguía adelante. Enfrentaba las cosas con

humor. Día a día. Porque todo pasa, incluso los momentos que más nos marcan, aquellos que se quedan bajo la piel.

—Ari, yo…

—No tienes que decir nada, está claro que ha sido mi culpa.

—No me jodas.

Soltó un bufido.

—No, tranquilo, ya he tenido suficiente por una noche.

—Eres… —Tan parecida a mí que no pude evitar soltar una carcajada antes de ponerme serio—. Tú no has tenido la culpa de nada y no quiero que vuelvas a decirlo. No quiero ni que lo pienses, joder.

—Yo quería hacerlo, porque soy una estúpida enamoradiza y lo tenía idealizado. —Dejó la taza encima de la mesa y me miró—. Creía… No sé. Creía que iba a ser dulce, tierno y bonito, y que luego me abrazaría y me diría que me quería mientras… ya sabes. —Rio amargamente y a mí no me hizo ni puta gracia—. Pero bueno, no ha sido delicado, ¿y qué? Seguro que para casi todo el mundo es igual. En fin, la gente pierde la virginidad todos los días, ¿no? Tampoco es para tanto.

—No te lo merecías, Ari. —La primera vez era importante y la suya había sido en el puto monte Griffith, en un coche, incómoda, rápida y con alguien que no había tenido en cuenta sus sentimientos. Ethan tenía dos años más que nosotros y mucha más experiencia, debería haberse preocupado de las necesidades de Ari antes que de las suyas —. Tendría que haberte tratado con cariño, porque hacer feliz a la persona con la que estás debería ser lo principal. Merecías…

—Para ya —me cortó—, o lloraré y no pienso llorar más por esto. Ni por él. Ethan ha sido un capullo egoísta, como todos los tíos.

Me ofendió que me incluyese, que creyese que yo me comportaría así con una chica. Jamás lo haría. Y mucho menos con ella. Tomé aire y lo solté de golpe al escuchar sus palabras. Un aire salado, húmedo y demasiado familiar.

—Eso no es justo. No todos somos así.

—Ya, sé que tú eres de los buenos, y aun así te acostaste por primera vez con una chica en las rocas del muelle, no la conocías de nada y no volviste a verla.

Lo sabía. Lo recordaba con nitidez, aunque estuviera borracho. Recordaba aquel día mejor incluso que los meses que vinieron después.

—Nicole no quería una relación conmigo, se iba al día siguiente y, lo más importante, ella no era virgen.

—Pero tú sí. Y no ha sido como pensábamos para ninguno de los dos. —Se abrazó las piernas y apoyó la barbilla en sus rodillas—. Nunca volveré a sentirme así.

—¿Cómo? —No quería escucharlo, pero sabía que ella necesitaba decirlo en voz alta.

—Usada, engañada, insignificante. Nunca más, Liam.

—Lo sé.

Ari observaba al mar y yo no podía dejar de mirarla. Su fuerza, su vehemencia, la seguridad con la que hablaba, pese a estar rota por dentro. Siempre había admirado la capacidad que tenía para sobreponerse a cualquier adversidad, para ver el lado positivo de las cosas. Y en algo tenía razón, los dos compartíamos la misma idea del amor, esa que nos habían vendido las pelis de Hollywood que se rodaban a pocas millas de donde nos encontrábamos. Habíamos crecido con ellas y creíamos en ellas, incluso aunque nuestras primeras veces hubieran sido un fracaso. Quizá seguíamos creyendo porque aún estábamos seguros de que debía haber algo más, algo por lo que mereciera la pena luchar, experimentar, sentir… Quizá nuestro error había sido no descubrirlo juntos.

Esa fue la primera vez que me pregunté cómo sería besar a Ari. Rozar sus labios con los míos, tocarla no como un amigo, sino como alguien que ansiaba recorrer la piel de otra persona hasta aprendérsela de memoria. ¿Qué sentiría al acariciar su rostro, conseguir que me mostrara las lágrimas que se empeñaba en ocultar y borrarlas a besos? ¿Sería capaz de hacer que se olvidara del dolor

que escondía en sonrisas sarcásticas y que a mí no me engañaban en absoluto?

Quizá ella era tan transparente para mí porque éramos iguales. Puede que por eso fuéramos los mejores amigos. Y el motivo por el que jamás me atrevería a dar el paso. A lo mejor era verdad que a partir de ese momento ya nada sería igual. Porque yo con Ari no tenía ni un solo secreto.

Hasta ese día. Hasta ese beso.

Hasta la noche que lo cambió todo.

- 1 -

Back Where It All Begins

LIAM

Un mes y medio antes (del beso) de Nochevieja

—¡Lanza el puto disco, Logan! ¿Se puede saber qué coño haces, Aiden? ¡Sube a defender! ¡Muévete, muévete! ¡Ahí! —Hago aspavientos con las manos, indicándoles a mis compañeros de equipo lo que pueden mejorar de su juego, porque si lo hace el entrenador, ni de coña va a ser tan amable.

De hecho, está mirándonos desde el banquillo, anotando cada fallo que cometen mis chicos. La verdad es que estamos descoordinados desde que empezamos el curso, porque la mayoría se ha pasado el verano vagueando y, por mucho que se esfuercen, es difícil recuperar la forma física y centrarse en tan poco tiempo. Además, tenemos dos jugadores nuevos que aún no saben ni por dónde les viene el *puck*. Es casi un milagro que hayamos ganado dos de los cinco partidos que hemos jugado hasta el momento.

—¡Roba el disco, Maxwell! —le grito a uno de los delanteros.

Sé que la mayoría no pretenden ser profesionales, que esto es solo un *hobby* o una forma de acceder a la universidad con una beca deportiva, pero yo sí quiero serlo. El *hockey* es mi pasión desde que Aston y yo entramos en el equipo infantil del colegio. Mi sueño es jugar algún día con los Sharks de San José en la NHL. Sé que es un camino largo y que no va a ser fácil, pero no me asusta. Estoy acostumbrado a dejarme la piel por lo que me importa.

Cuando era pequeño no tenía el cuerpo de un jugador de *hockey*; estaba demasiado delgado, era más bajo que la media de mi clase y a mis reflejos les faltaba entrenamiento, pero me he machacado en el gimnasio durante años para conseguir estar en forma, me he esforzado mucho para llegar hasta aquí. He trabajado y me he sacrificado el doble que mis compañeros y ellos lo saben, por eso me nombraron capitán. Entienden que para mí no es solo un juego, que voy a señalar sus puntos débiles y retorcerlos hasta conseguir que

sean los mejores, aunque eso implique pasar tanto tiempo en la pista que lo único que respiremos sea hielo, pero no me importa si eso significa que algún día levantaré la copa Stanley. Entonces sabré que todo ha merecido la pena.

—¡Liam, muévete!

—¡Voy, entrenador!

Patino hasta mi marca y volvemos a empezar. Repetimos la misma jugada una, dos y hasta diez veces.

—¡Siete y nueve, atrás! —grita el entrenador Foster—. ¡Habéis dejado la zona defensiva sin cobertura, maldita sea!

—¡Daniels, cubre tu flanco derecho! —Lanzo a puerta y, aun habiéndole avisado, nuestro portero es incapaz de parar mi tiro.

—¡Vale, se acabó! ¡Reunión, ya! —El pitido del silbato me atraviesa los oídos. Creo que el entrenador se desahoga con nosotros cada tarde y llega a su casa como nuevo.

Salimos de la pista, nos quitamos los patines y vamos con rapidez hacia los vestuarios. En una esquina del hielo veo que Ari está marcando el tempo de la coreografía que ha creado. Es una puta pasada y me alegro de que, al menos, nuestro *Ice team* vaya a destacar en los descansos.

—¡Dais vergüenza ajena! —Es lo primero que nos dice el entrenador—. ¿Se puede saber qué cojones os pasa?

—Estamos desentrenados —farfulla Aiden.

—Eso no te lo permito, ¿me oyes, Walker? —Pega la cara a la de mi amigo, de forma que casi le escupe cuando habla—. A principio de curso os di unas reglas muy claras. ¿Las estáis siguiendo? ¡No! —se responde a sí mismo sin darnos la oportunidad de hablar, aunque la mayor parte del equipo tampoco podría llevarle la contraria—. Si estáis desentrenados es solo culpa vuestra, pero afecta a todo el instituto y no lo pienso consentir, así que más os vale poneros las pilas. Voy a seleccionar algunos partidos para analizarlos. No hagáis planes ninguna tarde de la semana que viene. West —me llama—, dales caña.

—Sí, entrenador.

Paseo por delante de mis compañeros, que parecen algo abatidos por el discurso del entrenador, sobre todo los nuevos. Yo también lo estoy, pero, como capitán, me toca animarlos y apoyarlos para que logren ser los mejores. Sé que pueden, así que solo tienen que creer en ellos y esforzarse hasta conseguirlo.

—Si seguimos jugando así, los de Sacramento y Pasadena no serán los únicos partidos que perdamos, y ninguno de nosotros queremos eso. —Miro sus rostros, que me dan la razón—. Vamos a por todas, así que no sé por qué la estamos cagando tanto hoy —me incluyo como uno más del equipo—, pero necesito que estéis frescos y decididos para machacar a los de Malibú el mes que viene. Estoy seguro de que podemos hacerlo, ¿verdad?

—Sí, capitán —corean unos cuantos.

—No os oigo.

—¡Sí, capitán! —Ahora son todos.

—Otra vez.

—¡Sí, capitán! —pronuncian con más coraje. Bien.

—La semana que viene el entrenador nos va a poner a visionar partidos, pero no os vais a librar del entrenamiento. Avisad en casa de que estaréis en la pista cada día hasta la hora de la cena.

Se oyen varios quejidos incluso más estruendosos que el «sí, capitán» de antes. A la mierda. El *hockey* sobre hielo no es para la gente que no lo vive como si fuera lo puto mejor que le hubiera pasado en la vida. Es para quien se esfuerza y da todo lo que tiene en la pista hasta desangrarse.

—Daniels —llamo a nuestro portero—, fallas demasiado. Hoy tus compañeros te han colado más de diez goles. —Agacha la cabeza—. Te anticipas a los movimientos de los jugadores, pero no eres adivino, así que deja de intentarlo.

—Sí, capitán.

—El lunes nos quedaremos una hora más para practicar los tiros.

Aiden y Logan, vosotros también. Sois los mejores tiradores después de mí.

—Hecho.

Pensaba que iban a decir algo sarcástico tipo «menudo cumplido» o «eres un creído», pero saben que tengo razón. Soy el mejor goleador, el problema es que un solo jugador no hace al equipo. Somos veinte y a algunos ni siquiera les han dado la oportunidad de pisar el hielo como titulares durante las temporadas anteriores. Espero que eso cambie bajo mi dirección.

—Duchaos y descansad. La semana que viene va a ser brutal.

Me quito la equipación lo más rápido que puedo y me meto en la ducha. Ari me está esperando para ir juntos a ver a su novio cantar en el Steak. No es que me haga mucha gracia porque me cae como el culo, pero si ella es feliz, yo también.

Cuando salgo, oigo a unos cuantos hablar del sitio nuevo que han abierto en el muelle. Es un bar con billares, máquinas de baile, futbolines y mesas de *hockey* aire. Además, ponen unas hamburguesas brutales, según los chicos, así que habrá que probarlas.

—Vamos mañana, ¿no? —pregunta Aiden. Unos cuantos asienten.

—Yo también me apunto, pero ahora me piro, que me está esperando Ari.

—Uhhh —Silban y jalean—. ¡No la hagas esperar! ¡Pásalo bien, capi!

—Hasta mañana, capullos.

Salgo del vestuario y veo a Ryan y a uno de los chicos nuevos esperando en la entrada. El *Ice team* es mixto, por lo que tienen dos turnos para cambiarse y las chicas van primero.

—Ey. —Les hago un gesto con la cabeza.

—West —me responde Ryan—, ¿vienes a buscar a *mi* amiga?

Pongo los ojos en blanco. Le encanta picarme diciendo que el mejor amigo de Ari es él, pero no me afecta, porque todo el mundo

sabe que no es verdad. Ari y yo somos inseparables, uña y carne, lapas, dos cosas que están muy unidas y no pueden sobrevivir la una sin la otra, así que paso de él.

Este jueguecito empezó hace un par de años, cuando me enrollé con su hermana. En mi defensa tengo que decir que yo no sabía quién era. La chica iba un curso por delante de nosotros y simplemente surgió. Ahora está en la uni y seguro que ni se acuerda de mí, mientras yo tengo que estar aguantando al pesado este.

—Que te den, Ryan.

—Eso te gustaría —me replica.

—A lo mejor al que le gustaría es a ti. —Sonrío con suficiencia—. Por cierto, dale recuerdos a tu hermana de mi parte.

—Gilipollas —masculla. Él se lo ha buscado.

Me tapo los ojos con una mano y entro al vestuario de las chicas despacio y con el otro brazo por delante para no chocarme con nada.

—¿Ari?

—¡Chico a la vista! —grita alguien, no reconozco su voz, y se forma un revuelo.

—¡Voy! Estoy terminando de maquillarme —dice ella.

—Puedes abrir los ojos, Liam. —Entreabro los dedos, porque no me fio de Alysa y, efectivamente, la encuentro solo con la toalla, secándose el pelo. Hay otras chicas vestidas cuchicheando y riéndose. Les guiño un ojo.

—Madre mía, eres un ligón —suelta Ari frente al espejo. Si ella supiera…

—Te espero fuera, nena.

Unas cuantas gritan y se acercan emocionadas a Ari. Vale, supongo que todavía le queda un rato, así que saco el móvil y aprovecho para mandarle un mensaje a Jenny.

Llevamos un mes viéndonos, más o menos, y hemos quedado luego para hablar. Espero que esta vez entre en razón, porque soy partidario de ayudar a una amiga, pero odio pensar que estoy

contribuyendo a que se escude detrás de mí para no dar un paso adelante. La verdad es que ya no sé hasta qué punto le conviene que sigamos en este plan. Y, sinceramente, a mí tampoco.

- 2 -

Every Breath You Take

ARIADNA

Hay algo que nadie te cuenta; algo que solo se aprende a base de besar a muchos sapos: el amor no es como el de las películas, y ni los príncipes existen ni las chicas somos princesas que necesitamos que nos salven. Lo sé porque he visto un montón de pelis románticas y he salido con los suficientes chicos para comprobar mi teoría, que se repite una y otra vez sin excepción. La culpa puede ser de los celos, el orgullo o la soberbia, por la popularidad en el instituto, porque busquemos cosas diferentes o porque a veces los tíos ni siquiera saben lo que quieren y a mí no me gusta perder el tiempo. Lo que tengo claro es que si la persona con la que estás no te hace sentir bien, ahí no es. Y eso es justo lo que me está pasando con Nick.

Hasta hace unas semanas pensaba que había encontrado a mi chico. Me fijé en él cuando puso un cartel en el tablón del insti anunciando que iba a tocar con su banda en el Steakhouse y sentí que era especial cuando me acerqué a felicitarlo después del concierto y me dijo que tenía que quedarse un rato más firmando autógrafos, pero que luego podíamos tomar algo. Le vacilé por creerse importante y él me sostuvo la mirada sin amilanarse y me respondió que en unos años pisaría los escenarios de todo el mundo, «¿Quieres verlo entre el público o desde el *backstage*?». Y entonces fui yo la que le contestó con una sonrisa que estaba deseando ver mundo y que no me importaría que fuera con él. Puede que influyera que este año he tenido un pequeño cuelgue con los músicos, ya he estado con tres, pero Nick tiene algo que lo hace diferente… más atractivo, y no solo para mí. Es que cuando rasga las cuerdas de la guitarra, se aparta la melena de la cara y te mira con ese aire de perdonavidas es supersexi. ¿Cómo se ha torcido todo tanto?

Su actitud empezó a cambiar cuando Maddie volvió. Decía que yo pasaba demasiado tiempo con ella, con Liam y Aston, que ya no iba a verlo ensayar y que me perdía algunos de sus conciertos. Podría haberme inventado mil excusas para justificarme, pero la realidad

era que quería estar con mi amiga. Madison lo pasó muy mal en Boston, se sentía sola, desamparada, y por fin vuelve a ser la de antes, así que no pienso darle la espalda. Aston, Liam y yo hemos superado muchas cosas durante estos años, pero lo hemos hecho juntos, nos teníamos los unos a los otros, y me hubiera gustado estar ahí también para Maddie. Por eso necesito estar ahora. Y si Nick no lo entiende…, entonces el problema lo tiene él.

—Estás embobada —me dice Brenna dándome un codazo.

—Uhhh. Tierra llamando a Ari. Uhhh. —Liam se mueve delante de mi cara como si fuera un fantasma y le doy un manotazo para que pare.

—Solo estaba pensando.

—Si te aburres, nos vamos cuando quieras. —Sonríe de medio lado.

—Ya te gustaría. —Pongo los ojos en blanco.

He convencido a Liam, Brenna y Jackson para que me acompañen al concierto de Nick en el Steak. El horario de cenas ya ha terminado y los camareros han retirado las mesas para que la gente baile. El sitio está empezando a llenarse, así que hemos pedido unos refrescos y nos hemos puesto en una de las mesas altas que han dejado frente al escenario. Queríamos pedir cerveza, pero aquí me conocen y no puedo echar mano del carnet falso.

—Voy al baño antes de que empiece —comenta Brenna mirándome —. ¿Te vienes?

Niego con la cabeza y sonrío. Brenna y yo hemos congeniado superbién desde que pasamos más tiempo juntas. Conozco a mucha gente, pero tengo muy pocas amigas de verdad. Siempre me he llevado mejor con los chicos que con las chicas, y en parte fue por eso por lo que Danna, Alysa y, por extensión, Kate, que es demasiado introvertida como para llevarles la contraria, se acercaron a mí. Pero no me importa. Prefiero tenerlas cerca y controladas a empezar una guerra que afecte al equipo de animadoras. Aun así nunca recurriría a ellas para pedirles un favor. En cambio, confío a ciegas en Liam, Aston y Maddie. Y ahora también en Brenna.

—Voy a esperar a que salga Nick.

—Sí, no vaya a ser que no te vea ejerciendo de grupi. Sería una tragedia —ironiza Liam.

—Te acompaño yo —dice Jackson con una sonrisilla y la coge de la cintura para pasar entre la gente.

—¡Hacednos sentir orgullosos, pequeños! —los anima mi amigo. Lo miro mal.

—Podías ser un poquito más amable con mi novio.

—Nick es un flipado de la vida —espeta.

—¿Por qué dices eso?

Me cruzo de brazos a la defensiva.

—¿En serio me lo preguntas? Tiene hasta un maldito club de fans. —Señala a las chicas que están esperándolo al pie del escenario.

—Todavía no entiendo qué es lo que te molesta tanto de él.

Resopla con fastidio.

—Es que ni siquiera sé qué le ves.

—Pueees, a ver —empiezo a enumerar—: es guapo, simpático, cantante y hace unas cosas alucinantes con la lengua.

—Aggg, ¡qué asco!

Me río. Lo que no digo es que también es desconfiado, celoso y está endiosado. Me duele que mi mejor amigo y él se odien, aunque a veces ni yo misma lo aguante.

—No haber preguntado. —Le saco la lengua.

—Paso de ti. —Coge el móvil del bolsillo de su pantalón y se pone a escribir.

—Ya, últimamente pasas mucho de todo. —Frunzo los labios, suspicaz. Lleva unas semanas muy raro, aunque intenta que no se le note—. ¿Es Jenny?

—Qué va, con ella he quedado luego. —Vuelve a guardar el teléfono —. Es Aston. Dice que Maddie y él ya tuvieron suficiente con el último concierto. Se han quedado viendo una peli.

—O sea, que se están liando a lo grande —traduzco yo.

—Exacto. —Se aparta el pelo rubio de la frente—. A ver, que tampoco me extraña después de que el exnovio *psicokiller* de Maddie apareciera en la fiesta de Halloween y se pusiera en plan doctor Jekyll y míster Hyde.

No puedo evitar reírme por su descripción, porque Liam y yo solemos resolverlo todo con humor, aunque esa noche fue terrorífica en más de un sentido. En serio, ¿qué le pasa a la gente? ¿Por qué no pueden ser felices y dejar a los demás en paz? ¿Por qué sienten la necesidad de hacer daño a otras personas? Incluso a las que se supone que quieren. ¿Por qué hay gente que no sabe querer?

—Deberíamos hacer algo guay para que se distraigan. —Pienso en voz alta.

—¿Algo de la lista? —propone Liam.

Antes de empezar las clases hicimos una lista de cosas que harían sentir mejor a Maddie, como ir a la montaña, aprender a hacer surf o escaparnos un fin de semana a algún sitio para desconectar.

—Buena idea. Luego escribo en el grupo, a ver si no están muy ocupados dejando sus fluidos por cada rincón de Santa Mónica.

—¡Puaj! —Finge una arcada—. Qué asco, joder. No quiero tener esa imagen de ellos en la cabeza.

—Lo sé. —Chasqueo la lengua, muy pagada de mí misma—. Quién iba a pensar que esos dos acabarían juntos, ¿eh?

—Cualquiera con ojos en la cara.

—Ya, pero lo digo por la cantidad de vueltas que han dado hasta llegar aquí, ¿sabes? Es como si, por mucho que se alejaran, estuvieran destinados.

Soy una romántica, no tengo remedio. Pero qué bonito es que Aston y Maddie se hayan encontrado. No, mejor, que desde pequeños ya fueran el uno para el otro, aunque no lo supieran. Relaciones como la suya me hacen creer en el amor.

—Yo pienso que es una elección que hacen cada día. —Se encoge de

hombros—. Igual que tú con la estrellita.

Pongo los ojos en blanco.

—O tú con Jenny.

—Sí, supongo. —Suspira antes de dar un sorbo a su refresco.

—¿Te pasa algo con ella?

—No sé, es que..., bueno, es algo personal. —Desvía la mirada un segundo a la pista antes de volverla hacia mí.

—¡Lo sabía! —Me acerco más a él. Es raro que a mí se me escape un buen cotilleo y no he oído nada sobre Jenny en el insti—. ¿Qué es?

Suspira y se pasa las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás.

—No puedo decírtelo. Me ha pedido que no se lo cuente a nadie.

—Pero nosotros nos lo contamos todo —insisto, porque yo convivo muy mal con la intriga. Me gusta saberlo todo y controlar hasta el más mínimo detalle. Me da seguridad.

Liam se acerca a mí y me pasa la mano por el ceño fruncido.

—Ya sabes que me pareces supersexi cuando te enfurruñas, pero no me lo vas a sacar. —Un hoyuelo travieso asoma en su mejilla derecha. Abro la boca para insistir un poco más, pero me corta—. Mira quién viene por ahí. —Brenna y Jackson han vuelto del baño con una sonrisa en la cara—. ¡Espero que hayáis estado haciendo guarradas ahí dentro!

Rápidamente me uno a él, porque vacilar a nuestros amigos, o entre nosotros, es nuestro pasatiempo favorito.

—Uh, qué atrevidos, me encanta —aplaudo. Jackson nos hace una peineta y le da un beso en la cabeza a Brenna—. Qué monos son —le digo a Liam como una madre orgullosa.

—Dejadlo ya, cabrones —se queja Jackson.

—Nos estamos quedando atrás, te lo digo. —Levanto una ceja en dirección a mi amigo.

—Tú ni de coña. —Sonríe señalando el escenario, donde el grupo ya está tomando posiciones. Silbo escandalosamente con los dedos en la boca hasta que mi novio levanta la cabeza y su cara se ilumina al

verme.

—Voy a desearle suerte antes de que empiece.

—Deséale que se parta una pierna de mi parte —dice Liam—. O mucha mierda.

Jackson y Brenna se ríen, yo pongo los ojos en blanco y empiezo a abrirme paso entre la gente que abarrota la pista hasta llegar al escenario.

—Has venido.

—Te dije que lo haría, ¿no?

Se agacha para unir nuestros labios y musita:

—Hola, amor.

—Hola, cariño —digo antes de plantarle un beso que hace que todos los que hay a nuestro alrededor aplaudan.

—¡Ari, que nos lo desconcentras! —exclama Matt. Laurie se apoya en su hombro.

—Hasta después del concierto, se mira, pero no se toca.

—¡Eh! —Les pongo mala cara—. ¡Encima que me acerco a desearos suerte!

—Ari puede tocar lo que quiera, para eso es mi chica —dice Nick y vuelve a besarme—. Te veo en un rato.

Le guiño un ojo y me voy a mi sitio sintiendo que las cosas entre nosotros por fin vuelven a ir bien.

- 3 -

Nothing Else Matters

ARIADNA

Nick se cuelga la guitarra y toca un par de acordes para ver si está afinada, pese a que cualquiera que lo conozca sabe que está perfecta. Laurie se sienta detrás de la batería y Matt al bajo.

—¡Hola, Steakhouse! ¡Somos Soulmates y vamos a haceros pasar una noche increíble. ¡Preparaos para darlo todo!

Empiezan versionando *Unstoppable*, de Sia, y todo el mundo grita al reconocerla, nosotros incluidos. Todavía no escriben sus propias canciones, pero tienen muchísimo potencial.

Me giro hacia Liam, que ya me está mirando, y coreamos la canción que a los dos nos encanta y que escuchamos antes de cada partido: *I'm unstoppable. I'm a Porsche with no brakes. I'm invincible. I win every single game. I'm so powerful. I don't need batteries to play. I'm so confident. I'm unstoppable today.*

—Es nuestra canción —le digo muy cerca, para que pueda oírme por encima de la música.

—Me flipa. Y tu novio no lo hace nada mal —dice casi con admiración.

Sonrío y le toco la frente.

—Vaya, ¿estás seguro de que no tienes fiebre ni nada?

—De vez en cuando puedo ser un encanto.

—Pues yo no tanto. —Cojo su mano—. ¡Vamos a la pista! —grito animando a Jackson y Brenna a que se nos unan, pero ella se niega y señala las bebidas. Espero convencerla luego. Sé que su paso del colegio al insti no fue precisamente fácil porque la gente se metía mucho con ella, pero durante los últimos años ha ganado confianza. Además tiene a Jackson, que la admira, la anima en todo lo que hace y la mira como cualquier chico debería mirar a su pareja: como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida. Es precioso.

Pasamos entre la gente y nos quedamos en el centro de la pista.

Luego levantamos las manos y volvemos a corear la canción supermotivados. Cuando llega el estribillo, Liam cierra el puño y lo usamos de micrófono imaginario para cantar a pleno pulmón.

Continuamos dándolo todo con cada tema, borrachos de adrenalina. Me duele la cara de tanto sonreír. Y cuando el grupo empieza a entonar *Believer*, de Imagine Dragons, Liam y yo movemos la cabeza arriba y abajo. Parecemos dos auténticos *rockeros*. La gente se une a nuestra coreografía, y al terminar la actuación, reímos a carcajadas y nos damos un abrazo para celebrar lo bien que lo hemos hecho.

Cuando Nick anuncia que se van a tomar un descanso, yo aplaudo como una loca —Liam no tanto—, y volvemos a la mesa para bebernos los refrescos, que ya están calientes.

—Necesito agua —ruego al aire.

—Voy. ¿Vosotros queréis algo? —pregunta Liam a los demás, que se apuntan al agua.

—¡Me encanta el grupo, Ari! —me dice Brenna.

—¿A que sí? —chillo emocionada—. Espero que alguien los descubra pronto.

Busco a Nick con la mirada y veo que está hablando con las chicas de la primera fila. Estoy muy orgullosa de lo que está consiguiendo, el grupo cada vez tiene más seguidores y conciertos programados, solo necesitan que alguna discográfica se fije en ellos.

—Lo bueno es que en Los Ángeles hay mil productores musicales por metro cuadrado —bromea Jackson.

—También hay mucha competencia, pero yo confío en Nick. —Sonrío como una tonta.

—Había cola en la barra. —Liam nos pasa los botellines de agua—. Me piro ya, Jenny está fuera.

—¿Tan pronto? —Frunzo el ceño—. Todavía queda la mitad del concierto, ¿no quiere entrar un rato?

—Lo siento, tenemos otros planes.

Hago un puchero. Me decepciona un poco que se vaya, siempre lo paso mejor cuando está Liam, pero es normal que quiera pasar tiempo a solas con su chica.

—Me voy a sentir una sujetavelas con estos dos. —Señalo a Jackson y Brenna, que me miran divertidos.

—Sí, claro. Tendrán suerte si los dejas respirar la próxima media hora, ya no te digo enrollarse.

—También tienes razón. —Me animo de nuevo y le doy un abrazo —. Pásalo bien.

—Lo haré. —Me guiña un ojo antes de hacer nuestro saludo secreto y despedirse de Jackson y Brenna.

—Necesito nuevos compis de baile. —Cojo a cada uno de una mano —. Esta vez no os vais a librar.

Un rato después, cuando ya nos hemos bebido el agua y Brenna y yo lo hemos dado todo en la pista mientras Jackson se reía con nosotras, ellos se marchan y yo me quedo esperando a Nick, que está terminando de recoger los instrumentos y de saludar a los que se han acercado para felicitarlos por la actuación.

—¡Amor! —Alzo los brazos hasta su cuello para besarlo, pero él gira la cabeza y me aparta—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Voy a dejar las cosas en la furgoneta y ahora hablamos — responde muy serio. No tengo ni idea de qué ha podido pasar para que esté tan molesto.

Me tiro los veinte minutos que tarda en volver repasando una y otra vez todo lo ocurrido durante el concierto, pero no se me ocurre nada. De hecho, lo hemos pasado genial. El público se ha volcado con ellos.

—¿Qué ha sido eso? —es lo primero que me dice cuando se planta delante de mí y me coge del brazo para apartarme de la gente que queda en el local.

—¿Qué ha sido el qué? —pregunto con el ceño fruncido, deshaciéndome de su agarre.

—He aguantado muchas mierdas de tu amistad con Liam, pero ya no puedo más —afirma con rabia—. ¡Habéis estado tonteando mientras cantaba!

—¿Qué? Pero ¿de qué estás hablando? —me indigno—. Simplemente hemos bailado, igual que con Brenna y Jackson.

—*Simplemente*... —Bufa, burlándose—. ¡Habéis dado un puto espectáculo y ni siquiera te das cuenta! He sido el hazmerreír del grupo.

Frunzo el ceño. No sé quién está alimentando sus inseguridades, pero estoy convencida de que no he hecho nada malo ni le he faltado al respeto.

—Estás exagerando —le advierto—. No soporto cuando te pones así de celoso.

—¡Pues deja de darme motivos, joder! —Se rehace la coleta—. Solo os ha faltado morrearos en mi puta cara, si es que no lo habéis hecho ya a mis espaldas.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo se atreve a pensar siquiera que lo engañaría con otro? ¿Es que no sabe nada de mí?

—¡Eres un gilipollas! Y que creas que sería capaz de ponerte los cuernos me ofende muchísimo.

Empiezo a andar hacia la salida y llego hasta donde han aparcado la furgoneta antes de que me alcance.

—¡Ari!

—¡Vete a la mierda!

—Joder, Ari, es que no puedo más. —Se apoya en el vehículo y yo intento calmarme para hacerle entrar en razón, pero no estoy segura de poder perdonarle ese comentario tan hiriente.

—Liam es mi mejor amigo, no un obstáculo que se interpone entre nosotros. —Pongo los brazos en jarra—. De hecho, ahora mismo seguro que anda enrollándose con su chica mientras yo estoy aquí discutiendo contigo.

—Ya, claro. —Se cruza de brazos—. No te das cuenta de que está loco por ti.

—Pero ¿de qué estás hablando? —Suelto un suspiro. Yo tampoco puedo más—. No debes tener celos de él, igual que yo no los tengo de las chicas que se te acercan después del concierto. Confío en ti.

Me mira como si quisiera adivinar si lo que digo es cierto y no fuera capaz de llegar a una conclusión.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué?

—A ti te gusta —afirma.

—Yo lo quiero —lo corrijo—, pero no de la forma que estás insinuando.

—¿Puedes jurarme que nunca has sentido nada por él? —Trago saliva—. Júramelo y te creeré.

Si dijera que no, estaría mintiendo, pero eso fue hace mucho tiempo. Liam es guapísimo y nos entendemos a la perfección, claro que podría sentir algo por él, ¡podría sentirlo todo! Pero somos almas gemelas, totalmente platónicos, para mí no tiene pene y está vetado, así que no engaño a nadie si digo:

—Yo quiero estar contigo. Sabes lo que siento por ti.

Doy un paso adelante, pero no lo toco porque paso de que vuelva a rechazarme.

—Sé lo que dices que sientes, pero luego haces cosas totalmente diferentes. Siempre lo antepones a mí, parece que él sea más importante que yo.

Resoplo, frustrada.

—Eso no es verdad, Nick.

—¿Ah, no? Ni siquiera podemos quedar un sábado por la mañana porque tienes que ir a verlo a las clases de surf, ¿a ti te parece eso normal?

—¡Alguien tiene que evitar que los niños se ahoguen!

—¡Sí, él, que para eso es el profesor!

Ahora soy yo la que está enfadada.

—¿Y para qué quieres quedar? ¿Para que te vea ensayar mientras Matt y Laurie me echan en cara que te distraigo?

—Pues sí, por ejemplo.

Pongo los ojos en blanco. No puedo evitar el gesto cuando se pone tan insoportable.

—Sabes que soy tu fan número uno, pero tengo una vida aparte de ti, Nick.

—Una vida que planeas con él. ¡Incluso vais a ir juntos a la universidad!

—¡Pero si tú no quieres ir! ¿Qué más te da? —Esto es muy fuerte—. ¿O preferirías que me quedara sola?

—No es eso a lo que me refiero y lo sabes. —Resopla—. Es que parece que no necesitas a nadie más cuando estás con él. ¿Te haces una idea de cómo me hace sentir eso?

Frunzo el ceño.

—Nunca he querido causarte esa inseguridad.

—Pero lo haces. —Da un paso adelante—. Y encima no dejas de preguntarle por su chica; parece que estás deseando que corten.

—¡Porque sé que le pasa algo con ella! —Esta noche me lo ha confirmado, pero resulta que a Liam le encanta desviar la atención hacia otras cosas cuando es él quien está jodido y no se lo pienso permitir.

—¡No le pasa una mierda! ¡Eres tú, que siempre tienes que estar pendiente de los demás porque piensas que no pueden vivir sin ti!

Preocuparme por los demás forma parte de mi naturaleza. Si puedo ayudarlos, ¿por qué no hacerlo? ¿Acaso no trata de eso la verdadera amistad? No me parece una mala cualidad, por mucho que él se empeñe en decir lo contrario. Y lo más importante, a mí me gusta cómo soy, ¿qué hay mejor que eso?

—Lo conozco, estoy segura. —Sé que me lo contará cuando esté

preparado o incluso cuando haya resuelto lo que sea que ocurra, porque nunca quiere molestarme. Así de equivocado está Nick.

—¿Ves? A eso me refiero. Sacrificas el tiempo que tenemos para estar juntos en favor de tus amigos. Si quieres que esto funcione, necesito que pases menos tiempo con ellos.

—¿Cómo? —Entrecierro la mirada, incrédula.

—Sobre todo con Liam.

Niego con la cabeza. Eso es absurdo. Si algo tengo claro es que mis amigos no se van a ninguna parte.

—Vale, entonces pretendes que deje de lado a mis amigos, termine el insti y te siga de gira. —Se queda callado y sé que es porque no quiere sonar tan egoísta, pero me está dando la razón—. ¿Y qué pasa con mis sueños, Nick? ¿Qué pasa con lo que yo quiero?

—¿Sabes cuál es el problema? Que queremos cosas distintas. —Asiento, porque está claro que es así—. Solo quedan unos meses de instituto y luego nos separaremos, ¿para qué alargarlo?

—¿Eso qué quiere decir?

—Que tengo una cola de tías deseando ocupar tu lugar y estoy harto de perder el tiempo cuando está claro que lo nuestro no va a ningún sitio.

No me puedo creer que acabe de decir eso.

—Oye, Nick, tenemos que irnos ya —dice Laurie. Matt me mira con cara de disculpa. Ni siquiera sé cuánto rato llevan ahí.

—Sí, vámonos.

—Espera, Nick —le pido, y me da igual si sueno patética, no quiero dejar las cosas así—. Aún no hemos terminado.

—Yo creo que sí. Se acabó, Ari. —Me mira por última vez antes de subirse a la furgo.

—¡Nick! —vuelvo a llamarlo, pero ya es tarde. Se ha ido. Y no es hasta que pierdo de vista el vehículo que unas lágrimas rabiosas acuden a mis mejillas. Me las enjugo de un manotazo—. ¡Cabrón! —grito, y la gente de alrededor se me queda mirando, pero no me

importa.

Si mis padres me vieran ahora mismo, me desheredarían. Se supone que los Brooks no lloramos, y mucho menos perdemos la compostura; somos robots perfectos que lo hacen todo bien. Pero hoy no puedo. Hoy me siento muy lejos de la perfección.

Mi primer impulso es llamar a Liam, pero se ha ido con Jenny y no quiero fastidiarlos, así que pido un taxi, llamo a Maddie, que me dice que me espera en su casa con Aston, y le envío un mensaje a Roxana para avisarla de que esta noche duermo con mi amiga.

Mientras espero, repaso la conversación una y otra vez. ¿Cómo puede pedirme que lo deje todo para seguirlo? Mis amigos, mis estudios, mi vida entera. ¿Cómo puede ser tan egoísta? Yo no voy a la uni detrás de Liam, vamos juntos, que es muy diferente. No necesito seguir a nadie. Tengo mis propias metas e ilusiones, y desde luego no pienso poner mi vida en pausa mientras Nick cumple sus sueños. Y menos si piensa que sería capaz de engañarlo con otro. Yo jamás lo haría.

He estado con muchos chicos y nunca he dudado en cortar si me gustaba otra persona o si veía que la relación no funcionaba… hasta ahora. Porque de verdad creía que lo nuestro era diferente, aunque las peleas fueran cada vez más frecuentes y hubiera algo dentro de mí gritando que el amor no debe ser así. Que el amor no es egoísta ni celoso, sino generoso y desinteresado. Como en las pelis en las que los protas se resignan a no estar juntos por un bien mayor, aunque al final, después de muchos contratiempos, acaban reencontrándose. Porque sigo creyendo en los finales felices, aunque este no sea el mío. Y porque por fin me doy cuenta de que estaba totalmente equivocada, Nick puede decir mil veces que me quiere, pero ahora sé que no es verdad. Porque nadie que te quiere te impide ser tú misma.

- 4 -

Things I'll Never Say

ARIADNA

Un tiempo indeterminado después, porque no me he fijado en la hora, estoy en la habitación de Madison, haciendo un sándwich entre ella y Aston, que por muy bueno que esté, es incapaz de consolarme. Primero porque somos casi familia, y segundo porque está asquerosamente enamorado, y yo estoy asquerosa, a secas. Cómo odio sentirme así.

—Nick y tú sois muy ideales. Seguro que lo superaréis —dice mi amiga.

No les he contado todo, ni siquiera yo he tenido tiempo de asimilarlo; solo les he hablado de los celos de Nick, porque de ninguna manera voy a entrar en mis sentimientos hacia Liam. Llevo años sin hacerlo y nos ha ido genial así. No voy a cagarla ahora.

—Seguro que sí —miento. Por mucho que lo quiera, sé que hace tiempo que lo nuestro dejó de funcionar y no estoy ni un poquito convencida de que eso vaya a suceder, pero ya estoy harta de darle vueltas—. ¿Vemos una peli?

—Claro, vamos al salón —dice Maddie incorporándose.

—Mejor... A saber las cochinadas que habréis estado haciendo en esta cama antes de que yo viniera.

—¡Ari, joder! —se queja Aston mientras Buffy nos sigue por las escaleras.

—¿Qué? Sé que no eres virgen, Astoncito.

Madison suelta una carcajada.

—¡Que no pienses en mí de esa manera! Da grima.

Pongo los ojos en blanco.

—Como si tú nunca me hubieras imaginado...

—¡Claro que no! —me corta—. Eres como mi hermana.

—Vale, vale. Tranquilito. —Comparto una mirada con Maddie, que

está aguantándose la risa.

—Sois increíbles. —Resopla exasperado.

—Lo sabemos —respondo yo mientras Maddie empieza a buscar en Netflix—. ¡Mira! Ya han empezado a ampliar el catálogo de Navidad.

—Esa es mi señal para irme. —Aston se acerca a darme un abrazo y lo aprieto contra mí. Su calidez es reconfortante.

—No te vayas —digo contra su camiseta—, puedes ver la peli con nosotras.

—Lo siento, duendecilla, pero paso de esas cursiladas ñoñas que te gustan.

Maddie gira la cabeza como la niña del exorcista.

—¿No podemos ver una de miedo?

—¿Estás loca? —Le quito el mando y me arrellano en el sofá hasta que doy con la peli que quiero—. ¡Esa!

—*¿Un paseo para recordar?*

—Ajá. Es preciosa.

Maddie me mira con mala cara.

—Eres rara.

—¡Tú sí que eres rara!

Mi amiga hace un puchero y Aston le da un beso en la frente. Son tan bonitos juntos y desprenden tanto amor que es imposible no creer en él, aunque yo sienta que no lo he experimentado aún. No tan puro, al menos, ni tan incondicional como debería ser.

—¿Seguro que no puedes quedarte? —le susurra ella, pero admitámoslo, aquí no hay mucho ruido y yo estoy poniendo la oreja.

—Seguro, mañana tengo que levantarme temprano para ayudar a la abuela a bajar la ropa de invierno del armario y después tengo turno en La Bohème.

—Dotty te tiene bien pillado —bromeo.

—No más que tú, mocosa —le dice a Madison antes de besarla de nuevo, esta vez en los labios.

—Puedes venir después, mi tía tiene una cita con el *sheriff* Tunner y estaré sola en casa…

—Claro, y podemos ver la peli que tú quieras.

—Sí, entre besitos y lengüetazos —murmuro.

—Voy a echarte de menos —le dice ella.

—Y yo a ti —le responde Aston, que para no gustarle las cursilerías, últimamente parece que ha hecho un cursillo avanzado de Gruñón a Oso Amoroso. Me burlaría de él si no me encantara tanto verlos así —. Llámame si necesitáis algo.

—Sí, vete tranquilo, pero avísame cuando llegues. —Madison le da otro beso.

—¿Os lo vais a montar delante de mí? —les pregunto—. Lo digo por ir haciendo palomitas.

Maddie pone los ojos en blanco.

—Las puedes hacer igual para la peli.

—Lo sé, pero soy curiosa. —Me pongo de rodillas y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá—. Seguid, seguid.

—¡Aj, Ari, maldita sea! —refunfuña Aston. Me encanta picarlo.

—¿Sabéis esos asesores de intimidad que hay en las escenas de sexo? Esa podría ser yo.

—Ari, las palomitas —me regaña Maddie.

—¡Aguafiestas!

Cuando se besan por tercera vez y mi amiga se cuelga de su cuello, decido darles un momento, porque a veces puede parecer que no, pero sé cuándo sobro.

—Voy a la cocina para que os despidáis sin público, que me habéis salido tímidos —me carcajeo.

El gruñido de Aston se oye desde la otra habitación; si es que es muy predecible. Abro los armarios y encuentro también chocolate. La noche va mejorando. Pongo el sobre de palomitas en el microondas y doy un mordisco a la tableta.

—Mmm —gimo. Si me da tiempo, mañana saldré a correr para quemar estas calorías, pero hoy me las merezco.

Sigo sin creerme lo de Nick, y aún menos lo que ha dicho de Liam, porque es una tontería. Mi amigo nunca ha dado muestras de sentir algo por mí, ¡pero si nos hemos criado como siameses! Y es verdad que yo tuve un cuelgue temporal por él, pero me di cuenta rápido de que aquello no tenía sentido. Solo lo veía así porque tenía unos doce años y el roce hace el cariño y esas cosas, pero no era recíproco, estaba claro, así que se quedó en la «zona amigos» y empecé a tontear con Dave, que fue mi primer beso. Aunque, bueno, el tonteo de aquella época era pasarle un papelito a Dave en clase preguntándole si quería ser mi novio. Me río yo sola. Ojalá a los diecisiete fuera tan fácil. Después solo volví a sentir algo por Liam una vez más..., pero deseché la idea.

Sin embargo, a Aston se le notaba muchísimo que le gustaba Madison por la forma en que le lanzaba pullas y, a la vez, la protegía de cualquier cosa que él considerara mínimamente amenazante. De hecho, lo hacía con todos nosotros, porque siempre ha sido su forma de ser. Liam y yo, en cambio, íbamos a nuestro rollo. Éramos despreocupados, nos escudábamos en el sarcasmo y siempre, pasara lo que pasara, teníamos una sonrisa en la cara. O casi siempre, porque atravesamos momentos muy duros juntos. Pero, de alguna manera, logramos sobrevivir a ellos y continuar siendo esas personas que se ponen la felicidad cada día como si fuera una prenda más de nuestro vestuario. En cierto modo, esa forma de ver la vida en color cuando se vuelve un poco negra es lo que me motiva para levantarme por las mañanas con una sonrisa, porque Liam es mi persona vitamina y no pienso perder eso por nada del mundo.

¿Que si alguna vez me he fijado en cómo se tensan sus músculos, en sus duros abdominales o en su ancha espalda y he pensado en cómo sería arañarla porque no soy capaz de aguantar tanto placer? Evidentemente; tengo ojos en la cara. Pero no voy a pensar más en Liam de esa forma. Eso solo me confundiría. No somos una posibilidad real; hace tiempo que hice las paces con esa idea.

Pi, pi, pi… Pi, pi, pi…

El sonido del microondas me sobresalta e interrumpe mis pensamientos. El paquete quema y hay palomitas que siguen haciendo «pop», como una metáfora de mi vida. Espero a que paren y las echo en un bol. Cuando vuelvo al salón, veo que Aston está susurrándole algo a Madison al oído mientras Buffy se restriega contra sus piernas.

—Aj, aj —carraspeo para llamar su atención, porque ahora mismo están en su burbuja particular.

—Me voy ya —resopla Aston.

—¿En serio? ¿Tan pronto? —me burlo mientras me siento en el sofá—. ¡Adiós, Gruñoncito!

—Venga, veamos la peli. —Maddie suspira cuando se acomoda a mi lado.

La miro sonriendo.

—Sois unos empalagosos.

—Lo sé —se pavonea—. No te haces una idea de cuánto lo quiero.

—Yo creo que sí, y me dais mucho asco. —Buffy maúlla, dándome la razón. La cojo, pego su nariz mojada a la mía y beso su cabecita. Luego la siento en mi regazo, donde se hace una bolita, y le doy los mimos que me gustaría recibir a mí—. ¿Y tu tía?

—Está trabajando en el hotel, hoy tiene turno de noche.

—Oh, mierda. Siento haberos cortado el rollo, pero mañana podréis rematar la faena.

—¡Ari! —Se ríe—. Mi tía y el *sheriff*…, ¿cómo de raro es eso?

—Heather mola, y el *sheriff* está buenísimo.

—Tía, que tiene veinte años más que nosotras. —Coge unas palomitas del bol y se llena la boca.

Me encojo de hombros.

—Que sea mayor tiene su punto. —Yo también como. Discutir me abre el apetito—. Y no te olvides de la experiencia.

—Ufff, no quiero pensar en ellos en ese plan. —Maddie arruga la nariz.

—Y la erótica del uniforme…

—¡Ari! —me regaña.

Me hace gracia lo cortados que son Maddie y Aston para hablar de estos temas; Liam y yo nos lo contamos todo, si no ¿a quién le preguntaría cuando tengo dudas o algo me parece raro? Una vez me enrollé con un tío y, al desnudarse, ¡tenía el pelo verde! Eso sí da grima. Me dijo que había hecho un apuesta con sus amigos, pero, francamente, me cortó el rollo, así que me largué. Y lo peor es que tengo más de una anécdota como esa.

Exhalo un suspiro.

—Gracias por aguantarme.

—Las amigas son lo primero —asegura—. ¿Quieres que pasemos el día juntas mañana?

—Ojalá, pero no puedo. —Chasqueo la lengua—. Tengo que almorzar con mis padres en el club y antes debería cambiarme. A mi madre le dará algo si me presento con esta ropa.

—Pero ¿qué dices? Estás preciosa —me anima. Aún llevo puesto el vestido blanco del concierto—. Tienes un estilazo y tu maquillaje es increíble, yo ni siquiera sé por dónde empezar.

—Base, antiojeras, colorete, rímel *waterproof* y pintalabios de larga duración —enumero los pasos que me sé de memoria.

Mi madre me llevó a un dermatólogo cuando empecé a tener granos; también a la ginecóloga, que me recetó las anticonceptivas, y después a la esteticista. Ella me recomendó las cremas que debía aplicarme y cómo cuidarme la piel, y es algo que hago a diario, y no solo porque tener cualquier imperfección sería una tragedia para mi madre, sino porque llevar a cabo ese ritual me hace sentir bien. Hoy no pensaba dormir fuera, pero seguro que Madison o su tía tienen algo con lo que desmaquillarme.

—Tomo nota. ¿Sabes qué? —Su cara se ilumina—. Deberíamos organizar un día de chicas, hacernos las uñas, ponernos mascarillas…

nunca lo he hecho.

—¡Me encantaría! —Doy unas palmadas y Buffy me mira mal—. Liam y yo lo hacemos una vez al mes, así que lo haremos todos juntos.

—¿En serio?

—A ver, él dice que lo hace por mí, pero su cara lo agradece. Y ni te imaginas lo bien que se le da pintar las uñas.

Sonríe, pero un aire de nostalgia se refleja en su rostro.

—Me he perdido muchas cosas en estos años, ¿verdad?

—Pero ahora estás aquí. —Le cojo la mano y se la aprieto—. Estás con Aston, estás empezando a ser quien quieres ser. Quien eras antes. Así que basta ya, Maddie. Lo digo en serio. Deja esa sensación de culpa en el pasado.

—Tienes razón. —Mueve varias veces la cabeza afirmativamente para convencerse a sí misma.

Miro nuestras manos entrelazadas y sé que jamás renunciaría a nuestra amistad. La he echado muchísimo de menos.

—Nick me ha pedido que me aleje de vosotros. —Al decirlo en voz alta me parece incluso más surrealista.

—¿Qué? ¡Será imbécil! ¿Quién se cree que es? —Alza la voz, cabreada, y Buffy levanta la cabeza. Se la acaricio para que sepa que todo está bien.

—Tranquila, ya lo he mandado a la mierda.

—¡No es para menos! —exclama—. Mira, Ari, yo estuve en una relación tóxica, y cuando conseguí darme cuenta, mi autoestima ya estaba por los suelos. No quiero que eso te pase a ti.

Frunzo el ceño.

—Nick nunca me ha dado la sensación de ser así.

—Puede que no, pero hay un tipo de manipulación que no se ve, porque es muy sutil: empieza haciéndote creer que él es mejor que tú, que solo su tiempo o sus cosas son importantes... Cosas que te van haciendo a ti más pequeñita. —Sé lo que le cuesta pronunciar

esas palabras, así que no la interrumpo—. Y los celos juegan un papel fundamental, porque para él no eres una persona, sino una posesión, y que no le prestes la suficiente atención o te preocupes por él le genera inseguridad.

Es verdad que Nick y yo no tenemos mucho tiempo para vernos fuera de clase porque los dos tenemos nuestros respectivos ensayos y además hay que hacer deberes, trabajos y estudiar para los exámenes. Yo intento ir a casi todos sus conciertos, pero él no suele venir a los partidos, solo a la fiesta de después. Su prioridad es la música y siempre lo he respetado, por eso me molesta que me exija lo que él no da o que piense que voy a dejar a mis amigos de lado para dedicarle ese tiempo a él. No es justo, y tampoco estoy dispuesta a hacerlo, porque, en primer lugar, él no debería habérmelo pedido.

—Odio que te sintieras así, Maddie. —Me echo hacia delante para abrazarla sin molestar mucho a Buffy—. Estoy segura de que todo te va a ir bien a partir de ahora.

—Lo sé. Y a ti también, Ari.

Asiento. Sé que lo superaré y seguiré con mi vida, pero tengo una sensación amarga. Llevo cinco meses poniendo el corazón en una relación que se ha acabado de la noche a la mañana por culpa de los celos. ¿Para eso me he esforzado tanto? Parece que he estado superemocionada viendo una peli que tiene un final de mierda. Me siento estafada.

Cojo la tableta de chocolate y le contesto antes de darle un mordisco:

—Sobreviviré. Siempre lo hago.

- 5 -

Sunday, Bloody Sunday

ARIADNA

Me duelen las mejillas de sonreír a cada persona que se acerca a nuestra mesa. Aunque ya me sale de manera natural, la mayoría son demasiado esnobs para mi gusto. Mis padres hacen muchos contactos y los mantienen gracias al club del que son socios desde hace años, y cada fin de semana que están en la ciudad tengo que acompañarlos para vender la imagen de familia ejemplar.

Cualquiera diría que son dos robots sin alma viendo cómo se deshacen en elogios con la jueza Hamilton y su marido, mientras el hijo, dos años menor que yo, no deja de mirarme el escote en V como un pervertido, aunque en realidad no se me vea nada con este vestido Es elegante y lo suficientemente sutil para no enseñar más de la cuenta, así que fulmino al niñato con la mirada y saco el móvil para distraerme un poco, porque es de mala educación seguir comiendo mientras ellos hablan, aunque esté muriéndome de hambre. A ver, también está mal coger el móvil, por eso lo hago con disimulo.

No hay ni rastro de Nick; tampoco lo esperaba. Es un orgulloso, pero yo lo soy más. A lo mejor ya ha empezado a liarse con otras chicas, con la prisa que parecía tener por deshacerse de mí. Ese pensamiento escuece, pero lo aparto a un lado y sigo con los mensajes. Liam me escribió esta mañana, antes de las clases de surf, pero no le he contestado, no sabía qué decirle, así que aprovecho para hacerlo ahora.

Liam: Aston me lo ha contado, ¿cómo estás?

Yo: Almorzando en el club.

No tarda ni un segundo en estar en línea.

Liam: Sabes a lo que me refiero.

Yo: Ahora no me apetece hablar.

Liam: Solo dime si tengo que ponerle los huevos de corbata, llevo tiempo queriendo hacerlo.

Yo: No sabía de tu afición a tocar los huevos. ¿Tienes un nuevo fetiche?

Liam: Solo por ti, nena.

Yo: Lo tendré en cuenta. Y gracias, pero ya me he encargado yo.

Liam: Vale. Esta mañana te he echado de menos. Los niños me han preguntado por ti.

Eso me saca una sonrisa. Los niños son geniales y me encanta verlos aprender, son supercuriosos y hacen un montón de preguntas que exasperan a Liam, pero él tiene una paciencia increíble y hace que se diviertan un montón. Y puede que por eso lo haya estado evitando, porque no querer pensar en él y no hacerlo son dos cosas distintas. No he dejado de darle vueltas a lo que dijo Nick anoche y siento que estoy hecha un lío.

Yo: Estaba con Madison, no me ha dado tiempo.

Liam: Vale, luego voy al Heaven con los chicos del equipo, por si te apetece pasarte.

Yo: No sé. Creo que voy a quedarme en casa.

Liam: ¿Tú? ¿Un sábado?

Joder, qué fácil le resulta pillarme.

Ari: Te confirmo luego.

Liam: Genial. Estoy aquí para lo que necesites. Te quiero.

Trago el nudo que tengo en la garganta desde anoche. Por eso es mi mejor amigo. No solo no me presiona para que le cuente lo que me ocurre, es que además sabe cuándo necesito que tan solo me coja de la mano y me diga que todo pasará. Porque ambos sabemos que será así, aunque tengamos que atravesar la tormenta.

Yo: Te quiero.

—¡Ariadna! ¿Cuántas veces tengo que decirte que nada de teléfonos en la mesa?

Cuando levanto la cabeza veo que volvemos a estar solos. Guardo el móvil a toda prisa.

—Perdón.

—Siéntate recta.

—Sí, mamá.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? Llevas toda la mañana distraída.

La verdad es que me sorprende que se haya dado cuenta.

—Ayer Nick cortó conmigo.

—Oh, menos mal —dice con desprecio—. Esa relación estaba durando demasiado.

—Kirsten —le advierte mi padre con aire imponente cuando ve la cara que debo de estar poniendo.

—Esas greñas que tenía, Sebastian —le dice como si no fuera la primera vez que hablan del tema. Luego se dirige a mí—: ¿Por eso tienes la cara hinchada? ¿Has estado llorando?

—¡Claro que no! Nadie se merece mis lágrimas —afirmo.

—Entonces es que has dormido poco —resuelve—. Tienes que cuidarte, Ariadna. Dormir al menos ocho horas diarias es esencial para tu rendimiento.

—Lo sé, he dormido lo suficiente.

—Estás más delgada, sabes que tienes que mantenerte en peso si quieres seguir practicando patinaje.

—Mamá, ya está bien. Lo sé, ¿de acuerdo? —Dejo los cubiertos en la mesa, se me ha quitado el hambre—. Por el amor de Dios, ¡soy deportista! Estoy más en forma que cualquiera de este club.

—Baja la voz, Ariadna —me susurra ella.

Guardo la compostura y me obligo a sonreír porque las otras mesas nos están mirando. Con mi madre siempre es así, todo el rato tensando una cuerda que nunca llega a romperse. Me resulta agotador.

—Está bien, pero déjalo ya. No sé por qué tienes que estar definiéndome constantemente.

A lo mejor no estoy en la casilla que ella considera adecuada porque no me identifico con el molde que ha hecho para mí, al contrario, tengo muchas facetas y todas son válidas y no excluyentes.

Mi padre se frota los ojos, cansado.

—Es hora de parar un poco con los chicos, Ariadna. Este curso es el más importante para tu futuro y no podemos dejar nada al azar.

Tomo una gran bocanada de aire.

—Saco buenas notas, no me meto en líos, soy delegada de clase, coreógrafa del equipo de animadoras, ¿qué más queréis? —Me esfuerzo mucho cada día por ser la mejor, incluso los profesores me adoran, sin contar el tiempo que dedico a mis amigos y a estar ahí para ellos.

—¿Lo tienes todo preparado para la entrevista? —pregunta, en lugar de contestarme, antes de dar un bocado a su almuerzo. La mano le tiembla un poco, imagino que por el enfado.

Queda casi una semana, pero como siempre dice él: «El éxito es un 90 % planificación y un 10 % suerte».

—Sí. Roxana ha estado practicando conmigo las respuestas.

—Muy bien.

—¿Y la ropa? La primera impresión es importante.

—Lo tengo todo listo, mamá.

—Podrías ponerte el vestido de Dolce, el verde, resalta tus ojos.

Bufo, bajito, eso sí.

—No voy a ponerme el vestido de Dolce para hacer la entrevista de una universidad a la que no quiero ir.

—Hemos tenido que mover varios hilos para conseguirla, deberías estar agradecida —comenta mi madre, y después da un sorbo a su mimosa—. Columbia es una de las instituciones más prestigiosas del mundo, saldrías de allí con muchos contactos que beneficiarían al bufete.

—Voy a ir a San José. —Es lo único que tengo claro.

—Liam podría optar a una universidad mucho mejor y tú también. —Mi padre, que suele ser muy serio, siente predilección por los West y se preocupa por ellos. A veces es lo único que me hace tener esperanza en que la persona que hay debajo del abogado siga existiendo.

—Eso no es lo que queremos, ya os lo he dicho mil veces.

—Los dos sois muy jóvenes aún. Creéis que lo sabéis todo de la vida, pero solo estáis empezando a vivirla.

—Sea donde sea, voy a estudiar Derecho, así que vosotros ganáis —les espeto.

En realidad no tengo una vocación clara, así que tampoco he peleado mucho por hacer otra cosa. Puedo verme siendo abogada, ayudándolos en el despacho, incluso superándolos. Y cuando tenga hijos, no los dejaré solos ni con una niñera, me preocuparé por ellos, les preguntaré cómo están, seré mejor que mis padres en todos los sentidos.

—Es prioritario que empieces a familiarizarte con el trabajo del despacho, los casos y los clientes.

—¿Por qué tanta prisa? —me exaspero. Ellos intercambian una mirada.

—Todavía no te das cuenta, pero tu padre y yo solo estamos pensando en tu futuro, Ariadna —afirma mi madre, que coge un canapé del centro de la mesa con la elegancia innata que la caracteriza. Mucha gente me compara con ella, porque las dos somos altas, estilizadas, rubias, aunque ella es más platino, y tenemos los ojos color caramelo, además de saber apreciar el arte que hay en la moda, pero a veces siento que para ella solo soy un accesorio más que lucir en sus eventos.

—Te encantará la carrera. Tienes madera para ser abogada y estoy seguro de que te convertirás en un tiburón —dice mi padre con orgullo, y me siento aún más responsable de cumplir sus estándares.

—Este verano harás prácticas en el bufete de Nueva York. Será un buen momento para conocer la ciudad y que cambies de opinión —

asegura mi madre sin que yo pueda objetar nada—. Tu padre y yo estaremos en Chicago para supervisar la expansión. Por cierto, Sebastian —se dirige a él—, me preocupa el caso Nicholson. Hay algunos detalles que quiero revisar con Grayson antes del juicio.

—Ya lo sé, anoche estuve leyendo el expediente y… —desconecto. Cuando mis padres se ponen a hablar de trabajo, no hay nada más importante para ellos, y a mí ya me han dicho todo lo que me tenían que decir. Los dos son abogados y aman su profesión por encima de todo. Incluso de mí.

Se conocieron durante la carrera y entraron a trabajar en el despacho de mi abuelo hasta que este se jubiló y ellos se quedaron al cargo. Hace tres años, la lista Forbes citó el bufete como uno de los más recomendados de Los Ángeles. Entonces empezaron a representar a famosos, sus honorarios se dispararon y decidieron expandirse de California a Nueva York y después a Chicago. Yo pasé de ver a mis padres todos los días a dos o tres veces al mes.

Mamá ya era rica antes de casarse, pero papá siempre ha creído que tenía que demostrar lo que valía, y los dos han acabado siendo tan estrictos conmigo como el abuelo lo fue con ellos. Ahora él está disfrutando de la vida en Montecito con su tercera esposa, y la abuela vive en Vermont desde que se divorciaron, por lo que solo sé de ella en fechas señaladas. En cambio, papá viene de una familia muy humilde con la que nunca se llevó bien, así que voló del nido con dieciocho años y no mantiene ninguna relación con ellos.

No sé si me parezco en algo a mis padres, pero sí tengo claro que ambos tomaron su decisión. Eligieron su camino con todas las consecuencias. ¿Por qué no dejan que yo haga lo mismo? Antes eran diferentes… Antes me querían. Me lo demostraban, al menos. Hasta que la ambición empezó a cegarlos y los perdí.

Tenemos más dinero del que podamos contar, una de las casas más grandes de la urbanización y mucho prestigio en la comunidad. Siempre me han dado todo lo que quería, pero no todo lo que necesitaba: su cariño, su comprensión. Solo les preocupa que siga sus pasos, que vaya a la universidad de la Ivy League que han elegido y

que trabaje en el despacho. Un despacho que algún día será mío y en el que haré las cosas a mi manera. Porque por mucho que desee que estén orgullosos de mí, cuanto más me presionan, más necesito ir en la dirección contraria, descubrir cuál es mi sitio, respirar otro aire.

Me asfixio junto a ellos, aunque esté rodeada de riqueza, y sé que soy mucho más feliz en la casa de una planta de Liam y Aston que en la mansión que comparto con mis padres y Roxana, pese a que esta última sea para mí como de la familia. A veces solo quiero escapar, y cuando pienso dónde iría si pudiera, tengo la respuesta muy clara. Y no es a Nueva York ni a Chicago. Ni siquiera me hace falta un coche para recorrer esa distancia. Tan solo caminar descalza por la playa durante quince minutos, atravesar el muelle iluminado por la noria, y llegar a *Donde los sueños se hacen realidad*.

***

—Ya verás, tenemos que enseñarte algo muy guay.

Liam estaba a mi espalda, tapándome los ojos, mientras Madison iba delante, liderando el grupo, como siempre, y Aston fingía que pasaba de todo, como siempre también.

—¡Que me vas a tirar!

—Uy, escalón.

—¡Tarde!

Resoplé. Al parecer, Maddie se había quedado a dormir la noche anterior en casa de Dotty con Liam y Aston, y habían descubierto algo que los tenía fascinados. Fruncí los labios un poco reticente porque no me hubieran incluido en sus planes, aunque dudaba que mis padres me dejaran dormir fuera un día entre semana. Era más fácil los sábados, porque siempre tenían alguna fiesta en el club, cena con clientes o gala benéfica a la que acudir y podía convencerlos de que me dejaran en casa de los Sullivan o de los West. Sin embargo, nunca habíamos dormido juntos en casa de la señora Campbell, así que me daba un poquito de envidia que lo hubieran hecho sin mí. En ese momento, ni siquiera me paré a pensar en las circunstancias que los habían llevado hasta aquella situación.

Sabía que los padres de Maddie se peleaban mucho y me daba pena que lo estuviera pasando mal, porque los míos se adoraban. A menudo los sorprendía susurrándose cosas al oído o bailando en mitad del salón, como si estuvieran solos en casa. A veces parecía que así era, no entendía por qué, pero yo cada vez me sentía más invisible a sus ojos.

También sabía que algo no iba bien en casa de los West. Y no por Liam, que era una persona risueña por naturaleza, sino por la forma en la que Aston lo protegía y por cómo fruncía el ceño, incluso más que yo, cuando pensaba que nadie lo miraba. Yo era muy observadora, pero no alcanzaba a entender, ni de lejos, por lo que estaba pasando.

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó Dotty.

—Cosas nuestras, abu.

—¡Escalón! —me avisó Madison, esa vez antes de que me estrellara, y mis pies pisaron la arena húmeda de aquel atardecer de mediados de febrero.

—¡Tachán! —exclamó Liam como un mago.

Tardé unos segundos en que mis ojos se habituaran de nuevo a la luz y me encontré en el porche trasero de la casa de Dotty.

Alcé una ceja. Había estado allí muchas veces, aunque no sabía por qué, aquella vez era diferente.

—¿Qué tiene este sitio de mágico?

—No seas estirada, Ariadna —me dijo Aston.

—¡No lo soy!

A ver, estábamos tan solo a unos metros del mar y desde allí se olía el salitre y casi se podía tocar el agua con los dedos. Era como estar en la playa y seguir en casa, pero eso ya lo sabíamos. Teníamos nueve años, casi diez, y aquel porche había formado parte de nuestras vidas desde antes de que tuviéramos uso de razón.

—Estamos en *Donde los sueños se hacen realidad* —me explicó Liam.

Miré a Aston y a Madison, que asentía con vehemencia.

—Aquí no hay gritos ni peleas, y está prohibido quejarse —continuó ella.

—Tampoco podemos hablar de cosas malas —añadió Aston, aunque en aquel momento lo malo tan solo se había asomado a nuestras vidas y apenas habíamos acariciado la superficie de lo que estaba por venir.

—En este porche todo va bien y todo es posible, por eso es mágico —sentenció Liam.

Yo solo quería que mis amigos fueran felices, al menos de aquella forma idílica en la que yo entendía la felicidad por aquel entonces, así que asentí. Tenía la convicción de que algún día lo conseguiríamos y de que estaríamos los cuatro juntos cuando eso pasara, porque no iba a separarme de ellos nunca. Éramos como esos pájaros que iban en bandada a todas partes.

—Mola.

Coloqué la mano para que hiciéramos nuestro saludo secreto y Aston resopló.

—Sois unos coñazos, me piro con los del equipo. —Pero no se movió. Como de costumbre, por mucho que se quejara de nosotros, no nos dejaba solos.

Madison empezó a tirarle pullas, le dijo que era un gruñón y él la llamó mocosa. Liam y yo intercambiamos una mirada cómplice y nos sentamos en la arena, uno al lado del otro, de cara al mar.

—Sabemos que es el mismo porche de siempre, pero Madison necesitaba esto. —Me dio la mano y dibujó en mi palma pequeños «te quiero», haciéndome cosquillas—. Además, ¿es alucinante o no?

Su pelo, rubio por el sol y un poco más largo que el de Aston, se mecía con el viento y le acariciaba la frente. Nunca me había parado a pensar en lo guapo que era mi mejor amigo.

—Sí, es alucinante —afirmé.

A lo largo de los años aquel porche nos vería reír, llorar, inventar

planes absurdos, vivir... y acabaría convirtiéndose en ese refugio que aún no sabíamos cuánto necesitaríamos, porque en aquel momento no teníamos ni idea de que tres años después nuestros caminos y el de Madison se separarían cuando ella se fuera a Boston, ni que el mundo de Liam y Aston se desmoronaría como un castillo de arena arrasado por las olas. Tampoco sabía que la vida me tenía reservadas unas cuantas lecciones que me convertirían en el pegamento que todos necesitábamos para sobrevivir.

Y es que a veces las relaciones, las de verdad, están unidas por una cuerda irrompible que puede estirarse como un chicle durante mucho tiempo y volver como un bumerán cuando menos lo esperas. Como ese hilo rojo del que habla la gente, solo que en nuestro caso era más como un nudo imposible de deshacer. Y cuando Madison se fuera, yo reforzaría los lazos alrededor de Aston y Liam, compartiría su dolor con ellos y amortiguaría los golpes, porque eso es lo que hace la verdadera familia.

Liam tomó aire, respiró la brisa con los ojos cerrados y una sonrisa perenne mientras yo lo observaba a él. Tan libre, tan feliz, tan entero, tan vivo, tan leal. Ojalá las personas no tuviéramos que rompernos nunca. Ojalá esa sonrisa durara para siempre. Pero no fue así. No fue así ni de lejos.

- 6 -

Never Be Alone

LIAM

Ari está rara. Desde ayer tengo la sensación de que me evita. Normalmente, cuando corta con un chico lo primero que hace es llamarme, y esta mañana no ha venido a las clases de surf, cuando sé que adora a esos críos y no le gusta perdérselas. Es como si necesitara decirme algo, y a la vez, lo que se ha callado se hubiera quedado flotando en el ambiente, enrareciéndolo todo. A veces me inquieta que empecemos a guardarnos secretos, se supone que la base de nuestra relación es la sinceridad y la confianza, no quiero que las perdamos por nada del mundo, por eso me he acercado a su casa esta tarde, para ver cómo está. Lo que no esperaba, de ninguna manera, era encontrarla a oscuras en su habitación, tirada en la cama con el pijama, una tarrina de helado de chocolate y el portátil en el regazo.

—*¿Desayuno con Diamantes?* ¿Día rojo a la vista?

Se puede saber lo triste que está Ari en función de la peli que ponga, y esta está en el top uno junto a *Titanic* y *El diario de Noa*. La última vez que la vio fue cuando sus padres le dijeron que iban a abrir otro bufete en Chicago.

—Shh, espera, el final es mi parte favorita.

Me quito la chaqueta y las deportivas y me hago sitio junto a ella en la cama. Pone el portátil en el centro, le paso un brazo por los hombros y apoya la cabeza en el hueco de mi cuello sin renunciar a seguir comiendo helado.

A mí también me encanta cuando Holly, la protagonista, regresa a por el gato bajo la lluvia. En cierto modo es como si hubiera abandonado una parte de ella misma, esa que no quiere sentir, la que está cansada de que le rompan el corazón, pero no quisiera renunciar a ella, porque todos tenemos la esperanza de que las cosas, por muy feas que se pongan, siempre pueden ir a mejor.

—¿Tú crees que las personas pertenecemos unas a otras o somos

libres? —dice Ari cuando termina la peli.

Lo pienso un instante y tengo clara la respuesta.

—Somos libres de elegir con quién queremos estar, si la otra persona nos corresponde.

Levanta la cabeza de mi hombro y me mira con los ojos llorosos. Me jode la vida que esté así por el gilipollas de Nick.

—¿Y si no nos corresponde, Liam? ¿Y si no? —me pregunta como si le fuera la vida en ello.

Ojalá se diera cuenta de que es una persona increíble, que no tiene que llorar por alguien que no la corresponde, porque eso significa que no la quiere como ella se merece. Ojalá pudiera verse a través de mis ojos.

—Entonces es que no es la persona con la que tenemos que estar.

—Ya, pero ¿qué se hace en ese caso? —Se incorpora y coge un pañuelo—. ¿Cómo continúas sabiendo que dejas atrás una parte de ti?

Joder, no sabía que la tarde iba a ponerse tan profunda.

—Supongo que vuelves a por ella. Como Holly con el gato. —Señalo la pantalla—. Cuando algo realmente te importa, lo intentas las veces que haga falta.

—Pero recuerda que no es recíproco —suena tan triste que necesito consolarla, así que la abrazo y dejo un beso en su cabeza. El pelo le huele a fresas.

Me gustaría tener la respuesta a su pregunta, pero aún no he averiguado qué se hace en ese caso.

—A lo mejor Nick y tú estáis a tiempo de volver. —Me cuesta un mundo pronunciar esas palabras, pero me obligo. Que yo no esté de acuerdo con esa decisión no significa que no vaya a estar a su lado en cada paso del camino, y es mejor arrepentirse de intentarlo que pasarte el resto de la vida pensando en lo que podría haber pasado... Lo sé muy bien—. Me seguirá pareciendo un gilipollas, pero si todavía crees que pierdes más que ganas sin él, quizá os merezcáis

otra oportunidad.

Mueve la cabeza contra mi pecho.

—¡No! Ahora mismo no quiero saber nada de él.

—Genial, pues a la mierda Nick —declaro, quitándome un peso de encima. Ella sonríe entre las lágrimas.

—Odio que me veas llorar.

Acaricio su mejilla.

—Todo el mundo llora, nena, y eso no es malo.

—Ya, lo malo es el motivo —dice moqueando.

—Cierra los ojos. —Lo hace sin dudar.

Le aparto el pelo detrás de las orejas y me acerco a ella para besar sus párpados, algo que la abuela siempre nos hacía a nosotros de pequeños. Después le beso la nariz, la frente, y nos quedamos a pocos centímetros de distancia, sosteniéndonos la mirada durante un segundo demasiado fugaz e infinito a la vez.

—Y tú… —titubea echándose hacia atrás—, ¿qué haces aquí? ¿No tenías planes hoy?

—Claro, contigo. —Carraspeo y cojo el móvil para mirar la hora. Son las siete y el grupo de WhatsApp del equipo echa humo, seguro que ya están todos en el Heaven, pero voy a tomarme mi tiempo—. He pensado que te vendría bien mi compañía.

Sé que no quiere que nadie la aguante mientras está de bajón, la conozco, así que he venido a buscarla como el amigo tocapelotas que soy.

—Sigo sin querer hablar.

—Me parece bien. —Sé que me lo va a contar de todos modos, solo necesita tiempo.

—En serio, puedo apañármelas sola.

—Eso tiene un montón de interpretaciones, nena. —Alzo las cejas.

—¡Eres un guarro! —Me da un manotazo—. Mira, ahora toca *Titanic* y voy a pedirle a Roxana que me suba unas palomitas sin que

mis padres se enteren. ¿Ves? Estoy genial.

—¿Y no sería mejor si te invito a una hamburguesa grasienta con patatas fritas? —La tiento—. Ni siquiera tendrás que comértela a escondidas.

Normalmente no nos saltamos la dieta que nos ha puesto la nutricionista del equipo, pero creo que podemos hacer una excepción si eso va a hacerla un poquito más feliz.

—No suena mal… —Me mira suspicaz—. Pero no tengo ganas de arreglarme.

—No hace falta. —Me impulso para ponerme de pie y buscar en el vestidor. Cojo su vaquero favorito y un jersey calentito, y se los paso —. Te espero abajo.

—¡Eh! ¡Que no he dicho que sí!

—¿Segura? Porque yo he entendido exactamente eso.

—¡Eres un liante! —me grita cuando ya estoy bajando las escaleras. Roxana se ríe desde el salón; la encuentro acomodando los sillones.

—¿Se ha animado?

—A mí nadie se me resiste. —Le guiño un ojo cuando los padres de Ari salen del despacho.

—¡Hola, hijo! —El señor Brooks me da unas palmadas en la espalda—. No sabía que estabas aquí.

—He llegado hace un rato. Señora Brooks.

—Liam, ¿cómo estás? —Me muestra una sonrisa amable—. ¿Cómo van las cosas por casa?

—Bien, gracias. Ari se está cambiando, vamos a salir a cenar.

Ambos comparten una mirada que no consigo descifrar.

—Hijo, ya que estás aquí, me gustaría comentarte algo. —Señala el despacho—. Solo será un momento.

—Claro.

—Voy bajando las maletas —dice la madre de Ari—. Ven conmigo, Roxana, por favor.

Dejo de oír sus voces cuando la puerta del despacho se cierra. Conozco la estancia, pero eso no significa que no me imponga. Siempre que entro aquí me siento como si estuviera en un interrogatorio; el señor Brooks puede ser bastante intimidante, solo le falta apuntarme a la cara con la lámpara de mesa.

—Ya sabes que quiero que Ariadna vaya a una buena universidad, y dado que estáis unidos en eso, me gustaría ofrecerte la oportunidad de que tú también lo hagas.

Eso no me sorprende, sé que Ari tiene una entrevista la semana que viene, voy a acompañarla para turnarnos conduciendo, pero nuestro plan sigue en marcha.

—Con todos mis respetos, señor, ya tengo pensado ir a San José. Es más factible entrar allí con una beca completa que en cualquier universidad de la Ivy League, y es un camino más directo para llegar a jugar en los Sharks.

No saco todo sobresalientes, pero tengo la media necesaria para poder jugar al *hockey* y, de todas formas, voy a estudiar Historia. Se me da bien retener datos y no es una carrera que quite mucho tiempo.

—Lo sé, pero la Escuela de Leyes es muy exigente y no creo que San José pueda ofrecerle a Ariadna el nivel adecuado. —Se pasea por la habitación, aunque se detiene un par de veces para respirar profundamente, supongo que pensando en sus siguientes palabras. Yo también estoy de pie, en un intento de sentir que estamos en igualdad de condiciones—. Tu madre hubiera querido que tuvieras todas las posibilidades a tu alcance y, como amigo suyo, es mi deber y mi responsabilidad ayudaros a Aston y a ti a conseguir la mejor educación. —Pone una mano encima de mi hombro y lo aprieta levemente. ¡Mierda! Es abogado, sabe cómo encontrar mis puntos débiles.

—La verdad es que el entrenador es quien se encarga de todo el proceso, él es quien invita a los cazatalentos a verme, yo solo tengo que dar lo mejor de mí en cada partido.

—Yo también tengo contactos, y dado que las solicitudes se envían

a principios de mes, me gustaría saber si estarías abierto a cambiar San José por Columbia, por ejemplo.

Trago saliva. Por una parte, quiero ir a la universidad con Ari, no estoy preparado para que nuestros caminos se separen durante al menos cuatro años, pero, en el fondo, tengo claro que solo cambiaría San José por estar más cerca de la abuela y Aston, no más lejos, así que la respuesta no es fácil.

—Lo siento, señor. Columbia no entra en mis planes.

—¿Sabes qué? —Se aclara la garganta—. No tienes que decidirlo ahora mismo, tú solo piénsatelo, ¿de acuerdo, hijo?

Asiento para no alargar la conversación, y cuando salgo del despacho, Ari ya está abajo, esperándome. Le sonrío para que sepa que todo va bien y nos despedimos de sus padres.

Al salir de la casa y tomar el camino hacia el muelle, me quedo mirando a mi amiga, pero dudo antes de hablar. Tampoco sé muy bien lo que voy a decir. Supongo que solo quiero estar con ella en la forma en la que me necesite, sin presión ni agobios. A veces solo es cuestión de estar ahí, aunque sea en silencio. Pero ni Ari ni yo sabemos estar callados durante mucho tiempo.

- 7 -

Bad Romance

ARIADNA

—Deja de mirarme así —le digo a Liam de camino al muelle.

Temía que llegara este momento, porque con Aston y Madison puedo disimular, pero a él no consigo ocultarle nada, es como si viera dentro de mí, y no sé si nota lo rayada que estoy con lo que me dijo Nick sobre mis sentimientos hacia él. Es como si se me hubiera encendido una luz interior que llevaba mucho tiempo apagada, y así debe ser, por eso estoy dándole a tope al interruptor, pero no se funde, la muy maldita.

—Así, ¿cómo?

—Como si quisieras ver mi alma. Estoy bien. —La mentira se me atasca en la garganta. Ni siquiera sé cómo me siento ahora mismo, pero lo último que quiero es que se preocupe.

—Lo sé. Nick es gilipollas.

—Por una vez tengo que darte la razón. —Sonrío y veo cómo me observa con una pizca de preocupación. Por un momento me pregunto si debería contárselo todo y ya está. Liam y yo siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, y estoy haciendo una montaña de un grano de arena en vez de reírnos del tema, que es surrealista como mínimo.

—Ahora eres tú la que me está mirando.

—Oh, es que tienes algo en la cara. Aquí. —Alzo la mano para acariciarle la comisura. Error—. Ya está.

—Ah, qué raro. —Se pasa la lengua por los labios y noto un cosquilleo en el estómago. Maldito Nick. ¿Por qué ha vuelto a meterme en la cabeza sentimientos que ya tenía olvidados?

—¿Vas a contarme qué pasó anoche? Cuando salí del Steak parecía que todo iba bien. —Me acaricia la nuca, y sé que lo hace para infundirme ánimos, pero no puedo evitar estremecerme. «¡Basta ya, Ari!».

Entonces decido que, si quiero pasar página con esto, tengo que ser sincera, así que allá va:

—Es una tontería… Es que Nick se puso celoso, ¿te lo puedes creer?

—¿Celoso de qué? —pregunta de lo más extrañado—. No te vi con ningún tío que no fuéramos Jackson o yo, y vale que te enrollaste con él, pero de eso hace mil años y ahora está con Brenna. No tiene sentido.

—Celoso de ti. —Ya está, ya lo he dicho.

—¿Qué? —La carcajada que emite llama la atención de algunos transeúntes y no sé si sentirme un poco ofendida porque ni siquiera contemple esa posibilidad. Es decir, sé que no tiene ningún sentimiento romántico hacia mí, pero que lo confirme me da ganas de volver a llorar y no puedo conmigo cuando me pongo en este plan —. Nick sabe que solo somos amigos, ¿no?

—Pues parece que no. —Me encojo de hombros, aparentando despreocupación—. Cree que estuvimos a punto de besarnos.

Bufa.

—Te aseguro que si en algún momento hubiera estado a punto de besarte se habría enterado toda la discoteca, no solo su jodida imaginación. —¡Ay, mierda! Siento calor en las mejillas y yo no me sonrojo nunca.

—También dijo que pasamos demasiado tiempo juntos, que planeo mi futuro contigo y yo qué sé… ¿ves? Te he dicho que eran tonterías.

—Pero eso es normal, tú y yo estamos casadísimos, nena.

—¿Qué? —Me río.

—Claro, somos como un viejo matrimonio. Lo hacemos todo juntos menos follar.

—Eso es muy triste, estoy segura de que tú y yo en la cama seríamos épicos. —¿Por qué no puedo callarme?

—¿Verdad? —Se muerde el labio inferior y me da un repaso que me obliga a tragar saliva—. Te lo estás imaginando, ¿a que sí?

—Oh, ¡para ya! —me quejo.

—Ahora en serio, puedo ser menos cariñoso, si es lo que tú quieres.

Hago una mueca. Solo pensarlo me resulta doloroso.

—No, claro que no. Quien esté conmigo tiene que asumir que vas en el lote. —¿Cómo se le ocurre siquiera plantearlo?—. ¿Tan fácil te sería separarte de mí o es que quieres cabrearme?

—Al contrario, sería horrible. —Hace una pausa durante la que nuestras miradas se pierden en la del otro. Me flipan sus ojos. Son azules y demasiado intensos para mi propio bien—. Pero lo haría si tú me lo pidieras, porque esa es la forma en la que te quiero.

«Joder, Liam».

—Pues ni se te ocurra pensarlo, porque no te lo voy a pedir —afirmo—. Además, yo ya paso de Nick. Me dijo que tenía, y cito textualmente, «una cola de tías deseando ocupar mi lugar». Pues que corra. Tiene vía libre para liarse con quien le dé la gana, igual que yo.

Liam se pasa la mano por el pelo, ya de por sí despeinado. Otro en sus circunstancias me espetaría un «Te he dicho como cien veces que era gilipollas», pero él no. Él apoya las manos en mis hombros para que lo mire. Como si fuera posible dejar de hacerlo.

—Pues que le den por no saber apreciar a la tía que tiene a su lado. Eres preciosa, divertida y mucho más inteligente que él, Ari.

¿Cómo demonios voy a evitar pensar en Liam de esa forma cuando me dice estas cosas?

—Lo sé, pero es una mierda. Odio empezar de cero y tener que volver a contarle mi vida al tío de turno. Lo que me gusta, lo que no… —Chasqueo los dientes y hago lo que mejor se me da para destensar el ambiente: bromear—. ¿Sabes? Deberíamos hacer un pacto de solterones. Si a los treinta no estamos con nadie, nos liamos entre nosotros.

—Sube a treinta y cinco y hecho. Con treinta todavía podré ligar.

Me río.

—Es verdad, además, estando en la NHL tendrás mucho éxito.

—Cierto, mejor a los cuarenta.

—No voy a esperar a los cuarenta para tener hijos. —Pongo los ojos en blanco—. Ya no me sirves.

—Pues sigue buscando, pero sabes que no vas a encontrar a nadie mejor que yo. —Mueve las cejas de forma sugerente.

—¡Eres idiota!

—Pero me tienes que aguantar así.

—Tampoco te querría de otra manera. —Carraspeo—. ¿Y a ti, cómo te va con Jenny?

—Guay. —Hace una mueca comprensiva, como si no quisiera restregarme por la cara lo maravillosa que es su relación cuando la mía es ya inexistente, pero esto es bueno, de verdad, es el golpe de realidad que necesito.

—Me alegro de que al menos a uno de nosotros le vaya bien. Yo les jodí el polvo a Aston y Maddie.

Suelta una carcajada.

—¿Sabes el truco para que un día malo mejore?

Alzo una ceja.

—¿Comer helado?

—Eso ayuda. —Se ríe—. Pero siempre puedes convertir un día malo en uno bueno llamándome.

Hago una mueca pensando en cómo sería hablar sobre mis sentimientos por un chico con el chico en cuestión…

—Lo sé, pero no quería molestarte si estabas ocupado.

—No me jodas, Ari. ¿Desde cuándo tú me molestas? —Su tono es severo y me impacta, porque existen pocas cosas que le hagan perder la sonrisa.

—Bueno, ya da igual. Vuelvo a estar soltera, ¡yupi! —Hago un gesto como si tuviera los pompones en la mano.

—Todo irá bien. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí. De amor no se muere, Liam.

—Ya, pero sé que esta vez te ha afectado más que las anteriores.

Me encojo de hombros.

—Siempre dejo yo a los tíos y que Nick haya cortado conmigo escuece, es solo eso. Pronto volveré a la carga.

—No tengo ninguna duda, nena. Tú podrías estar con el chico que quisieras.

Asiento, pero no le digo que tiene razón porque, aunque siempre he tenido mucha confianza en mí misma, por primera vez pienso que eso no es del todo verdad.

- 8 -

Lift me up

LIAM

Pedimos las hamburguesas de la casa con patatas fritas y unos refrescos. Casi todo el equipo está aquí, aunque aún no ha llegado ninguna animadora, así que Ari es la única chica de la mesa y todo el mundo se abalanza sobre ella como si no la hubieran visto ayer mismo.

—¿Es verdad que has cortado con Nick? —pregunta Aiden, que es el mayor cotilla del equipo, y seguidamente un montón de comentarios parecidos se suceden en cascada.

—Sí, ya es historia. —Se ríe, y pese a que se la ve muy decidida, sé que bajo la superficie hay mucho más. Porque cuando algo escuece, siempre es porque hay una herida, por pequeña que sea, que tiene que sanar.

Logan, que está sentado a su lado, pasa un brazo por detrás de su asiento, como si se apoyara casualmente, pero sé que no hay nada de casual en su gesto. Ari lleva meses en su punto de mira y va a empezar a currarse su oportunidad desde esta noche. Y por mucho que me joda, dudo que vaya a ser el único que lo intente.

—O sea que vuelves a estar libre —indaga Hendrix.

—Eso parece. —Ari da un bocado a su hamburguesa y luego coge una patata. No suele dar mucha información personal a los demás porque cree que eso la hace vulnerable—. Tú también lo dejaste con Valerie hace poco, ¿verdad?

El cambio de tema no es nada sutil, pero Hendrix lo aprovecha para hablar de su ex. Cuando cortaron nos arrastró a todos a un botellón en la playa con ginebra que compró con el carnet de su hermano mayor. Lo pasamos genial, pero la resaca fue asquerosa.

—Se queja de que le dedico demasiado tiempo al *hockey*, ¿tú qué opinas?

—Puede que tenga razón, pero quieres la beca, ¿no? —le pregunta

Ari. Se sabe la vida de medio instituto, es uno de sus superpoderes.

—Bueno, sí, pero no voy a ser profesional. Si pudiera conseguir entrar en la uni con mis notas sería la caña.

Unos cuantos chicos asienten. Aiden, Logan y yo nos miramos. Somos los que más estamos luchando por ser visibles para los ojeadores y sabemos que hay que echar muchas horas, no se puede ir a medio gas en este deporte.

—¿Has pensado que puede que te haya dejado porque tienes carita de bebé? —le dice Gabe.

—Ni que tú fueras el Yeti, joder —se queja Hen.

—Yo pensaba que era mejor tener poco pelo —sopesa Logan, que le pregunta a Ari—: ¿No os gustan los chicos depilados?

Parece que todos van a aprovechar la noche para hacerle preguntas, y ella se mueve como pez en el agua siendo el centro de atención.

—A mí sí, aunque eso depende de cada chica. —Se acaba la hamburguesa y coge una servilleta—. Pero si alguien te quiere de verdad, el pelo pasa a segundo plano.

—Yo no he tenido ninguna queja al respecto. —Logan le aparta un mechón rebelde de la cara para que Ari lo mire y le guiña un ojo. Ella bufa. Parece que no le afecta el tonteo, pero a mí sí me molesta que Logan sea tan insensible. Acaba de cortar con su novio, joder. Hasta hace cinco minutos estaba llorando por él, no va a tener un rollo por despecho. Podría, desde luego, pero sé que en estos casos lo que necesita es tiempo, que no la agobien y que la traten como a una reina.

Le lanzo una mirada a mi amigo para que se corte un poco y él quita el brazo del respaldo de Ari.

—Puede que si viviéramos un apocalipsis zombi y se acabaran las cuchillas, el pelo no fuera importante —Maxwell sigue con el tema—, pero yo valoro que no haya obstáculos cuando navego en aguas profundas.

Todos nos echamos a reír.

—Pero ¿qué coño, Maxwell?

—¿Qué? Vosotros estáis dando vuestra opinión, ¿y yo no puedo?

—Si hubiera un apocalipsis, los zombis se comerían tu cerebro y el matojo sería el menor de tus problemas —dice Aiden.

—A lo mejor se lo han comido ya —comenta Hendrix entre risas.

—Sois gilipollas. —Maxwell se enfada y le lanza una patata a Hen.

—¡Ehh! No desperdiciéis la comida —los regaña Ari.

—¿Te has quedado con hambre? —le pregunto. Ella hace una mueca.

—Un poco.

—Toma mis patatas. —Me han sobrado unas cuantas, así que le paso el plato y ella me dedica la sonrisa más radiante del mundo.

No entiendo que el gilipollas de Nick la haya dejado porque estuviera celoso. ¿Celoso de qué, joder? Bromeamos un montón, es nuestro rollo, y también estamos ahí para el otro cuando hace falta, pero Ari jamás me ha mirado a mí como lo mira a él. Es un hecho, hace tiempo que me di cuenta y no pienso hacer nada al respecto, porque jamás me arriesgaría a perder la amistad que tenemos ahora. Eso es lo más importante para mí. Ella lo es.

—¡Ahí están las chicas! —señala Nate cuando Danna, Alysa y Kate entran en el bar.

En ese momento, me vibra el móvil en el bolsillo y veo que tengo un mensaje de Jenny.

Jenny: ¿Estás en el Heaven? ¿Puedo pasarme?

Me aguanto un suspiro y contesto:

Yo: Sí, claro. Te espero aquí.

—¿Todo bien? —me pregunta Ari.

—Sí, es Jenny, viene de camino.

—Ah, ¡genial! —exclama y, acto seguido, se pone de pie—. Voy a saludar a las chicas.

La miro mientras se va, pensativo, hasta que Logan me tira una

patata.

—Ey, tío. ¿Me organizarías una cita con Ari?

—Ni de coña. —Le quito el plato de delante cuando está a punto de tirarme otra.

—¿Por qué? ¡Soy un buen partido! —se queja, y yo tengo que inventarme mil excusas para asegurarle que eso no ocurrirá ni en sus mejores sueños. La perspectiva de que Ari salga con mi amigo no me mola una mierda.

—¿Jugamos unos billares? —propone Aiden, y me apunto. Necesito despejarme un poco antes de que llegue Jenny y la función deba continuar.

Después de salir un par de veces con ella, me confesó que no podía seguir enrollándose conmigo porque estaba empezando a sentir algo por una chica, pero aquello era nuevo para las dos y no querían que nadie las viera juntas aún, ya que no estaban preparadas para que los demás las juzgaran.

La gente del insti puede ser muy cabrona. Yo estoy totalmente centrado en el *hockey* y no tengo ningún interés en tener novia, así que cuando me pidió que siguiéramos fingiendo estar juntos, le dije que me parecía bien.

Pensaba que no iba a alargarse demasiado, que en cualquier momento se daría cuenta de que vivir encerrada por lo que piensen los demás no tiene sentido, pero siempre me dice que es difícil y me pide un poco más de tiempo.

Creo que comete un error, por eso la animo a que haga lo que le dé la gana. Es su vida y su felicidad, y nadie tiene derecho a juzgarla, pero luego pienso en que debería aplicarme mis propios consejos, y sé lo complicado que es dejar atrás el miedo al rechazo, arriesgarte a que todo cambie, exponerte a los demás, ir a pecho descubierto y permitir que el dolor te atraviese. Así que sigo fingiendo, sigo poniendo las necesidades de los demás por encima de las mías y continúo vistiendo una sonrisa como escudo. Al fin y al cabo, guardarme mis sentimientos es de las cosas que mejor se me dan.

- 9 -

When I Look Into Your Eyes

ARIADNA

He accedido a venir al Heaven porque estar a solas con Liam no es lo que más me conviene ahora mismo, y parecía un buen plan hasta que ha llegado Jenny y no dejo de fijarme en cómo interactúan.

Estoy sentada en una esquina del bar, haciendo una bola con varias servilletas, porque necesito tener algo entre las manos, mientras Liam juega al billar con Aiden y Maxwell. Cada vez que termina su turno, se acerca al taburete en el que está Jenny, le pasa el brazo por la cintura y ella se recuesta en su pecho.

Sé que tiene un tatuaje justo donde apoya la cabeza. Bueno, imagino que ella también lo sabe, pero yo sé lo que significa. Lo que significó para él cuando se lo hizo. Y me pregunto si a ella se lo habrá contado también. ¿Habrán hablado de lo que ocurrió? ¿Tendrán ya ese nivel de confianza?

Me fijo en Liam. Él comenta algo, Jenny le contesta y consigue sacar su hoyuelo, lo que me indica que es una sonrisa genuina y que se siente muy a gusto con ella. ¿Siempre han sido tan cariñosos el uno con el otro?

No lo puedo evitar, verlo con Jenny me revuelve el estómago, así que desvío la mirada. Muchos de los chicos del equipo están aquí, por lo que también hay varias animadoras; Alysa, Danna y Kate entre ellas. Las dos primeras están hablando con Nate y Louis, mientras Kate mira las mesas de billar con aire pensativo. Yo me encuentro rodeada por Logan, Hendrix y Gabe, que están hablando de un tío al que han visto haciendo nudismo, lo que al parecer les resulta fascinante.

—Se podría decir que es como ver a una tía haciendo *topless* —comenta Hendrix.

—No es lo mismo ni de coña —dice Logan.

—¿Acaso tú lo has hecho? —pregunta Gabe.

Logan se retrepa en el asiento y posa su brazo detrás de mí. Lleva haciéndolo toda la noche, pero no le he prestado mucha atención.

—La verdad es que no me importaría ir con el tema al aire, los *boxers* aprietan de cojones.

—O sea, que quieres probarlo —se burla Gabe.

—Tío, deja de darle ideas. —Hendrix le da un codazo en las costillas, Gabe se queja y le da un puñetazo en el brazo, y así empieza un pique que los lleva hasta la mesa de *hockey* aire, dejándonos a Logan y a mí solos.

Cuando lo miro, me está sonriendo de forma escalofriante.

—¿Qué te pasa?

—Pueees —se hace el interesante—, parece que vuelves a estar soltera, ¿eh?

—Sí, ¿y? —Cojo otra servilleta. Luego dejaré propina, no me gusta gastar a lo tonto, pero es que estoy nerviosa.

—Pues me preguntaba si querrías salir conmigo alguna vez.

Abro mucho los ojos, perpleja. Nunca he pensado en Logan de esa forma, la verdad. Aunque es bastante guapo y simpático, y en el orden natural del insti, las animadoras de *hockey* estaríamos con los jugadores, desde que tuve la mala experiencia con Ethan prefiero no mezclar las cosas. Si algo fuera mal, tendría que verlo cada día, tanto en clase como en los ensayos, y me resultaría muy incómodo.

—Siendo sincera, ahora mismo no me apetece salir con nadie.

—Claro, lo entiendo. —Me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja. Seguro que ese movimiento suele funcionarle con las chicas, pero yo no siento nada—. Solo dime que me tendrás en cuenta cuando llegue el momento.

—¡Logan, te toca! —La voz de Liam nos interrumpe desde la mesa de billar.

—¡Estoy bien aquí, colega! —le responde—. ¡Jugad vosotros!

—¡Que vengas de una puta vez! —le ordena Liam.

Cuando levanto la mirada hacia él, parece exasperado. Jenny ya no

está a su lado, y Alysa y Danna se dirigen a nuestra mesa con tres vasos.

—Parece que el deber me llama, luego seguimos. —Me guiña un ojo y va hacia la mesa de billar.

—Hemos conseguido que el camarero nos ponga unas cervezas. —Danna me tiende una que no me apetece nada, pero tampoco voy a despreciarla, así que brindo con ellas antes de darle un sorbo.

—Aj, está superamarga.

—Es que es artesana, la hace Klaus aquí, en el almacén —señala a uno de los camareros que están sirviendo en la barra. Va tatuadísimo y parece alemán—. El bar es suyo.

—Qué bien.

—Por fin tenemos otro sitio de confianza que no sea La Bohème. —La indirecta va dirigida a mí, por lo que la recojo.

—Estoy segura de que a Aston no le importaría que siguieras yendo.

—Ya, pero ahora soy yo la que no quiere. —Lo que en realidad no quiere es verlo con Maddie y, en cierto modo, puedo entenderlo, así que lo dejo estar—. ¿Y a ti qué te ha pasado con Nick?

—Nada, se ha terminado y ya está. —Es todo lo que voy a decir al respecto, porque como empiece a hablar, voy a cabrearme otra vez.

—A mí nunca me cayó bien —comenta Alysa.

Me falta muy poco para poner los ojos en blanco. Miro a nuestro alrededor, pero no sé dónde se ha metido Kate. Al menos con ella puedo intercambiar miradas cuando se ponen a criticar a los ex como si fuera una especie de muestra de sororidad entre chicas.

—Antes lo vi en la puerta del Steak con esa, la que tiene un lado de la cabeza rapado. ¿Se puede tener peor gusto? —siguen hablando entre ellas.

—Estarían preparando la actuación —indago un poco.

—Supongo, pero estaban muy pegados. —Hace un gesto con las manos, uniendo los dedos.

Nick y Laurie, ¿en serio? Bueno, ni siquiera sé si es verdad, pero lo hacía más con alguna chica de su club de fans que con ella. Aun así, me sorprendo al sentir que no me afecta como pensaba que lo haría.

—No merece la pena que llores por él, Ari —me dice Alysa.

—Yo no lloro, chicas, y menos por un tío —les dejo claro. Lo he hecho solo un poco en mi habitación. Y me hubiera quedado todo el finde revolcándome en mi miseria si no llega a ser por Liam, pero es que yo también necesito lamerme las heridas en plan Buffy, y mimarme y darme mi tiempo para que deje de escocer. Pese a lo que opine la mitad del instituto, tengo sentimientos, aunque no los muestre demasiado. Y menos delante de ellas.

—Y con Logan, ¿qué tal? Lleva como un siglo coladito por ti —me pregunta Danna, que no es exagerada ni nada.

—¿Y por qué yo acabo de enterarme de eso? —Frunzo el ceño. No hay cotilleo que no llegue a mis oídos y más si es de alguien del equipo.

—Si no te lo ha dicho antes es porque tenías novio, pero una vez me pidió tu número de teléfono. —Danna se aparta el pelo de la cara —. No se lo di, claro. Soy una buena amiga.

—Claro. —Probablemente no lo hizo por el mismo motivo por el que no me lo contó. No suele gustarle cuando no es ella la protagonista. Es una de las razones por las que no soy yo la capitana de las animadoras. Ella quiere el título, necesita destacar, aunque yo hago todo lo demás: las coreografías son cosa mía y en el ensayo mando yo—. Bueno, nunca lo he visto así, la verdad.

—¡Vamos, si está buenísimo! —me anima Alysa—. Y esos músculos… se podría fundir mantequilla en sus abdominales.

Nos reímos. La verdad es que no está mal, pero voy a tomarme las cosas con calma. Si en algo tiene razón mi padre es en que las solicitudes para la universidad están cerca y debo centrarme en sacar buenas notas en los exámenes.

—No sé, ya me lo pensaré.

—Si necesitas un descanso, puedo encargarme yo de los ensayos

esta semana —se ofrece Danna.

«Ni de coña». Me lo dice porque se le da fatal el doble axel que he metido en la coreo, siempre acaba con el otro pie, pero no es un paso difícil, solo es cuestión de ensayar más.

—Qué generoso de tu parte —ironizo—, pero no, gracias. ¡Kate! —la llamo para que se acerque cuando aparece entre las máquinas de baile.

—¡Hola!

—Has tardado un siglo en el baño, ¿tienes algún problema ahí? —Danna la señala con cara de asco.

—No. —Se sonroja—. Es que me he encontrado con alguien.

—¿Con quién? Si tú no conoces a nadie que no conozcamos nosotras.

Danna mira a su alrededor. El bar está abarrotado, pero no hay nadie nuevo. Los chicos del equipo están repartidos entre las mesas de billar y las de *hockey*, mientras las chicas están animándolos y jugando a los dardos. Liam vuelve a estar con Jenny, pero mira hacia nosotras. En concreto, a mí. Ya no está tan serio, solo… ¿anhelante? ¿O me lo estoy imaginando porque es lo que quiero ver?

Dios, tengo que dejar de pensar en Liam de esa forma ¡ya! Pero ¿y si es imposible? Ya no me gustará ningún chico porque los compararé con él y, obviamente, saldrán perdiendo. Entonces acabaré soltera, besando a un montón de sapos, mientras él se compromete con otra y me pide que sea dama de honor en su boda. Entonces, en secreto, intentaré impedir que se case, como Julia Roberts en *La boda de mi mejor amigo,* o haré mil chorradas para que se enamore de mí, cuando está claro que eso es imposible, porque él estará embobado con la perfecta Cameron Díaz. Y solo me quedará ver cómo es feliz y ser la madrina de sus tres perfectos hijos, rubios, con ojos azules, que me llamarán «tía Ari» en vez de «mamá». Y yo me resignaré a verlo en la distancia, porque jamás sabotearía su felicidad. En todo caso, le confesaría mis sentimientos mucho antes de que todo eso pasara, pero no puedo hacerlo mientras está con Jenny. No sería justo para nadie y podría hacer que lo

perdiera por bocazas.

—La encargada de la biblioteca —responde Kate, ajena al dilema existencial que estoy viviendo ahora mismo, y me obligo a volver la vista hacia ella.

—¿Y tú qué tienes qué hablar con esa? —Alysa tiene el ceño fruncido.

—Solo la estaba saludando —se excusa Kate, como si tuviera que hacerlo.

—No te preocupes, puedes saludar a quien te dé la gana —le aseguro yo, y me dedica una tímida sonrisa—. Hay gente que habla en lugar de ladrar, chicas —les digo a Alysa y Danna.

—Solo preguntábamos, no es para que te pongas así. —Danna se echa el pelo hacia atrás—. Kate, ve a decirle a Nate que venga.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque te lo estoy pidiendo yo, ¡vamos!

—Y que se traiga a Louis. —Alysa le da un codazo y Kate se levanta.

—No tienes por qué ir —le digo, pero ella se encoge de hombros.

—Da igual, ahora vengo.

—Sois unas víboras —les espeto cuando se aleja. Ellas se echan a reír.

—Tía, si vamos nosotras va a parecer que somos unas arrastradas.

—Sois mucho peor que eso. —No me corto un pelo, es la única forma de tratar con ellas sin que se te suban encima, como a la pobre Kate.

Cojo mi vaso para darle otro sorbo, pero de repente tengo a Liam a mi lado con cara de preocupación y me pongo en alerta al instante.

—Ari, es la abuela. Tenemos que irnos. —Me señala su móvil.

Me levanto a toda prisa.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Dotty?

—No, ella está bien… Se trata de Aston y Madison.

- 10 -

Tearin' up my heart

LIAM

La tensión se puede cortar con un cuchillo cuando llegamos a casa. La abuela está abrazando a Aston tan fuerte que no distingo dónde empieza uno y termina el otro. A Ari y a mí nos cuesta casi una hora calmarlos para que puedan explicarnos lo que ha pasado, porque solo he recibido un mensaje de la abuela diciéndome que fuera corriendo a casa porque Aston y Maddie habían discutido. Y ahora estoy en *shock*.

Estamos sentados a la mesa de la cocina, con una taza de té, el remedio de mi abuela para cualquier pena, y mientras nos lo cuentan todo, Ari entrelaza nuestras manos por debajo de la mesa. Sé que está tan sorprendida como yo, así que se la aprieto con fuerza para que sepa que estamos juntos en esto.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —les pregunto.

—Hice una promesa, Liam. La señora Sullivan quería ser quien se lo contara a Mads, pero nunca lo hizo.

—¿Y a mí? —Los miro alternativamente. Aston está destrozado y la abuela parece haberse echado diez años encima de golpe. Tras sus ojos, tan iguales a los míos, hay un dolor profundo que casi nunca deja ver.

—No era nuestra historia, tesoro. No nos correspondía a nosotros contarlo.

Lo entiendo, joder, claro que sí. Sé lo mucho que han sufrido sin que yo me diera cuenta, porque siempre han intentado protegerme de lo malo del mundo, pero esto es… No tengo palabras.

Sabía que mi padre era un monstruo que acabó con la vida de mi madre, y con la nuestra tal y como la conocíamos, pero que mamá estuviera enamorada de la madre de Maddie es algo nuevo para mí y jamás lo hubiera imaginado. Eran las mejores amigas, pasaban mucho tiempo juntas porque además eran vecinas, pero ¿esto? Me hace plantearme si realmente conocemos a las personas o si a veces

los secretos que guardan los definen incluso mejor que la cara que muestran al mundo.

—¿Y Madison? ¿Cómo se lo ha tomado? —pregunta Ari.

—Está muy enfadada y dolida. —Aston agacha la cabeza, derrotado, y se frota los ojos—. No sé si me va a perdonar.

La abuela le acaricia la espalda.

—Claro que lo hará, mi niño. Madison te quiere.

Ari y yo nos miramos asustados.

—La abuela tiene razón, todo se arreglará —digo convencido—. Acabamos de recuperarla.

—Lo has hecho lo mejor que has podido, Aston. Tú también lo has pasado muy mal —dice Ari, comprensiva.

Miro a Aston y a la abuela y me doy cuenta, no por primera vez, de la tremenda suerte que tengo de que mi familia de sangre sea la misma que elijo cada día, y que me elige a mí, por encima de todo. Gracias a ellos fui un niño feliz, porque no permitieron que me diera cuenta de lo que pasaba en mi casa. Cuando mamá estaba en el hospital, la abuela me decía que se había ido de viaje. Cuando preguntaba por papá, me hacían creer que estaba trabajando. Me protegían para evitar que viera cosas que ningún niño debería conocer, mientras ellos se comían toda la mierda. Perdí a mi madre cuando tenía trece años, y entonces aprendí lo que era el dolor. Un dolor desgarrador y lacerante que me destrozó, pero que mi hermano ya había experimentado mucho antes. No puedo estar enfadado con Aston, porque si soy como soy hoy es gracias a la abuela y a él.

—¿Y de qué me ha servido si ni siquiera puedo arrepentirme de haberlo ocultado? —Aston me esquiva la mirada—. Lo siento, Li. Lo siento mucho.

Me levanto y voy a abrazarlo. Si hay algo que odio más que esta puta situación es que la gente que quiero sufra. Es increíble cómo nuestras vidas se ven afectadas por las decisiones de otros, para bien y para mal, y no podemos hacer nada para evitarlo.

—No tienes que preocuparte por mí. Sé que siempre haces lo que

crees mejor para los demás y te quiero por eso. —Aston se aferra a mi cintura y entierra la cara en mi pecho.

«Ay, hermanito. Yo también te sostengo».

—No me puedo creer que esté pasando esto, joder —solloza.

—Todo va a salir bien, no contemplo otra posibilidad —digo con firmeza—. Ya has pasado por suficiente mierda para varias vidas, ahora te mereces ser feliz.

Se limpia las lágrimas con su camiseta.

—Mads me ha dicho que necesita tiempo, y se lo voy a dar, aunque me joda.

—Eso está bien, mi niño. ¿Por qué no intentas dormir un poco? Mañana verás las cosas con más claridad.

—Sí, será lo mejor. —Ari también lo abraza antes de que se vaya a su habitación, donde estoy seguro de que se pasará la noche en vela, escribiendo.

—Yo también voy a descansar —dice la abuela—. Cariño, si te quedas a dormir, avisa a tus padres.

—Sí, Dotty. Voy a mandarle un mensaje a Roxana.

—Buenas noches, abu. —La abrazo y dejo un beso en su mejilla—. Te quiero. —Quiero que lo sepa, por si algún día no puedo decírselo.

—Yo a ti también, tesoro. Y a ti. —Le da un beso a Ari, que para ella es una nieta más.

—Y yo, Dotty. Que descanses.

—Vamos a la habitación. —Extiendo la mano y Ari la coge sin decir nada. Entre nosotros sobran las palabras esta noche.

Vamos al baño por turnos. Le doy una de mis sudaderas del equipo y unos *leggins* que se dejó aquí hace tiempo, cuando hicimos una fiesta de pijamas Aston, ella y yo. Aquel día construimos un fuerte con almohadas y los cojines del sofá y proyectamos las pelis de *A todo gas* en la pared del porche. Llegamos hasta la tercera. Todo un logro sin dormirnos antes. Primero cayó Aston, que estaba exhausto después de trabajar en la cafetería, luego ella y después yo. En orden.

Como siempre. En aquel momento no lo pensé, pero ahora me doy cuenta de que faltaba Maddie. De hecho, no sabía cuánto la echaba de menos hasta que la tuve delante, y darle un abrazo o preguntarle mil veces cómo estaba no era una opción, sino algo necesario.

Cojo el móvil y le envío un mensaje para que sepa que estoy aquí si quiere hablar, que no está sola y que la quiero.

—Qué bien huele tu sudadera —me dice Ari cuando vuelve a la habitación.

—Ya sabes, nena, mi esencia. —Dejo el teléfono en la mesita de noche y ella sonríe antes de tirarse en la cama, donde ya la espero.

Se coloca de lado, con una mano bajo la cabeza y la otra alrededor de mi estómago. Apago la luz y nos quedamos en silencio.

—Mamá y la señora Sullivan… —Dejo que esas palabras floten en el aire.

—Lo sé, no lo he visto venir —susurra.

—Fue ella quien vino a recogerme ese día. —Volvía de una excursión a Sacramento cuando me encontré a la señora Sullivan esperándome en la parada del autobús, a la entrada del instituto. En lo primero que pensé fue en Madison; no tenía ni idea de todo lo que vendría después—. No sé, tengo ese día muy borroso. Creo que me he negado a recordarlo durante mucho tiempo.

—Y pensar que todo se ha descubierto por culpa del diario que encontramos cuando fuimos a pintar la habitación de Maddie…

—Tiene que haber sido un *shock* también para ella —pienso en voz alta.

Quizá debíamos encontrarlo. A lo mejor ha sido una señal. Porque Madison tiene la suerte de que su madre esté viva y poder reconectar con ella, y Aston necesitaba liberarse de ese secreto. Siempre me había preguntado por qué tenía ese carácter tan taciturno, por qué él no podía superar del todo la pérdida. Incluso llegué a pensar que era por mi culpa, porque tuvo que abandonar el *hockey* y ponerse a trabajar para ayudarnos a salir adelante. ¿Cómo no voy a tenerlo en un pedestal? Lo he visto ser extraordinario. Lo he visto sacrificarse

sin titubear. Y tiene una cicatriz en la ceja izquierda que me lo recuerda cada día.

—Puedes llorar, Liam. No tienes que hacerte el fuerte para que los demás no sufran. Aquí estamos seguros. —Ari acaricia mi vientre, infundiéndome ánimos.

Me giro hacia ella y quedamos cara a cara.

—En realidad, esto me da esperanza. —Como se me ha olvidado bajar la persiana, las luces del porche se reflejan en nuestros rostros, formando unas sombras. Mi cama es de noventa, por lo que casi respiramos el aliento del otro. Me pican los dedos de las ganas de tocarla, pero me contengo—. Mamá tuvo un gran amor, Ari. Tuvo momentos felices con la señora Sullivan. Ella… pudo vivir eso, y es un gran consuelo para mí. —Me tiembla la voz, y es ella quien enjuga mis lágrimas.

—Ni te imaginas cuánto admiro el corazón tan grande que tienes.

Trago saliva.

—No soy tan bueno. Yo también contribuí a que la abuela y Aston lo pasaran mal.

—Estabas sufriendo. No entendías nada y es normal que lo pagaras con el mundo. —Sigue acariciándome las mejillas—. Y tu mundo eran ellos.

—Y tú —le aclaro. Mi mundo eran la abuela, Aston y Ari.

***

Recuerdo cada noche que se quedó a dormir en casa, cuando me abrazaba por la espalda y me decía que todo iría bien. Las noches que me quedaba dormido llorando en su pecho. Todas las que ella lloraba conmigo. Y cuando sus padres le decían que no podía venir, nos llamábamos por teléfono, poníamos una peli y nos quedábamos en silencio hasta que nos dormíamos. Así, noche tras noche, hasta que oí a Aston y a la abuela hablar sobre mí.

Era tan iluso que hasta que un médico certificó la muerte de mamá, yo creía que había esperanza. Pensaba que despertaría, que volvería a casa, me haría alguna broma de las suyas y nos reiríamos

juntos, como siempre. Mamá era muy risueña; ahora sé que llevaba el dolor por dentro, pero fue ella quien me enseñó a sacarle el lado positivo a todo. No quería decepcionarla, así que buscaba y buscaba, pero me parecía imposible. No había nada bueno en que ella no estuviera con nosotros, estaba lleno de rabia y miedo, por lo que la abuela decidió llevarnos a Aston y a mí al psicólogo. No fue un proceso fácil, y yo no ponía mucho de mi parte, hasta que me desperté una noche para ir al baño y oí las voces que provenían de la cocina.

—No sé qué más hacer, abuela —se lamentaba mi hermano—. Madison no contesta y era mi último recurso. Pensaba que si ella hablaba con él, a lo mejor podía animarlo.

Entendía a Aston. No pasaba un día sin llorar por mamá, pero es que no podía evitarlo. Tenía un peso en el centro del pecho que no me dejaba respirar con normalidad.

—El psicólogo dice que vamos por buen camino. Los dos estáis avanzando, pero necesitáis tiempo.

—No. —Negó repetidamente con la cabeza—. Conozco a mi hermano, él siempre ha sido pura vida y se está apagando.

—No podemos pretender que esté bien de un día para otro, mi niño. —La abuela cogió su mano—. Las personas sanamos por capas, según lo que estamos listos para asumir. Y a algunas les cuesta más, pero eso no es malo. —Le acarició el pelo—. Un día se reirá por algo, al siguiente le dolerá un poquito menos, y al otro caerá en que lleva una semana sin llorar, hasta que se dé cuenta de que se puede ser feliz, incluso con esa pena.

Aston se sorbió la nariz.

—Yo no seré feliz hasta que Liam lo sea —sentenció.

Ese día decidí que volvería a sonreír hasta que me lo creyera. Sonreiría hasta que ese hueco en mi pecho se cerrara. Sonreiría por Aston y por mí, porque quería volver a ser esa persona que él describía. Quizá no pudiera expulsar el dolor, pero sí aprender a convivir con él. Podía volcar todos esos sentimientos en el *hockey*,

hacer algo bueno con ellos, como me dijo el psicólogo.

No sabía si la abuela tendría razón, pero iba a intentarlo. Por mí, por ella y, sobre todo, por Aston.

***

Abro los ojos y me encuentro con la cabeza de Ari apoyada en el pecho, nuestras piernas entrelazadas y su brazo envolviendo mi cuerpo. Y me siento genial así, hasta que me acuerdo de lo que pasó anoche. Entonces me estiro un poco para coger el móvil y veo que tengo un mensaje:

Maddie: Me voy a Boston.

El día es complicado. Aston vaga como alma en pena por el insti y pide turnos extras en La Bohème para mantenerse ocupado y dejar de pensar. Ari y yo le enviamos varios mensajes a Maddie, que no contesta hasta la noche, cuando nos dice que ha encontrado a su madre muy desmejorada y que no va a volver hasta que sepa que está mejor. La abuela prepara gofres y luego me llevo a Aston a la playa. No vamos a hacer surf, el mar está en calma, pero sé que ahí es donde él respira mejor. Hablamos de mamá. Me cuenta lo que supuso para él, me habla de Marcia Sullivan, me confirma por qué fue ella quien vino a recogerme, y hablamos del día en que la perdimos, aunque eso ya había ocurrido mucho antes de que desconectaran las máquinas.

Intento reconfortarlo, pero sé que no es a mí a quien necesita escuchar ahora mismo. Solo espero que cuando Maddie vuelva, hable con él y se arreglen las cosas. Odio esta situación y no dejo de pensar en si hay algo que pueda hacer para que mejore, pero ¿qué?

- 11 -

We Can't Be Friends

ARIADNA

Cansada de dar vueltas en la cama, me visto con unas mallas y un sujetador deportivo y salgo a correr para despejarme antes de ir a clase.

Maddie lleva cuatro días en Boston y solo hemos recibido unos cuantos mensajes diciéndonos que su padre se ha hecho cargo de la situación y que parece que las cosas empiezan a ir mejor. Me alegro muchísimo por ella, pero aquí ha dejado a un Aston destrozado por los remordimientos, y a un Liam que sufre y siente con tanta intensidad que prefiere enmascarar el dolor tras una sonrisa que gritarlo hasta quedarse afónico. Y a mí, que no tengo ni idea de cómo se reescribe un pasado que parecía tan real.

Yo fui quien descubrió el diario, leí varios fragmentos y ahora todo cobra tanto sentido que me parece imposible no haberlo averiguado antes. Éramos tan solo unos niños, pero ya veíamos mucho más que los demás. Sobre todo Aston. Espero que lo ocurrido se solucione pronto, en los últimos meses lo he visto feliz de verdad y no quiero que retroceda los pasos que ha avanzado.

Le mando un mensaje a Maddie para que sepa que seguimos echándola de menos y que estamos aquí para ella, y, después, me pongo los auriculares y piso la arena de la playa. Son las seis y media, así que aún hay poca gente y puedo disfrutar de la tranquilidad. Me encantan las mañanas, tener todo el día por delante, salir a correr sin que mis padres se quejen, respirar el mar..., la libertad.

Cambio de canción y decido hacer un esprint hasta el muelle. Me gusta retarme y superar mis marcas. Me pongo al límite y mi pulso casi estalla mientras escucho *Ordinary*, de Alex Warren, a todo volumen.

Al llegar, me apoyo sobre las rodillas flexionadas, intentando recuperar el aire.

Saco el móvil, que llevo enganchado en el brazo, y consulto la hora.

Tengo que volver pronto si quiero que me dé tiempo a ducharme y desayunar. Aprovecho para mirar los mensajes. Tengo uno de Liam. Tomo aire y vacío mis pulmones para volver a llenarlos.

Liam: ¿Recuerdas aquello que hablamos a principios de curso de no posicionarnos entre Maddie y Aston?

Yo: Sí.

Liam: Pues voy a hacerlo. Te lo cuento en el insti.

Dios, este chico va a acabar conmigo. No tengo ni idea de qué se le habrá ocurrido, pero estoy deseando averiguarlo, así que hago otro esprint antes de salir de la playa para dirigirme a Ocean Park.

Me ducho rápido y hago mi rutina de cada mañana: cremas, maquillaje, peinado y ropa. Después cojo la mochila y bajo a la cocina, donde Roxana ya me espera con el desayuno. Hay cereales, fruta, huevos revueltos y café. El olor es delicioso.

—Toma. —Me pasa un táper—. Te he puesto unos trozos del pastel de moras que hice anoche para que los compartas con tus amigos.

—Muchas gracias. —A Roxana le encanta la repostería y siempre está haciendo tartas riquísimas que no debo comer a diario, por eso aprovecha que mis padres están fuera. Últimamente les ha dado por pedirle que cocine un montón de chorradas pijas que han descubierto en Nueva York, y cuando están aquí, siempre me quedo con hambre—. ¿Sabes ya cuándo viene tu hermana de vacaciones?

—Sí, ha cogido una semana para Nochevieja. —Se le nota emocionada. Hace años que no se ven y ella no tiene más familia. Ha vivido siempre con nosotros; la conozco desde que era pequeña y entró a trabajar para mis padres como interna. Su ilusión era ser actriz, por eso vino desde Arizona, pero solo la cogieron para un par de papeles pequeños, hasta que decidió renunciar a su sueño y quedarse cuidando de mí y de esta casa—. Voy a llevarla a visitar Los Ángeles y veremos algún musical. Será estupendo.

—Seguro que lo pasáis genial. La traerás algún día, ¿no?

—Claro, así le echo un vistazo a la casa. Confío en que no me la revuelvas mucho.

—Te lo prometo. —Me pongo una mano en el pecho para enfatizar mis palabras. Probablemente pase más tiempo en casa de los West que aquí, de todas formas.

—¡Eres una zalamera! Y ahora vete ya o llegarás tarde y no quiero que corras con el coche.

—Tranquila. —Me termino el café y le doy un beso en la mejilla—. Que pases un buen día.

—¡Y tú, cariño!

Veinte minutos después, estoy aparcando en la entrada del insti. El Jeep de los chicos ya está aquí y me pregunto dónde estará Liam. Pensaba que nos veríamos antes de clase, pero solo quedan cinco minutos para que suene el timbre y hay poca gente por los pasillos.

Voy de camino a Cálculo cuando alguien me rodea la muñeca y tira de mi brazo hasta meternos en un cuartito. Tardo unos segundos en averiguar que es el cuarto del conserje y otro más en darme cuenta de que mi secuestrador es Liam. Lo sé porque el aroma a jabón de su piel es uno de mis olores favoritos en el mundo.

—¿Qué hacemos aquí? —susurro, no sé por qué. Supongo que porque estamos haciendo algo prohibido.

—Tengo que hablar contigo. —Él también susurra muy cerca de mis labios. ¿Qué hace tan cerca?

—Enciende la luz.

—No sé dónde está.

Cojo mi móvil de la mochila, activo la linterna y miro a nuestro alrededor.

—Tiene pinta de que en este cuarto hay un montón de bichos —me estremezco.

—Tranquila, yo te protejo —dice a un palmo de mi cara.

—¿Qué estás tramando?

—Lo que te he dicho por mensaje.

—¿Y no puede esperar?

—Claro que no, se trata de Aston y Maddie. —Se encoge de hombros como si eso lo justificara todo. Liam es la persona más calmada que conozco, es sensible y comprensivo y tan protector como su hermano, pero también es muy libre y no se calla lo que piensa. Si lo hace, revienta.

—Vamos a llegar tarde a clase —me quejo.

—No me entretengas y terminaremos antes. —A través de la luz de mi móvil veo cómo pone sus azules ojos en blanco.

—Vale, suéltalo.

—Creo que ya sé cómo hacer que Aston y Maddie se reconcilien.

—¿De verdad? —Eso me anima.

—Estaba en el gimnasio y se me ha ocurrido una cosa. —Cambia el peso de los pies, inquieto—. Le he dado mil vueltas durante estos días y no caía en nada. Es curioso cómo el ejercicio hace que se te activen las neuronas.

Resoplo.

—Liam, no te enrolles.

Voy a darme la vuelta, pero él me coge de la cintura y quedo atrapada entre la puerta y su cuerpo. Su aliento se mezcla con el mío y mi respiración se acelera.

—Espera, que te lo explico.

—Date prisa.

Me quedaría con él aquí metida el resto del día si no fuera porque ahora mismo deberíamos estar en otro lugar. Y, bueno, que esté tan cerca como para poner a prueba mi autocontrol me preocupa un poco.

—¿Te acuerdas de que, cuando éramos pequeños, yo estaba colado por Maddie?

—Sí. —Me lo contó unos meses antes de que Madison se fuera a Boston. De hecho, ella fue su primer beso.

Lo que nunca me he atrevido a preguntarle es si a él le seguía gustando nuestra amiga, porque podrían ocurrir tres cosas y las tres

me dolerían en el alma.

Una: que me mintiera y sería la primera vez. Nosotros nos lo contamos todo. Es la base de nuestra relación. Al menos, lo ha sido hasta ahora.

Dos: que me dijera que sí, pero que no hiciera nada al respecto. Porque Liam no se calla, pero sería capaz de hacerlo por Aston y eso acabaría consumiéndolo.

Y tres: que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse por precipitar las cosas. Porque Aston siempre ha protegido a Liam, pero también ha sido recíproco, con pequeños gestos, aunque el hermano gruñón no se haya dado cuenta.

Y sé que si se lo hubiera preguntado, habría sido real y entonces tendría que hacer algo con ello. Puede que sea precisamente por eso por lo que no digo nada. Porque una vez que pronuncias las palabras en voz alta, ya no hay vuelta atrás.

—Cuando nos despedimos de ella, le dije algo. Era una tontería, pero no sé, memoricé una poesía y se la dije.

Frunzo los labios. No tengo ni idea de a dónde quiere llegar.

—¿Te declaraste?

—Algo así, pero no, joder. Teníamos doce años.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

—Me dio vergüenza, yo qué sé. De todas formas, Maddie no me correspondía, pero creo que para Aston sí era algo importante, porque esa poesía la cogí de uno de sus cuadernos.

—¿¡En serio!? —exclamo. Liam se apresura a cubrirme la boca con la palma de su mano.

—Shhh, no grites. —Le doy un mordisco—. ¡Ay, bruta!

—No me puedo creer que le robaras las palabras a tu hermano para declararte.

—No fue exactamente así. No me declaré.

—Tecnicismos. —Me río—. Entonces, ¿Aston escribía poesía sobre Maddie? ¡Qué romántico!

—Nena, en serio, baja la voz.

—Eres tú el que nos ha metido en este cuartillo, podríamos haber quedado en la calle.

—¡Lo tenía a mano! —Se revuelve el pelo. En circunstancias normales lo pararía, porque sé que odia despeinarse después de tirarse una hora delante del espejo, pero en un rato se va a poner el casco de la equipación, así que paso—. En fin, a lo que voy. En aquel momento no sabía que esas letras eran para Madison, pero ahora es evidente que sí.

Nuestros cuerpos están pegados, solo nos separan unos milímetros y temo que note mis nervios.

—¿Y cuál es tu idea?

—Vale, he pensado darle el cuaderno. Que lo lea y sepa lo que Aston siente por ella.

—Tu hermano te va a matar.

—Puede ser, pero Maddie está enfadada y no va a hablar con él.

—Ella sabe que Aston la quiere, pero es una cabezota.

—Sí, y también que lleva años ocultándole un secreto, no lo va a dejar pasar tan fácilmente.

—Tienes razón. —Yo siempre he sabido que a Aston le gustaba Maddie y tengo bastante claro que es recíproco, pero cuando vuelva, ¿estará preparada para seguir donde lo han dejado? Eso es algo que solo puede contestar ella—. No lo fuerces, Liam.

—No voy a forzar nada, solo voy a tantear el terreno.

—Tú sabrás, pero no la cagues. —Le pongo una mano en el pecho y lo empujo para que me deje espacio. Necesito salir de aquí.

—¿Cuento contigo, nena?

Resoplo y abro la puerta antes de contestarle:

—Ya sabes que sí.

- 12 -

Just Friends

LIAM

Estoy esperando a Ari en la puerta de los vestuarios. Hace unos días le pedí al entrenador salir antes y hoy, al recordárselo, se ha cabreado muchísimo. Llevamos toda la semana visionando partidos antiguos y terminando el entrenamiento casi a la hora de cenar. Los chicos se están esforzando y yo me estoy dejando la piel en cada jugada para conseguir acabar el año con una victoria, aunque mi cabeza está con Maddie. Necesito que vuelva pronto y arreglen lo suyo para recuperar a mi hermano.

Ari sale cinco minutos más tarde. Va mirando el teléfono y frunciendo los labios, como hace siempre que algo le preocupa.

—¡Ey, nena! —Le paso un brazo por los hombros y le doy un beso en la cabeza antes de empezar a andar hacia la salida. A estas horas el instituto está lleno de gente terminando las extraescolares y, sobre todo, de deportistas—. ¿Qué ocurre?

—Mi madre. —Guarda el móvil en la mochila y me dedica una sonrisa—. Quería que le enviara una foto de mi *outfit* para asegurarse de que iba «acorde a sus estándares» —entrecomilla con los dedos—. Está enfadada porque no me quise poner el vestido que ella me «sugirió amablemente».

Resoplo. Sus padres son muy exigentes, pero lo de su madre, en concreto, es otro nivel.

—¿Y cuál es la nota?

—Un aprobado raspado. —Sonríe fingiendo que no le duele, pero sé que sí.

Los padres no deberían ser tan severos con sus hijos ni hacerles sentir mal por su aspecto. Si ellos no son tu puerto seguro, entonces ¿a quién puedes aferrarte? Siempre he procurado que Ari cuente conmigo igual que yo con ella, y hoy no será la excepción.

—¡Un momento! —exclamo con sorpresa, como si acabara de ver

algo impresionante. Y es que ella lo es.

Me paro en mitad del pasillo, con la gente esquivándonos como pueden, porque nadie se atreve a decirnos que nos apartemos para dejarlos pasar.

Le hago un buen repaso, recorriéndola de arriba abajo con los ojos. Al final se ha puesto una falda de cuero y el jersey rojo que resalta sus ojos color caramelo. Lleva el pelo rubio, más oscuro en las puntas, liso; seguro que ha tardado porque estaba pasándose la plancha. Ni siquiera debería esforzarse tanto para contentarlos cuando está más que claro que poco les importa a ellos tener una hija tan extraordinaria.

Cojo su mano y la hago girar sobre sí misma. Luego pego su pecho contra el mío y le susurro al oído:

—Para mí eres un sobresaliente.

—Gracias. —Me rodea con los brazos y deja un beso en mi cuello que hace que me estremezca.

—Como sigas besándome así voy a tener que ir al baño a culminar la faena.

Me pega un puñetazo en el brazo y yo me río a carcajadas.

—Ya te gustaría, West —comenta de broma—. Anda, acabemos con esto de una vez.

—Me encanta cuando me dices cosas tan románticas.

Caminamos hasta su Volkswagen Jetta, y media hora después, vamos por la autopista cantando a todo volumen *Ghost Town*, de Benson Boone. Son casi tres horas de viaje y he empezado conduciendo yo, porque Ari está un poco inquieta. Cuando termina la canción, bajo el volumen.

—Pareces nerviosa.

—¿Yo? —pregunta con voz chillona—. Qué va. Es que todavía tengo los gritos del entrenador en los oídos. Farley ha estado a punto de saltarle encima, en serio. Si las miradas mataran, habría caído fulminado.

Me río.

—Entre esos dos hay algo. La tensión sexual que se respira en el hielo es brutal.

Desde que la abuela insinuó en uno de los partidos que el entrenador Foster y la entrenadora Farley estaban liados, Ari y yo nos hemos estado montando un millón de películas al respecto.

—En mi opinión, Foster está buenísimo para la edad que tiene —divaga—. Es como Lucas Scott en *One Tree Hill*.

Pongo los ojos en blanco.

—En la serie no tendrá más de treinta. —Lo sé, la vimos juntos—. El entrenador tiene cuarenta y cinco.

Es verdad que se conserva muy bien, pero es porque no deja de hacer deporte. Lo he visto sin camiseta y tiene unos abdominales brutales.

—Bah, minucias. —Hace un ademán con la mano—. No creo que Farley ponga pegas a eso. —De pronto se le ocurre algo y se gira hacia mí—. A lo mejor esperan a que nos vayamos para enrollarse en los vestuarios, ¿te imaginas?

—Te aseguro que yo no voy a ir a comprobarlo. —Arrugo la nariz—. Espero que mañana esté de mejor humor, el equipo necesita toda la ayuda posible.

—Eso no es verdad. Tú brillas y hoy has estado increíble. —La miro de reojo y sé que es sincera—. Es alucinante ver cómo mejoras tu juego sin dejar de apoyar a los chicos.

—Lo están haciendo bien, cada vez parecen más concentrados en el hielo.

—No te quites mérito —me dice—. Te he visto darles instrucciones durante horas, deberías estar afónico, tienen mucha suerte de tenerte.

—Ya, pero podía…

—No —me corta—. Te exiges mucho a ti mismo, pero, en este caso, no te corresponde a ti cargar con la culpa de nada, así que ni se te

ocurra pensar que podrías haber hecho algo más.

Soy el capitán, respondo por el equipo y siento sus fallos como míos, es mi responsabilidad y también una putada muy grande, pero no la cambiaría por nada del mundo.

—Tú también has creado una pasada de coreografía.

—¿A que sí? —dice ilusionada. Le encanta patinar—. La entrenadora me da mucha libertad para crear los pasos, otra cosa es que el equipo consiga ejecutarlos y mantener la sincronización, pero estamos trabajando en ello.

—Ya he visto que Danna no está precisamente contenta.

—Le sale fatal el doble axel —refunfuña—. Voy a tener que ensayar más con ella.

—¿Por qué metes un paso tan difícil?

Se retoca el pelo, ya de por sí perfecto. Yo devuelvo la vista a la carretera.

—No es difícil y queda espectacular. Solo hay que ensayar más.

—Pues suerte, ahora que no está con Aston tiene más tiempo libre y más mala leche —me burlo.

—Dímelo a mí, que me toca aguantarla.

Nuestro problema es que estamos acostumbrados a poner el corazón en todo lo que hacemos; vamos dejando trocitos en aquello que nos apasiona y nunca nos los devuelven intactos, si es que llegamos a recuperarlos alguna vez.

—¿Te preocupa la entrevista?

—Claro que no. —Vuelve la cabeza hacia la ventanilla—. Es solo un trámite. Mis padres están obsesionados con Columbia, pero no pienso ir.

—Es tu futuro, nena. —La miro de reojo.

—Por eso voy a decidirlo yo.

—Solo digo que quizá deberías pensártelo.

Se hace el silencio durante un segundo. Cuando se gira hacia mí,

está perpleja, como si no entendiera por qué lo digo.

—¿Estás hablando en serio?

Cojo el volante con más fuerza.

—No quiero que te pierdas algo que puede ser bueno para ti por mi culpa, no me lo perdonaría.

—¡No digas tonterías! Lo mejor para mí es que no cambies de opinión sobre algo que decidimos hace siete años. —Suena cabreada y eso es lo último que quiero. Pongo la mano en su rodilla y se la aprieto.

—Vale, perdona. De todas formas, todavía hay tiempo.

—No lo necesito —afirma, y sé que es verdad, pero no puedo evitar preguntarme si se perderá cosas increíbles por estar a mi lado. No quiero atarla por una promesa que hicimos hace tiempo, porque hemos cambiado. Ya no somos los mismos Liam y Ari de hace siete años. Ni siquiera somos los mismos que la semana pasada. Me acojona la posibilidad de separarnos, pero me asusta aún más que pasen diez años y se arrepienta de todo lo que no pudo hacer por quedarse conmigo en San José.

No quiero pensar que, al descubrirse lo que ocurría con mamá y la señora Sullivan, todo vuelva a desmoronarse de nuevo y Ari sienta la obligación de estar a mi lado, porque sé que nunca me dejaría en la estacada. Y yo quiero que sea libre para ir donde le dé la gana y hacer lo que le apetezca; que tenga los mejores estudios, disfrute de todo lo que pueden proporcionarle sus padres; que experimente, viva, ría y después vuelva a mí si es lo que realmente quiere. Yo la estaré esperando con los brazos abiertos.

Siempre.

- 13 -

I Want You To Want Me

ARIADNA

—La entrevista ha sido un aburrimiento. —Le doy un bocado al taco y me relamo. Está buenísimo. Son casi las ocho y todavía tenemos que hacer el camino de vuelta, pero nos moríamos de hambre—. Me ha hecho las típicas preguntas: dónde me veo dentro de cinco años, qué es lo que me motiva...

—Si ni siquiera sabemos lo que vamos a comer mañana —bufa Liam, que ya se ha acabado su taco y está con el arroz.

—¿Verdad? Es el momento de descubrirlo, no de tenerlo claro. —Me limpio con la servilleta—. También me ha preguntado qué escogería si no hiciera Derecho.

—¿Y?

—Pues que no lo sé. —Frunzo los labios—. A él le ha parecido genial, porque ha creído que era vocación, pero la realidad es que, si no fuera por mis padres, no sabría qué hacer en el futuro.

—Lo averiguarías.

—Supongo que sí. —Me encojo de hombros—. Tú lo has tenido claro siempre. Incluso Aston sabía que quería escribir. Yo lo único que he hecho en estos años ha sido patinar y dejar que mi máquina de coser coja polvo.

—Oye, pues se te daba bien.

—Ya ni me acuerdo. —Hace siglos que no la utilizo, no tengo tiempo, pero recuerdo que me encantaba buscar patrones y reproducirlos. Era autodidacta, porque mamá no quiso que me apuntara a clases. El patinaje artístico ya me quitaba demasiado tiempo, hasta que decidí dejarlo para entrar en el *Ice team*, lo que le supuso una gran decepción. Pero ¿y qué? Ellos hacían lo mismo, nunca me preguntaban, solo ordenaban, y supe muy pronto que para tratar con mis padres necesitaba usar otros métodos: tenía que imponerme—. Bueno, ya da igual. Como llevaba las respuestas

preparadas, he contestado y punto.

—¿Y te ha dado buena impresión?

Termino el taco y le doy un sorbo a mi refresco.

—Era majo, y se ha alegrado mucho de que fuera, me ha dado recuerdos para mis padres y todo eso, pero no me ha hecho cambiar de opinión.

Sigo un poco cabreada por la conversación de antes, tengo que reconocerlo. Me quejo del egoísmo de Nick, pero la nobleza de Liam me enfada incluso más, porque sé que sería capaz de sacrificarse por mí, pero yo no me imagino pasar los próximos años hablando por teléfono o viéndonos solo en vacaciones. Quiero lo que tenemos ahora, en todos los sentidos.

—Entonces, ¿qué es lo que te tiene tan nerviosa últimamente?

Mierda. Me conoce demasiado bien.

—He quedado con Nick mañana para devolverle sus cosas.

Liam frunce el ceño.

—¿Te las ha pedido él? ¿Habéis hablado?

Sacudo la cabeza.

—Se lo he dicho yo, paso de tenerlas en mi habitación y verlas cada día.

Tengo que cerrar esta puerta de una vez y ahora mismo siento que está entornada. Sigo pensando en él, en lo que me dijo y en el motivo por el que rompimos. Por su culpa estoy muy confundida y creo que es una forma de aclarar mis sentimientos. A veces pienso que podría volver a tener novio y no darle más vueltas al asunto, y otras que nadie que conozca o con el que ya haya estado me va a entender como Liam. Entonces me fijo en mi mejor amigo y no comprendo por qué nunca hemos intentado ser algo más, si lo tiene todo: puedo hablar con él de cualquier cosa y de nada en particular, me entiende con una mirada, es amable, cariñoso, divertido, sensible, soñador, enamoradizo, risueño, un espíritu libre y le cae bien a todo el mundo. Además, está buenísimo. Tiene unos ojos azules impresionantes y el

pelo rubio, acentuado por el sol, lo hace superatractivo.

Supongo que el problema es que él nunca me ha visto de esa forma, y no puedo culparlo, eso es algo que nadie puede controlar, y tampoco voy a poner en riesgo nuestra amistad confesándole que siento algo por él cuando está con Jenny. Odiaría que se alejara de mí o empezara a tratarme de forma diferente porque él no siente lo mismo.

Así que por eso acabé mandándole ayer un mensaje a Nick para vernos a la salida del insti y me contestó con un «Ok», como si no le interesara.

Me escuece un poco que se haya olvidado tan pronto de mí, la verdad. No entiendo a los tíos que un día dicen que te quieren, te llaman «amor», ponen el mundo a tus pies y al siguiente te borran del mapa sin ningún remordimiento. Y no es la primera vez que me pasa. Hay varios ex con los que no me hubiera importado quedar como amiga, pero que han perdido el culo por desaparecer en cuanto han entendido que no íbamos a volver a liarnos. Sería incluso gracioso si no fuera una mierda.

—Ya sabes que no soy fan de la estrellita, pero ¿de verdad piensas que no vais a arreglarlo? —pregunta con genuino interés.

—No es una posibilidad —afirmo. No solo porque siento que realmente piensa lo que dijo, sino porque no voy a sacrificar a mis amigos para que nuestra relación funcione. Eso sería traicionarme a mí misma.

—Vale. Si tú estás segura, yo estoy contigo.

—Sí. —Asiento, convencida—. De hecho, me apetece volver al mercado.

Liam deja los cubiertos en la mesa y me mira.

—¿En serio? ¿No es un poco pronto? —pregunta reticente.

—Bueno, he pensado que podría empezar después de los exámenes; ya sabes, es difícil estudiar y ligar al mismo tiempo, demasiadas cosas que memorizar. —Nos reímos, pero su sonrisa no le llega a los ojos.

Normalmente salto de una relación a otra sin problemas, y él lo sabe. Cuando le cuento que busco al amor de mi vida, Liam siempre se burla diciendo que voy a por mi próxima víctima. Y es cierto que con Nick ha sido diferente, porque no he roto yo la relación, pero ya casi agonizaba por culpa de los celos. Quizá eche de menos nuestra química, pero no voy a guardarle luto, la vida es demasiado corta como para perderla con alguien que no te quiere. Liam y yo lo sabemos muy bien.

Por eso no entiendo por qué se ha quedado tan pensativo, y entonces me pregunto, no por primera vez, si hay alguna posibilidad de que él esté tan confundido como yo.

- 14 -

Ordinary

ARIADNA

Paso toda la mañana muy nerviosa. Anoche llegué tarde a casa, y me esperaba una videollamada con mis padres para que les contara cómo había ido la entrevista. Por supuesto, les dije que la había clavado, porque es así. No tengo ninguna duda de que me van a aceptar en Columbia, tanto por mi expediente académico como por su red de contactos, pero ese será un problema para la Ari del futuro, porque la de ahora está deseando que termine la hora del almuerzo para hablar con Nick y quitarse parte del peso que ha llevado encima durante esta semana.

—Me voy ya.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofrece Liam, y Aston, Jackson y Brenna se quedan a escuchar mi respuesta por si necesito refuerzos. De verdad que no sé qué haría sin mis amigos.

—No te preocupes, ve al entrenamiento, ahora voy yo. Y vosotros al periódico, a arte dramático o donde tengáis que ir.

Aston se acerca a darme un beso en la frente antes de marcharse. Jackson y Brenna me dan un apretón en el brazo y Liam me guiña un ojo.

Cuando salgo y llego al aparcamiento del insti, Nick me espera apoyado en su moto, escribiendo algo en el móvil. Durante un instante me imagino que está hablando con Laurie o con cualquier otra chica, pero me da igual. Ya no somos nada. Y tampoco quiero que lo seamos.

—Hola —llamo su atención cuando estoy cerca de la moto y dejo la bolsa con sus cosas encima—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —Guarda el móvil en el bolsillo de su vaquero.

—Bien. —Coge la bolsa y la ojea un poco. Solo hay una camiseta, un par de vinilos antiguos, unas púas para la guitarra y algunas gomillas. Él no tiene nada mío o, mejor dicho, lo que tiene no lo

quiero de vuelta—. Gracias por traerlas.

—De nada. —Cambio el peso de pierna—. ¿Qué tal con el grupo?

—Bien. Volvemos a tocar el sábado en el Steak. —Se cruza de brazos—. ¿Y tú? ¿Sales ya con Liam?

La pregunta es como un dardo directo a mi pecho. No es que pensara que fuera a retractarse de lo que dijo, sé lo orgulloso que es, pero no entiendo cómo tiene la cara de soltarme eso cuando él sí está con otra chica.

—¿Y tú con Laurie? —Sus ojos se abren como platos. No se lo esperaba.

—¿Cómo lo sabes?

—¿En serio, Nick? —Pongo los brazos en jarra—. No has tardado ni cinco minutos.

¿Pasaría algo entre ellos antes de que cortáramos? ¿Por eso a Laurie no le gustaba que fuera a verlos? Sinceramente, prefiero no saberlo.

—No tengo que darte explicaciones.

Apenas queda gente en el aparcamiento, y aunque no me parece el sitio más adecuado para hablar de esto, es posible que no vuelva a tener la oportunidad de desahogarme y dejar las cosas claras, así que me lanzo.

—¿Sabes qué? Te quejas mucho de mí, pero al final has sido tú quien ha mandado nuestra relación a la mierda. Yo siempre he estado pendiente de ti, de tus necesidades, de tus logros…

—No —me corta—. Has estado pendiente de Madison, Aston y Liam, de tus notas, del equipo, de la coreografía, de tus padres y después de mí. —Eleva el mentón, reafirmando su postura—. Lo único que te he pedido es que me prestes más atención, creo que es lo normal en una pareja, ¿no?

—Tú quieres una fan, no una novia. Y yo ya estoy cansada de ser un accesorio para la gente. —Me siento idiota. Debería haber roto con él hace mucho tiempo.

—Ya. ¿Y crees que para tus amigos no lo eres?

—Ellos no intentan cambiarme. —Y lo peor es que no se da cuenta de que al comportarse así, me empuja en su dirección, porque con ellos siempre me siento mejor—. Nunca me has aceptado como soy, ¿verdad?

Se suelta el pelo y vuelve a recogérselo en una coleta. Es algo que hace cuando está inquieto.

—Lo que no acepto es que pierdas el tiempo con tus amigos. Yo necesito a alguien que esté ahí para mí, no para todos.

Estoy alucinando.

—¿Como Laurie? —pregunto con una ceja alzada.

—Ella ha sido un rollo sin importancia. —Da un paso adelante y me acaricia la mejilla—. Si quieres que lo volvamos a intentar, estoy totalmente abierto. Ya sabes lo que tienes que hacer para que lo nuestro funcione.

Me quito su mano de encima de un manotazo y afianzo mi mochila al hombro.

—No vuelvas a tocarme. —Mi tono no deja lugar a dudas—. Nunca daré de lado a mis amigos y mucho menos voy a dejar de ser como soy para encajar contigo.

Da un paso atrás y vuelve a apoyarse en la moto.

—Entonces no es mi culpa que otras personas sí estén dispuestas a hacerlo.

Ya he tenido relaciones de mierda, sé identificarlas y no consiento que ningún tío me dé un ultimátum o me prohíba ver a nadie. No voy a aguantar más sus desplantes, sus aires de superioridad ni que me haga sentir inferior.

—Gracias por dejarme claro lo que no quiero en mi vida. Tengo que irme al ensayo, Nick.

—Por supuesto, no los hagas esperar. Dudo que sepan atarse los cordones de los patines sin ti —suena mordaz y odio que esta sea su verdadera personalidad.

—Al menos ellos me necesitan para algo más que para animarlos como una idiota desde el público.

—No te equivoques, Ari —me dice con su tono más hiriente—. Sigues agitando los pompones para otros, aunque sea en el hielo.

- 15 -

Cold As Ice

LIAM

—¿Qué coño te pasa, West? —grita el entrenador Foster—. ¡El *puck* está aquí!

—¡Lo siento, entrenador! —Vuelvo a colocarme para practicar un uno contra uno e intento concentrarme en el juego, pero no puedo evitar estar pendiente de Ari. Su ensayo comenzó hace rato y aún no ha aparecido.

—¡Sigue la estrategia ofensiva que os he explicado, Liam! Estás mareando el disco.

Finto a mi oponente, corro a máxima velocidad hasta dar la vuelta al cono y le paso el *puck* a mi compañero, que intenta hacer lo mismo conmigo, pero hago un cruce y le robo el disco antes de que lo consiga.

—¡Mierda! —se queja Gabe.

—¡Empezad de nuevo! —nos dice el entrenador.

—¡Vuelvo en un segundo! Cúbreme —le pido a mi amigo. Foster me grita algo, pero yo me deslizo por el hielo hasta alcanzar a Ari. Acaba de llegar y parece seria.

—Llegas tarde —oigo que le dice Danna.

—Sí, ¿y? —Ari le planta cara, como siempre, y la otra se acobarda. «Esa es mi chica».

—Nada, solo que lo tengas en cuenta para la próxima vez.

Ella pone los ojos en blanco.

—Vamos, Ari, ve a cambiarte —le pide la entrenadora Farley.

—Voy.

La intercepto antes de que pueda meterse en el vestuario.

—Ey, nena, ¿va todo bien?

Hace un ademán con la mano, quitándole importancia.

—Sí, tranquilo. Nick es gilipollas.

Me río.

—Eso ya lo sé. ¿Te ha dicho algo que te haya molestado?

Sacude la cabeza.

—Quería hacerme daño, pero no lo ha conseguido. No tiene ese poder.

—Me alegro.

Enmarco su cara entre mis guantes un instante y la abrazo. Yo ya no siento el frío, pero ella expulsa vaho.

—Voy a cambiarme, la entrenadora me está mirando mal.

—Sí, yo también tengo que volver. ¿Cenas hoy con nosotros? —le propongo.

Hace un mohín de fastidio.

—No puedo, mis padres vuelven esta noche.

—Vale, ¿hablamos luego?

—Claro. —Sonríe.

Me quedo un poco más tranquilo cuando vuelvo a mi zona, y unas cuantas jugadas después, veo que ya está patinando al otro lado del hielo, ensayando la coreografía con sus compañeros.

Seguimos practicando pases y algunas técnicas para crear espacio y mantener el control del *puck* hasta un par de horas más tarde.

—¡West, ven un momento! —me llama el entrenador cuando estamos saliendo de la pista para dirigirnos hacia los vestuarios.

—¿Sí, entrenador? —Pone una mano encima de mi hombrera.

—¿Se ha muerto alguien?

—No —respondo, dudoso.

—Pues entonces no hay excusa para que hayas abandonado el entrenamiento.

—Solo ha sido un minuto.

—Ni un puto segundo, West —me escupe—. Me importan una

mierda vuestros problemas personales, románticos o lo que coño sean. Aquí se viene a jugar, ¿entendido?

—Sí, entrenador.

—Pues vamos. —Me da una palmada en la espalda—. ¿Y vosotros a qué esperáis? Id a ducharos de una vez, ¡apestáis!

Me giro y compruebo que algunos compañeros me están esperando, Aiden y Logan entre ellos.

—Tío, menuda bronca te ha echado Foster.

—En realidad, tiene razón. No debería haber dejado el entrenamiento, pero necesitaba ver cómo estaba Ari.

Pongo el casco en mi taquilla y empiezo a quitarme la equipación: guantes, patines, pantalones, espinilleras…

—¿Está bien? —pregunta Aiden.

—Sí, es que había quedado con Nick para darle unas cosas.

—¡Ah, joder! —Logan da un salto al banco y se coloca frente a mí—. ¿No habrán vuelto?

Resoplo.

—No. De hecho, creo que está preparada para conocer a alguien.

—¿Está buscando citas? —se emociona—. ¿Y por qué no yo? ¡Me dijo que me tendría en cuenta!

Lo miro con el ceño fruncido. ¿Cuándo han hablado de eso?

—Piérdete, Logan. —Me quito la camiseta, las hombreras, las coderas…

—Es que no entiendo por qué está prohibida —dice fastidiado.

Me pongo de pie con los brazos en jarra.

—Porque lo digo yo, ¿te vale como respuesta?

—Venga, tío, enróllate.

—Dale bola, Li —dicen varios de los chicos.

Joder. No sé qué me pone tan nervioso de esta situación. Quizá es porque conozco bien a Logan. Es mi amigo y sería la hostia de incómodo que salieran juntos, pero también sé que no es el único

que se va a acercar a Ari en cuanto tenga la oportunidad.

—Vale. —Me cruzo de brazos—. Dime por qué te interesa tanto.

—Está buena, ¿por qué va a ser?

—Pues por eso mismo no quiero que salgas con ella. —Lo señalo, dejando clara mi postura—. Porque no solo está buena, es inteligente y preciosa y no te la mereces.

—Uhhh —jalean los chicos.

—Tío, a ti te gusta —me dice Logan.

¿Acaso lo llevo escrito en la cara?

—¡Claro que no! Es mi amiga. —Algo dentro de mí se revuelve al pronunciar esas palabras—. Por eso la quiero lejos de capullos como tú.

—Ohhh, ¡eso duele! —grita Maxwell.

—Te tiene calado. —Ríe Hendrix.

—Tío, te prometo que la trataré como a una reina. —Coloca la mano derecha a la altura del corazón—. Dame vía libre.

Miro a Logan. Podría decirle que está vetada y sé que me respetaría. Además de ser compañeros de equipo, nuestra amistad es sólida y sabe lo importante que es Ari para mí, pero eso no sería justo para ella. Debe decidir por sí misma si quiere salir con él o con cualquier otro sin que yo me entrometa. No lo he hecho nunca y no voy a empezar ahora.

—¿Sabes qué? Si Ari quiere estar contigo, no me opondré —le digo —. Pero espera a después de los exámenes. Para ella las notas son muy importantes.

—¡Genial! —lo celebra, pero pongo una mano en su pecho para que no vaya tan rápido.

—Y más te vale tratarla con respeto o te las verás conmigo.

Mi tono amenazador no deja lugar a dudas y él asiente con una gran sonrisa.

- 16 -

What You Waiting For?

ARIADNA

Estoy tumbada en la arena, con los ojos cerrados y el calor del sol acariciando mi piel. Me da igual que estemos en noviembre o que el agua esté fría; para mí, la temperatura es perfecta.

Liam da hoy su última clase antes de que empecemos a estudiar en serio para los exámenes previos a las vacaciones de invierno y no quería perdérmela. He estado jugando un rato con los niños mientras él hablaba con algunas madres, que le han traído regalos de fin de año: una caja de bombones, un pastel, su número de teléfono... ¡Ah, por favor! Si van a volver a verlo en menos de un mes. Hay dos o tres que son superdescaradas. Una de ellas incluso se ofreció voluntaria en una de las clases en las que enseñó primeros auxilios en el agua, como si fuera a hacerle el boca a boca o algo así... Al parecer, no solo yo me doy cuenta de lo bueno que está, pero sí soy la única que no hace algo al respecto.

Oigo de fondo las voces de los niños. Liam se despide de ellos con una sonrisa. Lo sé porque su voz tiene un tono muy característico cuando sonríe. También cuando está serio, pero eso no ocurre casi nunca. Liam es la persona más positiva y despreocupada que conozco, siempre encuentra un motivo para ser feliz. Esa es una de las cosas por las que me encanta estar con él.

—¡Te voy a matar! —rujo cuando noto cómo unas gotas de agua helada caen por mi piel. Abro los ojos, le digo adiós a mi paz, y me encuentro con mi mejor amigo sacudiéndose el pelo en mi dirección.

—Lo siento, es que estabas tan tranquilita que no me he podido resistir.

Me incorporo solo para lanzarme encima de él, y de paso termino de mojarme, porque aún lleva el neopreno puesto. Rodamos por la arena cual croqueta y acabamos riendo a carcajadas.

—¡Ajjjj! —gruño—. Ahora voy a tener que bañarme para quitarme la arena de encima.

—Uy, pobrecita Ari, qué gran sacrificio —dice burlándose.

—Muy gracioso. —Me quito las gafas de sol y me deshago la coleta antes de correr hacia el mar—. ¡Te echo una carrera!

Me zambullo en el agua, olvidándome de lo fría que está y respirando incluso mejor que en el exterior.

—¡No vas a ganarme!

Cuando me doy cuenta, tengo a Liam justo detrás y me coge una pierna, así que le doy una patada con la otra.

—¡Cuidado con mis partes nobles, que hacen felices a muchas chicas!

Me froto los ojos. Me escuecen un poco, y no solo por la sal.

—De momento solo a Jenny, ¿no?

Le echo agua en la cara y él intenta hacerme una aguadilla, pero soy más rápida y me escapo.

—¿Quién sabe, nena? Hay Liam para todas.

—Oh, cállate. —Me río porque sé que está de broma. Él jamás le pondría los cuernos a nadie, es superrespetuoso con las chicas—. ¿Cómo van las cosas con ella?

—Bien. —Toma un puñado de agua entre las manos y se echa el pelo hacia atrás, peinándoselo con los dedos.

—¿No vas a contarme qué pasaba entre vosotros?

Arruga la nariz.

—Sabes que no.

—¿Eso es que sigue pasando? —indago.

—¡Eres más cotilla que Aiden!

—¡Necesito saber! —me justifico.

—Deja de preguntarme. Estás tú más obsesionada con Jenny que yo.

—Se supone que es tu novia, rollo del momento o como quieras llamarlo. Lo normal es que tengas ganas de verla y quedes con ella los fines de semana, como yo hacía con Nick. Aunque, ahora que lo

pienso, es verdad que últimamente no quedábamos demasiado.

—Que le den a Nick —corta mi diatriba—. Además, Jenny y yo no estamos exactamente saliendo. Es complicado.

—Cuéntamelo, a lo mejor puedo ayudarte.

Ladea la cabeza, pensativo.

—Te aseguro que si algún día puedo contarlo, serás la primera en saberlo.

—Me estás asustando. No estará embarazada o algo así, ¿no? —entro en pánico.

—Ostras, qué imaginación tienes. —Se ríe.

—A ver, no es imposible. Cuando un chico y una chica se gustan…

—¡Ya sé lo que pasa cuando un chico y una chica se gustan, Ariadna!

Me coge en brazos y me tira al agua. Trago un poco, no me lo esperaba, y cuando emerjo a la superficie tosiendo lo veo corriendo hacia la orilla. ¡Será…!

Me paso las manos por el cuerpo y el pelo por si todavía tengo arena mientras observo cómo se baja la cremallera del neopreno. Debajo lleva un bañador tipo *slip* que no deja nada a la imaginación. Salgo del agua y voy hasta la toalla, donde él se ha tumbado con las manos detrás de la cabeza.

—Déjame sitio. —Lo empujo un poquito con el pie.

—De eso nada, haber traído dos.

Resoplo y me tumbo encima de él, poniéndole el pelo por la cara, a conciencia.

—Ahhh, esto es vida —dice mientras me acaricia la espalda, y yo pienso, no por primera vez, que en el mar y junto a él es donde más en paz me siento.

—Hazme cosquillitas, porfi.

Pone la mano en mi nuca y va bajando lentamente hacia la espalda. Tengo la piel de gallina, y no solo por el frío.

—Estás muy tensa.

—Estoy nerviosa por Maddie. —No es mentira, aunque no sea lo único que me tiene así. Esta tarde vuelve de Boston y hemos quedado luego en La Bohème.

—Seguro que todo se arreglará.

—Ya, tienes razón. Va a ir genial —me autoconvenzo.

Nos quedamos en un silencio cómodo y me voy relajando al ritmo de sus caricias mientras dibuja *te quieros* en mi espalda. Lo ha hecho tantas veces que sé perfectamente la forma, la cadencia y la tranquilidad que me transmite. Con él no hay preocupaciones, críticas ni problemas que no se puedan solucionar. Hasta hace unos años pensaba que eso solo ocurría en el porche trasero de la casa de Dotty, pero no, resulta que es una sensación, un sentimiento que aparece siempre que estamos juntos.

—Oye… —Duda y me pongo en alerta—. ¿Logan ha hablado contigo?

Me incorporo, pongo las manos en su pecho y apoyo la barbilla encima para poder mirarlo.

—No. ¿Sobre qué?

—Me dijo que quería pedirte salir.

—Ah, bueno, sí. Ya se insinuó en el Heaven.

—¿Y te interesa?

—No lo sé, es mono. ¿Por qué?

—Según él, le dijiste que lo tendrías en cuenta cuando buscaras una nueva víctima.

Pongo los ojos en blanco.

—En realidad creo que no le contesté —aclaro, y noto cómo el pecho de Liam se vacía de aire.

—Mmm, eso está bien —ronronea, relajado.

—¿Por qué te lo dijo a ti?

—Quería que le diera el visto bueno.

Frunzo los labios.

—No necesito tu permiso, ¿sabes?

—Ya, joder, pero tú eres mi amiga, él es mi amigo, y sería raro de cojones.

—Entonces, ¿le has dicho que sí?

Si alguna vez he dudado sobre lo que siente por mí, ya está claro. Soy yo la que tiene sentimientos confusos hacia él, y en algún momento tendré que superarlo, digo yo. A lo mejor si me ilusiono con algún chico se me pasa…

—Le he dicho que eres tú quien tiene que decidirlo.

—Pero ¿tú qué opinas? —indago. Él pone cara de fastidio.

—Ya lo sabes, Ari.

—Quiero que me lo digas.

—Que no hay un solo tío lo suficientemente bueno para ti. —«¿Ni siquiera tú?», me gustaría preguntar. En cambio, rozo el tatuaje que tiene encima del corazón y repaso las sencillas letras una y otra vez: «Live and learn». El mensaje es tan poderoso que yo también intento grabármelo a fuego en la cabeza—. Además, a Logan le gusta todo el mundo, ya sabes cómo es —añade.

—Ya… No hay animadora con la que no se haya liado.

—Excepto tú.

—Y probablemente Kate, aunque no será por falta de esfuerzo —bromeo—. Pero las chicas me han contado cosas bastante prometedoras sobre él.

—¿Ah, sí? —pregunta, curioso—. ¿Cómo cuáles?

—Pues flipa: una vez consiguió un *squirt*. Aunque había un vibrador implicado —añado.

Nadie habla nunca de esto, ni del orgasmo o de la eyaculación femenina, como si fuera algo tabú o vergonzoso. ¿Es que acaso las chicas no tenemos derecho a experimentar nuestra sexualidad al máximo? Parece que los chicos siempre se corren, al menos con los que yo he estado, mientras que a nosotras nos cuesta más, si es que

llegamos a hacerlo. Así que cuando Meryl, una animadora de tercero, sacó el tema, todas la escuchamos con atención.

—Interesante… —murmura Liam—. ¿Y a ti te gustaría probarlo?

—Claro. ¿A quién no? ¿Tú alguna vez…? —empiezo a preguntar hasta que siento algo en el estómago y de repente soy consciente del bulto que tengo debajo. Un solo roce y… Madre mía. Abro los ojos como platos—. ¿¡Eso que noto es tu cosita!?

—Dirás mi cosa en mayúsculas. —Me dedica una sonrisa torcida, la del hoyuelo—. No te metas con MaxiLiam.

—¡Joder, Liam! ¿Te has empalmado por lo que he dicho sobre Logan?

—¿Qué quieres, nena? Eres tú la que has empezado a hablar de sexo, MaxiLiam no distingue.

—¡Oh, deja de llamarlo así! —Pongo cara de asco.

—Pues todavía no te has levantado. —Alza las cejas con petulancia.

—¡Ajjjj! —grito, y me incorporo sacudiéndome, como si fuera algo que pudiera quitarme de encima—. Pues dile a MaxiLiam que se relaje en mi presencia, que aquí no va a encontrar tema —«porque tú no quieres», me gustaría añadir, pero me contengo. Él se recoloca tranquilamente el bulto, como si no se diera cuenta del efecto que causa en mí.

—Shhh, cuidado que puede oírte. Vas a ofenderlo.

—Vale, se acabó. Me voy a casa.

Empiezo a recoger mis cosas con prisa, incluso tiro de la toalla con él encima hasta que no le queda más remedio que echarse a un lado, riendo a carcajadas.

—Aaaaariiiiii —pronuncia cual fantasma—. MaxiLiam te reclamaaaa.

—Ah, por favor. —Me pongo las gafas de sol para disimular el repaso que le estoy dando mientras se sube el neopreno hasta la cintura. Es que ni ropa trae, así de chulo es. Y me encanta.

—¡Espera, que te acompaño! —exclama cuando echo a andar.

—¡No hace falta!

—¿Te has enfadado?

—No —digo enfurruñada. En realidad no lo estoy, pero si le dijera lo que siento de verdad tendría que besarlo.

—¿Seguro que no? —insiste haciéndome cosquillas.

—¡Para ya! —me quejo, pero el muy capullo va picándome todo el camino hasta que me contagia.

- 17 -

Dancing Queen

LIAM

Estamos en nuestra mesa de siempre, en La Bohème, cuando aparece Maddie. Y no sé si me sorprende más que por fin esté aquí o que llegue acompañada de un chico alto, delgado, moreno, vestido con unos vaqueros supergastados y una sudadera de Metallica. Lleva gafas de sol y un aire de estrella de *rock* que…

—JO-DER —exclamo separando las sílabas.

—¿Qué?

Ari mira hacia donde le indico y se queda con la boca abierta.

—Ese es…

—Sí.

—No puede ser. —Levanta el brazo—. Pellízcame. —Lo hago—. ¡Ay, joder! Pues sí, es verdad.

—¿Connor Harris es tu amigo? —pregunta Jackson.

Cuando Maddie hace las presentaciones, yo sigo flipando. Connor Harris es una jodida estrella de *rock*.

—¿Eres amiga de una jodida leyenda del *rock*? —repite Ari. O bueno, no repite, porque no puede leerme la mente, por mucho que a veces lo parezca.

—Bueno, yo tampoco me calificaría como leyenda, aunque la revista *Rolling Stone* sí lo haya hecho —dice Connor Harris.

—No seas presuntuoso —lo regaña Maddie.

—¿Por qué? Puedo permitírmelo.

—Sí, puedes puedes. —Esa es Ari—. Ven, siéntate aquí. —Me empuja para que me levante y le ceda mi sitio a él. ¿En serio?

—¿Se puede saber qué haces? —La miro mal.

—No va a quedarse de pie.

—Claro que no, princesa. Me siento aquí —dice Connor Harris,

haciéndolo al lado de Brenna. Y espera, ¿princesa?—. No me dijiste que tus amigos eran tan majos, Queen.

Busco a Aston, que observa a Maddie desde la barra con cara de querer saltarla y correr hacia ella. No sé ni cómo es capaz de contenerse.

—¿Qué tal ha ido por Boston? —pregunta Brenna. Menos mal que la tenemos a ella para poner un poco de cordura a este momento tan surrealista.

Maddie nos cuenta que su madre por fin está recibiendo la ayuda que necesita en una clínica especializada, y que su padre ha sido más cariñoso de lo que ella recordaba jamás, y eso es genial, de verdad, pero no me gusta que las cosas con Aston estén tan tirantes, así que cuando Aiden me escribe para decirme que hay fiesta en su casa, cruzo una mirada con Ari. Es hora de poner en marcha el plan.

Ariadna

El plan es fácil: consiste en que Liam lleve a Maddie a su casa y le enseñe una de las muchas libretas con poesías que Aston guarda en el cajón de su escritorio y que ahora sabemos que están dirigidas a ella. ¿Cómo es posible que no nos hayamos dado cuenta antes? Todo lo que Aston hace es para la gente a la que quiere, somos muy parecidos en ese sentido, y Maddie ha sido el centro de su mundo incluso cuando no estaba aquí.

El problema es que ella ha ignorado a Aston durante prácticamente todo el tiempo que hemos estado en La Bohème. Él acaba de aparecer en la fiesta de Aiden y se ha puesto a hablar con Karina Hayes, justo después de que Connor Harris se haya autoinvitado a la cena de Acción de Gracias de los West. Mientras, yo me estoy mordiendo las cutículas, algo que tengo totalmente prohibido, pero que hago cuando estoy muy nerviosa, como ahora, porque esto puede salir muy bien… o estrepitosamente mal.

—Se colaron en el *backstage* después del concierto y acabamos a las tantas en una fiesta clandestina, en el sótano de uno de sus colegas —comenta Connor. ¡Qué guapo es!—. No me enteré de que era jugador de *hockey* hasta el día siguiente.

Hemos hecho un corrillo a su alrededor para que nos cuente anécdotas de sus conciertos y todos están flipando con él.

—¿Qué dices? Si a Kayden Braxton lo conoce todo el mundo —le contesta Aiden—. Yo quiero jugar con los Boston Bruins por él.

—Claro, tío. Lo seleccionaron en la primera ronda del *draft* la temporada pasada —dice Gabe.

—Tiene un juego de pies increíble y además está buenísimo —aporto yo. Aunque tenga la cabeza en otra parte ahora mismo, estoy atenta a la conversación.

Connor me sonríe como si nos entendiéramos. Enseguida me doy cuenta de que me va a caer genial, y no porque sea un cantante famoso, sino porque tiene una energía pura y contagiosa que hace que yo también sonría.

—Ese es un requisito para ser jugador de *hockey*, por lo que veo… —Mira a su alrededor y termina en Aiden, que traga saliva y no es capaz de aguantar la intensidad de su mirada—. Puedo hacerte un *tour* por Boston cuando quieras y enseñarte mis lugares favoritos.

—Claro, suena bien, pero primero me tienen que coger en la uni —dice Aiden, y los chicos sueltan un montón de comentarios del estilo «está clarísimo que te van a coger». Yo también lo creo. A Logan, Liam y él los llaman «la triada imbatible» por un motivo. Cada vez que se juntan en el hielo sucede la magia, y aunque el equipo esté un poco descoordinado, ellos siempre destacan.

—Y cuando vayas puedo presentarte a Kayden. —Connor saca su móvil—. No sé si aún tengo guardado su número.

—¿En serio? —Me pego un poquito más a él mientras revisa la agenda y veo unos nombres que ¡guau! Cantantes, actores…

—La hostia —murmura alguien. Voy a contestar, pero entonces me doy cuenta de que no están viendo lo mismo que nosotros.

Madison ha entrado en el salón y le ha estampado la libreta a Aston en el pecho. Karina se ha interpuesto entre ellos y alguien ha bajado la música para que podamos oír mejor la conversación.

—Pírate. Esto es entre él y yo —le dice Maddie cabreadísima. Y, de

pronto, tengo a Liam al lado.

—No me gustaría ser Karina en este momento —dice mi amigo, que trae una sonrisa radiante. Ese hoyuelo va a ser mi perdición.

—¿Ha colado lo de la libreta?

—Ha sido pan comido.

—¿Seguro? —susurro—. Maddie parece enfadada.

—Yo creo que mi hermano se va a cabrear aún más, pero si se reconcilian habrá merecido la pena.

—Bien hecho, West. —Doy unas palmadas cuando la voz de Connor nos sobresalta.

—¿Qué cuchicheáis vosotros dos?

—¿Nosotros? —nos señalo con inocencia—. Nada de nada.

—Ya… —Nos mira con suspicacia.

—Si te quedas un poco por aquí, te darás cuenta de que Ari y Liam son un *pack* indivisible —comenta Aiden—. Viven en su burbuja y tienen hasta su propio idioma.

—¡Eh, eso no es verdad! —me quejo, aunque quizá sí que es un poco así, pero en la burbuja hay más gente: Aston, Maddie, Brenna, Jackson, incluso Aiden.

—¿Sabes? No me importaría estar por aquí durante un tiempo —le responde Connor mientras le da un buen repaso—. Aunque ahora tengo demasiados compromisos con la gira y los patrocinadores, pero podríamos hacer algo para aprovechar mi estancia…

—Se me está ocurriendo una idea. —Miro a todos, pero me dirijo a Connor—. ¿Cuántos días te quedas?

—Todo el puente de Acción de Gracias.

—¿Y qué te parecería ir de escalada para darle una sorpresa a Maddie?

Sonríe como si fuera la mejor idea del mundo.

—Le va a encantar.

—A ver, no tenemos equipo, habría que hacer una lista de lo que

necesitamos e ir a comprar antes…

—Eso corre de mi cuenta. ¿Me acompañas? —le pregunta a Aiden, que se encoge de hombros.

—Claro.

¿Soy yo o se han pasado la noche insinuándose?

—Oye, Connor Harris, ¿sabes que estoy soltera? —le digo para comprobar mi teoría.

—¿Ah, sí?

Liam frunce el ceño.

—¿Tú no te lo ibas a tomar con calma?

—Bueno, sí, pero no soy tonta. No voy a desaprovechar la oportunidad. —Me giro de nuevo—. Serías mi cuarto cantante del año.

Él suelta una carcajada, pero no me contesta.

—Anda, vamos a ver qué está pasando. —Liam me coge de la mano y tira de mí hacia la salida.

—¡Podrías hacerme una canción! —le grito a Connor.

Aston y Maddie han salido a la calle, como si eso nos fuera a detener. De hecho, todo el mundo ha pensado lo mismo que nosotros, porque la gente se agolpa en el jardín de Aiden mientras ellos discuten, hasta que por fin empezamos a aplaudir y a silbarles como locos cuando se besan apasionadamente. Ha sido una reconciliación épica.

—Qué envidia me dan. ¿Te apetece hacerles la competencia, Connor Harris? —pregunto insinuante.

Él mira a Liam.

—¿Siempre es así?

—Y peor —contesta mi amigo.

—¡Oye! —Le doy un codazo, pero él está sonriendo como si le hubiera tocado la lotería.

—Sabía que iba a funcionar.

Le paso el brazo por los hombros mientras miramos a Madison y Aston.

—Están hechos el uno para el otro.

—Sí —confirma Connor a mi lado, con los brazos cruzados. Los mira con tanto cariño que algo me dice que llevaba esperando este momento tanto como nosotros—. Por fin parece que mi Queen ha encontrado a su rey.

- 18 -

Day Tripper

LIAM

A la mañana siguiente, Madison me pregunta si quiero leer el diario de su madre y le digo que sí sin dudarlo. Se supone que cuando alguien muere ya no puede decirte nada nuevo, que solo puedes vivir de los recuerdos, pero ahora tengo la oportunidad de saber más de ella, de conocerla a un nivel que cuando era pequeño no entendía, y no voy a desaprovecharla.

Quiero saber la historia de mi madre, por muy dolorosa que sea; quiero descubrirla a través de los ojos de Marcia Sullivan; quiero sentir lo que ella sentía, ya que mientras estaba aquí, con nosotros, yo estaba ciego. No tenía ni idea de que vivía en un infierno, porque las llamas no habían llegado a abrasarme. Todavía no. La abuela y Aston hicieron de barrera de contención para que yo viviera feliz al otro lado del muro. Al otro lado de la verdad.

Hasta el día que ingresaron a mi madre en el hospital, yo vivía con normalidad: iba al instituto, jugaba al *hockey*, hacía *surf*, salía con chicas y con los del equipo, tenía a mi madre, a mi abuela, a mi hermano, y mi padre nunca se portó mal conmigo. Y eso es algo que no entiendo. ¿Por qué con mamá y Aston era un monstruo?

A veces pienso en el padre que yo creía conocer y me siento estúpido, porque una parte de mí quiso a esa versión de él que era bueno conmigo. Pero, a la vez, lo odio de una forma tan visceral que me duele, como si tuviera un nudo en el pecho que no me deja respirar con normalidad. Supongo que siempre será así… He aprendido a vivir con la ausencia de mi madre; sé que es lo que ella querría, que siguiéramos adelante, y voy a honrar la promesa que le hice, aunque eso no lo hace más fácil.

A finales de noviembre, el ambiente navideño empieza a inundar Santa Mónica, las calles se llenan de luces y adornos, la nostalgia y la alegría se entremezclan, y mi casa huele a galletas de jengibre. A la abuela le gusta hacerlas y a nosotros nos encanta verla contenta.

Celebramos Acción de Gracias todos juntos, en familia, y cuando Aston y yo encontramos un hueco, salimos al porche de la casa en la que mamá creció, pisamos la arena y le damos las gracias. «Sigo cumpliendo mi promesa, mamá», pienso, y miro a mi hermano, que está contemplando el cielo. Ha vuelto con Maddie, acaban de decirle que su manuscrito ha ganado el premio del concurso de escritura creativa y en su rostro hay una serenidad que hacía mucho tiempo que no veía.

Siempre me he sentido culpable de que sacrificara tanto por mí, como si yo tuviera el derecho de perseguir mis sueños y él no. Y no es así. Aston se merece lo mismo que yo, lo mismo que todos: ilusionarse, alcanzar sus metas, celebrarlas con las personas que lo quieren y saber que puede bajar la guardia de vez en cuando, porque nosotros siempre estaremos ahí para él, apoyándolo.

Un rato después llega Ari cargada de regalos. Voy a mi habitación y cojo la pulsera que le he comprado para Navidad y que guardé en el mismo cajón que el diario. Aún no sé cuándo empezaré a leerlo, pero necesito hacerlo.

El domingo volvemos a quedar. Connor se va mañana a primera hora, por lo que no teníamos más días para ir al Mount Baden-Powell, pero Madison y Aston aún no lo saben. La semana que viene debemos empezar a estudiar en serio para los exámenes y después jugaremos el último partido fuera de casa antes de las vacaciones de invierno, contra los Mariners de Fresno.

—¡Liam, o vienes ya o nos vamos sin ti!

—¡Voy! —Corro para terminar de llenar la mochila con las provisiones—. Hasta luego, abu.

—No has desayunado, tesoro.

—Ya, es que esta gente me estresa con tantas prisas.

—Tenéis que comer bien. —Saca veinte dólares del escote y me los mete en el bolsillo del pantalón como si fuera contrabando.

—Gracias, abu.

Le doy un beso en la mejilla para despedirme. Ella almorzará hoy

con los Gordon, que no le han dado permiso a Jackson para venir, así que Brenna también se ha rajado. Yo creo que ha puesto una excusa porque pasaba de madrugar y hay que estar un poco loco para subir a no sé cuántos pies de altitud. Ahí el cerebro se tiene que hacer papilla seguro.

—Tened cuidado.

—Sí, tranquila.

Cojo una tostada y le doy un mordisco mientras me pongo la chaqueta. Cuando salgo, Ari, Aiden y Connor ya le han dado la sorpresa a Maddie, que está dando saltitos y abrazando a Aston.

—Pareces un perro que acaba de atrapar un frisbi —me dice Ari, siempre tan simpática.

—¿Quieres? —Me quito la tostada de la boca y se la ofrezco.

—No, gracias. —Arruga la nariz—. Tiene todas tus babas.

—¿Y desde cuándo te molestan mis babas? —Alzo las cejas, insinuante, y veo cómo se ruboriza. Es rarísimo, porque ella no se sonroja jamás, ni siquiera cuando hacemos cosas que a Aston le dan vergüenza ajena, que no son pocas. Es casi como si le afectara lo que digo, pero sé que no es así. No voy a darle más vueltas.

—¿Por qué pareces la Barbie aventurera? —bromeo para destensar el ambiente.

—Ir con el *outfit* adecuado es importante —replica.

Lleva una camiseta térmica debajo de un forro polar azul marino, pantalones *Softshell* y botas de montaña.

—Vais todos monísimos —comenta Connor Harris, que lleva la camiseta de un grupo de *rock* que no es el suyo debajo del cortavientos—. Aquí tienes tus botas, *Westy*.

—Mmm, no sé si me mola ese mote.

—A Aston también lo ha llamado así, pero no ha colado —se carcajea Maddie—. Y luego ha intentado apodarnos «los Madston», en plan *Brangelina*.

—Eso está muy pasado.

—Él al menos nos ha enseñado el hoyuelo —señala mi mejilla derecha.

—Ufff, los hoyuelos de los hermanos West son legendarios —dice Ari—. Les dan un puntito muy follable, ¿a que sí?

—¡Ari! Deja de decir esas cosas —se enfada Aston. Ella pone los ojos en blanco.

—Vale, vale. Qué susceptibles estamos hoy.

—Y siempre.

—Entonces descartamos que tu mala hostia sea por falta de sexo —me burlo yo.

—Gruñoncito no está de humor. —Ari mira a Maddie como si tuviera la culpa. Ella pone los ojos en blanco.

—¡Ariadna!

—Vale, vale. A sus órdenes, señor West. —Le hace un saludo militar. Mi hermano resopla, porque siempre ha visto a Ari como una hermana. Yo no.

—A mí nunca me llamas así. —Le doy un ligero codazo. A ella se le escapa la sonrisa. ¿Ves? A estas bromas me refería.

—Sí, en tus sueños.

—Pues ahora que lo dices, nena…

—¡Oh, cállate!

—¿Qué? Eso también tiene su puntito.

—Vale. —Pone los brazos en jarra—. ¿En qué contexto quieres que te llame «señor West»?

—Pueees… —Me acerco un poco más a ella—. ¿Recuerdas el caso hipotético en el que nos casamos?

—Ajá. —Su mirada se desvía a mis labios durante un segundo y veo cómo traga saliva—. Si voy a tener que llamarte así, ya no sé si quiero.

—Oye, que yo voy a tener que esperar hasta los cuarenta para escucharlo. No sé qué es peor.

—¡Ey, vosotros! ¿Podéis dejar de tontear? —nos dice Connor con una sonrisa—. Si queremos que nos dé tiempo a todo, tenemos que ponernos en marcha.

—Perdón —murmuramos, pero se nos escapa una carcajada.

Un par de horas después, porque tenemos que parar a echar gasolina, llegamos a Vincent Gap y aparcamos el Jeep en el que vamos Aston, Connor y yo. Las chicas y Aiden van en el coche de Ari. Mi hermano lleva un rato refunfuñando porque Connor ha puesto la lista de reproducción de su último disco y hemos ido cantándolas a voz en grito. Me pareece que está harto de nosotros.

Tenemos unas cuatro millas de ruta por delante, así que agradezco que Connor haya comprado guantes, botas y cortavientos para todos. Por aquí no hacemos mucho senderismo y no estamos preparados. Ari, Aston y yo somos más de agua.

Cuando llevamos un par de horas caminando, las piernas me tiemblan, y eso que no hemos escogido una de las rutas más difíciles. El sol ha salido, pero los árboles no dejan traspasar los rayos, y un viento frío nos golpea en la cara mientras ascendemos.

—Esto cuenta como entrenamiento, ¿no? —A ver, que soy deportista y todo eso, pero la subida cuesta un poco y el camino va haciendo zigzag.

—Yo diría que sí —jadea Aiden—. Verás las agujetas mañana.

—¿Pero vosotros no estabais en forma? —se burla Madison—. Cualquiera diría que sois tan vagos.

—Solo por el *hockey*, Maddie.

—Propongo que la próxima vayamos a la playa —dice Ari, respirando entrecortadamente como si estuviera de parto.

—Nos pasamos la vida en la playa —se queja Madison. Ari la ignora.

—Connor Harris, ¿sabes hacer *surf*?

—La verdad es que no. Quizá me podáis enseñar cuando termine la gira —contesta mirando a Aiden.

—Reservad energía por si nos encontramos con un animal salvaje. —Ari se sube la cremallera del forro polar y la pulsera que le regalé brilla en su muñeca. Es de plata y tiene pequeñas mariposas de colores engarzadas.

—No os preocupéis, yo fui *boy scout* de pequeño —alardea Connor, que cuando no está hablando o mirando a Aiden, se dedica a tararear canciones—. Sé hacer fuego con dos piedras y todo ese rollo.

Ari se adelanta y se engancha a su brazo.

—¡Eh, eso no sale en tu biografía!

—¿Me has estado *stalkeando*? —Connor alza una ceja y mira a Maddie como preguntando dónde se ha metido.

—Claro que sí, yo lo sé todo de todos —presume Ari y bate las pestañas en su dirección—. ¿Te has enamorado ya de mí, Connor Harris?

Nos reímos. No sé lo que tiene que estar pensando este chico de nosotros.

—Pues para tu información, ser hijo único era un aburrimiento y mis padres apenas estaban en casa, así que me mandaban a campamentos de todo tipo.

—Ostras, estás describiendo mi vida. —Ari se lleva una mano al pecho, como si hubiera encontrado a su alma gemela o algo así—. Pero yo, en lugar de campamentos, tenía a estos dos. —Nos señala a Aston y a mí.

Mi hermano sacude la cabeza como si fuera un caso perdido, aunque sonríe.

—Bienvenida al maravilloso mundo de los padres de mierda. —Connor ladea la cabeza—. Creo que por eso mi Queen y yo congeniamos tan bien cuando nos conocimos.

—Bueno, yo voy a tener un hermanastro —dice Maddie orgullosa.

—Bah, prácticamente te acabas de enterar. —Connor hace un ademán con la mano y Maddie protesta. Aston la apoya, porque él está a favor de todo lo que ella diga, sea lo que sea, mientras Ari le

dice que él no puede opinar porque me tiene a mí y solo fue hijo único durante diez ridículos meses.

Aiden se pone a mi lado y ralentiza el paso para separarnos un poco de los demás.

—Oye, tío, ¿por casualidad has cortado con Jenny?

Lo miro extrañado.

—No, ¿por qué lo dices?

—No sé, la vi ayer en el centro comercial y me pareció que estaba triste. —Se encoge de hombros—. Iba a preguntarle, pero estaba con Kate, así que no creí que fuera el momento.

Frunzo el ceño. Jenny no me ha dicho que le pasara nada, aparte de lo de siempre. Y de todas formas, ¿desde cuándo Kate y ella son amigas…? ¡Ostras! ¿Jenny y Kate? ¿Kate es la chica?

—¿Tú siendo discreto? Eso sí que es una novedad —le contesto a Aiden. No puedo hablarle de mis sospechas, porque Jenny no quiere que se entere nadie. No entiendo cómo no ha sido más cuidadosa.

—Tengo mis momentos, ¿sabes? —Se hace el ofendido, pero se le escapa una risita.

Saco el móvil y compruebo que todavía tengo una rayita de cobertura, así que intento enviar un mensaje.

Yo: ¿Estás bien?

Jenny: Sí, ¿por qué?

Yo: Aiden te vio ayer en el centro comercial, dice que parecías triste. ¿Hay algo que quieras contarme?

Jenny: La verdad es que sí… ¿Puedes quedar luego para hablar?

Yo: Estoy en el Mount Baden, no creo que llegue a tiempo. ¿Te viene bien mañana en el almuerzo?

Jenny: Vale. Pásalo bien.

—¡Vamos! —grita Connor y Aiden se sobresalta—. Si mantenemos este ritmo, llegaremos a la meta antes del mediodía.

—¡Que os quedáis atrás! —nos dice Ari—. ¿Va todo bien? ¿Es Dotty?

—No, estaba hablando con Jenny. —Vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo—. Luego le mandaré una foto de las vistas.

—Ah, genial. —Le cambia la cara. Voy a preguntarle qué le pasa, pero me evita—. ¡Eh, Connor Harris! ¿Nos vas a contar quién te ha hecho ese chupetón?

—¡Ari! —la regaña Maddie.

—¿Qué? Necesito algún incentivo para entretenerme.

Solo hemos parado unas cuantas veces a beber agua y para que Maddie hiciera un montón de fotos con la cámara profesional que le regaló su tía.

—Lo siento, princesa. —Connor le guiña un ojo—. Un mago nunca revela sus trucos.

Aiden carraspea y se pasa el brazo por la nuca.

—¿Seguimos?

Llegamos una hora y media después, pero ha merecido la pena, porque las vistas son alucinantes.

—Qué paz se respira aquí. —Maddie abraza a Connor por la espalda—. Este sitio es especial, ¿verdad?

—Vosotros lo sois. —Nos mira a todos—. Os voy a echar de menos.

—Es un rollo que te marches ya —le dice Ari—. Tienes un montón de cosas que contarnos todavía.

—Lo sé, pero creo que me va a gustar mi próximo destino. Voy a un pueblo de Málaga: Fuengirola —nos explica—. Tienen un escenario al lado de la playa en el que han cantado artistas internacionales de la talla de J. Lo, Marc Anthony, Bob Dylan, Thirty Seconds to Mars... Solo falto yo.

—¡Cómo mola!

—¡Qué envidia!

—Bueno, ya sabes que estás invitado a volver cuando termines la

gira —le dice Maddie. Aston pone mala cara, pero sé que en el fondo le cae bien.

Para ser un cantante famoso, es bastante majo e irradia una energía hipnótica. Con su seguridad innata y sus pequeñas excentricidades, parece una estrella de Hollywood. Me imagino la cantidad de cosas que habrá vivido con veintidós años, y sé que no todas habrán sido de color de rosa o no hubiera tenido que pasar Acción de Gracias con nosotros en lugar de con su familia.

—Y pensar que mañana a esta hora estaré encerrado en un avión discutiendo con mi *tour manager*…

—Y nosotros en clase —me quejo—. Ser adulto es una mierda.

—Tú no sabes lo que es eso, no maduras —me dice Aston.

—Cuando tenga un contrato de siete cifras en la NHL me lo repites. —Le saco la lengua.

—Todavía estoy a tiempo de eliminar tu personaje del manuscrito, ¿sabes?

—Me gustaría leerlo —dice Connor.

—Yo voy por la mitad, me tiene superenganchada —comenta Maddie.

Ari y yo pensábamos esperarnos a la peli, o bueno, a la obra de teatro, pero en ese momento nos miramos. No habíamos caído en que nosotros también somos parte de su historia, igual que él de la nuestra. Formamos un infinito: nuestras vidas están entrelazadas y en constante conexión.

Sonrío y Ari se contagia.

—Espera, ¿Liam y yo salimos? —Da una palmada al aire—. ¡Qué emocionante! ¿Y quién hará de mí?

Después de comer unos bocadillos y hacer mil fotos más, iniciamos el camino de vuelta con una energía renovada. Esta vez tardamos menos, no sé si porque vamos cuesta abajo o por las ganas que tenemos de llegar.

—Ya puedes tachar esto de tu lista —le digo a Maddie cuando

terminamos el sendero, ya en Vincent Gap. Algunos, como Aiden y Connor, se han metido en el coche en cuanto hemos llegado. Ari se burla de ellos por ser unos flojos, pero lo dice sentada en el asiento delantero. Me da a mí que sobra un poco en la ecuación, aunque no seré yo quien lo señale.

A Maddie se le ilumina la cara. Desprende una seguridad y una confianza que deslumbran a mi hermano.

—Mi madre escribió algo en el diario que se me quedó grabado. —Nos mira a Aston y a mí—: «Ella siempre dice que la mejor forma de vivir la vida es a pecho descubierto, pero hay que ser muy fuerte y valiente para tomar esa decisión, y nosotras aún no lo somos. ¿Lo seremos algún día?» —recita de memoria y se limpia unas lágrimas. Yo también lo hago, porque sé que ese «Ella» se refiere a mi madre —. ¿Y sabéis qué? Después de todo lo ocurrido, creo que yo sí lo soy. Y es liberador.

Aston la rodea con los brazos, dejando un beso en su cabeza, y yo me uno a ellos.

—Eres una de las personas más fuertes y valientes que conozco, Maddie, y te quiero mucho —susurro en su oído.

—Y yo a ti.

Y precisamente por eso, porque yo también quiero ser esa persona, la que mi madre me enseñó a ser, cuando llego a casa me encierro en la habitación y cojo el diario. Lo acaricio con cuidado y saco la foto que hay en su interior. Todos sonríen: mis padres, los de Ari, los de Madison y su tía. En esa imagen congelada, en ese instante en el que su mundo todavía no había explotado, incluso parecen felices. Tengo miedo de saber lo que me he perdido, lo que mi madre ha sufrido, por todo lo que ha pasado… Porque sé cuál es el final de su historia. Pero es el momento. Ojeo las páginas, los trazos, el dolor que hay en ellos, la prisa, incluso la desesperación que traspasa el papel… Y me sumerjo en él.

- 19 -

Bad Liar

LIAM

Me he tirado toda la noche leyendo el diario, no pude parar hasta acabarlo, así que, al día siguiente, estoy muerto de sueño y la mañana se me hace interminable. Cuando llego a la cafetería, Aston, Maddie, Ari, Jackson y Brenna ya están allí, pero yo busco a Jenny en la mesa de los de Arte Dramático y le hago una señal para que se reúna conmigo en la cola para pedir el almuerzo. Hay tanto barullo que nadie va a estar pendiente de nuestra conversación, y que nos vean juntos en público contribuye a la imagen que los demás tienen de nosotros.

Me acerco a ella, la abrazo y le doy un beso en el pelo, en parte porque tenemos que seguir guardando las apariencias y en parte porque me preocupo por ella.

—¿Cómo estás?

—Nerviosa. ¿Qué vio Aiden exactamente?

—A ti con Kate. No me ha dicho nada más, pero yo sí me he imaginado que ella es la chica, ¿verdad?

—Ay, Liam. —Se tapa la cara con las manos, y cuando se da cuenta del gesto que ha hecho, mira a su alrededor—. Nadie puede enterarse de esto.

—Entonces tenéis que ser más discretas, aunque ya sabes que lo mejor sería que dejarais de esconderos.

—Kate no quiere que nadie lo sepa en el insti, ¿vale? Danna y Alysa la tienen intimidada. —Me abraza un momento para poder hablar más bajo. Yo rodeo su cintura y empujo nuestras bandejas.

—A lo mejor Ari podría mediar entre ellas —se me ocurre.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Ella sabe cómo manejarlas. —Jenny se muerde el labio. Sé que se lo está pensando y, la verdad, creo que es la mejor forma en la que podemos ayudarla—. Kate y Ari se llevan bien, ¿no?

—Sí, siempre me dice cosas buenas de ella, pero no sé… Está bastante reacia a hablar del tema con nadie.

—¿Quieres que le pregunte yo?

Sus ojos se iluminan.

—¿En serio lo harías?

—Ya sabes que estoy aquí para lo que necesitéis.

—Eres el mejor, Liam. —Se abraza a mi cuello y le rodeo la cintura —. Deja que le pregunte primero a Kate. Llevamos semanas ocultándolo, no quiero fastidiarlo ahora.

—Vale, dímelo cuando lo sepas.

Ella asiente.

—Creo que podríamos llegar a ir en serio —dice mirando hacia la mesa de las animadoras—. ¿No es una locura?

—Claro que no, a mí me parece de puta madre.

—Pero a los demás no. —Cogemos las bandejas y avanzamos en la cola—. Danna y Alysa son muy crueles… ¿Piensas que saldrá bien?

Miro por encima de nuestros hombros hacia la mesa en la que está mi mejor amiga y me doy cuenta de que nos está observando. Hace un gesto como si la hubiera pillado por sorpresa y me sonríe fugazmente antes de girarse para hablar con Brenna. Vuelvo a tener la sensación de que hay algo que no me está contando, pero Jenny aguarda mi respuesta con una mirada llena de esperanza.

—Estoy seguro —afirmo—. Si alguien puede conseguirlo, esa es Ari.

Ariadna

Liam está en la cola para el almuerzo, hablando con Jenny. Ha ido directo hacia ella sin pasar por la mesa antes, y me pregunto de qué tienen que hablar con tanta urgencia y por qué no puedo hacer otra cosa que analizar cada detalle de su conversación. Estoy de espaldas a ellos, por lo que no puedo cotillear como me gustaría, pues tengo a Nick justo enfrente, en la mesa de los músicos, mirando en mi dirección. Le hago un gesto con la cabeza y él me lo devuelve antes de que Matt llame su atención.

—Se te cae la baba. —La voz de Madison a mi lado me sobresalta y vuelvo a oír el ruido de la cafetería.

—¿Qué? —pregunto, tragando saliva—. ¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? ¡Con Nick!

—¡No es verdad! —Tuerzo el gesto. Lo único que quiero ahora mismo es meter la cabeza en un agujero y olvidarme de todo. De Nick, de Liam, de Jenny, de lo que siento. ¿Esto es estar celosa? Nunca me había sentido así y es horrible.

—Sigues colada por él —afirma Maddie.

Si ella supiera..., pero no quiero confesárselo, y menos aquí, en medio del caos, así que me encojo de hombros.

—¿Puedes cambiarme el sitio? —le pregunto a Jackson.

—Claro, no vaya a ser que te atragantes con las vistas. —Todos se ríen, yo la primera. No tengo motivos para parar las pullas hacia Nick y, en cierto modo, me he quitado un peso de encima. Ahora mi problema es otro.

Por mucho que me torture ver a Liam con Jenny, es la única forma de recibir una dosis de realidad. Sé que la atracción que siento hacia él no va a desaparecer tan fácilmente; ahora que se han abierto las compuertas, los sentimientos que he reprimido durante tanto tiempo se han desbordado y no hay quien los contenga.

Jenny se abraza a su chaqueta de los Condors y Liam la coge por la cintura para pegarla más a él. ¿Pero cuándo se han vuelto tan íntimos? Liam no tiene novias, tiene rollos que duran un tiempo, sí,

pero siempre dice que su novia es el *hockey* y nunca ha estado así de cariñoso con Alysa ni con ninguna otra chica. Solo… conmigo.

Cuando Jenny se acerca a su oído y lo abraza entusiasmada, me muerdo el interior de la mejilla. No sé qué le dice, pero Liam mira en mi dirección y me pilla observándolos. No tiene ni idea de que estoy diseccionando cada mínima interacción con su chica, igual que en un estudio antropológico. Como si no tuviera ya suficientes deberes y asignaturas que estudiar. A lo mejor tendría que haber hecho el ensayo para la uni sobre eso, en plan *Cómo perder a un chico en diez días* o algo así, en lugar de sobre «Mi pasión por la justicia», como me sugirieron mis padres. Le dedico una pequeña sonrisa y me giro rápidamente hacia Brenna. ¿Por qué me pongo tan nerviosa?

—¿Quedamos para ir a la biblioteca después del ensayo?

—Sí, me parece bien. —Tanto esta semana como la que viene vamos a estar encerradas estudiando—. ¿Maddie?

—No puedo, chicas. Tengo que ir a revelar las fotos del festival de las luces para el periódico.

—Voy contigo, hoy no trabajo —dice Aston—. Ey, ¿va todo bien, Li?

Levanto la vista y veo que Liam se sienta frente a mí. Deja la bandeja en la mesa y su mochila en el suelo.

—Sí, tenía que hablar con Jenny de… bueno, cosas nuestras.

—Uhhh, qué misterioso estás —se burla Maddie—. Me encanta verte así.

—No estoy de ninguna manera. —Le saca la lengua y se gira hacia mí—. ¿Y tú qué tal, nena?

—¿Yo? —me señalo el pecho. Soy idiota—. Bien, muy bien.

—¿Has sabido algo de la entrevista?

—Nada. —Mareo un poco la pasta de mi plato—. Supongo que cuando empiecen a llegar las admisiones me enteraré.

Enviamos las solicitudes a principios de semana, así que la suerte está echada.

—Estás dentro seguro. Serás la próxima Elle Woods —comenta

Liam, haciendo referencia a la peli *Una rubia muy legal*.

—Ya, bueno, aunque me admitan no voy a ir. Es solo un trámite para tener a mis padres contentos.

—Qué rollazo. —Maddie pone mala cara—. Mi padre también quiere que vaya a Harvard, pero no tengo intención de volver a mudarme a Boston.

—Eso tendremos que hablarlo, mocosa —le dice Aston, acercándose a su cuello.

—Puedo estudiar Medicina en California y no voy a separarme de ti otra vez. Cinco años ya han sido demasiados. —Le da un toquecito en la nariz y él le muerde el dedo.

—Ajjjj, por favor, que estoy comiendo —se queja Liam, haciendo una mueca de asco.

—Vaaaaale —dice Aston, ignorándolo. No ha tardado ni un segundo en claudicar. Dios, es un idiota enamorado, y yo no podría ser más feliz por ellos.

Ojalá algún día tenga justo eso: la complicidad, la atracción inevitable, conocer al otro incluso mejor que a ti misma. Es todo lo que siempre he soñado y no me he dado cuenta hasta ahora de que puede que sea imposible.

Después del almuerzo, Liam y yo vamos juntos a la pista. Por mucho que tengamos que preparar los exámenes, no podemos saltarnos el entrenamiento. Cuando llegamos, Danna está hablando con la entrenadora Farley y también hay algunos chicos del equipo en otra zona del hielo practicando pases.

—¡Ari! —Abrazo a Ryan, que me levanta por los aires. Sé que lo hace porque es mi amigo, pero, de paso, le encanta fastidiar a Liam. Este murmura algo como «paso de vosotros» y se va hacia los vestuarios.

—¡Vale, ya! Bájame. —Me río y él me revuelve el pelo. Aunque es como un oso amoroso, por su complexión podría haber sido un gran jugador de *hockey*.

Las *Ice girls* éramos un grupo compuesto solamente por chicas,

pero pasamos a llamarnos *Ice team* cuando entraron un par de chicos; entre ellos, Ryan. En total somos siete, tenemos animadoras de todos los cursos y nos conocemos muy bien.

—Voy a cambiarme.

Llego al vestuario femenino, me pongo el uniforme y me calzo los patines. La parte de arriba es de manga larga, pero deja una línea de mi vientre al descubierto, mientras que la de abajo es un pantalón corto, blanco y rojo, los colores del equipo. La entrenadora Farley nos manda dar tres vueltas a la pista para calentar y que se nos quite el frío antes de coger las palas para deshacernos del hielo sobrante. Cuando la cuchilla toca el suelo y me deslizo por el hielo, dejo de darle vueltas a la cabeza. Patinar siempre me sirve para desconectar.

Después empezamos con las rutinas. Practico el doble axel con Danna y Kate, mientras Lys lo hace con el resto del equipo. A ellas les cuesta un poco más, pero espero que lo pillen pronto porque queda genial en la coreografía.

—¡No me sale, joder! —Se queja Danna.

—Te sale mejor que a mí —la anima Kate. Y miente, porque ninguna de las dos lo hace como para tirar cohetes, pero, en todo caso, Danna es la peor.

—Vas a tener que cambiarlo.

—Ni de coña —me impongo.

—No me sale bien y la jefa de animadoras no puede cagarla delante de todo el mundo, así que te pido que lo cambies. —Hace un esfuerzo titánico para pronunciar las siguientes palabras—: Por favor.

—Yo te ayudo —insisto—. Ya casi lo tienes.

—¡No somos patinadoras artísticas, Ariadna!

—Algunos de nosotros sí. —Ríe Ryan por lo bajo. Lo adoro.

—Vamos a intentarlo unas cuantas veces más, ¿vale?

—¡No, me niego! —Se impulsa para salir de la pista y Ryan se acerca a mí.

—No quiere hacer el ridículo y ni siquiera lo intenta —masculla—.

No entiendo por qué no eres tú la jefa, esa tía es odiosa.

No soy la capitana del equipo porque mis padres no querían que le dedicara tanto tiempo, aunque lo hago de todas formas sin que ellos se enteren.

—Paso de aguantarla, ya tengo suficiente con vosotros. —Los señalo bromeando.

—¡Pero si no damos problemas, somos unos angelitos! —Bate las pestañas en mi dirección, como si no lo conociera.

—Sí, del infierno. —Le saco la lengua.

—Yo creo que tiene razón —dice tímidamente Kate—. En la práctica lo haces tú todo, ella solo se luce.

—Ari, ¿podemos hablar? —me llama la entrenadora Farley.

—¡Voy! —Pongo una mano sobre el hombro de Kate—. Gracias por poner de tu parte. Eres genial.

—Tú sí que lo eres —comenta Ryan y le lanzo un beso antes de ir con la entrenadora.

—Ari, tenemos que hacer unos retoques a la coreo.

—¿Qué? ¿Por qué?

Chasquea los dientes.

—El partido es la semana que viene y dudo que Danna vaya a mejorar mucho más para entonces. ¿Podrías cambiarlo por el Toe Loop?

—Pero ese es el salto más básico.

No me importa hacerlo, sin embargo, sé que somos capaces de mucho más, solo tenemos que esforzarnos. Las gradas rugen cada vez que salimos y cuando les animamos los descansos. Al principio me metí en el equipo porque quería estar más cerca de Liam en un mal momento de su vida, pero la verdad es que me encanta formar parte de esto: el compañerismo, las victorias, incluso los viajes es una de las cosas que más disfruto.

—¿Y si un par de chicas hacen el Toe Loop y los otros cinco el doble axel? —se me ocurre—. Podría quedar bien si lo hacemos en escala.

La entrenadora se lo piensa.

—Vale, si tú lo ves factible, se lo diré a Danna.

—¡Gracias!

El resto de la tarde me afano en conseguir coordinar los pasos y que la coreografía resulte armoniosa. Y después del almuerzo de mierda que he tenido, siento que estoy justo donde debería estar.

- 20 -

Hole In My Soul

ARIADNA

Me echo hacia atrás en el sofá y pongo los pies encima de las rodillas de Liam. Ya tenemos la peli preparada y mis tripas rugen por el hambre. Hoy, por fin, hemos hecho el último examen y mañana tenemos el partido fuera de casa contra los Mariners de Fresno. Liam parece algo nervioso, así que Maddie y yo hemos decidido quedarnos en su casa esta noche. A mí me viene genial porque así salimos juntos para el autobús, pero dormir con él cada vez se me hace más complicado.

Esta mañana, cuando hemos ido a La Bohème para celebrar que ya éramos libres y he comentado que hacía más de un mes que no me enrollaba con nadie, ha sido el primero en ofrecerse a ayudarme a encontrar a «mi próxima víctima».

Todo empezó porque dije que Connor Harris se me había resistido, y no es que estuviera perdiendo facultades, sino que se había liado con Aiden. Él fue quien le hizo el chupetón en la fiesta de Acción de Gracias, y, sinceramente, es algo que se veía venir después del tonteo descarado que tuvieron, pero no iba a ser yo quien los delatara. A Connor no lo conozco bien, pero Aiden nunca ha dado señales de que le gustaran los chicos. Supongo que cada persona guarda sus propios secretos, incluida yo.

—¿Qué crees que están haciendo estos dos en la cocina tanto tiempo? —le pregunto a Liam.

—Espero que liarse a lo grande.

Río.

—Estás muy salido.

—¡No! O sí, pero, joder, no es eso. —Pone las manos encima de mis piernas y comienza a masajearlas—. Es que verlos así mola un montón.

—¿Verdad? El otro día Maddie me preguntó qué podría regalarle a

Aston por Navidad y le dije que se pusiera un lacito. No creo que haya nada que él quiera más que a ella. —Aunque al principio se rio de mí, luego me pidió que la acompañara al centro comercial para comprar lencería sexi.

—Qué bueno, nena. —Ríe Liam, acariciando el hueco detrás de mi rodilla. Es un punto tan sensible de mi anatomía que no puedo evitar gemir.

—Me haces cosquillas. —Intento retirar la pierna, pero él me lo impide y me masajea el gemelo—. Qué bien se te da esto.

—Lo sé —se pavonea. Le tiro un cojín a la cara que esquiva por los pelos.

—Estás demasiado estresada.

«¿No me digas?».

No es ni la primera vez ni la última que Liam me da un masaje después de ensayar si lo necesito. Yo hago lo mismo con él. Los entrenamientos son muy duros y los gemelos se cargan bastante después de llevar los patines durante un par de horas, pero es que ahora todo me parece mucho más… erótico viniendo de él.

—Ha sido un día muy esclarecedor —dice Maddie, sobresaltándonos. Viene con un par de *pizzas* y Aston trae unos refrescos para ellos. Liam y yo solo bebemos agua el día de antes de los partidos para evitar la resaca y el bajón posterior de las bebidas azucaradas—. ¿Vosotros sospechabais lo de Aiden?

—Yo sí. —Me encojo de hombros, cogiendo un trozo de *pizza* cuatro quesos.

—Yo también —dice Liam. Vuelvo la cabeza hacia él como un resorte—. ¿Qué? Tontearon a tope en la fiesta, y el día del Mount Baden estaban raros.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—No quería delatarlos. —Coge un trozo de la *pizza* de peperoni y le da un mordisco—. ¿Por qué no me lo dijiste tú?

—Por lo mismo.

—Pues yo no me enteré de nada —dice Maddie.

—Normal, estabas en *Astonlandia* —bromeo. Ella lo abraza.

—Es donde mejor se está.

Aston deposita un beso en su cabeza y coge el mando para buscar la peli.

—*¿Scream?* —chillo. Menos mal que Dotty ha salido a cenar con su amiga Agatha, aunque no tardará en volver. Ya es de noche y fuera hace frío—. ¿Por qué me odiáis?

Ghostface da un miedo de cojones, lo sé. Es la segunda vez que la veo y, aunque es una peli antigua, me sigue generando la misma sensación. Esta noche no duermo.

—Le tocaba elegir a Mads. —Aston se encoge de hombros.

—¿Y no podía escoger algo bueno?

—¡Eh! *Scream* es un clásico de las pelis *slasher* —se defiende. Yo pongo mala cara.

—¿Por qué tiene que elegir siempre ella?

—¿Qué quieres? Estoy enamorado —dice como si eso fuera la excusa para todo.

—Estás idiotizado. —Me giro hacia Liam—. ¿Crees que nosotros seremos así cuando nos enamoremos? —Al preguntarlo, no puedo evitar pensar en si yo lo he estado alguna vez y en que, cuando llegue el momento, no será el uno del otro.

Su mirada se encuentra con la mía y hace una pausa antes de contestar:

—A mí no me mires, yo no sé lo que es eso. —Aunque, de alguna manera, lo que no dice pesa mucho más.

—El otro día encontré preservativos en mi mochila —suelta Maddie —. Los puso tía Heather.

—Tu tía mola.

—Yo creo que se extralimita un poquito.

—Eso que os ahorráis.

—Pongo la peli ya —nos corta Aston.

—Sí, que mañana nosotros tenemos que madrugar —digo con fastidio.

Seguimos cenando con una especie de tensión en el aire de la que somos demasiado conscientes mientras vemos la película. Liam y yo nos rozamos con cualquier excusa. Nos miramos y apartamos la vista. Es como si los dos quisiéramos hablar, pero no encontráramos las palabras. O como si supiéramos exactamente qué decir, pero no nos atreviéramos a dar el paso.

Doy un trago al agua, dejo el vaso en la mesa y me pego un poco más a él.

—¡Ah! —grito cuando empiezan a matar gente y escondo la cara en su cuello.

No soy asustadiza, pero la idea de que un asesino enmascarado me persiga tampoco es que me atraiga mucho y, en fin, no me gusta pasar miedo. He vivido en una casa enorme toda mi vida, prácticamente habitada solo por Roxana y por mí. Los materiales son antiguos, las vigas crujen, las sombras parecen personas y cualquier ruido de noche me sobresalta. Es superior a mí.

—Anda, ven aquí. —Liam extiende los brazos en mi dirección y no dudo en recostarme sobre su pecho mientras nos tapa a los dos con una manta.

—¿Tú también tienes miedo? —le pregunto. Está temblando.

—No.

—Ya, claro.

Cierro los ojos y me dejo envolver por el calor de su cuerpo. Qué bien se siente una en casa.

- 21 -

Love Will Tear Us Appart

LIAM

Tengo la espalda apoyada en el respaldo del sofá y a Ari relajada sobre mi pecho. Huelo el aroma a fresas de su pelo y su cuerpo irradia incluso más calor que la manta. Meto las manos por debajo de su camiseta y le acaricio los costados, dibujando pequeños círculos. Ya ni siquiera le estoy prestando atención a la película. ¿Qué película?

—Tienes las manos frías —se queja.

—Lo sé, por eso necesito calentarlas —digo en su pelo. Ella se revuelve contra mí.

—Pues hazlo en otro lado que no sea en mi cuerpo, me has puesto la piel de gallina.

—¿Estás segura de que eso ha sido por el frío?

—Lo que te pierde un coqueteo. —Se ríe.

No tiene ni idea. Pero ¿cómo va a saberlo si, cuando hoy ha dicho que le apetecía volver a enrollarse con alguien, me he ofrecido a ayudarla como un gilipollas? ¿Por qué no puedo quedarme callado? Es como si necesitara demostrarle a los demás que no me gusta mi nejor amiga. Y lo peor es que sospecho que haría cualquier cosa por ella, por mucho que me moleste.

En ese momento se oye la cerradura de la puerta y la abuela entra con un par de bolsas.

—Ya estoy aquí. —Aston se levanta a ayudarla y le da un beso en la mejilla—. Gracias, mi niño.

—¿Qué llevas ahí, abu? —le pregunto yo.

—Han puesto un mercadillo navideño en el muelle —explica encantada—. Había un montón de productos artesanales y me he comprado un bolso y algunos jabones.

—A ver —dice Ari, que se incorpora para mirar lo que hay en la bolsa. Todo lo relacionado con la moda le flipa—. ¡Es precioso y me

encanta el estampado!

—Pues huele estos jabones. —Ella lo hace y luego se los pasa a Maddie—. ¡Qué maravilla!

—¡Huelen superbién! —dice Maddie.

Cruzo una mirada con mi hermano, que está tomando nota de lo que dice su chica, seguro que para hacerle algún regalo. Yo eso ya lo tengo cubierto. La pulsera que le regalé a Ari brilla en su muñeca. No se la quita nunca y siento un extraño regocijo que me llena de calidez.

—¿Quieres uno, mocosa? —le dice Aston. Ella se niega a que le compre nada.

—No, pero esto me recuerda… —Mira a Ari—: ¿Qué hay del día de chicas que me prometiste?

—¡Ah, sí! —Esta da unas palmadas, emocionada—. Podríamos hacerlo después de Nochevieja, para limpiar la piel de impurezas tras las fiestas.

—¡Qué buena idea! —se apunta la abuela. Yo sé que voy seguro, porque Ari siempre me incluye en este tipo de planes, mientras que Aston reniega de nosotros y pide algún turno extra en La Bohème. Aunque, ¿quién sabe? Han cambiado muchas cosas desde que Maddie volvió. Y todas para bien.

—Vale, pues nosotros nos vamos a dormir ya. —Mi hermano coge a Maddie de la mano mientras ella protesta.

—¿Qué? ¿por qué? —Él le hace un gesto con las cejas, que no es nada sutil, siendo sinceros. La abuela los mira con una felicidad que hacía tiempo que no veía en su rostro—. Ah, sí, eso. Vale, ¡buenas noches!

Ari se ríe y sé que quiere hacer algún comentario sobre la situación, tipo «estos dos van a follar fijo», pero se contiene por la abuela.

—Yo también me voy a descansar, estoy agotada —dice ella, y se acerca al sofá para darnos un beso a cada uno.

—Que descanses, Dotty.

—Y vosotros.

Un segundo después, estamos solos en el salón, y Ari vuelve a estar recostada en mi pecho; ya nos resulta natural, nos sale sin pensar.

Nos tapamos y meto de nuevo las manos debajo de su camiseta. Ella pone las suyas sobre las mías y las une en su vientre. La tentación de seguir recorriendo su cuerpo hacia el sur es demasiado grande.

—¿Tú quieres dormir ya? —Levanta la cabeza para mirarme a los ojos y nuestros labios quedan muy cerca.

—No tengo sueño, pero voy a cambiar de peli.

—Ajá. —Sigo acariciando la piel alrededor de su ombligo. Ni muy arriba ni muy abajo, en zona segura.

—Liam… —susurra. No sé por qué siento que nos pasamos la vida susurrando.

—¿Qué?

Silencio. Ariadna Brooks no es tímida, pero desde hace un tiempo tiene una actitud más rara de lo que es habitual en ella.

—¿Eso que noto en la espalda es tu polla? —Suelta una carcajada cuando pronuncia la última palabra y yo lo hago también.

—¿Qué quieres? No soy de piedra, nena.

—Pero te pasa con demasiada frecuencia.

«Es por ti», quiero decir, pero me obligo a callar. Últimamente siento que me obligo a demasiadas cosas.

—Soy un tío —resuelvo. Y puede que sea una excusa de mierda, pero no voy a decir la verdad.

—¿Sabes? Estoy segura de que si nos liáramos sería apoteósico… Será un rollo esperar hasta los cuarenta.

«Joder, Ari. Yo no quiero esperar».

Ahogo un gemido al imaginar que guía mis manos hasta el borde de sus mallas, que luego introduzco una bajo sus braguitas y

descubro que está tan excitada como yo. En cambio, digo:

—¿A qué viene eso?

Se encoge de hombros.

—Ha sido solo… un pensamiento en voz alta.

«¿Y tienes muchos pensamientos así conmigo?», necesito preguntarle, pero no lo hago, porque no quiero cagarla. No puedo ni imaginar a dónde nos llevaría esa conversación. Quizá a no estar así nunca más. O puede que a enrollarnos una vez para que después se arrepienta. De lo que estoy seguro es de que es mucho más difícil volver cuando ya has tocado el cielo a quedarte para siempre en esa zona gris, en la que no haces lo que quieres, pero al menos aún tienes una oportunidad.

Sin embargo, el verdadero problema viene cuando voy a retirar las manos de su vientre y Ari me detiene para que no lo haga. No es un gesto casual, pero tampoco premeditado. Ella quiere seguir en este limbo en el que nos movemos tan bien. Y no sé qué cojones significa eso, salvo que yo tampoco quiero separarme de ella jamás. Algo absolutamente imposible.

- 22 -

Don't Wanna Know

LIAM

Ari se ha abierto una cuenta en Tinder y no tengo ni idea de cómo me hace sentir eso. Pensaba que mi límite estaba en verla enrollándose con el gilipollas de Nick, pero ayudarla a escoger al próximo con el que va a salir, que la va a besar, que la va a tocar... es muy jodido.

Vamos en el autobús hacia Fresno, sentados uno al lado del otro, mirando fotos de tíos que no le llegan ni a la suela del zapato. Tengo claro que no hay nadie lo suficientemente bueno para ella. Ni siquiera yo.

—¿De dónde salen tantos chicos nuevos?

—No conoces a todo Santa Mónica.

—¿Cómo que no?

Pongo los ojos en blanco.

Se ha pasado media hora tratando de decidir qué escribir en su perfil, así que le he quitado el móvil y he puesto: «Solo relaciones serias. Abstenerse capullos». No sé por qué no le ha parecido bien. Yo creo que lo deja bastante claro, pero bueno. Al final se ha quedado con: «Buscando al amor de mi vida», porque dice que odia el sexo casual y tener que enseñar cada vez lo que le gusta y lo que no, por eso procura que le duren. No he podido reprimir una arcada y me ha faltado muy poquito para acabar vomitando el desayuno.

—Este chico es mono, lo he visto por los pasillos del insti. Creo que va un curso por debajo de nosotros.

Me enseña la foto.

—No está mal. —Tengo ojos en la cara, puedo decir cuándo un tío está bueno o no, pero el gusto es subjetivo. Además, lo importante es cómo sea como persona, y eso no lo va a saber hasta que lo conozca.

—Vale, le doy a la flechita.

Lo peor ha sido elegir unas cuantas fotos para que otros la vean. A mí me gustaban todas, en muchas salía conmigo, pero Ari ha dudado

más. En esos momentos de inseguridad querría mandarlo todo a la mierda y explicarle por qué es una chica increíble, decirle que está buenísima y que no necesita impresionar a nadie, porque cualquiera podría enamorarse de ella tan solo por su risa. Y he estado tentado de meterle la lengua hasta la garganta si no me creía.

—Ey, Liam, ¿sabes si van ojeadores al partido? —me dice Aiden, distrayéndome de mis cavilaciones.

—El entrenador no me ha comentado nada. —Solo me preguntó por las universidades que me interesaban cuando estábamos preparando las solicitudes, por si había cambiado de idea, y también le echó un vistazo a mi ensayo.

Después de leer el diario, decidí escribir sobre las experiencias que me han traído a donde estoy ahora, las que me han hecho ser quien soy, y también sobre lo que espero que me pase en el futuro, como una consecuencia lógica del esfuerzo y la constancia. La vida da muchísimas vueltas y puedes luchar para llegar a una meta y no conseguirla, lo sé, pero no pienso ponerme límites. Soy libre, joder. Incluso con nuestros miedos e inquietudes, somos libres para decidir lo que queremos hacer dentro de nuestras posibilidades, solo es necesario eliminar las barreras mentales que nos contienen.

Marcia Sullivan escribió en el diario las razones que le impedían estar con mi madre, y cada argumento era como el barrote de una jaula. Pero ¿y si ellas no eran los pájaros? ¿Y si ellas eran la cerradura y no se dieron cuenta? ¿Y si eso es justo lo que me está pasando a mí con Ari?

—Este año tenemos que dejar el pabellón bien alto para los novatos —dice Maxwell.

—Será épico, colegas —contesto. No puede ser de otra manera.

—Mira este. —Ari llama mi atención para que lea la presentación del chico que hay en la pantalla. Pone: «Listo para hablar, y no solo con la boca». Suelto una carcajada.

—Al menos es original.

—¡Eh! ¿De qué os reís vosotros? —Logan se incorpora en su

asiento para mirar por encima de nuestros hombros. Cuando ve lo que hay en la pantalla, abre los ojos como platos—. ¿Estás buscando tíos en Tinder antes de recurrir a mí?

Ari muestra su sonrisa de tonteo. Está empezando a desplegar todos sus encantos. Tampoco hace falta que se esfuerce mucho para tener a cualquiera comiendo de la palma de su mano.

—Que yo sepa, no me lo has pedido.

Logan se inclina hacia delante, poniendo su cabeza entre Ari y yo.

—Eso es porque Liam me dijo que esperara a que pasaran los exámenes. —Me mira con mala cara. Me importa una mierda—. ¿Quieres quedar conmigo después del partido?

Ari se humedece los labios y ladea la cabeza escrutándolo de una forma que pondría nervioso a cualquiera.

—Vale —dice finalmente.

—¡Bien! —Logan lo celebra y algunos compañeros de equipo le hacen la ola hasta que el entrenador los manda callar desde el asiento delantero.

—Se te da muy bien esto, nena. —Le dedico una sonrisa torcida, aunque por dentro me esté muriendo.

—Echaba de menos ligar, ¿sabes? —El móvil vibra en su mano—. Mira, he hecho *match* —dice emocionada. Es el chico de antes, el que va un curso por debajo de nosotros—. Voy a escribirle.

—Guay. —Yo también saco mi móvil para tener algo con lo que entretenerme y no estar pendiente de su conversación, y es entonces cuando reviso los mensajes que intercambié con Jenny hace unos días.

Jenny: Kate dice que sí puedes contárselo a Ari, pero, por favor, que no se entere nadie más.

Liam: Tranquila, yo me encargo.

Jenny: Muchas gracias, Liam.

—Después tengo que hablar contigo.

Me remuevo inquieto en el asiento, porque no solo voy a contarle

lo de Kate, sino también que lo mío con Jenny es una farsa, y no sé cómo se va a tomar que no le haya dicho nada antes. No me gusta tener secretos con ella.

—Eh, claro —dice sin levantar la cabeza de la pantalla—. Diego parece supermajo, es de Cuba —me explica—. Va a pasar las vacaciones de invierno allí, pero quiere quedar a la vuelta.

—Eso es genial —murmuro, jodido, mientras ella sigue mirando el móvil. Ahora ya no solo es Logan, son dos. Y sé que si Ari quiere estar con el imbécil de Nick, con ese tal Diego o con cualquier otro, lo único que puedo hacer es tragarme el nudo que tengo en la garganta y apoyarla, igual que sé que yo nunca tendré ni una oportunidad con ella.

- 23 -

Unstoppable

ARIADNA

En cuanto llegamos al hotel, dejamos las cosas en las habitaciones que nos han asignado y bajamos a comer. La pista no estará libre hasta dentro de un par de horas, por lo que tenemos tiempo de sobra para relajarnos un poco y descansar antes del partido.

El *hockey* es un deporte supersticioso; algunos necesitan ponerse primero el patín derecho, otros llevan un amuleto, tienen algún ritual o se obsesionan con coger el *stick* adecuado. Liam y yo solemos aislarnos para escuchar juntos *Unstoppable*, de Sia, compartiendo auriculares y luego hacemos nuestro saludo secreto. Hoy estamos en la azotea del hotel; pero antes de poner la canción, Liam quiere hablar conmigo no sé de qué, y eso me inquieta.

—¿Vas a contármelo ya?

—Sí, a ver... —Se pasea de un lado a otro y aprovecho para recrearme un poquito en él. Lleva puesta la chaqueta de los Condors y un pantalón de deporte a conjunto con la equipación. Su pelo está desordenado, como siempre, aunque se haya tirado una hora frente al espejo para dejarlo de esa forma que le queda supersexi.

Yo llevo el uniforme de las animadoras junto a la chaqueta del *Ice team* con el logo de los Condors, porque ya es de noche y aquí arriba hace frío. Me he hecho una trenza de raíz y me he colocado un lazo de color rojo a modo de diadema; en las mejillas, la inicial del equipo pintada con purpurina roja y blanca.

—¡Liam! —Le meto prisa. Tenemos que estar abajo en media hora para ir a la pista y calentar antes del partido.

—Vale, mira, te lo suelto. —Se pone frente a mí, que estoy sentada en un montículo de la azotea. Me coge una mano y juega con ella un rato antes de mirarme a los ojos—. Jenny y yo no estamos juntos.

—¿Habéis cortado? —Se me iluminan los ojos, estoy segura, así que rebajo un poco el subidón. No sé hasta qué punto debería ilusionarme—. ¿Y tú?, ¿estás bien? —añado, porque realmente eso es

lo más importante.

—Sí, yo de puta madre. —Me suelta la mano y se acaricia la nuca—. Es que… solo estuvimos juntos una vez, el resto del tiempo fingimos.

—¿Perdona? —No sé si lo he entendido bien.

—A Jenny le gustan las chicas… o mejor dicho, una chica. Está saliendo en secreto con Kate —remata, y abro los ojos como platos. Sabía que me ocultaba algo, pero esto es muy fuerte.

—¿Kate? ¿Mi Kate? —Me señalo como una tonta—. ¿La Kate del *Ice team*?

—Ajá. ¿Estás flipando mucho?

Me pongo en pie, necesito procesarlo. Kate y Jenny… Nunca lo hubiera dicho, pero resulta que no es lo que más me llama la atención. Porque, si he entendido bien, Liam no está saliendo con Jenny. No lo ha estado nunca. O, bueno, a lo mejor se enrollaron una vez, pero ni siquiera se gustan. El caso es que está soltero y eso lo cambia todo.

—Entonces, ¿Jenny y tú no estáis juntos? ¿Solo fingís? —pregunto para estar totalmente segura de mi siguiente paso.

—Sí, siento no habértelo dicho antes, sé que no nos ocultamos estas cosas, pero me lo pidió y no podía fallarle. Confía en mí. Bueno, en nosotros. Por eso le ha parecido bien que te lo contara.

—Joder, Liam. —Mi corazón comienza a acelerarse de tal forma que me parece imposible que él no lo esté notando.

—¿Estás muy enfadada?

Niego con la cabeza.

—No, pero tendrías que habérmelo dicho.

—No podía, nena. —Su boca se curva en una mueca comprensiva y tengo ganas de morderla.

—¿Y por qué ahora? —quiero saber. Debe de haber un motivo de peso para revelarlo.

—Porque Kate y Jenny necesitan tu ayuda. —Se acerca un paso—. Tienen miedo de que se sepa en el insti, y Danna y Alysa le hagan la

vida imposible, ya sabes cómo son. ¿Crees que podrías mediar para que eso no ocurra?

—Claro que sí —contesto sin dudar. No tiene nada de malo que te gusten las chicas. Si Alysa y Danna se meten con Kate por ese motivo, me voy a quedar muy a gusto plantándoles cara. De hecho, mi cabeza ya se ha puesto a pensar en cómo ayudarlas y sonrío—. Tengo una idea.

Liam da otro paso hacia mí y enmarca mi cara entre sus manos.

—Sabía que podía contar contigo.

Mi cuerpo está a mil revoluciones por segundo. La atracción que siento por él es innegable. Lo es desde hace mucho tiempo, pero ahora por fin puedo decirlo en voz alta. Tengo el corazón en la garganta cuando veo que él me recorre el rostro hasta posar la mirada en mis labios. Luego carraspea y me suelta para tomar distancia, pero yo ya no aguanto más.

—Liam… —Mi voz es casi un jadeo.

—¿Sí? —Sus cejas se arquean al verme seria.

—Es solo… que hay algo que necesito comprobar, pero no sé si debo. —Trago saliva. Él hace una mueca como si no me entendiera.

—¿De qué hablas? —Se ha puesto tan serio como yo.

—Sería traspasar una línea —insisto, dando pasos cortos en su dirección.

—Bueno… —Carraspea y me detengo—. Ya sabes que es mejor equivocarte que no intentarlo, ¿no?

—Ajá. —Asiento. Solemos decir mucho esa frase, pero nunca había cobrado tanto significado como ahora—. ¿Sabes qué? Tienes razón. —Acorto la distancia que nos separa y pongo los brazos alrededor de su cuello—. Yo nunca he sido de quedarme con las ganas.

Y estrello mi boca contra la suya.

- 24 -

Stop Me Now

LIAM

Cuando los suaves labios de Ari se unen a los míos me quedo en *shock*, pero no tardo ni un segundo en corresponderla. Saboreo su lengua, la acaricio con la mía hasta que se funden en una sola y escucho cómo gime en mi boca, provocándome automáticamente una erección. La tomo de la nuca para acercarla más a mí, como si eso fuera posible. Estamos tan pegados que tengo que tomar aire del suyo para seguir respirando. Ninguna queja. Haría esto el resto de mi vida.

Paseo la otra mano por su cintura y la voy subiendo poco a poco por debajo de la chaqueta hasta su pecho derecho. Rozo la finísima tela del uniforme que me deja sentir el sujetador deportivo y le pellizco con suavidad su duro pezón. Tiene unas tetas increíbles que encajan perfectamente en mis manos. Estoy a mil mientras me bebo los sonidos entrecortados que salen de su boca. Llevo años preguntándome cómo sería besarla. No me puedo creer que esté pasando y que sea mil veces mejor de lo que había imaginado.

Sus brazos, que hasta hace un minuto estaban alrededor de mis hombros, ahora me despeinan el pelo y me acarician el cuello. Me estremezco. No necesitamos pensar en nuestro próximo movimiento; nos conocemos tan bien que no hacen falta palabras, todo fluye de manera natural. Nos limitamos a sentir. Siento un cosquilleo allí donde me toca. Incremento el ritmo y profundizo el beso cuando ella me muerde el labio inferior, excitada. O lo dejamos ahora, o no vamos a poder parar, y necesito saber qué está pasando por su cabeza en este momento.

Me separo de ella con la sensación de que podría haber estado besándola toda la noche y de que ahora me falta algo. Algo que me faltaba desde hace mucho tiempo. Es como si todas las piezas encajaran de golpe.

—Joder, Ari. —Unimos nuestras frentes con la respiración

entrecortada por el deseo, porque los dos queremos más, y no me puedo creer que sea recíproco—. ¿Por qué has hecho eso?

Nos separamos la distancia suficiente para mirarnos a los ojos.

—¿Lo he hecho yo sola? —Alza una ceja presuntuosa. Tiene el pintalabios un poco corrido, y nunca la he visto más bonita que ahora—. Me ha parecido que tú estabas bastante implicado en el asunto.

Sonreímos. Claro que sí, ella ha iniciado el beso, pero yo se lo he devuelto sin dudar, y no me arrepiento ni un poquito. Lo que necesito saber es de dónde le han salido a ella las ganas, porque nunca ha hecho ni dicho nada que me hiciera pensar que sentía algo por mí.

—Contéstame. —Deslizo una mano por su cuello y le acaricio el labio inferior con el pulgar de la otra. Ari pone morritos. Qué putas ganas tengo de volver a besarla.

—No sé. —Se encoge de hombros—. Hace tiempo que me apetecía hacerlo.

Escruto sus labios hinchados, la purpurina de sus mejillas, que yo también debo de tener por toda la cara, y su mirada color caramelo. ¿Será posible que los dos hayamos estado sintiendo esto desde hace años? ¿Que hayamos perdido el tiempo por no lanzarnos antes? Nosotros, que tanto presumimos de sinceros, ¿cómo hemos podido callarnos nuestros sentimientos?

—¿Cuánto? —pregunto, más emocionado de lo que he estado en muchos años.

—Mmm… —Se lo piensa un segundo, mordiéndose el labio en el proceso—. Desde que corté con Nick.

Frunzo el ceño, confuso, y dejo caer los brazos a los costados. De repente me inunda la decepción y me siento como una mierda. ¿Qué coño, Ari?, si es una broma, no tiene ni puta gracia.

—Llevas un mes pensando en mí de esa forma —intento escoger bien las palabras—. ¿Y en los otros? Porque hasta hace cinco minutos estabas entusiasmada con el tío de Tinder y esta noche has quedado

con Logan. Así que, ¿qué demonios es esto, Ari?

Uno no va por ahí besando a su mejor amigo porque «me apetece y lo hago». Eso hay que pensarlo mucho, joder. Sé que ella no tiene ni idea de mis sentimientos, no sabe que me estremezco cada vez que me roza ni que acaba de joderme a base de bien, porque ahora sé cómo sabe, cómo gime con mi tacto, dónde tocar para provocarle ese sonido, y no voy a poder olvidarlo en mi puta vida. Por Dios, ¿en qué cojones estaba pensando?

—¡Es que nunca creí que pudiera pasar nada entre nosotros! Nick no paraba de decir que yo te gustaba y entonces empecé a fijarme más en ti y a pensar en que ¡maldita sea, somos nosotros! ¡Podría funcionar! No iba a hacer nada si tenías novia, no quería ponerte en una situación incómoda, pero al decirme que no estabas con Jenny, tenía que comprobarlo.

—Ya, claro. Como si esta situación no fuera la hostia de incómoda. —Me llevo las manos a la cabeza.

—¿Te estás arrepintiendo? —Da un paso hacia mí, pero me mantengo en mi sitio.

—Nunca podría arrepentirme de nada que tuviera que ver contigo, pero no vamos a volver a repetirlo —sentencio y se echa un poco hacia atrás, como si la onda expansiva de mis palabras la hubiera alcanzado.

—¿Por qué? —pregunta, extrañada, dolida, ni siquiera lo sé. Yo, que siempre he sabido leerla a la perfección.

Podría decirle que para mí esto no es ninguna tontería, que el gilipollas de Nick tenía razón y llevo prácticamente toda la vida loco por ella, que no quiero arruinar nuestra amistad ni cagarla, ni estropear la relación que hemos construido a lo largo de los años, porque es lo mejor que he tenido nunca. Pero está claro que ella no le da la misma importancia que yo a este beso. Podría decirle tantas cosas… pero necesito que sepa que esto no es ningún juego para mí.

—Porque es un error gigantesco. —Me jode la vida pronunciar esas palabras, pero me obligo a seguir—: Has roto con tu novio, tienes ganas de liarte con alguien, no sé si por despecho o para olvidarlo, y

como te metió en la cabeza que me gustabas, llevas un mes rayada, pensando que puedes sentir algo por mí, y lo entiendo, joder. Créeme. Lo entiendo muy bien, pero yo no puedo ser esa persona. ¿Lo comprendes, Ari? —Me señalo el pecho, me falta muy poco para que se me escapen las putas lágrimas y no quiero que me vea así.

—¡Yo no me liaría con nadie por despecho, y menos contigo! —exclama, cabreada. Bien, ya somos dos—. ¿Crees que esto ha sido un puto calentón? ¡Tú tenías tantas ganas como yo!

—Ya, bueno, pues no volverá a pasar. —Saco el móvil del bolsillo de la chaqueta y miro la hora—. Tenemos que irnos a la pista.

Empiezo a andar hacia la salida hasta que me llama.

—Liam…

No dejo que diga nada. No puedo romperme más ahora mismo.

—Todo está bien, Ari. Seguimos siendo amigos, esto no ha pasado y no vamos a volver a hablar de ello. —Cojo el pomo de la puerta—. Y no se lo cuentes a nadie. Se supone que todavía sigo con Jenny, y tú has quedado luego con Logan, ¿no?

—Sí… —Titubea, afligida.

—Bien, pues ya está todo claro.

- 25 -

Can't Go Back

ARIADNA

¿Que esto no ha pasado? ¡Y una mierda!

La gente distingue a los jugadores de *hockey* por el número de su camiseta; yo, por su forma de patinar, y reconocería a Liam en cualquier parte. Va hacia la portería contraria con Logan a su derecha y Aiden a su izquierda. Sortean a varios defensores de los Mariners mientras se pasan el *puck* entre ellos, hasta que están a una buena distancia, entonces Liam lo golpea con tanta fuerza que pasa entre los patines del portero sin darle la más mínima posibilidad de pararlo.

Vamos tres a siete para los Condors, y si no fuera porque Daniels parece tenerle miedo al disco, sacaríamos mucha más ventaja. Al menos el entrenador Foster estará contento, parece que Liam está volcando toda su rabia en el juego. Me maldigo por mi genial idea de besarlo. Por Dios, pero ¿qué demonios he hecho?

Nunca pensé que iba a reaccionar así. O sea, devolviéndome el beso sí, ¡claro! ¡Era lo que más deseaba! Pero ¿enfadándose conmigo? Acusándome de besarlo ¿para qué? ¿Para probar? ¿Por despecho? Como si fuera por la calle y dijera de pronto: «ah, me apetece un beso» y se lo diera al primero que pasara. Como si se lo hubiera dado porque era el que me pillaba más cerca y no porque estoy loca por él. ¿Cómo es posible que haya llegado a esa conclusión? Y, lo más importante, ¿de verdad cree que yo le haría algo así?

Podría estar toda la vida soltera si me diera la gana, pero es que me gusta tener novio; cogernos de la mano, contarle mis días de mierda, enrollarme con él… Y resulta que me he dado cuenta de que todo eso ya lo hago con mi mejor amigo y me encanta. Todo salvo lo de liarnos. Hasta ahora. Y ha sido brutal. Había oído rumores sobre sus técnicas, pero, madre mía, ha sido alucinante. Parecía que sus manos estaban por todas partes y aún me hormiguean los labios.

Ni siquiera tengo palabras para definirlo y es frustrante, porque ha sido maravilloso, dulce, sensual y la hostia. Como miles de fuegos artificiales, un arcoíris y un unicornio, todo junto. Como el sol calentito en invierno, como todas las estaciones. Un beso en el que te encuentras si estás perdida, y en el que te pierdes para soñar bajo los párpados. Ha sido... todo lo que sucede en las películas románticas y más. Mucho más. El beso por el que la pierna te hace «pop» como una palomita y se eleva en el cine clásico. Un beso demasiado real para que no signifique nada. Por eso sé que no voy a poder olvidarlo tan fácilmente.

—¡Ostras! —exclama Ryan a mi lado. Acaban de estampar a Logan contra el panel de metacrilato. Varios de nuestros chicos se han acercado a ver cómo estaba y se han encarado con Los Mariners, pero Logan ha hecho la señal de que está bien y el juego se ha reanudado.

—Nos toca —dice Danna cuando pitan el final del segundo tiempo. Los chicos van hacia los vestuarios. Busco a Liam, porque nosotros siempre nos buscamos con la mirada, pero hoy no se ha fijado en mí ni una sola vez y siento como si me faltara algo.

Cojo una de las palas y me dedico a quitar el hielo sobrante junto a tres de mis compañeros. El descanso dura dieciocho minutos, en los que nos da tiempo a llevar a cabo nuestra rutina mientras las *Ice girls* de Los Mariners hacen la suya al otro lado de la pista. Al ser el equipo visitante, no tenemos hinchada que nos anime, pero aun así, conseguimos varias ovaciones.

Los chicos vuelven para el tercer periodo y los veinte minutos pasan volando. Aunque hay un par de penalizaciones y nos meten dos goles más, nuestro equipo gana con bastante ventaja y salimos a la pista a celebrarlo con ellos en cuanto los locales se marchan y la entrenadora Farley nos da la señal.

Busco el número trece de Liam y voy hacia él. Los chicos están felicitándose entre ellos, y cuando paso por su lado, también choco el puño con sus guantes hasta que me quedo frente a frente con él en mitad de la pista. Algunos le dan palmadas en la espalda o en el

casco, pero Liam solo tiene ojos para mí. Y en ese momento, tengo la sensación de que encajamos. No en un sitio, no en un lugar, sino el uno con el otro. Juntos. Y lo abrazo porque, pase lo que pase, sé que este no es nuestro final, porque no es feliz. Y no voy a dejar que nos alejemos por un error, aunque yo no me arrepienta de nada de lo que ha pasado entre nosotros.

—Deberíamos enfadarnos más a menudo. —Río en su oído. «O besarnos».

Él no me contesta, pero por la fuerza con la que me abraza, sé que me ha oído. Hoy, por el motivo que sea, su juego ha sido increíble, digno de un jugador de la NHL, y estoy orgullosísima de él y de todo lo que ha trabajado para conseguir llegar hasta aquí. Y sé que Aston también lo está, porque empezaron juntos en esto. Los tres respiramos hielo. Nos encanta.

- 26 -

Emotional Champ

LIAM

Y así es como ocurren las cosas que te cambian la vida. Un pequeño paso en la dirección correcta, una acción, una decisión. Salir antes de casa, girar a la izquierda en lugar de a la derecha, coger un desvío en vez de ir por el camino de siempre... Besar a tu mejor amiga.

Estamos celebrando la victoria en una de las salas de fiesta del hotel. Gabe y Maxwell han colado unas botellas de alcohol que traían en la maleta y que iban a compartir tanto si ganábamos, para celebrarlo, como si perdíamos, para consolarnos. Se supone que los entrenadores Foster y Farley deberían estar vigilándonos, pero están sentados al fondo de la sala, discutiendo, que yo creo que es el paso previo a liarse. Si Ari estuviera aquí, podría comentarlo con ella y seguro que nos reiríamos del asunto o elaboraríamos alguna de nuestras teorías, pero está en una de las mesas, sentada al lado de Logan, hablando con él y riendo.

Lo primero que he querido hacer cuando hemos ganado ha sido abrazarla. Lo hemos hecho mil veces, pero ahora todo parece diferente. Ari y yo teníamos la línea de nuestra amistad perfectamente trazada, nunca nos habíamos permitido sobrepasarla y era por un buen motivo. Porque ahora que conozco el tacto que tienen sus labios contra los míos, no quiero que otro la bese. ¿Es posible que me sienta más atraído por ella que antes?

Suena música *dance*, algunos chicos están bailando con las animadoras y otros han hecho una especie de mesa de *beer pong* con vasos de plástico y juegan a beberse los chupitos de tequila que Hendrix rellena con disimulo. Creo que Foster y Farley no se enterarían de una mierda ni aunque alguien los avisara expresamente.

—Hola, eres Liam West, ¿no?

Desvío la vista hacia la voz. Una chica rubia, alta y muy guapa se sienta a mi lado. ¿Cómo ha entrado aquí? Se supone que es una fiesta

privada.

—Sí. ¿Y tú eres?

—Holly. —Se echa el pelo hacia atrás, de modo que el tatuaje en forma de flor en su cuello queda a la vista. Es bastante sexi—. Mis amigas y yo nos hemos colado para saludaros. —Señala a un grupo de chicas que comienzan a dispersarse por la fiesta—.Has jugado increíble.

—Gracias. —Me llevo el vaso a los labios, pero apenas lo pruebo cuando me acuerdo del chorreón de tequila que Maxwell me ha echado hace un rato.

—Podríamos tomarnos algo juntos, ¿no? —Su mano resbala por mi rodilla, pero la paro antes de que siga subiendo.

—Lo siento, tengo novia. —Sé que no es exactamente así, pero a ojos de todo el mundo le pondría los cuernos. Y, por otra parte, no es en Jenny en quien estoy pensando ahora mismo.

—No te estoy pidiendo matrimonio. —Su sonrisa traviesa deja claro a lo que se está refiriendo, pero solo hay una persona con la que quiero estar, así que prefiero dar la noche por terminada.

—Hasta otra, Holly. Espero que te vaya bien. —Me levanto y voy hacia la mesa de *beer pong* para despedirme de los chicos—. Me piro a la habitación.

—¡Qué dices, tío! Si todavía no es ni medianoche.

—Estoy cansado.

Insisten un poco, pero no dejo que me convenzan. Antes de subir a la habitación que comparto con Aiden, miro a Ari por última vez. Entonces me doy cuenta de que está dándole un abrazo a Logan y creo que ya he visto suficiente.

Aprieto los puños a los costados, ardiendo de rabia, de tristeza, de frustración, y de todos y cada uno de los sentimientos que ya no puedo contener. Han empezado a desbordarse y la culpa es solo mía. Porque para mí Ari siempre ha sido el sol y sabía que, si me acercaba demasiado a ella, corría el riesgo de quemarme.

- 27 -

Let The World Burn

ARIADNA

—Lo siento, Logan. La verdad es que no creo que pueda haber nada entre nosotros.

Tengo que ser sincera con él y también conmigo misma. No voy a hacer como si no hubiera ocurrido nada entre Liam y yo. Por mucho que él piense que ha sido un calentón, cuando he visto que se le acercaba esa chica preciosa, he tenido claro que lo que siento no es pasajero ni un capricho. Tampoco nada que me haya metido Nick en la cabeza. Lo he besado y quiero más. No con Logan ni con cualquier otro chico, sino con mi mejor amigo.

—Es por Liam, ¿verdad?

Vuelvo la vista a Logan. Qué perspicaz es.

—¿Tanto se me nota?

—A los dos, pero Liam todavía no lo ha admitido. Los chicos y yo hacemos una porra cada temporada a ver cuándo os liais. —Se frota las manos—. Hay un montón de dinero ya en el bote y parece que este año alguien se lo va a llevar.

No puedo evitar reírme.

—¿Me guardarás el secreto? Él está con Jenny y…

—Sí, sí, tranquila. Pero tú hazme el favor de liarte con él sobre el catorce de febrero. —Me da la fecha específica. Alzo una ceja—. ¿Qué? Siempre he pensado que os iba todo el rollo de San Valentín. Sois unos románticos.

Me río y lo abrazo.

—Eres un buen amigo.

—Mi trabajo me cuesta, es un cabezota.

—¿Me guardarás el secreto?

—Mis labios están sellados. —Cuando nos separamos, busco a Liam con la mirada, pero ha desaparecido—. Ve a por él —me anima.

Asiento y voy hasta donde están los chicos.

—¿Habéis visto a Liam?

—Se ha ido ya a dormir, estaba cansado —dice Gabe, metiendo la pelota en un vaso lleno de líquido—. ¡Bebe!

Me acerco a Aiden, que es con quien siempre comparte la habitación, y le pido la llave. Tengo un plan.

Unos minutos después, voy para allá. El rato en el ascensor se me hace interminable. Abro la puerta con la llave y doy unos pasos. Gracias a la luz del pasillo distingo a Liam tumbado en la cama, encima de las sábanas, con el brazo tras la nuca, mirando al techo. El corazón me martillea en el pecho como si en cualquier momento fuera a estallar.

—¿Puedo pasar?

La habitación está en penumbra. Solo se cuela un halo de luz a través de la persiana medio abierta. Liam levanta un poco la cabeza y un brillo de sorpresa se refleja en sus ojos.

—Ya estás dentro.

«¿De la habitación? ¿De su corazón?», quiero preguntar, pero no lo hago. En cambio, cruzo la estancia, me quito los zapatos y me tumbo a su lado, en el hueco que siempre deja para mí, ya sea en una cama de matrimonio, como esta, o de noventa, como la de su cuarto.

—Te has ido muy pronto de la fiesta.

—Me extraña que te hayas dado cuenta. —Auch. Eso duele. Cuando estamos juntos en cualquier sitio, yo siempre sé dónde está Liam y viceversa. Es como si orbitáramos uno alrededor del otro. Ha sido así desde pequeños, no sé cómo puede dudarlo.

—¿Sigues enfadado? —pregunto, preocupada, porque él no suele enfadarse. Hay pocas cosas que hagan que pierda la sonrisa y no quiero ser una de ellas.

—No, ya sabes que no puedo enfadarme contigo durante mucho tiempo. —Suspira con pesar—. ¿Cómo ha ido la cita?

—¿De verdad quieres saberlo?

Noto cómo se encoge de hombros, porque tengo la cabeza apoyada en él y el brazo derecho alrededor de su estómago. Esta es mi postura no sexual favorita, y él lo sabe. Su corazón late desbocado. Yo tengo el mío en la garganta.

—Solo si me dices que ha sido una mierda. —Se ríe y me contagia.

—¿Y si te digo que no podía dejar de pensar en ti? —confieso aún sin mirarlo y me aprieta más contra él.

—¿Qué nos está pasando, Ari?

—¡No lo sé! —chillo con voz aguda—. Lo único que sé es que quiero volver a besarte.

—No. —Se incorpora y apoya la espalda en el cabecero—. No podemos hacerlo.

—¿Cómo que no? —Me doy la vuelta para mirarlo a la cara. Le retiro el pelo de la frente y se la acaricio para que se relaje—. ¿Tan malo sería?

Entrecierra la mirada.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Qué quieres que te diga? Besas bastante bien, West.

Sonrío un poco y consigo que sus labios se curven.

—Sería un error, nena.

—Pero ¿por qué?

Sus ojos se desvían a mi boca.

—Porque no me hace falta besarte o acostarme contigo para saber que podría enamorarme de ti.

El corazón me da un vuelco en el pecho. Para él no sería un rollo más. Para mí tampoco. Y se me ocurre que a lo mejor nunca pensamos que podría pasar algo entre nosotros, porque no sabíamos que era una opción. No tenía ni idea de que él podía sentirse atraído por mí, y yo me he negado a contemplar esa posibilidad durante mucho tiempo, pero ahora que lo hago… Lo veo clarísimo.

—¿Y eso es malo? —insisto, porque creo que es lo que siempre

hemos querido los dos. Es nuestra peli romántica.

—Joder, Ari, ¡claro que lo es! —afirma cruzando los brazos sobre el pecho—. Para empezar, podríamos joder nuestra amistad.

Sacudo la cabeza, negándome a esa posibilidad.

—Eso no ocurrirá. Somos amigos y seguiremos siéndolo pase lo que pase.

Hace una mueca de incredulidad.

—¿Y si nos rayamos? ¿Y si nos ponemos celosos y acabamos estropeándolo todo? O nos cansamos, como nos ha pasado con otras parejas…

Arqueo las cejas.

—¿Te das cuenta de que soy yo quien te aguanta cuando te pasan todas esas cosas? Y cuando me pasan a mí, eres tú quien me soporta. Conocemos lo mejor y lo peor de nosotros, y aun así nos queremos más que a ninguna otra persona.

—Vale, eso es verdad. Pero ¿y si nos enrollamos y uno de los dos se da cuenta de que no es lo que realmente quiere o la caga y cortamos? Entonces diremos que no pasa nada, pero empezaremos a distanciarnos, cada vez nos veremos menos y luego se acabó, en unos años seremos un par de desconocidos. No quiero eso, Ari, no quiero vivir sin ti a mi lado.

Su voz es firme, aunque por dentro los dos temblamos ante la perspectiva de que eso suceda.

—Yo no permitiría que eso ocurriera. —Me acurruco en su pecho y me pasa el brazo por la espalda. Esta situación es muy jodida—. ¿Y si… lo hacemos una vez más… no sé, para quitarnos esta tensión de encima?

—Eso sería aún peor —dice con voz ahogada—, porque no tendría suficiente.

—Yo tampoco —contesto para que sepa que estamos juntos en esto. Estoy segura de que una sola vez sería muy poco, teniendo en cuenta lo que se me pasa por la cabeza cuando lo miro.

—Vamos a intentar dormir.

Alzo la mano para acariciar su mejilla con el dorso. Él la coge y me da un beso en la muñeca que me eriza todo el vello del cuerpo.

—¿Tú también lo sientes? —Cierro los ojos, pero los vuelvo a abrir porque no quiero perderme ni un segundo de lo que su mirada me cuenta: que quiere besarme y que teme hacerlo. Que tiene miedo de que nuestra relación cambie. De que haya un antes y un después de ese beso que ninguno de los dos vamos a ser capaces de olvidar.

—Cada puto día de mi vida.

Su nuez se mueve al tragar saliva.

Acerco mis labios a los suyos. Liam suspira, pero no me rechaza. Me quedo quieta para que sea él quien tome la iniciativa, es él quien tiene dudas, y supongo que por eso no lo hace. Se debate entre seguir su instinto o mandar su autocontrol a la mierda. Lo sé. Lo percibo. Y no sé hasta qué punto nos estoy dando la oportunidad de hacer lo que queremos o cagándola. De lo que estoy segura es de que la tensión entre nosotros es brutal y necesitamos hacer algo con ella ya.

—No quiero que te alejes, Liam. Deseo que me toques por todas partes.

—No lo digas si no lo sientes de verdad, Ari.

—Ese es el problema. Que yo contigo lo siento todo.

—No me lo pongas tan difícil… —ruega.

—Estás luchando contra esto porque piensas que puede salir mal, pero ¿y si sale bien? —susurro.

—Todavía estamos a tiempo de parar…

—¿De verdad lo crees?

Deja salir un sonido torturado de su garganta.

—Si lo hacemos, no habrá vuelta atrás.

—Eso está bien, porque no quiero que la haya.

Cuando creo que va a besarme, que va a acortar la distancia que nos separa y a hacer lo que los dos queremos, se levanta de la cama.

Veo cómo se quita la camiseta y el pantalón para quedarse en calzoncillos. Tiene los músculos superfibrosos, los muslos gruesos y el abdomen tan definido que me encantaría que la luz estuviera encendida para recrearme mejor en él.

Después, se vuelve a tumbar, rodeándome la cintura con un brazo y pegándome a su pecho. Y nunca me he sentido más a gusto, ni más querida, ni más cómoda… ni con más miedo.

- 28 -

Dreams Come True

ARIADNA

Empieza repartiendo por mi cuello suaves besos que me hacen gemir. Sigo vestida, y ponerme así por unos besos me resulta un poco bochornoso, pero entonces recuerdo que estoy con él, con mi mejor amigo, y que no va a juzgarme, porque me conoce incluso mejor que yo misma. Lo único que tengo que hacer es sentir.

—Dime lo que quieres, nena. —Me muerde el lóbulo de la oreja y le respondo con un jadeo entrecortado.

—Justo lo que estás haciendo ahora.

Mete la mano debajo de mi top y me estremezco por lo fríos que están sus dedos en contraste con el calor de mi cuerpo.

—Lo siento. —Desecho sus disculpas y lo insto a continuar.

—No pares.

Su erección se hace presente contra mi culo. Empieza subiendo hacia mis pechos, tomándose su tiempo para excitarme mientras me besa la nuca.

—¿Te gusta así? —Me pellizca los pezones, enviando un latigazo de placer hacia el centro de mis muslos.

—Sí —jadeo—. Yo también quiero tocarte.

Intento girarme, pero no me lo permite. Aún no ha terminado.

—Lo harás. A su debido tiempo.

Cuando mis pezones ya están duros y sensibles, comienza a bajar hacia el ombligo y después por debajo del elástico del pantalón.

—Te vuelves muy mandón en el sexo —bromeo.

—Solo contigo, nena —susurra en mi oído. Yo ya me estoy derritiendo cuando cuela la mano bajo el tanga y desliza un dedo, tanteando poco a poco mi abertura—. ¿Tan cachonda te pongo? —pregunta sonriendo.

Giro la cabeza porque necesito besarlo.

—Eres un engreído.

Lamo sus labios y muerdo el inferior hasta que consigo que haga ese ruidito que tanto me pone. Es como un ronroneo, como si estuviera supersatisfecho y no necesitara nada más en la vida que esto.

—Mmm… La gente subestima los besos. Yo creo que son de lo mejor. Podría tirarme horas besándote, Ari —se acerca a mi oído para susurrar—, cada rincón de tu cuerpo.

Mete un dedo en mi interior, despacio, estudiando mi reacción.

—Estoy nerviosa —confieso, y me daría cosa si no fuera él, porque normalmente tomo mucho más la iniciativa, pero es que no quiero fallarle…

—Ya lo dijiste antes: somos tú y yo. Nada puede salir mal —afirma, doblando el dedo hacia mi punto G.

—Dios mío —gimo, quedándome bocarriba para facilitarle el acceso. Si algo me encanta de Liam es la seguridad que tiene en sí mismo. Y en nosotros—. Tu hermano y tú tenéis los mismos trucos sexuales. —Me río—. Danna y Alysa me han contado cosas…

—Es mucho mejor comprobarlo por ti misma. —Añade el pulgar en el clítoris y da unas cuantas pasadas lentas, perezosas. El gemido que emito corta la risa que estaba a punto de soltar—. Pero solo conmigo.

—¡Eso está claro! Si se lo propusiera a Aston, vomitaría. —Me río.

—Ari… —Muerde mi labio con una advertencia. Rodeo su cuello y me abro más a él para recibirlo—. Joder, nunca te había oído gemir así, quiero más.

Continúa explorando, introduciendo sus dedos entre mis pliegues, la fricción es exquisita.

—Solo pienso en ti…, nene. —La sonrisa que esboza no le cabe en la cara.

—Quiero ver cómo te corres. —Acelera el ritmo de los dedos y no tardo ni un minuto en estallar de placer y deshacerme en sus manos —. ¡Lo sabía! ¡Sabía que ibas a poner esa cara! Es la misma que

cuando comes chocolate.

—Oh, por favor, ¡qué vergüenza! —Me tapo el rostro con las manos, pero él se apresura a apartarlas para mostrarme su sonrisa más traviesa. La del hoyuelo.

—¿Cuándo te ha dado vergüenza algo conmigo?

Me muerdo el labio inferior, ávida de deseo.

—Nunca. —Esa es la respuesta. Es tan fácil estar con Liam… No me juzga ni tengo que pensar si algo de lo que digo le va a molestar, como me pasa con otros chicos. Con él puedo ser yo sin filtros. Por eso digo—: Estoy tan excitada que te necesito dentro de mí. Ya.

—Y yo. —Me agarra la trenza y tira de mí para morderme el labio antes de deshacerla. Mi sexo palpita por más—. ¿Dónde les has dicho a los demás que estás?

—Contigo. —Es tan normal que no tengo que mentirles—. Aiden se ha ofrecido a dejarnos la habitación libre y le he dicho que se vaya a la mierda, pero dudo que venga por aquí esta noche.

—Esa es mi chica. —Se levanta para coger un preservativo de la cartera y colocárselo con maestría. Yo me incorporo y comienzo a quitarme la ropa mientras él me contempla con adoración. Ningún chico me ha mirado así antes, de tal forma que parece estar observando algo de un valor incalculable—. Eres perfecta.

Se acerca a darme un beso húmedo y tierno, y vuelve a ponerse de rodillas encima de la cama.

—No, nadie lo es. —Bajo la vista—. Me esfuerzo por serlo, pero no siempre lo consigo.

—Eso es lo que no entiendes, Ari. No debes intentar alcanzar el listón que te han impuesto tus padres o te sentirás frustrada siempre. Mírame —me pide con delicadeza. Lo hago porque él es la mejor vista que podría tener—. Me encanta tu forma de expresarte, de reír, lo que piensas, cómo sientes. Eres perfecta siendo tú y estaré aquí para recordártelo cada vez que se te olvide.

—¿Te haces una idea de cuánto te quiero? —Es una pregunta retórica; sé que lo sabe. Pero es que así, desnudo ante mí,

diciéndome esas cosas tan bonitas, tengo el pecho tan lleno de amor que creo que podría enamorarme de él. Si es que no lo estoy ya.

—Tanto como yo a ti.

Cubre su boca con la mía, con la cantidad de lengua perfecta para tenerme justo donde quiere mientras se coloca en posición.

—Liam… —No digo nada, no hace falta. Los dos sabemos a lo que me refiero.

—Voy a hacer que lo disfrutes, Ari. Te lo prometo.

Asiento. Confío en él.

Normalmente no puedo llegar al orgasmo con la penetración y él lo sabe. Hemos hablado de esto mil veces. Me pasa desde que perdí la virginidad con el cabrón de Ethan. Fue tan brusco que ni siquiera me excité, y pese a que he intentado cambiar eso con los chicos que han venido después, me ha resultado imposible. Salvo algunas veces contadas, siempre me bloqueo en ese momento. Por eso Liam empieza a distraerme.

Me besa las mejillas, la nariz, la frente y baja suavemente hasta los labios, pero no los une a los suyos, los respira, se toma su tiempo para enloquecerme mientras, poco a poco, se hunde en mi interior. Encajamos a la perfección.

—¿Estás bien?

Le rodeo las caderas con las piernas y empujo sus nalgas para apretarlo más contra mí, si es que es posible.

—Joder, vas a saco.

—No te imaginas cuánto deseaba que llegara este momento. —Enmarco su cara entre mis manos y sonrío en sus labios.

—Claro que lo sé, llevamos toda una vida de preliminares.

Empieza a moverse sobre mí y le clavo las uñas en las caderas para acompañar sus embestidas, que se vuelven frenéticas conforme se eleva el volumen de mis gemidos.

—No pienses, solo siente —jadea con unos brillantes ojos azules que me miran como si quisieran comerme.

Y no sé si será porque hacerlo con quien tienes tanta confianza es como conectar contigo misma, pero me desinhibo.

Nuestras bocas siguen muy cerca, nuestros alientos se entremezclan y yo solo puedo morder su barbilla, lamer su cuello, sentir el sabor salado de su piel en mi lengua y desear que esto no acabe nunca.

Pone una mano sobre mi muslo, me cambia de posición para profundizar sus acometidas y acabo con las piernas sobre sus hombros. En esta postura, cada vez que me penetra, su pene roza mi punto G y es… es increíble.

—Esto es…

—Lo sé. —Besa mi tobillo.

—Quiero más. —Lo quiero todo con él.

—¿Así, nena?

—Sí —susurro—. Creo que así podría llegar de verdad al orgasmo, es que… hay algo que me bloquea y no sé qué es.

—Olvídalo. —Toma mi barbilla para obligarme a mirarlo—. Aquí solo estamos tú y yo, ¿vale? Concéntrate en mí.

La mirada transparente de Liam recae en mí con intensidad y leo en ella tantas cosas que me quedo sin palabras.

—¿Y si no me corro?

—Hay más formas de terminar. Aún no te he probado con la boca.

Niego con la cabeza y no puedo evitar sonreír.

—Te quiero. —Hundo los dedos en su pelo y lo acerco más a mí para besarlo.

—Y yo a ti, Ari.

Nuestras lenguas se enredan mientras Liam se afana en que lo disfrute, y yo me quito un peso de encima. Algunos chicos se ofenden si no me corro, como si fuera algo personal contra ellos. Otros, sin embargo, utilizan otras técnicas, como los dedos o la boca. Nick era de estos últimos y yo pensaba que debía estar contenta porque al menos hacía algo por mí. ¡Qué idiota era!

Ahora sé que eso no es nada comparado con lo que está haciendo Liam. Me pregunta en todo momento si estoy bien, si es así como me gusta y si no, cambia de postura. Me susurra al oído que está dentro de mí, que somos uno. Me excita con las palabras, con la lengua y con la polla. Porque le da igual si tardamos una hora, dos o toda la noche. Y me hace sentir la persona más especial del mundo.

Me aferro a sus musculosos antebrazos y no cierro los ojos. Necesito mirarlo, beberme sus jadeos, olvidarme de todo lo demás. Y cuando bombea una y otra vez en mi punto G, cuando baja la mano para acariciarme el clítoris, cuando me susurra al oído que le encanta cómo se mueven mis tetas contra su pecho, que estoy jodidamente preciosa debajo de él, pero que me quiere encima, donde pueda morderme los pezones mientras yo asumo el control, que se bebería cada uno de mis gritos, que esto no ha hecho más que empezar, que… No puedo más. El placer se arremolina en mi vientre y crece, enviándome a un éxtasis tan salvaje como reparador. No he terminado aún de recuperarme cuando se aferra a mis caderas y da varios empellones más, prolongando mi placer, hasta que se corre de una forma tan brutal que las gotas de sudor resbalan por nuestra piel.

—Tenías razón, no vamos a tener suficiente con una sola noche. —Me río—. ¡Eres un Dios del sexo!

—De todo lo divertido que hay en Santa Mónica, ya lo sabes. —Me guiña un ojo. Sacudo la cabeza.

—No puedo creer que lo hayamos hecho.

—Y yo que no lo hayamos hecho antes.

—¿Verdad? —Me apoyo sobre un codo—. Ha sido como guau. Sabía que eras increíble, pero comprobarlo…

—Somos la hostia juntos. —Pasea un dedo entre mis pechos, provocándome de nuevo.

—¿Sabes qué me jode?

—Darle la razón al gilipollas de Nick —responde sin dudar.

—¡Exacto! —Me incorporo y doy una palmada—. ¿Cómo se dio

cuenta él antes que yo? ¡A mí no se me escapa nada!

Tira de mí hacia él y acabo a horcajadas sobre sus muslos.

—Quiero que volvamos a hacerlo.

—Normal, nene, soy alucinante —me regodeo.

—Lo digo en serio, ¿quieres repetir?

Abro los ojos como platos al notar el bulto bajo mi cuerpo.

—¿Ya estás listo otra vez?

—Para ti, siempre.

—Espero que dentro de treinta años digas lo mismo. —Me río.

—¿Nos imaginas juntos en treinta años? —Frunce el ceño.

—¿Aún tienes dudas?

—A ver… —titubea, acariciándome los muslos—. Yo llevo mucho tiempo sintiendo esto por ti…

—¿Qué dices? —Se me escapa una sonrisa.

—Siempre te he querido, Ari —dice muy serio. El corazón me da una voltereta en el pecho.

—Sí que se te da bien fingir, ¿eh?

—Joder, nena, ni te imaginas… —Suspira—. Pero para ti es todo nuevo, y ahora estamos con la euforia del sexo, porque ha sido la hostia, pero no quiero que nos adelantemos. Tú nunca has sentido nada romántico por mí, así que vayamos con calma para que no te agobies, no quiero cagarla.

—Eso no es verdad —le aseguro.

—¿Qué?

—Que no es verdad. Claro que he pensado en ti de esa forma, ¡millones de veces! —añado.

—¿Qué? —repite, incrédulo—. ¿Cuándo?

Y se lo cuento.

***

Esa noche fuimos a la playa. Liam y Aston estaban destrozados, algo

borrachos, y se habían hecho un tatuaje que decía: «Vive y aprende», aunque ellos no entenderían el verdadero significado de esa frase hasta un tiempo después, cuando fueran capaces de coger distancia del dolor y verlo en perspectiva.

Danna pululaba alrededor de Aston, algo que ocurría desde que Madison se había ido, y yo estaba con mi novio de turno, Harry. Creía que estaba loca por él, pero me di cuenta de que no era el tipo de amor que siempre mostraban en las películas cuando vi que Liam cogía de la mano a una chica y se la llevaba debajo del muelle, tras unas rocas. Era una sureña que estaba en Santa Mónica de turismo con sus padres, un par de años mayor que él. Dejé a Harry sentado en nuestra toalla y corrí hasta ellos.

—¡Eh, Liam! ¿Dónde vais?

—¿Tú qué crees, nena? —Las palabras le bailaban en la lengua, tan borrachas como él.

Eso me molestó, porque sabía que no lo hacía por los motivos correctos. «No lo hagas. No así», quise decirle. «Este no eres tú». Pero ¿cómo iba a impedirle mitigar el dolor de la manera que quisiera? Si la chica también quería, y por la insistencia con la que tiraba de su mano estaba claro que así era, ¿cómo iba a decirle que se arrepentiría? ¿Que al día siguiente, cuando abriera los ojos, además de un dolor de cabeza descomunal tendría remordimientos? Habíamos hablado muchas veces de cómo sería nuestra primera vez y ambos queríamos que fuera especial.

Así que los dejé ir y un malestar se instaló en mi estómago. Él y yo no nos callábamos nada, no había secretos entre nosotros. Y cuando volvió con el grupo, una hora después, no estaba mejor de lo que se había ido.

—¿Qué tal? —le pregunté, y de verdad quería saber la respuesta, porque necesitaba que estuviera bien.

—De puta madre. —La sonrisa que esbozó no le llegó a los ojos, menos vidriosos que antes, pero igual de tristes.

Me levanté para abrazarlo, pensé que era lo que necesitaba en ese momento, y supe que no me equivocaba cuando se aferró a mí como

si no hubiera nada más en el mundo que pudiera sostenerlo. Su cuerpo temblaba y su dolor era tan fuerte que me traspasó.

Liam no necesitaba sexo aquella noche, sino a alguien que estuviera ahí con él. Lamenté no poder rebobinar el tiempo, porque perder la virginidad debía ser un acto más romántico, más trascendental, o eso pensaba en aquel momento. Si su primera vez hubiese sido conmigo, yo habría conseguido que fuera genial, porque él no se merecía menos.

Entonces me sorprendí preguntándome cómo sería besarlo sin todas esas capas que había empezado a vestir y que nunca habían hecho falta estando el uno con el otro. Solo los dos, piel con piel. Entre risas que cosquilleaban en el vientre y caricias que erizaban el alma. Y pensé que jamás averiguaría cómo sabía la sal del mar en contacto con su saliva, ni cómo sería que acariciara todo mi cuerpo, abandonarme en sus brazos, llegar al éxtasis con él... Ni siquiera entendía cómo se me había pasado aquello por la cabeza, porque era mi amigo, mi mitad, mi alma gemela, lo mejor que tenía en la vida, y lo único que necesitaba era que volviera a sonreír, que acabara aquella etapa tan oscura, aquel invierno interminable, y ser nosotros de nuevo. Aprendiendo a vivir sin estar completos, pero juntos. Siempre juntos.

Unos meses después lo haría, volvería a ver esa sonrisa genuina que tanto me encantaba. Y no volvería a pensar en él jamás de otra manera que no fuera como mi mejor amigo.

Al menos hasta ese día.

Hasta ese beso.

Hasta la noche que lo cambió todo.

- 29 -

Happy New Year

ARIADNA

Liam: ¿Cómo va la gala, nena?

Yo: Mi abuelo está dando un discurso y ya se ha metido tres veces con la globalización. Mi padre se ha echado las manos a la cabeza y mi madre está hablando con un cliente.

Liam: Nada nuevo. ¿Quieres que te saque de ahí?

Yo: Ojalá. Intentaré llegar lo antes posible.

Liam: Vale, porque tengo planes para nosotros.

No puedo evitar sonreír. Me lo imagino subiendo y bajando las cejas, insinuante.

Yo: ¿Ah, sí? ¿Qué clase de planes?

Liam: Implican una tableta de chocolate con almendras y a mí.

Yo: Mmm, mis dos cosas favoritas en el mundo.

Llevamos toda la semana tonteando, viéndonos en secreto, buscando sitios donde meternos mano a escondidas, como si volviéramos a ser dos críos, y yendo al monte Griffith para enrollarnos en el Jeep. Todavía no podemos decírselo a nadie porque necesito hablar con Danna y Alysa antes, y ya tengo algo pensado. Voy a invitarlas a mi casa una tarde de la semana que viene junto a Kate, después del ensayo.

La abuela me ha enviado unos Jimmy Choo con bolso a juego desde Vermont y sé que se van a morir por verlos. Sus familias también tienen dinero, pero no les regalan zapatos o bolsos de mil dólares. En cambio, a la abuela, a mamá y a mí nos encantan. Ellas me enseñaron que la moda es una buena inversión. Creo que es lo único que tenemos en común.

Cojo una copa de champán de la bandeja de uno de los camareros. El abuelo ha terminado su discurso y ahora está desplegando sus

encantos con su tercera mujer, que es tan solo diez años mayor que yo. Ya hace un rato que hemos acabado de cenar y todo el mundo recorre el salón hablando con unos y con otros mientras yo estoy aquí, a un lado de la barra, observándolo todo.

La gala anual de Nochevieja se celebra en Montecito, donde vive mi abuelo. Aunque ya no forma parte activa del bufete, él fue quien lo fundó y sigue siendo socio capitalista, por lo que aún tiene mucho poder. Le gusta invitar a la fiesta a los mejores clientes y a los trabajadores para dar la apariencia de que somos una especie de gran familia.

Estoy harta de estos eventos, pero me encanta ponerme ropa hecha a medida, y estoy deseando que Liam me vea con este vestido que mi madre me ha comprado para la ocasión. Es de color azul eléctrico, con lentejuelas diminutas que destellan con la luz, largo hasta los pies y con una abertura lateral que deja a la vista mi pierna derecha.

Como tengo el móvil en la mano, estoy atenta a los mensajes. Al principio pienso que es de Liam, pero la sonrisa se me borra al ver el nombre de Nick en la pantalla.

Nick: Hoy nos han pedido que toquemos *Someone like you*, de Adele y me he acordado de ti. Siento lo que te dije, estaba dolido y lo pagué contigo.

Esa era nuestra canción. Yo le pedí que la incluyera en su repertorio. Dudo si contestarle, porque esa puerta para mí está más que cerrada después de cómo se comportó, pero resulta que no me gusta callarme lo que pienso. No soy ese tipo de persona. Puedo perdonarlo; paso de vivir con rencor, pero no voy a olvidarlo o a hacer como si nada. Ya no.

Yo: Fuiste cruel, pero da igual. Romper fue lo mejor que pudimos hacer.

Nick: No digas eso, amor. Te echo de menos.

Yo: Pero yo a ti no. Te deseo suerte.

Nick: Supongo que entonces no estaba tan equivocado.

Yo: Feliz año.

No voy a darle la razón, pero es cierto, no lo estaba, solo que yo aún no me había dado cuenta.

Quedan dos horas para las doce. Si quiero llegar a tiempo a casa de Maddie, tengo que salir pronto.

Dejo la copa en la barra y voy hacia donde se encuentra el abuelo para despedirme.

—Hola, Tris —le digo a su mujer. Llamarla *abuelastra* me suena rarísimo.

—¡Ari! Qué bien que estés aquí. —Se engancha rápidamente a mi brazo—. Estoy harta de escuchar conversaciones sobre salir a bolsa. ¡Sálvame!

Me río. Tris es supermaja.

—Lo siento, pero me voy ya. Venía a despedirme.

—Oh, no. ¿Cómo lo has conseguido?

Voy a contestarle que hace mucho tiempo que nadie me vigila, porque para mis padres soy invisible. Lo único que tenía que hacer era presentarme en la gala, cenar y dejar que me vieran, y ya he cumplido. Entonces, el abuelo se percata de mi presencia.

—Pero bueno, ¿cómo está mi nieta favorita?

—No tienes más. —Le sonrío. Mi padre lleva toda su vida tratando de demostrarle su valía; a mí, en cambio, el abuelo me quiere haga lo que haga.

—Pero recuerda que podrías no gustarme —dice con su tono crítico de abogado que me hace reír.

—Me voy ya, me están esperando en casa de las Sullivan.

—Vale, pequeña. —Lo abrazo y él deja un beso en mi cabeza—. Miradla bien —dice a los que tenemos alrededor—. Ella es el futuro de Vanderbilt, Brooks y Asociados.

Levanto el mentón y esbozo una sonrisa comedida cuando varias personas me dan la mano para presentarse. Al abuelo le encanta presumir de que voy a heredar el bufete que tanto le costó levantar. En realidad, fueron mis padres quienes lo llevaron al siguiente nivel,

aunque es cierto que nunca lo hubieran conseguido sin su dinero, algo que él siempre le echa en cara a mi padre en la intimidad.

Me cuesta quince minutos salir de allí, otros diez pedir mi abrigo en el guardarropa y veinte más en encontrar un taxi que me va a salir por un ojo de la cara, pero me da igual, porque cuando llego y veo a Dotty, los Gordon, Heather, el sheriff Tunner, Aston, Madison, Buffy y Liam... sé que estoy en mi hogar.

- 30 -

Mistletoe

LIAM

Cuando veo entrar a Ari, mi sonrisa se amplía.

—¡Por fin, nena! Ya pensaba que no venías.

—Perdón, no encontraba un taxi —explica mientras se quita el abrigo. Me quedo boquiabierto. Lleva un vestido impresionante que se abraza a sus curvas y el pelo sujeto en un recogido que le deja el cuello al descubierto, perfecto para besarlo.

—Guau, estás preciosa, tía —dice Madison.

—La gala era de etiqueta.

—¡Van a dar las doce! —grita la abuela emocionada. Le encantan estas cosas—. ¡Que cada uno escoja a su pareja!

Madison se gira en busca de Aston, y Ari y yo nos quedamos cara a cara. Es la primera vez que estamos con todos desde que esto empezó y no tenemos ni idea de cómo comportarnos.

—Estás deslumbrante.

Me acerco un paso a ella, que se humedece los labios.

—Gracias. —Se sonroja un poco y me parece increíble ser yo quien se lo provoque—. Tú tampoco estás nada mal.

Alzo la mano para acariciarle el cuello.

—Quiero besarte.

—Aquí no. —Mira a nuestro alrededor, todos están distraídos con la cuenta atrás.

—¿Por qué? —la provoco, pero no me contesta. En cambio, acorta la distancia que nos separa y me da un beso que empieza lento, pausado, con sabor a champán, y que se vuelve voraz cuando mi lengua roza la suya. Ninguno de los dos somos tímidos y enrollarnos es muy divertido, como una lucha por el poder. Mis manos van a sus caderas y la pego más a mí. Ella me rodea con los brazos.

Nos olvidamos de todo y de todos, nos volcamos en el beso hasta

que perdemos la noción del tiempo y solo oímos al resto gritar «¡Feliz año nuevo!» en un eco lejano.

Ari gime en mi boca, yo subo una mano por su espalda…

—¡Eh, vosotros! ¿Se puede saber qué hacéis?

¡Mierda! Nos obligamos a separarnos, porque todos nos están mirando. Ari se lame los labios con un brillo en los ojos que conozco perfectamente.

—Ha sido culpa de Dotty —dice mi mejor amiga, mi chica, mi todo. Y no sé si reírme o mirarla mal.

—Vaya, cada año me dices cosas más bonitas.

—Bah, ya me entiendes. —Hace un ademán con la mano, quitándole importancia.

—Empiezas bien el año, nena. No te podrás quejar. —Esbozo una sonrisa de suficiencia.

—No seas tan creído, te resta encanto. —Me saca la lengua.

—Cuidado, a ver si te vas a enamorar.

—La verdad es que das besos bastante decentes.

—¿Acaso lo dudabas? —Muevo las cejas, sugerente—. Ya sabes lo que te estás perdiendo.

Ari pone los ojos en blanco y se va a abrazar a la abuela.

—Esto es muy fuerte —murmura Maddie, que no deja de darle golpecitos a Aston para que reaccione.

—Estoy flipando —dice mi hermano sin creerse lo que sea que se le esté pasando por la cabeza.

—No tiene importancia —miento mientras les felicito el año—. Solo somos amigos.

—Ya… pues los amigos no se besan —replica Maddie.

—Vosotros sí —los señalo.

—¡Y míranos!

—Ostras —Se ríe Aston—. Te estás metiendo tú solito en la boca del lobo.

—¡Eh! ¿No lo dirás por mí? —Ella se cruza de brazos.

—Claro que no, mocosa. —Empieza a hacerle carantoñas cuando se nos acerca Jackson.

—Tío, ¿Ari y tú vais a salir juntos por fin?

Mis cejas se disparan.

—¿Cómo que *por fin*?

—Brenna y yo pensamos que haríais una pareja de puta madre.

—¡Aston y yo también! —exclama Maddie. Es posible que esté incluso más emocionada que yo.

—Vale, vosotros pensáis demasiado —los señalo—. Y me caéis mal.

—Sí, seguro —dice mi hermano con esa mirada sabionda.

—Por supuesto —lo apoya Madison, y su tono irónico tampoco me pasa desapercibido. Menos mal que el padre de Jackson se acerca a nosotros en ese momento para felicitarnos.

—He estado hablando con mi amigo de Standford —le dice a Aston. Hace unos meses nos dijo que conocía a alguien que ofrecía becas de colaboración en proyectos literarios, lo que es perfecto para él.

—Gracias, señor, pero sigo pensando lo mismo: está demasiado lejos.

—Sé lo que me dijiste. —James comparte una mirada con su hijo antes de apoyar la mano en el hombro de Aston—. Por eso le conté tu situación y, al parecer, hace un par de años que implantaron el mismo programa de becas en la UCLA. Todavía estás a tiempo de echar la solicitud.

La cara de Aston se ilumina. Sé que está escaneando los pros y contras a toda velocidad en su cabeza: estaría con Maddie y cerca de la abuela. Ari y yo nos encontraríamos a unas cinco horas y media en coche y a dos de avión. Cuanto más se acerca el momento, menos ganas tengo de alejarme, pero supongo que es ley de vida.

—Mi idea es seguir trabajando en La Bohème mientras estudio, no sé si sería compatible… Tendría que mirarlo.

—Piénsalo bien y, cualquier cosa, me dices. —Le da una palmada

en la espalda y se va a felicitar al *sheriff*.

Maddie entrelaza el brazo con el suyo.

—Es una gran oportunidad.

—Y estaríamos juntos.

—Sería genial —añado.

—No pienses que te vas a librar del interrogatorio, ¿eh? —me señala mi hermano con mucho mejor humor que antes.

—Bah, paso de vosotros. Me piro con la abuela.

—Sí, tú huye, ya hablaremos con Ari.

Busco a mi chica y la veo charlando con Heather y la señora Gordon.

—¡Suerte!

Voy hacia la abuela, que abre los brazos, y me hundo en ellos. Es tan reconfortante que vuelvo a ser tan solo un crío que lo único que necesita es tumbarse en el sofá mientras la abuela me acaricia el pelo como hacía mamá.

—¡Ya era hora, tesoro! ¡Me han salido canas esperando! —dice con su sonrisa risueña.

—A ti todo te saca canas, abu. El caso es echarnos la culpa.

Me da una colleja.

—Auch. —Me acaricio la nuca—. ¿Por qué has hecho eso?

—Estoy hablando de algo bonito. Salir con tu mejor amiga es muy especial.

Suspiro.

—No es lo que piensas.

Una línea de confusión se dibuja en su ceño.

—¿Y por qué demonios no?

—¡Abu, esa boca! —exclamo, y ella me suelta otra colleja.

—Tú la quieres —afirma muy segura. Y tiene razón. Es preciosa, me hace reír, me encanta cómo piensa, lo inteligente que es, cuánto se

esfuerza por conseguir lo que quiere... Hasta sus manías me flipan, joder. Lo único que faltaba era incluir el sexo en la ecuación y, lo juro, es la hostia.

—Estoy con Jenny.

No quiero mentir. A ella no, pero si empiezo a contarlo, la información puede correr antes de que Ari hable con Danna y Alysa. La abuela me mira con sus ojos incisivos, tan azules como los míos.

—Paparruchas. Deja de buscar tanto fuera y empieza a mirar hacia dentro —me señala el pecho.

«Genial». ¿De verdad soy tan transparente para todo el mundo?

—Es complicado, abu.

Ella sonríe. Siempre. Es de esas personas que piensan que sonreír aunque estemos tristes cura el alma, y yo soy de la misma opinión.

—Tu madre deseaba que acabarais juntos. Quería a Ari como a una hija.

—Lo sé. —Me invade esa nostalgia que aparece siempre que hablo de ella, pero no quiero dejar de hacerlo, porque, en cierto modo, eso me hace sentir que sigue aquí conmigo—. Me lo dijo un día, ¿sabes? Aunque en aquel momento no lo entendí.

***

Era verano y estábamos jugando en el jardín de casa. Le tocaba contar a Aston, así que fuimos a escondernos. Maddie y yo detrás de un árbol, y Ari bajo una de las hamacas que había cerca de la piscina, pero en lugar de esperar a que Aston la encontrara, cuando él pasó por delante, ella se incorporó levantando la hamaca, de tal forma que mi hermano dio un traspiés y acabó en el agua.

Todos nos partimos el culo mientras Aston salía enfurruñado, chorreando por todas partes, cogía una toalla y se metía en la casa.

—¡Ups! —exclamó Ari.

—¡No te vayas, Gruñoncito! —lo llamó Maddie.

—Voy a por él. —Me puse las zapatillas, y cuando entré en casa, vi que mamá estaba sentada en el sofá, tomando una taza de té y

leyendo unos papeles que escondió cuando me vio.

—¿Sabes qué le pasa a Aston, cariño? —preguntó con tono cantarín —. Ha subido a su habitación como una exhalación.

—Ari le ha dado un susto y Madison se ha reído de él.

—¿Y tú por qué sonríes? —Ladeó la cabeza, con esa mirada que siempre tenía cuando no hacíamos algo bien, aunque a ella también le pareciera gracioso.

—Ha molado, mamá. Ari es la mejor.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Claro. —Me encogí de hombros, para mí era algo normal.

—Mi dulce Liam. Ven aquí. —Abrió los brazos y me acurruqué en su regazo. Yo pasaba de ser mayor, ser un niño era lo mejor—. ¿Sabes que la amistad es la forma más pura de amor?

En ese momento no tenía ni idea de que lo decía por ella y la señora Sullivan. De hecho, ni siquiera entendí a lo que se refería hasta mucho tiempo después.

Aston bajó las escaleras unos minutos más tarde, se colocó al otro lado en el sofá y le dio un beso en la mejilla.

—Perdona, mamá.

Ella le pasó el brazo por la espalda y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Estás mejor?

—Sí. Es que las chicas son un asco —comentó con aire de sobrado.

—¡Ari no! —me quejé—. Y Maddie tampoco.

—Ariadna es una repipi y Madison una mocosa.

—¡No es verdad! —Las defendí. Él se cruzó de brazos.

—Ya no me caen bien.

—¿Hay alguien a quien aguantes tú?

—A mamá —sentenció.

Ella callaba mientras discutíamos, nos escuchaba con paciencia, como solía hacer. Luego sonrió.

—Yo creo que Liam tiene razón, cariño. Las chicas molamos. —Le revolvió el pelo, aún mojado—. ¿Por qué no les das otra oportunidad?

—Bueno, pero porque me lo has pedido tú. —Aston se levantó para salir y yo la miré divertido. Era gracioso ver cómo daba su brazo a torcer sin que le hiciera falta insistir demasiado.

—Claro que sí. —Entonces mamá me guiñó un ojo y salí yo también.

- 31 -

Jingle Bells

ARIADNA

Liam y yo no dejamos de mirarnos y sonreír como bobos. Ese beso delante de todos ha sido tan natural como respirar. No, ha sido exactamente eso: respirar, pestañear, sonreír, una necesidad fisiológica que no hemos podido reprimir. De hecho, ¿por qué deberíamos reprimirnos? Él no está con Jenny en realidad, pero se lo ha contado y le ha parecido genial, así que no le hacemos daño a nadie, solo que no podemos decirlo aún. Al menos hasta que lo de Jenny y Kate se haga público.

—¿Cómo besa Liam? —me interroga Maddie.

Pongo los ojos en blanco, pero no me hago de rogar, estoy deseando comentarlo con ella.

—Insuperable.

—¡Lo sabía! —se pavonea—. Pero ¿tú no seguías colada por los huesitos de Nick?

Me encojo de hombros.

—Eso es lo que pensabas tú, y yo no te contradije.

—No me lo puedo creer. ¡Qué engañada me tenías! —finge indignarse, pero está reprimiendo una sonrisa—. Vas a tener que meterte en Arte Dramático con Brenna y Jenny, se te da demasiado bien.

—Ah, no seas rencorosa —digo sin poder aguantarme la risa.

—Pero ¡te gusta! —me pica.

—¡Claro que no! —Negarlo es un acto reflejo y, en aquel momento en el que me lo preguntó, quería creerlo con todas mis fuerzas, pero seamos sinceras, ¿a quién no le gustaría Liam?

—Estás sonriendo —me señala—. Vale, no te gusta, pero te atrae, te pone, le harías cositas…

Miro hacia donde está hablando con Aston y el *sheriff* Tunner.

—Es mi persona favorita en el mundo.

Maddie coloca una mano en mi hombro.

—Sé que da miedo, ¿vale? Y si alguien no lo entiende, es que no sabe lo que es perder a tu novio y a tu mejor amigo al mismo tiempo, pero te aseguro que merece la pena intentarlo, porque todo lo que deseas está al otro lado del miedo.

—Solo somos amigos —repito, ya sin convicción. Me muero por decirle que sí, ¡que lo amo! Aunque aún nadie ha hablado de amor, ni siquiera de exclusividad..., pero se da por hecho, ¿no? De repente estoy nerviosa.

—Ah, por favor. Sois tan obtusos. Me exasperáis —se indigna, y se agacha para coger a Buffy, que no se lo esperaba y comienza a revolverse en sus brazos hasta que la olisquea, la reconoce y se relaja.

Pasamos la noche contando chistes, recordando momentos, riéndonos mucho y también con un poco de nostalgia, porque quizá este será el último año que pasemos juntos. Hacemos un pacto para volver a vernos en vacaciones, y siempre que podamos; al parecer estaremos divididos entre San José, la UCLA y Standford.

También brindamos, muchas veces, por todo y por nada. Porque Maddie ha vuelto, porque es Año Nuevo, porque estamos juntos. Estoy tan feliz que, unas horas después, la excitación recorre mi cuerpo. Liam parece estar igual que yo; no se ha despegado de mí en toda la noche, así que cuando voy a la cocina para coger unas servilletas, me acompaña.

—Roxana está con su hermana y mis padres duermen hoy en casa del abuelo en Montecito, así que me quedo con vosotros. —Lo doy por hecho, como siempre.

—Espera, ¿tu casa está libre? —Abre los ojos como platos. Yo me muerdo el labio inferior, porque ya sé dónde quiere ir a parar.

—Ajá, pero tengo la regla —susurro.

—Lo sé. —Saca una tableta de chocolate con almendras del bolsillo trasero de su pantalón y la mueve delante de mi cara.

—¿Cuánto tiempo lleva eso ahí?

—Toda la noche.

Frunzo el ceño. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Llego a la conclusión de que le toco demasiado poco el culo, así que le pongo remedio.

—Eres el mejor.

Se acerca más a mí, acorralándome contra la encimera.

—Solo quiero dormir contigo, despertarme contigo y poder besarte cuando me dé la gana —susurra en mi oído.

—Para, que nos van a ver. —Lo agarro por la camisa y lo atraigo para unir nuestros labios, contradiciéndome en el proceso.

Este chico me vuelve loca.

—También quiero quitarte este vestido, acariciarte, cuidarte… —Reparte besos por mi mandíbula, mi cuello, y luego me da un mordisquito en el lóbulo. No puedo evitar gemir.

—Vale, larguémonos de aquí.

Se ríe, pero no duda en cogerme de la mano y decirle a todo el mundo que nos vamos. Maddie y Aston nos miran suspicaces, así que les saco la lengua. Tardamos unos diez minutos en despedirnos de todos y enfilar el paseo marítimo hasta mi casa.

—¿Quieres que cojamos un taxi o algo? Esos zapatos parecen incómodos.

Miro mis tacones de ocho centímetros. No son para dar grandes caminatas, pero mi casa está bastante cerca de la de las Sullivan y prefiero disfrutar el ambiente que hay en la calle.

—Qué va, los tengo controlados.

Vamos cogidos de la mano por el paseo iluminado con un montón de luces led. Un músico callejero toca *Jingle Bells* y hay un montón de gente celebrando el año en la playa, aunque también policías controlando que no se pasen de la raya.

—El *sheriff* Tunner nos ha propuesto a Aston y a mí que quedemos alguna vez, ¿te parece raro? —pregunta sobresaltándome. Los dos estábamos muy metidos en nuestros pensamientos.

—No, tenéis historia, y ahora que está con la tía de Maddie, supongo que querrá estrechar lazos. —Le aprieto la mano para infundirle seguridad—. ¿Te resulta raro a ti?

—Si te digo la verdad, creo que molaría bastante. —Se peina el pelo hacia atrás, en esa costumbre tan arraigada—. Está construyendo un porche en su casa y nos ha propuesto ayudarlo. No sé, Aston y yo nunca hemos hecho nada así.

—Pues será genial. Mis padres ni se han dado cuenta de que me iba de la gala esta noche. No sé para qué quieren que los acompañe si, en cuanto llegamos a cualquier sitio, me ignoran.

—Qué mierda, nena.

—Estoy acostumbrada.

Llegamos a mi barrio y pasamos por su antigua casa. Siempre he sospechado que le gusta acompañarme porque así la ve. Está deshabitada desde que el banco la embargó y necesita varias reformas, cortar el césped, llenar la piscina..., pero sigue siendo importante para él, y lo sé porque ahora es Liam quien me aprieta la mano.

Hablamos sin necesidad de palabras. Siempre ha sido así. Y entiendo que eche de menos a su madre. Yo también echo de menos a los míos, y ellos no han muerto.

En cuanto entramos en mi casa y quito la alarma, mi espalda retrocede poco a poco hasta chocar contra la pared, donde Liam apoya los brazos, atrapándonos a ambos. Su cara está a pocos centímetros de la mía y la atmósfera se llena de algo excitante y familiar al mismo tiempo. Me retira un mechón de pelo de la cara y me acaricia los labios con el pulgar. Mi boca se abre para recibirlo. Entonces, cierra la puerta con la pierna y me devora.

- 32 -

How Good It Can Be

LIAM

Acuno sus mejillas para profundizar el beso y ella gime en mi boca.

—Llevo toda la noche deseando besarte.

—Lo has hecho —dice entre jadeos.

—No así. Ha sido muy difícil aguantarme las ganas delante de todo el mundo. —Deslizo las manos por debajo de su culo y la impulso para que rodee mis caderas con las piernas—. Por Dios, adoro este vestido.

—Lo sé. Tenía una idea en mente para cuando me vieras con él, pero esto es mil veces mejor.

Se mueve encima de mí para conseguir algo de fricción y me vuelvo loco.

—Dime qué quieres, Ari.

—A ti —contesta sin aliento—. Dúchate conmigo.

—¿Estás segura?

—Sí. Que esté con la regla no significa que no tenga ganas de perderme en ti, aunque también me apetezca acurrucarme un poquito.

—Podemos hacer las dos cosas —insinúo alzando las cejas.

—Eso me encantaría.

La dejo en el suelo y ella me coge de la mano para guiarme escaleras arriba, hasta su dormitorio, que es casi tan grande como el salón de mi casa. Tiene una cama de matrimonio que nunca me había parecido tan conveniente como hasta ahora.

—Ayúdame con esto.

Se da la vuelta, y mientras ella se quita algunas horquillas del pelo, yo bajo lentamente la cremallera, repartiendo besos por su nuca, su espalda… hasta que el vestido que lleva torturándome toda la noche se desliza por sus hombros y cae al suelo.

Trago saliva cuando se gira hacia mí y la contemplo con un tanga de encaje rojo y un sujetador sin tirantes. Se lo quita despacio, dejando que me recree en ella mientras la recorro con la mirada: sus pechos turgentes y perfectos, la suavidad de su piel…

—¿Cómo he tenido tanta suerte?

Sus mejillas se tiñen de rosa.

—No todo es tan idílico. Tengo que quitarme el tampón. —Ríe.

—¿Y qué?

—Que necesito un poquito de intimidad. Quédate aquí mientras voy al baño.

—¡No voy a asustarme! —La sigo.

—Pero puede perderse la magia.

—Te he visto desnuda, haciendo pis, con varicela, llena de mocos… —enumero.

—¡Liam!

—¿Qué? —Me cierra la puerta en la cara—. Vale, lo pillo. —Suelto una carcajada y me dejo caer en la cama, estirando los brazos sobre el colchón.

El móvil de Ari suena un par de veces seguidas; probablemente sean las chicas o sus padres, así que se lo digo.

—¡Nena, tu móvil echa humo!

Sale del baño con el albornoz y rebusca el teléfono en el minibolso que llevaba.

—Qué raro. He felicitado a todo el mundo ya.

—No deberías estar tan vestida —protesto.

—Tú tampoco. —Me guiña un ojo. No hace falta que me lo diga dos veces y empiezo a desvestirme a la velocidad de la luz.

—¿Quién es? —le pregunto cuando frunce el ceño.

—Diego, el chico de Tinder. Quería felicitarme el año.

Si ya tenía una semierección, esta se viene abajo más rápido de lo que me he quitado la ropa. «¿Qué demonios…?».

—¿Aún tienes cuenta en la aplicación?

Ella escribe algo y se acerca a mí para ponerme una mano sobre el corazón, que ahora mismo late desbocado.

—Tranquilo, no había vuelto a entrar desde nuestro primer beso, pero se me olvidó borrarla.

—¿Quieres quedar con él? —El sonido de mi voz es casi doloroso.

—Por supuesto que no y acabo de decírselo —asegura—. Yo solo quiero estar contigo. ¿Y tú?

—¿Es que acaso lo dudas? —pregunto, incrédulo. No hemos tenido la conversación de la exclusividad, pero, seamos sinceros, ¿quién no querría tener algo serio con ella? Es la tía más guay del mundo, además de preciosa.

—¡Yo qué sé! Siempre dices que tu novia es el *hockey*, creo que nunca has tenido ninguna…

—Porque ninguna era tú. —Lo digo totalmente en serio. Ari es para toda la vida, solo que no pensé que esa posibilidad estuviera encima de la mesa.

—Entonces… —Sonríe, contagiándome—. ¿Quieres ser mi chico?

Asiento con una sonrisa en los labios.

—Y tú, ¿quieres ser mi chica?

—Yo quiero serlo todo.

—Ya lo eres, Ari.

Rozo la comisura de sus labios, y cuando pasa la punta de su lengua por los míos, una descarga eléctrica me atraviesa.

—¿Es un mal momento para decirte que Nick también me ha escrito?

—Joder. —Me paso una mano por la cara. Algo me dice que voy a pasarme la vida espantando a cada tío que se acerque a ella y, por alguna razón, estoy totalmente feliz con ello—. ¿Se puede saber qué leches quería?

—Estaba arrepentido por cómo me habló cuando le devolví sus

cosas. —Encoge los hombros, aún entre mis brazos—. Dice que me echa de menos.

—No puedo culpar al chaval por intentarlo, eres maravillosa. —Si estuviera en su situación, hubiera hecho lo mismo. ¡Qué coño! Yo jamás la habría dejado—. ¿Y tú qué le has dicho?

—Pues que yo no —se apresura a contestar. Respiro de nuevo—. Me hubiera encantado decirle que adivinar quién me gusta se le da incluso mejor que cantar, pero no podía por…

—Jenny. Lo sé, y eso es culpa mía, pero lo resolveremos pronto.

—No es culpa de nadie. Y no pasa nada si lo ocultamos un poco más. Tiene su morbo. Somos como Mónica y Chandler en *Friends*.

—¿Ah, sí? —Desenvuelvo el lazo de su albornoz lentamente—. Pero ¿sabes cuál es el problema?

—¿Cuál? —Traga saliva cuando acojo sus pechos entre las manos.

—Que yo quiero besarte delante de todo el puto mundo, Ari. Quiero que el gilipollas de Nick y cualquier otro sepa que estás conmigo y quiero exclusividad mientras esto dure. —Pellizco sus pezones, mirándola a los ojos—. Y, para que conste, tengo toda la intención de que dure para siempre.

—Liam…

—¿Sí?

—Vamos a la ducha.

Pone su mano sobre la mía y tira de ella hacia el baño.

—¡Espera! Tengo que coger un preservativo.

—No hace falta, ya sabes que tomo la píldora.

Lo sé, pero no es algo que dé por sentado.

—¿Estás segura? Hacerlo sin preservativo es un paso importante.

—No he estado más segura de nada en la vida. Además, nunca lo he hecho con nadie…

—Yo tampoco. —Se lo dejo claro por si tenía alguna duda, pero sé que lo sabe. Igual que yo he tenido que comerme la historia de cada

tío con el que ha estado, ella lo ha escuchado todo sobre mis rollos.

Acorto la distancia que nos separa y la beso antes de dirigirnos hacia el baño. Esperamos a que el agua se caliente metiéndonos mano. Clava las uñas en mis nalgas, pero no me quejo. Los dos somos muy pasionales. Aún tengo las marcas de la última vez que lo hicimos, y hemos follado un montón en estos días. Cuando dijimos que no tendríamos suficiente con una sola noche, aún no sabíamos lo cierto que era. Jamás tendré suficiente de ella.

Nos colocamos debajo del grifo. Me echo un poco de jabón en las manos y las paso por su cuerpo, deslizándolas desde el cuello, pasando por sus pechos y por su perfecto centro hasta llegar a los pies mientras ella gime, entregada a mis caricias.

El agua y la espuma resbalan por su piel cuando la aclaro. Bajo la boca hasta su pezón y se lo mordisqueo suavemente. Está muy sensible, pero eso parece encantarle, porque sujeta mi cabeza con las dos manos y pega la espalda a la pared. Después repito el proceso con el otro.

—No puedo más —me insta para que hagamos lo que los dos queremos, pero a mí me gusta tomarme mi tiempo para saborearla y excitarla.

—Un poco de paciencia… —le indico. Ella se enfurruña, pero no le dura mucho.

Cojo el champú, me echo un poco en la mano y le lavo el pelo, masajeándoselo. Luego repito el proceso con el acondicionador, porque si no se le enreda, mientras ella emite ruiditos de satisfacción con los ojos cerrados.

—Date la vuelta y apoya las manos en la pared.

—Eres supermandón en el sexo —dice mientras lo hace.

—Pero te gusta.

—Ya sabes que sí.

Coloco mi erección en sus nalgas y le beso la nuca y la espalda mientras voy entrando en ella. Está resbaladiza por el agua y la regla, pero quiero prepararla bien. Quiero que lo disfrute. Bajo la mano

hasta su clítoris y empiezo a dibujar círculos lentos hasta que estoy totalmente enterrado en ella.

—¿Estás bien?

—Genial. ¿Y tú?

—Esto es la hostia de intenso, Ari.

Apoyo las manos encima de las suyas y balanceo las caderas una y otra vez mientras ella se arquea para recibirme mejor. Nuestros cuerpos están sincronizados.

—Tócate —le pido.

—Tócame tú —me provoca.

No tiene que insistir. Bajo la mano y pongo todo mi empeño en ayudarla a alcanzar el orgasmo.

Unos minutos después, sus jadeos inconexos y sus gritos me hacen saber que ha conseguido llegar y, joder, qué satisfacción me da. Ya no aguanto más, así que cojo sus caderas y en un par de empellones me corro de la forma más brutal en la que lo he hecho nunca.

Descanso la cabeza en su espalda un segundo y después la giro hacia mí porque necesito besarla.

—¿Cómo es posible sentir tanto placer? —Ari parece no poder borrarse la sonrisa de la cara, y saber que la razón soy yo, me hincha el pecho de orgullo.

—Me encanta hacer que te corras, nena.

Beso sus labios para desplazarme después a su mandíbula, al cuello y al lóbulo de su oreja, hasta que sus siguientes palabras me frenan en seco:

—Estoy enamorada de ti.

Le sostengo la mirada, no sé si para memorizar su rostro o si porque todavía no me creo que esto sea verdad. La vulnerabilidad brilla en sus ojos caramelo y sé que jamás voy a olvidar este momento ni cómo me siento ahora mismo. Cómo ella me hace sentir.

—Ari, yo…

—No tienes que decirlo. Es solo que… no me lo he podido callar. Ya

sabes, no tengo filtro contigo. No quiero tenerlo. Esto es lo que nos hace especiales. Y no importa si tú todavía no lo sientes o… —Pongo un dedo encima de sus labios para que pare. Podría escucharla divagar durante horas, pero no voy a permitir, ni un segundo más, que dude de si yo siento lo mismo.

—Estoy enamorado de ti —aseguro con el corazón acelerado—. Creo que lo estoy desde aquella vez que fui a ver a la señora Davis y te encontré allí.

Ari se ríe. A los dos se nos saltan las lágrimas. Y yo, que siempre he pensado que somos uno, en este momento compruebo que es así. Que es real. Que encajamos a la perfección. Que lo nuestro es para siempre. Y que somos nuestro propio final feliz.

Un mes antes de que Maddie se fuera a Boston, cuando aún no sabíamos que nuestros caminos iban a separarse, secuestramos al gato de la señora Davis para que nos diera la recompensa por encontrarlo y así poder comprarnos una tabla de *surf*.

Repartimos un montón de carteles por toda la zona con la cara de Bigotitos para cubrirnos las espaldas, lo que provocó que mucha gente se presentara en su casa con gatos callejeros que ella acogió. Así que las semanas siguientes, después de que Maddie se fuera, estuve yendo a verla por si necesitaba ayuda. Normalmente cambiaba los cuencos de agua, les echaba comida o la acompañaba a ponerles las vacunas necesarias.

Una de esas veces, cuando llegué a la casa, vi que Ari estaba allí, cepillando el pelo de uno de los gatos y hablando animadamente con la señora Davis.

—¿Qué haces aquí?

—Ariadna ha traído comida para los gatos —dijo la señora Davis, señalando unos sacos—. Como no quise coger su dinero, se ha tomado la justicia por su mano. ¿Verdad, jovencita?

Ella se encogió de hombros. Ari tenía un gran corazón que yo admiraba. Siempre había sido así. Le cogía dinero a sus padres para dárselo a un hombre que vivía en la calle, cerca del supermercado, o se presentaba con algún regalo para la abuela cuando íbamos a jugar

a *Donde los sueños se hacen realidad*. Y últimamente íbamos mucho, porque necesitábamos recordar a Maddie con frecuencia, vivir en nuestra burbuja, tener nuestras propias reglas.

—Y tú, ¿a qué has venido? —llegó su turno de preguntarme.

—Oh, Liam me visita todas las semanas. De verdad que no sé lo que haría sin vosotros. —Puso una mano en mi hombro antes de ir hacia la cocina—. Voy a preparar limonada.

Ari dejó al gato en el suelo y se acercó a mí. Todavía no había empezado a usar maquillaje y un montón de pecas adornaban su nariz. En ese momento me dieron ganas de contarlas. Y algún día lo haría, como tantas otras cosas que aún no habíamos experimentado juntos.

—¿Por qué nunca me has dicho que venías?

—¿Por qué nunca me lo has dicho tú?

Llegamos a la conclusión de que a los dos nos avergonzaba preocuparnos por la señora Davis, como si eso fuera algo malo. Como si, por ser adolescentes, por creernos invencibles, estuviéramos por encima de todo. Como si ayudar a los demás no fuera exactamente lo que se debía hacer.

A partir de ese día, aquella sería una más de las visitas que haríamos juntos. Uno más de nuestros secretos. Una más de las cosas que nos unirían para siempre.

- 33 -

Good Kind of Crazy

ARIADNA

—Tenemos que ir pensando en ideas para recaudar dinero para el viaje de fin de curso —es lo primero que me dice Danna cuando llego a clase después de las vacaciones.

—Podemos pasear perros —propone Alysa.

—No, eso solo da migajas. Tiene que ser algo más llamativo, como lavar coches en bikini.

Miro a Madison, que intenta aguantarse la risa.

—A lo mejor podríamos vender limonada o pasteles hechos por nosotras —interviene Kate.

—¿Tú nos has visto cara de pasteleras? —le espeta Danna.

—¿Y una noche de pelis en el gimnasio? —comenta Alysa—. Cogemos el proyector del aula de audiovisuales y cobramos entradas.

—No nos van a dejar las instalaciones abiertas por la noche para el cine, demasiado tienen con nosotros de día —farfulla Danna.

—¿Y si diseñamos camisetas del equipo y las vendemos? Todo el mundo quiere tener una.

—Sería mucho gasto, ¿no?

—Ya...

—O un calendario con los chicos del equipo, eso molaría —se me ocurre.

—¡Ay, sí! ¡Yo puedo hacer las fotos! —se ofrece Maddie. Las chicas siempre ignoran sus comentarios o son bastante bordes con ella, pero se cortan mucho delante de mí desde que les eché la bronca.

—No nos da tiempo, ya estamos casi a final de año —sentencia Danna.

Alzo una ceja.

—¿De verdad crees que la gente compraría los calendarios para

saber en qué día están?

—Es buena idea, seguro que los chicos se apuntarían —me apoya Kate.

—La inversión sería mínima y se cubriría con las ventas —añade Maddie.

—Nosotras también podríamos hacer uno —dice Alysa emocionada —. ¡O mixto! Sería la caña.

—Y no tendríamos que invertir mucho dinero ni tiempo extra — insisto.

Kate asiente con ganas. Alysa y Danna se miran entre ellas.

—Vaaale —accede esta última a regañadientes—. Se lo propondré a la entrenadora Foster en el ensayo.

—Por cierto, chicas. Tengo unos Jimmy Choo nuevos que enseñaros, ¿os venís a mi casa esta tarde?

—¡Sí!

—¡Claro! Yo eso no me lo pierdo.

Miro a Kate, que se muerde el labio con preocupación, antes de que aparezca la profe y tengamos que girarnos.

—Buenos días —saluda la profesora Miller—. Hagan el favor de ocupar sus asientos. Vamos a comenzar.

—¿Se puede saber qué estás tramando? ¿Y por qué yo no estoy invitada? —susurra Maddie. Siempre nos sentamos juntas, así podemos cotillear un poco en clase.

—Si sale bien, pronto lo sabrás.

La mañana pasa lenta, supongo que porque estoy algo nerviosa. Hablo con Liam en la pausa para el almuerzo y los dos estamos de acuerdo en que lo mejor es que anuncie ya que ha acortado con Jenny. Ella lo sabe y le parece bien. El siguiente paso es que Kate y ella hagan pública su relación. Así que, durante el entrenamiento, se lo comenta a los chicos y el rumor se propaga por el instituto como la pólvora.

Después del ensayo, las chicas y yo vamos a casa. Mis padres están

de viaje en Nueva York y Roxana ya tiene preparados unos zumos y unas tortitas de avena y plátano que subimos a mi habitación.

—Amo tu vestidor, me casaría con él. —Danna y Lys llevan como veinte minutos revisando cada pieza de ropa, mientras Kate se muerde las uñas, sentada junto a mí en la cama.

—¿Tenías este Versace la última vez que estuvimos aquí?

—No, fue el que me puse en Nochevieja.

Ellas no lo vieron porque no subí ninguna foto a mis redes sociales. Esa noche era para mí. Y fue una pasada. Todavía me tiemblan las piernas cuando la recuerdo.

—Te odio. —Danna se deja caer a mi lado y coge una tortita.

—Me envidias. —Sonrío. Las dos sabemos que es así, aunque no tiene motivos: es una chica preciosa. Podría tener a quien quisiera del insti, pero desea lo que yo tengo sin proponérmelo, la amistad de Liam y Aston.

—Pues yo sí que te odio, puta. —Lys me lanza un beso y coge el vaso de zumo. Bien, llegó la hora.

—Tengo que deciros algo —empiezo.

—¿Te has liado con Logan?

—¿Has vuelto con Nick?

—¿Hay otro? —Las preguntas se suceden en cascada.

—No es sobre mí.

—Uhhh, a-bu-rri-do —se burla Danna.

—Espera, ¿¡es lo de Liam!? ¿Sabes por qué ha cortado con Jenny? —Alysa se emociona.

—No —las corto—. Es sobre Kate —la señalo y ella se sonroja, pero es que a mí me gusta quitar la tirita de golpe y no andarme con rodeos—. Está saliendo con una chica. Su nombre es Jenny, y nosotras vamos a apoyarla, a presentar un frente unido y, sobre todo, no vamos a permitir que nadie se meta con ella en nuestra presencia, ¿de acuerdo?

Alysa y Danna se quedan boquiabiertas. Creo que es la primera vez

que las veo sin palabras.

—¿Eres bollera? —le dice Alysa a Kate.

—¡Lys! —la regaño.

—¡Ari! ¡Que nos ha visto desnudas!

—¿Cómo puedes ser tan cerrada de mente?

—¿Qué? Estoy buenísima. ¿Insinúas que no podría gustarle?

—Es una de las nuestras y mejor persona que nosotras tres juntas. Se merece que la apoyemos.

—Yo no le debo nada —escupe Danna.

—¡La gente nos comparará con ella! —dice Alysa.

—¡La gente piensa que sois unas zorras! —las acuso. Kate intenta aguantarse, pero las lágrimas ya corren por sus mejillas. No quería recurrir a esto, pero estaba preparada para que reaccionaran así—. Si no os portáis bien, voy a empezar ciertos rumores por el insti.

—¿Qué tipo de rumores? —Danna frunce el ceño.

—La gente ya lo sabe todo de mí. —Lys se cruza de brazos.

—Todo no. —Sonrío—. Solo yo sé que cogiste ladillas por enrollarte con el chico alemán de intercambio.

—¿Con Günther? —Danna la mira espantada.

—Y que tú te liaste con tu profesor particular, que, por cierto, te saca cinco años. ¿Qué crees que pensarían tus padres de eso?

—¡No te atreverás! —me grita, indignada.

—Ponme a prueba —la desafío. Sopesa mi actitud y no le cuesta deducir que voy muy en serio.

—Eres una auténtica cabrona. —Danna se pone de pie y coge su chaqueta. Lys la sigue.

—¿Eso es un sí?

—Sí, joder. —Cuando van a coger las mochilas, las freno.

No me interesa llevarme mal con ellas. Que la gente me respete es una combinación de ser amiga de los West, confiar en mí misma, controlar hasta el último detalle de lo que pasa en el insti y tener a

mis enemigas cerca.

—Para que veáis cuánto os agradezco lo que vais a hacer, podéis coger una prenda de mi armario. ¡Cualquiera menos el Versace! —grito cuando ya están corriendo hacia el vestidor y revolviéndolo todo. Kate se tira a mis brazos llorando y tiembla como si un huracán le hubiera pasado por encima.

—Gracias. Muchas gracias —me susurra al oído.

—Todo saldrá bien. —Le acaricio la espalda.

Y de verdad espero que sea así.

- 34 -

I Won't Let You Go

LIAM

No puedo dejar de reírme con la cara que ha puesto la abuela cuando Juana Patricia sale del coma. Algo entre «no me puedo creer que siga viva después de un atropello doble» y «dame más drama». En serio, esta mierda es adictiva.

—Lo sabía. —La abuela da una palmada desde su sillón. Yo estoy tumbado en el sofá, todo lo largo que soy—. Ha perdido la memoria.

—No te muevas, Dotty —la regaña Ari mientras le pone la mascarilla de arcilla verde y yo espero mi turno. Madison ya la tiene esparcida por el rostro junto a dos rodajas de pepino en los ojos.

—¡Me lo estoy perdiendo! —se queja esta última.

—Mejor para Luis Fernando —apunto yo.

—La recuperará en unos capítulos, si no, al tiempo —sentencia la abuela.

Como ha sido enfermera, le saca pegas todo el rato a la telenovela que se desarrolla en un hospital. En el episodio anterior, Luis Fernando quería desenchufar los cables para que Juana Patricia no contara su secreto, pero lo avisaron para una operación de urgencia y no le dio tiempo a hacerlo antes de que ella despertara.

—Probablemente. Ella es la única que puede delatarlo y alguien tiene que saber dónde ha escondido el dinero del robo. —En el capítulo anterior tuvieron que operar a un hombre con una herida de bala que no sobrevivió. Luis Fernando encontró una bolsa con muchísimo dinero entre sus pertenencias y se la quedó.

Estoy totalmente metido en la trama cuando Ari me llama.

—¡Te toca, Liam!

—Joder con el día de chicas.

Me incorporo haciendo un gran esfuerzo. Estoy reventado porque los sábados tengo que levantarme temprano y estar pendiente de los niños mientras les enseño a hacer surf. En el fondo, me encanta, pero

entre el *hockey*, el gimnasio, las clases, los deberes, la vida social y liarme con Ari, no me queda tiempo para nada más. Así que, cuando llega el domingo, solo me apetece descansar.

—Verás como luego no te quejas tanto. —Me guiña un ojo. Quiero comérmela enterita.

—Nena, ya no puedo ser más guapo —bromeo.

—Pero sí tener mejor piel. Vamos. —Se sitúa entre mis piernas y me pasa la mascarilla por la cara con una espátula, haciendo leves masajes hacia arriba. Como Maddie y la abuela ya tienen sus rodajas de pepino puestas en los ojos, aprovecho para subir la mano lentamente por su muslo.

—Ah —jadea un poco con el pellizquito que le doy, primero en la nalga y después en el sexo—. ¡Estate quieto!

—Tesoro, no la molestes —me dice la abuela.

Ari aún tiene la cara limpia, así que puedo ver el rubor que tiñe sus mejillas.

—Te vas a enterar —articula sin sonido.

—¿Por qué estáis tan callados? —pregunta Maddie.

—Si hablo me regañan —me excuso—. Pillo por todos lados.

Ari pone los ojos en blanco.

—Bah, ni caso. Así nos entretenemos —resuelve Maddie—. ¿Por qué no nos cuentas lo que ha pasado con Jenny?

Miro a mi chica, que se encoge de hombros como diciendo: «¿No querías hablar? Pues ahora, apáñatelas».

—Hay otra persona —anuncio.

—¡Oh, tesoro! —La abuela alza la rodaja de pepino para mirarme—. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¡Cuéntanoslo todo!

—Mmm —me hago el interesante—. Es guapa, divertida, muy inteligente. Podría tener a cualquier tío a sus pies, pero me ha elegido a mí.

Ari deja la mano quieta mientras me observa impresionada, como

si no fuera posible que estuviera hablando de ella.

—Oh, ¡qué bonito!

—¿Es del insti? ¡Estás muy misterioso!

—Vale, se acabó. —Mi chica quita la telenovela y pone un poco de música relajante en su teléfono—. Ahora, calladitas. Este es vuestro momento de relax.

Voy a tocarle el culo, pero me da un manotazo. Cinco minutos después, yo también tengo pepino en los ojos y noto cómo algo me roza la polla.

Carraspeo y me recoloco en el sofá, moviendo el brazo a tientas para tocarla. Voy sin camiseta, y me estremezco cuando sus labios me acarician el pectoral, a la altura del tatuaje. Es como si Ari me estuviera diciendo «te quiero» sin palabras, y es la hostia de intenso.

—Voy a quedarme dormida —murmura Madison cortándonos el rollo.

Resoplo.

—De eso se trata.

Luego les pinto las uñas a todas, después de que Ari les retire las cutículas. Paso de tocarles los pies, ese es mi límite.

—Pero ¿qué cojones...? —Aston se ríe de nosotros cuando llega de La Bohème y nos ve de esa guisa.

—Mi niño, no digas palabrotas.

—Lo siento, abuela. Os traigo la mierda que me ha pedido Ari.

La abuela se levanta a darle una colleja. Luego coge la bandeja que ha traído Aston con unos batidos verdes que Ari dice que son *détox*.

—Yo he comprado helado —le digo a mi chica.

—Hoy estamos limpiándonos. —Se acerca a mi oído para susurrar —: Me encanta el detalle. El helado pienso comérmelo luego, directamente de tu piel.

Mi polla se yergue y estoy tan distraído mirándola y pensando en lo que haremos después, que no me entero de lo que ocurre hasta que

oigo un alarido de dolor desgarrador.

—¡Abuela! —grita Aston, intentando levantarla.

—Joder, pero ¿qué ha pasado?

Salto del sofá y corro hacia ellos. Maddie tiene el teléfono en la mano, supongo que para llamar a emergencias.

—Mierda, no sé. Ha caído un poco de batido al suelo y se ha resbalado. Menudo golpe. —Mi hermano está blanco.

—Abu, ¿estás bien?

—¡Ah! Me duele mucho el brazo. —Sus lamentos me parten el alma, y la impotencia de no poder hacer nada para ayudarla es horrible.

—Tranquila, Dotty —la intenta calmar Ari.

—Maldita sea —gruñe Aston—. Vamos a Urgencias.

—La ambulancia está de camino, no la muevas —dice Maddie.

«Por favor, mamá. Que no sea nada grave», pronuncio en mis pensamientos. «Que no lo sea», ruego con desesperación.

Dos horas después, los cuatro nos encontramos en la sala de espera del hospital cuando la abuela sale con el brazo escayolado en un cabestrillo.

Corremos hacia ella. Todavía tiene la cara desencajada por el dolor, y su pelo, rubio oscuro, está enmarañado.

—Fractura de radio y cúbito —anuncia con un puchero—. Tengo que estar ocho semanas con la escayola. ¿Qué voy a hacer?

—Pues descansar —dice Aston rodeándola por los hombros y empezando a andar hacia el coche.

—Todavía tienes el otro brazo —la animo, pero me mira con mala cara.

—Y encima me han roto el jersey, ¡con lo que me gustaba! —se lamenta.

—Vamos, Dotty, es solo un contratiempo.

Digamos lo que digamos, la abuela está enfurruñada, y es normal.

Ahora sus movimientos son más limitados, algo que comprobamos al llegar a casa, cuando Ari y Maddie se ofrecen a ayudarla a cambiarse y a asearse un poco.

Aston y yo nos sentamos en el sofá, pensativos.

—Todo irá bien, ha sido solo un susto —me dice mi hermano, poniendo una mano en mi rodilla para infundirme ánimos.

—Pues no quiero tener sustos así nunca más —declaro.

Entonces me doy cuenta de que no quiero estar a trescientas millas de distancia de mi familia. Quiero estar cerca, para ayudarlos y apoyarlos siempre. Por primera vez me planteo que, quizá, San José no sea la mejor opción.

- 35 -

Everything's Magic

ARIADNA

—¡La abuela nos tiene esclavizados! No sabía que podía llegar a ser tan mandona —se queja Liam por enésima vez esta semana. Es la hora del almuerzo y lo normal sería que estuviera sentado frente a mí, pero hoy se ha puesto a mi lado, no sé por qué. Por supuesto, la respuesta no tarda en llegar cuando aprovecha para meterme mano por debajo de la mesa.

—Es normal que lo lleve mal, la pobre —dice Maddie—. Pronto es su cumple, ¿no? Podríamos hacer algo especial.

—¡Mola! —exclama Liam, que sube la mano peligrosamente por mis muslos—. Y luego invitarás a unas cervezas en La Bohème, ¿no, hermano?

Aston resopla, pero se encoge de hombros porque ya es tradición. Casi siempre celebramos nuestros cumpleaños en la playa o en la cafetería, pero él y Dotty cumplen años con dos semanas de diferencia, así que lo celebramos a lo grande, preparamos la cena, nos ponemos elegantes e invitamos a Agatha y a los Gordon.

—Esta tarde voy a lavarle el pelo y tanteo el terreno —anuncio.

—Me apunto —dice Maddie.

Mareo unas albóndigas que tienen un aspecto sospechoso. Como no me apetece mucho comérmelas, picoteo un ravioli del plato de mi chico. Qué raro y qué guay es pensar en él así.

—¿Te has quedado con hambre, nena? —Sube y baja las cejas, y ambos sabemos que no se refiere a la comida.

Le saco la lengua. Llevamos tres semanas liándonos en secreto y la vida es maravillosa.

—Puede ser. —Me atraganto cuando Liam alcanza mi punto más sensible.

—¿Estás bien? —me pregunta Maddie.

—Sí. —Bebo un poco de agua y carraspeo. Mi querida e inocente

Maddie no tiene ni idea de lo bien que estoy ahora mismo.

Le doy un manotazo a Liam para que se corte un poquito, pero no pongo mucho énfasis en ello, porque me está encantando.

—Sabéis que siempre revelo las fotos en la tienda de fotografía del centro comercial, ¿verdad? —continúa ella, ajena a la maestría de los dedos de Liam.

—Sí, quedan de puta madre —contesta Jackson, que es el encargado del periódico en el que colaboran ella y Aston.

—Pues resulta que el dueño se va a jubilar y su nieta me ha ofrecido trabajar allí unas horas por las tardes.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —nos alegramos todos.

—A ver, le he dicho que no, porque me va a quitar mucho tiempo. —Se echa el pelo rubio hacia atrás—. Medicina es una carrera exigente y si quiero entrar en la UCLA, tengo que esforzarme al máximo o mi padre se pondrá pesado otra vez con Harvard, pero me ha hecho ilusión.

—Es que haces unas fotos increíbles. —Aston le da un beso en el cuello que hace que se estremezca.

—¿Y tú?, ¿tienes actores ya para la obra? —se interesa Maddie, y Brenna, como miembro del grupo de Arte Dramático, contesta:

—Estoy convenciéndolo para hacer de ti. ¡Se me daría genial!

—Es verdad —la apoya.

—Tiene que ser un *casting* limpio —dice Aston, pero la sonrisilla que se le escapa delata que ya lo tiene más que decidido.

—¿Y quién hará de mí? —Mi voz sale entrecortada. La mano de Liam se detiene y, por un momento, pienso que es porque he hablado, pero cuando veo a Aston mirar hacia la puerta y señalar con la cabeza, sé que no es así.

—Había pensado en que lo hiciera ella.

Jenny y Kate acaban de entrar en la cafetería. Los murmullos se disparan. Hicieron público lo suyo dos días después de la reunión en mi casa y el insti está revolucionado desde entonces. A Liam le han

preguntado un montón de veces si él sabía algo del tema, si lo habían dejado por ese motivo… Ha tenido que callar muchas bocas, sobre todo de algunos imbéciles intolerantes.

La gente no deja de mirarlas mientras ellas van hasta una de las mesas más alejadas para sentarse solas. Danna y Alysa no se han portado mal, no le han hecho el vacío a Kate, pero tampoco han integrado a Jenny en su grupo.

Liam y yo nos miramos.

—¿Te apetece dar algo de qué hablar? —propongo.

Sé que me lee la mente cuando me humedezco los labios.

—Nada me apetece más.

Asiento. Si esta gente necesita cuchichear sobre algo, será mejor que sea de nosotros.

—¿Recreamos la escena de *Dirty Dancing*?

—No me jodas.

Nos ponemos de pie.

—¿Dónde vais vosotros? —nos pregunta Jackson.

—A hacer una locura. —Cojo la chaqueta del equipo de Liam y me la pongo—. Voy a decirle a todo el mundo que estoy pillada.

Doy un repaso a la mesa, los gestos de nuestros amigos son de sorpresa, pero la cara de Liam se ilumina y su sonrisa me llena el corazón.

—Se acabaron los secretos, nena.

Voy hacia una punta de la cafetería y él hacia la contraria. La gente empieza a mirarnos a nosotros, preguntándose qué leches hacemos. Todo el mundo ve que llevo el número trece a mi espalda y empiezan a murmurar.

Cuando estoy donde quiero, me doy la vuelta. Veo a mi novio preparado en su marca. Ignoro las voces y la mirada atónita de Nick. La gente ha despejado el pasillo. Nadie se cruza en nuestro camino cuando respiro profundamente y lo atravieso corriendo hasta dar un salto y caer en los brazos de Liam, que ya está ahí, preparado para

sujetarme, como siempre. Entonces, me alza antes de que me enganche a sus caderas, rodee su cuello y estrelle mi boca contra la suya, en el mejor beso de película que nadie haya visto jamás.

- 36 -

Life is Beautiful

LIAM

Mis compañeros de equipo me felicitan como si me hubiera tocado la lotería, aunque el dinero se lo están llevando ellos. En concreto, Maxwell y Hendrix.

—Seréis capullos.

—Tío, llevamos dos años esperando.

—Exacto, hemos ganado esta porra con sangre, sudor y lágrimas —se justifica Hen.

—¿No podíais haber aguantado hasta San Valentín? —farfulla Logan—. Mira que se lo dije a Ari.

—Encima quieres favoritismo. —Enrollo la toalla y le doy en el culo con ella.

—¡Eh! Que yo os di todo mi apoyo en Fresno. —Abre los ojos como platos—. ¡Hostia! ¿Esa fue vuestra primera vez?

—¡Vete a la mierda!

—¡Li! ¡Me lo debes!

Le hago una peineta y cojo el abrigo.

Estamos en el vestuario, después de un entrenamiento en el que lo hemos dado todo técnicamente, aunque la línea defensiva sigue algo coja. La semana que viene jugamos en casa contra los Broncos de Santa Clarita y en este partido se decide si nos clasificamos para la semifinal. Hace un par de años que no llegamos y esta temporada dudo que lo consigamos, pero en los cuartos ya nos hemos puesto por delante de varios equipos. Lo importante es que el entrenador se ha encargado de que vengan ojeadores de varias universidades y tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos. Es nuestra gran oportunidad para destacar.

—Me piro, capullos.

—Vamos a tomarnos unas birras en tu honor, tienes que venir —

dice Gabe.

—Hoy no puedo. —He quedado con Ari para ir juntos a casa de la abuela, pero tengo que hacer algo antes.

—Venga ya, tío.

Se quejan un poco más, y cuando consigo quitármelos de encima, busco al entrenador y le digo lo que lleva más de una semana rondando por mi cabeza.

Parece increíble que me cueste tan poco cambiar la decisión que ha guiado la mayor parte de mi vida, pero cuando la salud y la familia entran en la ecuación, todo se ve mucho más claro, así que necesito saber si lo que pretendo es posible. El entrenador Foster me contesta que va a intentarlo.

Al salir, Ari ya me está esperando, y no dudo en saludarla con un beso. Poder hacer esto sin preocupaciones es jodidamente alucinante.

—¡Ay! Todavía tienes el pelo mojado —se queja sobre mis labios.

—No quería perder el tiempo. —Lo sacudo con la mano y las gotas le salpican el rostro.

—¡Te la vas a cargar!

Ladeo la cabeza, divertido por su cabreo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer?

Se remanga como si se estuviera preparando para iniciar una guerra y empieza a hacerme cosquillas.

—Hostia, ¡para! —Me río y ahora soy yo el que la persigue—. ¡Yo siempre gano, Ariadna!

Corro tras ella y no sé cómo acabamos en el suelo, con los cuerpos alineados, respirando agitadamente.

—Si no querías mojarte vas por mal camino, nena.

—¡Oh, cállate!

—Cállame tú.

Y lo hace. Cubre mi boca con la suya, pero no es un beso rápido ni

urgente; es delicado, casi tentativo, provocador. Coloco los codos a cada lado de su cabeza y sujeto mi peso para no aplastarla mientras la saboreo despacio hasta que gime.

—¡Buscaos un hotel! —nos dice uno de los chicos, haciendo que nos separemos.

—Deberíamos irnos… o no respondo de mis actos. —Se muerde el labio—. Estás demasiado bueno con estos vaqueros. Te hacen un culo impresionante.

—Lo sé. —Mi sonrisa es gigantesca.

—Eres un creído.

—Tú eres peor.

Pone los ojos en blanco.

Con toda la pereza del mundo, me levanto y tiro de ella para ayudarla. Tenemos un montón de público, pero nos importa una mierda.

—Tío, que los demás estamos a pan y agua.

—Eso no es justo —se quejan algunos.

—Chao, pringaos.

Paso un brazo por los hombros de Ari y vamos hasta su coche. Ponemos la música de Connor Harris a todo volumen y vamos a casa con las manos entrelazadas sobre la palanca de cambios y una sonrisa en la cara que no quiero borrarle hasta que el entrenador me confirme que tengo posibilidades.

—¡Abu, ya hemos llegado!

Dejamos las mochilas en el salón y nos acercamos a la cocina, de donde provienen las voces. Aston y Maddie están preparando una ensalada y unos filetes de pollo mientras la abuela les da instrucciones, gesticulando con su mano libre.

—Hola, tesoro. ¡Cariño! —añade en cuanto ve que Ari viene tras de mí—. ¡Ya me han contado que sois novios!

—Os ha faltado tiempo. —Lanzo una mirada acusatoria a mi hermano y a Madison. Ellos se encogen de hombros.

—La abuela tenía que saberlo.

—¡Por fin una buena noticia! Estos dos no paran de darme dolores de cabeza —nos señala a Aston y a mí—, menos mal que vosotras estáis aquí.

—Lo hacemos por ti, abu, para que no te aburras. —Le cubro la cara de besos hasta que la oigo reír. Misión cumplida.

—¿Quieres que te lave el pelo antes de cenar?

—Ay, sí, cariño. —Se levanta con un poco de dificultad, pero Ari la ayuda—. Ahora venimos.

Me lavo las manos y pongo la mesa mientras Maddie y mi hermano me interrogan.

—Qué fuerte que estéis juntos. ¡Es que lo sabía!

—Nadie sabía nada. —Prácticamente ni yo.

—Llevas pillado por ella toda la vida. Era cuestión de tiempo —resuelve Aston. Cómo me jode que sea tan observador.

—Ah, sí. ¿Y cómo te diste cuenta? —pregunto con curiosidad.

—Porque yo también me enamoré de mi mejor amiga. —Pega a Madison a su costado y le da un beso en la cabeza.

Hace unos meses ni siquiera lo habría admitido en voz alta, y ahora… Es increíble ver cómo ha cambiado y lo feliz que está.

Al final parece que es él quien vive a pecho descubierto y yo quien lleva la coraza. Mi sonrisa es el muro que he construido para que nadie entre, para no dejar salir el dolor. Y hasta ahora no me he dado cuenta de que ellos siempre han estado aquí, a este lado del muro. Conmigo.

—Supongo que no podemos reprimir nuestros sentimientos por mucho tiempo. Tarde o temprano acaban saliendo. Y hemos tenido la hostia de suerte de que sean correspondidos.

—Joder, ya te digo. —Acaricia la mejilla de Maddie, que tiene una sonrisa tonta colgada de los labios—. Doy gracias cada día porque me hayas elegido, mocosa.

—Y lo haré siempre. —Cuando se besan, silbo escandalosamente

para molestarlos un poquito, y me siento en la silla que ha dejado libre la abuela.

—Dotty se está duchando —anuncia Ari entrando en la cocina. Tiro de ella para sentarla en mi regazo y le beso el cuello. Aston y Madison nos miran embobados.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? Si parece que vais a arrancaros la ropa en cualquier momento.

—Eso no estaría mal, yo te arrancaría las bragas ahora mismo —le digo a mi chica. Ella se hace la interesante.

—Pues sería difícil, porque no llevo.

—¡Ariadna! ¡Qué asco, joder! —se queja Aston. Ella frunce los labios.

—Oye, eso me ofende un poquito.

—Más os vale ir en serio —nos señala.

—¡Claro que sí! —responde Maddie por nosotros—. A ninguno de los dos les va el sexo casual, son de relaciones serias, y no tirarían su amistad a la basura por un polvo.

—Eres una sabionda —la acuso.

Maddie me saca la lengua y no puedo evitar reírme con ella.

—Dios, voy a vomitar. —Aston hace un amago en el fregadero. Qué peliculero es.

—Eres tú el que ha preguntado.

—Más bien nos ha amenazado. —Me río.

—Pero ¿por qué nos lo habíais ocultado?

Les contamos lo de Jenny y el proceso hasta llegar a donde estamos ahora, saltándonos algunas partes que preferimos guardarnos en la intimidad. Para que luego digan que no tenemos filtro.

—Jolín, tendría que haberme apuntado a las animadoras solo por el salseo. —Maddie arruga la nariz—. Lo bueno es que ahora podemos salir los cuatro en plan parejitas por San Valentín.

—¿Y eso es bueno porque…? —se queja Aston.

—Ojalá —dice Ari—, pero ya tengo una cita.

Frunzo el ceño.

—¡Oye!

—Hay una fiesta en el club y mis padres me obligan a ir. —Tuerce el gesto. Se ve que no le hace mucha ilusión.

—¿Quieres que vaya contigo? —le pregunto acariciándole la espalda por debajo del jersey.

—¿De verdad lo harías? Te vas a aburrir.

—Entonces nos aburriremos juntos.

Pega su boca a la mía y lame mi labio inferior lentamente, provocándome.

—Sabéis que no estáis solos, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y si vamos un rato a la habitación?

—Dotty está a punto de salir.

—No tardaremos mucho.

—Eso dice muy poco de ti —se burla Aston.

—¿Quieres meterte en tus asuntos?

—Mis asuntos están en esta cocina. —Se cruza de brazos.

—Pues podíais daros una vueltecita un rato.

—¡Ya estoy aquí! —anuncia la abuela; tiene el yeso protegido por una bolsa de plástico—. Necesito las tijeras.

—Voy. —Pierdo el calor de Ari cuando se levanta de mi regazo. Entre Maddie y ella la ayudan, mientras mi hermano y yo nos fulminamos con la mirada.

—Abu, tienes a Aston muy consentido.

—Es mi derecho como abuela. —Aston le da un beso en la frente con el pecho más henchido que un pavo real—. Venga, vamos a cenar.

Llenamos los platos y los vasos de refresco y comemos entre risas y piques. No sé durante cuánto tiempo más podremos hacer esto: estar todos juntos, sin grandes preocupaciones, disfrutando de la compañía de los otros, e intento absorberlo todo. Cada sonido, cada gesto. Como llevo mucho rato callado, cuando la abuela me mira y le sonrío, ella me guiña un ojo, y sé que sabe exactamente en lo que estoy pensando. Nuestra complicidad es la caña.

—¿Verdad, Liam? —Ari me da un toquecito en el muslo.

—¿Qué?

—Que los chicos del equipo están emocionados con lo del calendario.

—Ah, sí. Han reservado horas extras en la sala de pesas para tener más músculo. —Me río.

—Y los del *Ice team* están ensayando sus posturas favoritas.

—Pero ¿por qué vais a hacer eso? —pregunta la abuela.

—Queremos recaudar fondos para el viaje de primavera —le cuenta Ari—. Es a París y va a ser superromántico.

—Oh, tiene que ser una ciudad preciosa, no me importaría ir algún día —comenta, soñadora—. Pero no me lo habías dicho, mi niño.

Aston mira a Maddie.

—Es que nosotros no iremos.

Ari y yo fruncimos el ceño.

—¿Cómo que no? —La verdad es que lo daba por hecho.

—Janice dará a luz sobre esa fecha y quiero ir a conocer a mi hermano —explica Maddie. Su padre volvió a casarse hace un tiempo con una compañera del hospital en el que trabaja y van a tener un hijo.

—Y yo voy con ella.

—Eso está muy bien —dice la abuela, comprensiva.

—¿Y vas a ver también a tu madre? —le pregunto.

—Sí, sigue ingresada en la clínica, pero parece que está un poco

mejor. Quizá le den el alta pronto, quién sabe —comenta, esperanzada. Entonces se me ocurre algo, pero necesito hablarlo primero con Ari.

Espero a que estemos a solas en la habitación, un rato después de cenar y de que Maddie nos enseñe la última ecografía de su hermano. Hoy no puede quedarse a dormir, porque sus padres han vuelto esta mañana.

—¿Qué te pasa? Llevas toda la noche nervioso.

No le doy más vueltas al tema y le pregunto directamente:

—¿Qué te parecería si acortamos el viaje a París y nos reunimos con Aston y Maddie en Boston?

—¿Y eso? —Se sienta en mi cama con las piernas cruzadas al estilo indio. Yo sigo de pie.

Quizá sea algo complicado, pero puede que ahora sea el momento adecuado y no quiero desaprovecharlo. Después de haber leído el diario de la señora Sullivan, quiero verla en persona.

—Necesito hablar con la madre de Madison.

Ari lo entiende todo en cuanto se lo digo. Podríamos estar en París con nuestros amigos y seguro que sería un viaje increíble, pero sentiría que me falta algo por resolver.

—Vale. Si a Maddie le parece bien y su madre accede, yo me apunto.

—¿En serio? No quiero ser egoísta y entenderé que prefieras quedarte en París. Odiaría que perdieras la oportunidad de hacer algo que quieres de verdad.

—¿Sabes qué quiero de verdad?

—¿Qué?

—Que me beses.

—Joder, eres perfecta. —Me tiro encima de ella, haciendo que se tumbe en la cama. Reparto besos por su cara, su cuello, hasta que la oigo gemir mi nombre. Me flipa que sea tan expresiva y que tenga la confianza para decirme lo que quiere y lo que no en el sexo.

Entonces, atrapo sus brazos con el mío y bajo el otro hacia esa parte tan necesitada de ella.

—Es verdad que no llevas bragas, ¡pensaba que querías picar a Aston!

—Eso también —dice muy pagada de sí misma—. Lo he hecho para ahorrarnos tiempo.

—Joder, Ari. Me lees la mente.

Somos iguales: dos kamikazes que se dan por entero cuando les importa alguien sin pensar en las consecuencias. Estar con tu mejor amiga es lo puto más increíble del mundo, pero también significa que puede ser lo puto peor, porque tenemos mucho que perder.

- 37 -

Born For This

ARIADNA

Estas semanas con Liam han estado llenas de juegos, risas y sexo. Hemos hablado mucho y hemos tonteado muchísimo más. Sentimos la necesidad de estar tocándonos o provocándonos todo el tiempo, y soy feliz de verdad. Más de lo que lo he sido en mucho tiempo. Tanto que se lo he contado a mis padres. Si Liam va a acompañarme a la cena de San Valentín, quiero que lo haga como mi pareja.

Nick me envió un mensaje *El día del beso de película*, así es como lo he bautizado, diciéndome cosas muy feas como que seguro que estaba con él antes de que cortáramos y lanzándome algún que otro insulto que no voy a repetir. Lo mandé a la mierda y lo bloqueé. No pienso perder el tiempo recordándole que fue él quien cortó conmigo, no al revés. No entiendo cómo tiene la cara de hacerse el ofendido y de seguir metiéndose en mi vida cuando ya no somos nada. Estas cosas hay que cortarlas de raíz, y eso he hecho. Además, se lo he contado a Liam porque no quiero que entre nosotros haya más secretos y ha sido como si me quitara un gran peso de encima. Él quería hablar con Nick, pero se lo he impedido. No merece la pena.

Alysa también me mira con mala cara desde entonces. Ella tuvo un rollo con Liam que no ha olvidado, aunque ahora mismo esté hablando de Louis con Danna, con el que, por cierto, se enrolló anoche. Al menos Kate está a mi lado con una sonrisa, porque Jenny le está haciendo gestos desde la grada.

El partido contra los de Santa Clarita está siendo brutal. Los Broncos son unos bestias que no dudan en usar el juego sucio para impedir que los nuestros metan gol, y se están pasando mucho. Lo bueno es que se tiran más tiempo en el banquillo de penalizaciones que en el hielo y el árbitro está pitando casi todas las faltas.

—Esto es una masacre —dice Ryan a mi otro lado.

Vamos uno a dos para los Broncos. Nuestros chicos lo están dando

todo en la pista, pero apenas consiguen llegar a la línea defensiva sin sufrir un ataque y perder el disco. El único gol ha sido cortesía de Liam; un precioso tiro de muñeca con una asistencia genial de Aiden.

—Estoy sudando hasta yo. —No me río, porque no dejo de seguir al número trece con los ojos. Sé que está agotado, se le nota muchísimo y, aun así, no ceja en el empeño. Gracias a eso llegamos al tercer periodo con un dos a dos en el marcador.

Liam vuela por la pista con el disco hasta que uno de los Broncos se le echa encima y lo tira al suelo. Después, otro roba el disco, se lo pasa a un compañero y se abalanza sobre la maraña de brazos y piernas que han construido. ¡Joder!, esos tíos pesan cien kilos al menos. El árbitro detiene el juego por enésima vez. Aiden, Logan y Maxwell, que son los que están más cerca, se afanan en quitarle a los otros de encima. A mí me entran ganas de saltar a la pista, pero sé que no puedo. Ryan me rodea la muñeca y la aprieta. Puede que odie un poco a Liam, pero sabe lo importante que es para mí y lo respeta. Yo asiento. Sé que va a estar bien. Tiene que estar bien.

Se levanta, ayudado por sus compañeros, y le hace un gesto al entrenador y después a mí. Todos rodean al árbitro, que expulsa durante dos minutos al que lo ha placado, y los nuestros aprovechan para marcar en el *power play*.

—Es duro el cabrón, ¿eh? —dice Ryan sonriendo.

—Es increíble.

No dejo de mirarlo. Su forma de patinar. Cómo se desangra en la pista. Lo quiero. Lo quiero muchísimo y eso también me asusta más que nada en este mundo. Ahora estamos conectados a todos los niveles y es alucinante.

Cuando pitan el final del tercer periodo, con el marcador tres a cuatro, salimos a la pista. Hemos perdido, este año no nos clasificamos para las semifinales, pero ellos lo han dado absolutamente todo sobre el hielo y tienen que estar muy orgullosos. Yo lo estoy.

Abrazo a Liam por encima de las protecciones, sudoroso y guapísimo, y peino su pelo hacia atrás cuando se quita el casco para

besarme.

—Has jugado genial. ¿Estás bien?

—Quitando que me duele todo el cuerpo, estoy de puta madre —confiesa con una sonrisa.

—Tienes sangre en el labio.

—Oh, joder. —Me suelta para tocárselo—. No me había dado cuenta.

—Vamos a la enfermería. —Tiro de él, pero me frena.

—Espera, el entrenador quiere hablar conmigo.

Hoy venían varios ojeadores, entre ellos el de San José. Lo sé porque lleva un par de semanas nervioso por este momento. Me quedo parada en mitad de la pista, pero él me pide que lo acompañe. Aun así, como no creo que ese sea mi lugar, me sitúo unos pasos detrás de él para darle espacio.

—Ven, Liam. Este es Tyler Jenkins.

—Señor. Es un honor conocerlo. —Se quita los guantes y le da la mano al hombre trajeado situado detrás de la portería.

—El placer es mío, chaval. Hoy has jugado muy bien y la competencia no os lo ha puesto fácil. —Eso por no hablar de la conducta tan antideportiva que han tenido.

—Gracias. Ha sido un trabajo en equipo.

—No seas modesto. Tus compañeros te miran a ti en cada jugada. Todo lo que ocurre en la pista pasa por ti, se te da muy bien dirigir. Me gusta el trío que hacéis Clarens, Walker y tú. Me gusta mucho —repite con interés.

¡Ay, Dios mío! Esto es lo que Liam ha querido siempre. No puedo ni imaginar lo que estará sintiendo ahora mismo.

—Gracias, señor. Llevo desde los cinco años en el equipo, amo el *hockey* y poder vivir de este deporte sería un sueño hecho realidad.

—Pues, según he visto, tienes lo que hay que tener para conseguirlo. —Jenkins se saca una tarjeta del bolsillo interior de la camisa—. Todavía no estoy autorizado para hacerte una oferta

formal, pero el entrenador Foster recibirá noticias mías.

—Se lo agradezco, de verdad. —Vuelven a darse la mano—. Muchas gracias.

—Ve con tus compañeros, West. Te lo has ganado —le dice el entrenador.

—¡Dios mío, Liam! —Lo abrazo—. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

—Gracias, nena. —Me acaricia la espalda—. Pero tenemos que hablar.

Frunzo los labios. Esa frase no ha presagiado nada bueno en toda la historia de la humanidad.

—¿Qué ocurre?

—Ven aquí. —Patinamos juntos hasta el otro extremo, donde las gradas ya están vacías. Empiezo a asustarme al verlo tan serio—. Tyler Jenkins es el cazatalentos de la UCLA.

—¿Qué? —A ver, lo he oído perfectamente, pese al jaleo que arman los jugadores y las animadoras, pero no doy crédito—. ¿Desde cuándo la UCLA está sobre la mesa?

Se pasa una mano por el pelo.

—No quería decírtelo hasta estar seguro de que era una posibilidad real para nosotros, y haré lo que tú quieras —me asegura, poniendo las manos encima de mis hombros—. Es solo que… hace poco me di cuenta de que no quiero alejarme tanto de Aston y de la abuela.

—¿Cuando se rompió el brazo?

Él asiente.

—Si pasa algo y me necesitan, quiero estar aquí. Y eso sería imposible si me comprometo con una universidad situada al otro lado del Estado. No es como si pudiera decirles «vuelvo a Santa Mónica, aquí os quedáis, jugad sin mí».

—Pero tu sueño siempre ha sido San José.

—Mi sueño eres tú, Ari. —Enmarca mis mejillas—. Lo que tenemos. Nuestra familia. Aquí o a trescientas millas de distancia, yo seré feliz si estamos juntos.

—Pero prefieres que sea aquí —afirmo.

—Nunca pensé que diría esto, pero las prioridades cambian. —Se revuelve el pelo, nervioso, y me imagino que bastante dolorido—. Puedo terminar jugando con los Sharks desde cualquier universidad, San José solo era un trampolín que me acercaba a ellos, pero no me aseguraba la elección en el *draft*. Solo mi juego puede conseguirlo.

No tengo que pensar mucho mi siguiente respuesta.

—Vale.

—¿De verdad? —Su expresión de confusión es adorable. No sé ni por qué lo duda. Seguiría a Liam al puto Titanic si hiciera falta.

—Yo también puedo estudiar Derecho en cualquier parte.

—¿Y qué crees que dirá tu padre?

—Bueno, sin duda estará más contento. Así podré hacer prácticas en el bufete de Los Ángeles.

—Joder, soy un capullo. Primero te quito días en París y ahora San José. Oh, mierda. —Se frota la nuca con las manos y no dejo que siga martirizándose. No me voy a perder nada por su culpa, porque todo lo que quiero hacer, mis sueños e ilusiones, viven conmigo y puedo llevarlos a cabo donde sea. Claro que me apetece viajar, conocer otras culturas, ver mundo, pero nada me impide hacerlo.

—Podría ir a cualquiera de esos sitios sin ti, Liam. No me estás quitando nada. Yo elijo estar contigo, aquí o a trescientas millas de distancia —repito su frase—. Y sí. Eres un capullo con mucha suerte.

Me río justo un segundo antes de que me muerda los labios.

—¡Ay! —Se pasa una mano por el suyo. Otra vez se le ha olvidado que tiene la herida.

—Anda, vamos a la enfermería.

Tiro de su brazo para salir patinando de la pista.

—Contigo, al fin del mundo, nena.

- 38 -

We Belong Together

LIAM

—Estás guapísimo, tesoro.

—¿Sí? Gracias, abu. —Me miro en el espejo. Llevo un traje que me ha costado el sueldo de dos meses de clases de surf, pero no quiero ir a la fiesta en el club con la ropa de siempre. Quiero encajar con los padres de Ari y la gente pija con la que se codean. Es verdad que mi familia no tiene su nivel adquisitivo, pero, como me dijo la abuela, estoy haciendo una inversión. Iba a necesitar un traje para la graduación y para algunos eventos deportivos cuando entre en la uni, si es que todo sale bien y me cogen en la UCLA. Es cuestión de tiempo que el entrenador empiece a recibir ofertas y que nos lleguen las cartas de admisión, tanto a Ari como a mí.

Suena un claxon y la abuela corre a asomarse a la ventana.

—¿Ese es el coche de los Brooks?

Me asomo yo también. Un BMW negro está aparcado en el camino de entrada, con el motor encendido y las luces puestas.

—Sí, me voy ya. —Le doy un beso en la mejilla y cojo las llaves y una rosa roja.

—Pásalo bien, tesoro.

—Y tú. Te quiero. —Salgo corriendo y abro la puerta del asiento trasero, donde está Ari. Sus padres van delante y la señora Brooks arranca en cuanto entro, tras saludarme—. Buenas noches.

—Buenas noches, hijo —me dice el señor Brooks. Va en el asiento del copiloto, mirando algo en su teléfono con la mano temblorosa. Ari coge la mía y me distrae con su sonrisa.

—¿Esto es para mí? —Señala la rosa.

—Sí, feliz San Valentín. —La coge encantada y me da un beso en la mejilla antes de olerla.

Hacemos el camino hablando de la universidad, por supuesto. Es un tema demasiado importante para ellos como para pasarlo por

alto. Sus padres pueden ser realmente estirados si se lo proponen. Tienen un futuro preparado para ella y eso es lo que hay, no ven más allá. Pero Ariadna Brooks es más de lo que ellos planean.

—Nos alegra que os vayáis a quedar en la UCLA. Es una universidad muy prestigiosa, más acorde a nuestros estándares.

Ari hace una mueca resignada mientras me explican que la idea es que se gradúe en Ciencias Políticas y después vaya a la facultad de Derecho. Siguen intentando convencerla de que al menos el posgrado lo haga en Columbia y ella dice que ya se verá, que todavía queda tiempo. Luego se ponen a hablar de una herencia, de todo lo que hay en juego y no sé qué, así que centro la atención en mi novia y flirteamos un poco hasta que llegamos al club y el aparcacoches se hace cargo del vehículo.

El evento ya está lleno cuando entramos «elegantemente tarde», como dice la señora Brooks. Los padres de Ari comienzan a saludar sin despedirse de nosotros, que vamos hacia la mesa de las bebidas para coger un poco de ponche de huevo.

—Te has puesto un traje. —Repasa los botones de la camisa con un dedo de manicura perfecta, tentándome.

—Quería ir tan guapo como mi chica. —Ella lleva un vestido rojo impresionante, largo hasta los pies y palabra de honor.

—¿No será que pretendías caerle bien a mis padres ahora que eres mi novio? —Alza una ceja, divertida.

—Tus padres ya me adoran.

—Es verdad. —Ríe—. A veces pienso que te quieren incluso más que a mí. No es difícil, ¿no?

Odio que diga eso. Ari tiene una personalidad tan fuerte que cuesta creer que pueda sentirse vulnerable. Sus padres tienen un don para conseguir sacar sus inseguridades y hurgar en sus puntos débiles, así que se pone la coraza. Está tan acostumbrada a llevarla que ya es casi parte de ella.

—A ti es imposible no quererte, nena. —Sonríe con sinceridad y me da un beso rápido que me deja con ganas de más, pero no es el

momento y MaxiLiam lo sabe.

Miro a nuestro alrededor para distraerme. Hay mesas altas por toda la sala y los camareros se pasean con bandejas de canapés enanos.

—Menos mal que he comido algo antes de venir.

—Te lo dije, si no nos moriríamos de hambre.

Cogemos un par de canapés de paté con huevas de caviar. Está asqueroso. No sé por qué a la gente le gusta tanto esta mierda.

—Mis padres se van a Nueva York toda la semana que viene. ¿Te apetece venir a casa?

—¿Y tener que pasar la noche contigo? —Finjo una mueca de desagrado—. ¿Qué clase de tortura es esa?

Ella me da un manotazo.

—Eres idiota. Y me encantas.

—Cuidado. A ver si te vas a enamorar de mí.

—¡Ja! ¡Tarde! —Me saca la lengua y nos sonreímos con complicidad.

—¿Qué van a hacer tanto tiempo en Nueva York?

—Tienen un congreso sobre los desafíos de la abogacía en el siglo XXI o algo así.

—Qué coñazo.

—A ellos les flipa, supongo que algo bueno debe de tener.

—¿Y a ti? ¿Crees que te molará?

Se encoge de hombros.

—Supongo que al menos se me dará bien. Me gusta hablar en público, defender las causas perdidas y no dejo que nadie me avasalle.

—Eso es cierto. Serás una abogada de puta madre. —Le hago un repaso de pies a cabeza y pienso, no por primera vez, en la increíble suerte que tengo de que una chica como ella... No, de que *ella* quiera estar conmigo.

—¿Me estás mirando las tetas?

—Es que ese vestido es…

—Lo sé —dice con suficiencia. Y a mí también me encanta.

Pasamos el resto de la noche comiendo, bebiendo ponche e inventando historias sobre los invitados. Ahora estamos observando a una pareja. Ella tiene como unos veinte años más que él, que la mira con adoración.

—Yo creo que es su profesor de hípica. Tiene pinta de montar a caballo.

Ari gira la cabeza hacia mí.

—¿Dónde leches le ves la pinta?

—Lleva botines, ¿no está claro? —señalo con una ceja alzada.

—Uy, pues ahora que lo dices… El pantalón se le ciñe más de lo necesario. A lo mejor es un *cowboy*.

—¿Le estás mirando sus partes? —me indigno.

—Puede ser. —Se encoge de hombros—. Todavía tengo ojos en la cara, no voy a impedirles que miren donde quieran.

—Qué cuento tienes. —Le doy un pellizquito en la cintura.

—¡Oye! —se queja—. ¿Y aquellos? Los que están hablando con mis padres.

—Mmm. —Lo sopeso un poco—. Alarde de joyas, vestido y traje caros y un palo metido por el culo. O son de la realeza o creen que lo son.

—¡Exagerado! —Se ríe. Yo no estoy de acuerdo.

—La mitad de la gente de aquí es de la alta sociedad y la otra mitad finge serlo. —Como yo ahora mismo, con mi traje de ochocientos dólares, codeándome con gente que no me interesa en absoluto, pero de los que todo el mundo quiere sacar algo.

—Ya. —Ari frunce los labios—. También será así cuando llegues a la NHL, es mejor que te vayas acostumbrando.

Acaricio las puntas oscuras de su pelo. Me encanta que dé por

hecho que llegaré a la Liga Nacional de *Hockey* algún día.

Seguimos charlando y observando a nuestro alrededor hasta que me doy cuenta de que el padre de Ari se desmarca. Hay algo de lo que necesito hablar con él y no he tenido ocasión aún.

—Ahora vengo.

Le doy un beso antes de levantarme, y lo sigo, sorteando a unos cuantos invitados. Entro al baño tras él y espero un momento hasta que aparece por uno de los cubículos.

—Señor Brooks.

—Liam. ¿Te lo pasas bien?

—Sí, señor. —Hago una pausa mientras se lava las manos y le doy tiempo a otro hombre para que salga del baño—. La verdad es que hay algo de lo que quería hablar con usted.

—Tú dirás.

Coge papel para secarse y luego se pasa otro por la cara. No me había dado cuenta de que está sudando. Frunzo el ceño.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, es solo que hace mucho calor ahí fuera y a veces me agobia hablar con tanta gente, pero no se lo digas a Kitty. —Me guiña un ojo.

Sonrío por cómo llama cariñosamente a su esposa y flipo mucho con que nunca se comporte así con su hija.

—Tranquilo.

—¿Es por Ari? —continúa—. Tengo entendido que por fin salís de manera oficial.

Me hace gracia esos «por fin» y «oficial» porque es verdad que siempre lo hemos hecho todo juntos, salvo enrollarnos, pero no voy a hablar de esas cosas con él.

—Sí, señor.

Me quedo un poco pillado cuando da un paso para abrazarme. Y no se trata de unas palmadas varoniles en la espalda, sino de un abrazo de verdad.

—Sé cuánto la quieres y que cuidarás de ella. No podría estar con nadie mejor que tú.

—Gracias. Por supuesto que lo haré. Pero, en realidad, quería hablarle de otra cosa. —Cuando me suelta, carraspea y se frota los ojos.

—Dime, hijo.

—Verá. —Me paso la mano por la nuca cuando entra otro hombre. No estoy muy seguro de cómo iniciar la conversación, así que espero unos minutos hasta que se marcha. El señor Brooks está nervioso—. No sé si lo sabe, pero la señora Sullivan escribió un diario.

Su expresión cambia y asiente con seriedad.

—Estoy al tanto. Me lo contó Heather.

Vaya, vale. Continúo.

—En él hacía alusión a un abogado a quien consultaba el tema de mis padres. No ponía su nombre, pero siendo tan amigos, es fácil deducir que se trataba de usted.

Traga saliva y coge otro papel para pasárselo por la cara.

—Sí, era yo —dice cuando se recompone un poco. No estaba cien por cien seguro, pero llevo tres meses barajando esa posibilidad y no se me ocurría nadie más—. Lo siento mucho, hijo. Debí implicarme más, hacer algo…, nunca pensé que acabaría así.

—Ya. Supongo que nadie lo pensaba. —Se apoya en la encimera y me mira a través del espejo, haciendo una respiración profunda. La culpabilidad se refleja en su rostro, pero no he venido a echarle mierda encima. Solo necesito respuestas—. Quería saber si podía contarme algo más sobre ella. No sé si mi madre le dijo algo, le dio algún mensaje, no sé —repito. Mamá murió y yo aprendí a vivir con su ausencia, sí, pero eso no significa que no la eche de menos cada día de mi vida.

En el diario había mucho dolor, frustración y también deseo. Marcia la miraba como a una mujer, pero yo solo la conocí como madre. Con trece años no se me pasaron por la cabeza ninguna de las miles de cosas que ella nos ocultaba. Y supongo que solo necesito

algo... Algo que me sirva de consuelo.

—Tu madre os quería muchísimo, Liam. A Aston y a ti. Todo lo que hizo en la vida fue por vosotros. —Se agacha hacia el grifo y se moja la cara y la nuca.

Me acerco a él de una zancada.

—¿Se encuentra bien? —vuelvo a preguntarle, porque esta vez tengo claro que la respuesta es que no.

—Sí, estoy un poco mareado. Enseguida se me pasa.

Saca una pastilla del bolsillo de la camisa, coge un vaso de una bandeja que hay en una mesa auxiliar, lo llena de agua de una jarra y se la toma.

—¿Por qué no se sienta? No tiene buen aspecto.

—Son los malditos vértigos. Toda la habitación me da vueltas —se queja, frotándose los ojos de nuevo—. No le cuentes nada a Ari.

Eso me hace retroceder.

—Yo no tengo secretos con ella.

—Claro que no. —Gesticula con la mano, igual que suele hacer su hija—. Es que detestaría preocuparla.

Frunzo el ceño.

—¿Acaso tendría motivos para hacerlo?

—No, hijo, esto no tiene importancia. —Me pone una mano en el hombro—. Será mejor que vaya a tomar un poco el aire.

Echa a andar hacia la salida, pero lo llamo antes de que pueda abrir la puerta.

—Señor Brooks. —Se gira—. ¿Me promete que me lo dirá si hay algo que contarle?

Él asiente con solemnidad.

—Claro que sí.

Y lo que más me asusta es que le creo.

- 39 -

Self Control

ARIADNA

Liam deja la mochila frente a mí y me da un beso por encima de la mesa. La encargada de la biblioteca nos mira con mala cara, pero prefiero disculparme a no besarlo. Él le guiña un ojo mientras yo pongo los míos en blanco. No sé si en algún momento dejaré de sentir esta adrenalina que me recorre el cuerpo cuando lo tengo al lado. O la inquietud que me impide dejar de pensar en él cuando lo tengo lejos. Me siento como Elizabeth Bennet cuando se encontraba con el señor Darcy en una habitación: la tensión es palpable y la electricidad viaja entre nosotros, como si un imán nos tuviera permanentemente conectados.

—¿Qué estás haciendo? —susurra.

—Estudiando Biología.

—Quizá pueda ayudarte con eso. —Sonríe de medio lado y le sale el hoyuelo. Suspiro como una tonta.

—Shhh —nos calla la encargada.

Entierro la cabeza en mis apuntes y continúo pasándolos a limpio, así los voy memorizando. Es la mejor forma de interiorizar los conceptos sin darme un atracón a última hora, pero es difícil concentrarse cuando mi novio no deja de darme pataditas por debajo de la mesa o de levantar la vista hacia mí cada dos por tres.

Me pone nerviosa, pero en el buen sentido. Siento mariposas revoloteando constantemente por mi estómago y es muy molesto, pero también muy guay. Adoro estar enamorada. Y creo que esta vez es de verdad, no la típica ilusión que suelo sentir cuando empiezo con alguien nuevo. Al principio todo es muy bonito, pero luego muestran su verdadera cara, sus intereses ocultos o sus celos enfermizos. A Liam lo conozco. No hay una parte de mí que no le guste o que me dé miedo enseñarle.

Y el incentivo del sexo es fascinante. Durante estos meses hemos probado un montón de posturas nuevas para los dos. No sé por qué

teníamos la idea de que ya habíamos hecho muchas cosas, pero la realidad es que estamos descubriéndolas juntos. Tenemos esa clase de química que no se entrena; existe o no, y cuando sí, es brutal.

Pero lo mejor de Liam es que con él no tengo que pensar dos veces lo que digo o lo que hago, puedo ser espontánea sin que le moleste y sin reproches. No tengo que llenar los silencios, no tengo que aparentar ser alguien que no soy ni reprimir mis impulsos. ¿Qué más se puede pedir que la libertad de ser una misma en un mundo que se empeña en encasillarte?

Mi móvil vibra encima de la mesa. Tengo un mensaje suyo.

Liam: ¿Te apetece hacer un descanso?

Alzo la cabeza y veo que mueve las cejas, insinuante. Por más que me gustaría estar enrollándome con él ahora mismo, no puedo.

Ari: Luego, cuando estemos en casa.

Liam: Aguafiestas.

Le saco la lengua. Estoy esperando a que Maddie salga del periódico porque tenemos que hacer un trabajo para clase de Biología. Normalmente, a esta hora estaría en el ensayo con las animadoras, pero con la eliminación del equipo en cuartos, la temporada de *hockey* se ha acabado para nosotros. Aun así, Liam ha dejado el libro de Historia a un lado y está dibujando jugadas en un cuaderno para comentarlas con el entrenador. También sigue yendo al gimnasio, y un par de horas, dos veces a la semana, entrenan en la pista para no perder la práctica.

Cuando llega Maddie un rato después, adelantamos todo lo que podemos el trabajo sobre la mitosis. Me levanto para buscar un libro y veo que Liam me sigue hasta la estantería del fondo, lejos de miradas indiscretas. Me apoyo en ella y cierro los ojos tan solo un momento. Está jugando, provocándome, rozando con sus perfectos dedos el lomo de los libros hasta llegar a donde me encuentro. Trago saliva, inundada de deseo.

—Aquí no —siseo.

—¿Por qué? —Levanta el mentón, pasándose la lengua por sus

jugosos labios.

A la mierda todo. Lo beso con tantas ganas que el hambre me cosquillea en el vientre. Necesitaba mi dosis de Liam. No tenía ni idea de cuánto hasta ahora.

—Vas a tener que empezar a reprimirte, no podrás hacerme estas cosas en la uni.

—Es que estás demasiado buena, nena. Y esa arruguita de concentración que te sale en el ceño —lo acaricia con un dedo— me pone a mil.

—A mí también me pones, pero me aguanto. —Lo aparto un poco de mí.

—Te echo de menos. Últimamente apenas nos vemos.

Hago un puchero. Es cierto. Entre las clases, los trabajos y que yo ya no voy a los entrenamientos, solo coincidimos algunas noches que mis padres están de viaje y los sábados para las clases de surf. Aston y él llevan varios domingos ayudando al *sheriff* con la reforma de su casa, aunque, al parecer, lo que más hacen es hablar.

—Yo también te echo de menos, pero Maddie se estará preguntando dónde estamos.

—Vaaaaale. —Me da un cachete juguetón en el culo—. Entonces seguimos después.

La palmadita que le doy yo va a parar a MaxiLiam, que está más que contenta de que la salude.

—Por supuesto, pero antes tengo que ir a la pelu.

Hace tiempo que me apetece un cambio de *look*, pero no quería hacerlo hasta terminar el calendario, que ha sido superdivertido. No solo hemos hecho fotos del equipo o de las animadoras, también mixtas. Y Liam y yo hemos posado besándonos, como en la famosa foto de Times Square.

Quizá por eso siento que las puntas oscuras de mi pelo han cumplido un ciclo. Llevan todo el año acompañándome y quería dejar ese recuerdo inmortalizado, porque dicen mucho de mí, de mi rebeldía, de mis ganas de ser diferente y desmarcarme de los

estándares que mis padres me han impuesto siempre. Antes llevaba esos sentimientos por fuera, pero con el tiempo los he interiorizado. Ahora tengo la seguridad suficiente como para dejarlas ir. No tengo que demostrarle nada a nadie, pues confío en que lo que necesito ya está dentro de mí. Y es maravilloso.

- 40 -

Somebody that I used to know

ARIADNA

El sábado estamos todos en casa de Dotty para celebrar su cumpleaños. Hemos tenido que retrasarlo unas semanas porque quería esperar a que le quitaran la escayola para no sentirse tan inútil, según sus propias palabras. Evidentemente, con un brazo se pueden hacer menos cosas que con los dos, estaba más limitada y es normal que se sintiera un poco frustrada, pero eso no quiere decir que se acabe el mundo. Los cuatro hemos arrimado un poco más el hombro estas semanas con las tareas de la casa, la compra, cocinando y lavándole el pelo, que es lo que más le costaba. Por lo demás, ha podido seguir dando su paseo matutino con Agatha, saliendo con la señora Gordon, viendo la telenovela y haciendo todas las cosas que le gustan. Aunque odie sentirse un poco más torpe, siempre le digo que aproveche para descansar y que se lo tome como unas merecidas vacaciones.

La fiesta también es para celebrar que por fin es libre y solo necesitará un mes de rehabilitación para recuperar la movilidad del brazo. Hoy se ha puesto guapísima, con un vestido color esmeralda y el pelo rubio recogido en un moño informal. Me ofrezco a maquillarla antes de que vengan los invitados y ella asiente encantada, mientras Liam y Maddie le cuentan a Aston todas las cosas geniales que tiene la UCLA.

Aún no nos han llegado las cartas de admisión, pero con nuestras notas y las extraescolares, es muy probable que estemos dentro. Al principio me pareció que la decisión era un poco visceral y esperaba que Liam se arrepintiese en cualquier momento, pero sorprendentemente parece más contento de lo que lo he visto en mucho tiempo. Y si todos conseguimos entrar, estaríamos juntos y en Santa Mónica al menos durante cuatro años más.

Dotty está feliz por ello, adora a sus nietos. Y todas estas semanas le han hecho ver las cosas en perspectiva. Al final, aunque cumplamos los dieciocho y comencemos a ser personas

independientes, siempre vamos a necesitarnos los unos a los otros, porque somos familia.

—Lista, estás preciosa.

Ella se mira al espejo y aplaude entusiasmada.

—Abuela, tenemos algo para ti. —Aston le tiende una caja que desenvuelve, nerviosa, y encuentra un perfume de su marca favorita junto a una tarjeta que pone: «Spa para dos», para que vaya con alguna amiga.

—Así te relajas un poco, abu, que estás muy tensa. —Liam le llena la cara de besos y ella lo regaña.

—Cuidado con el maquillaje, que me lo estropeas. —Yo no digo nada, porque verlos así me encanta.

—Pero si tú estás guapa siempre.

—Zalamero —le dice ella, risueña. Aston le da un beso en la cabeza.

—Feliz cumple, abuela.

A sus sesenta y nueve años está estupenda, la verdad, pero últimamente está un poco más sentimental, creo que porque se ha sentido indefensa y vulnerable. Por eso no puede evitar que se le escapen unas lágrimas.

—Que vosotros tengáis vuestra vida es mi premio. Que seáis hombres buenos, que alcancéis vuestras metas y cumpláis vuestros sueños es todo por lo que he luchado. Es lo que quería vuestra madre. —Se limpia la cara y sé que voy a tener que maquillarla de nuevo, pero no me importa—. Saber que sería feliz es lo que calma mi corazón. Solo por eso mi vida merece la pena. Si he tenido que vivir más que mi hija, estoy segura de que ha sido para poder ayudaros.

Madison y yo intercambiamos una mirada. Las dos estamos emocionadas. Sus nietos la abrazan.

—Te quiero, abu. —Liam levanta la cabeza—. Y a ti también, Aston.

Él se sorbe la nariz.

—Que sí, que yo también te quiero, pesado.

—Venga, venga. Vamos a animarnos. —Dotty da una palmada para

quitárselos de encima y se mira al espejo—. Cariño, arréglame este desastre. No podemos pasar los días buenos pensando en los malos, porque entonces no vivimos. Hoy vamos a disfrutar.

Y eso hacemos.

Liam

—¡Tesoro, mira qué albornoz más cuqui! ¡Pero si lleva mi nombre y todo!

Que la abuela use la palabra «cuqui» me hace reír. A veces pienso que es imposible sentirse tan feliz, pero en esta habitación se concentran todas las personas importantes para mí y no cambiaría este momento por nada. Aunque supongo que mi hermano no puede decir lo mismo, porque cuando suena el timbre y Madison va corriendo a abrir, le cambia la cara.

Reconozco al chico que entra solo por sus pantalones rajados y la camiseta de Nirvana, porque la gorra y las gafas de sol lo camuflan aunque sea de noche, y lleva un ramo de rosas azules tan grande que casi le tapa la cara.

—¿Aquí siempre estáis de fiesta? —pregunta Connor Harris cuando Maddie se tira a sus brazos. Aston resopla.

—¿Eso es para mí? —La abuela coge el ramo de flores y lo abraza—. ¡Es precioso!

—Solo lo mejor para la emperatriz de Santa Mónica. —Madre mía, como siga así no le van a quedar títulos de la realeza que usar.

Ari se mira en el espejo y se echa el pelo hacia atrás.

—Oye. —Frunzo el ceño, dándole un pellizquito.

—¿Qué? Es Connor Harris, es algo instintivo —explica con una sonrisa—. Debería entrar en la lista de los cinco famosos con los que podemos liarnos y no sería infidelidad.

—¡No vamos a hacer esa lista, Ariadna! —Sé que está de broma, pero es que no quiero que esté con nadie más que conmigo. Ni real ni imaginario.

Coge el bajo de mi camiseta y me atrae hacia ella.

—¿Estás celoso?

—Claro que sí, y no me mola nada.

Los celos son una mierda. Como una punzada que te atraviesa del estómago hasta el pecho, por eso intento evitarlos de manera racional. Ari y yo salimos juntos y estamos de puta madre. Si en algún momento ella quiere irse con otro, lo aceptaré por mucho que me duela, porque quiero que sea feliz, aunque no sea conmigo. Solo que espero que ese momento no llegue nunca.

—Pues no tienes por qué. —Se cuelga de mi cuello—. No hay nadie más para mí que tú, nene. Ni siquiera un superfamoso.

Roza mis labios y saco la lengua de paseo por los suyos, olvidándome de todo lo demás hasta que la voz de Connor Harris nos distrae.

—¡Princesa, *Westy*! ¿No me dais un abrazo?

Ambos reímos y lo saludamos con cariño. Él bosteza.

—Necesito un Red Bull. Tengo *jet lag*.

—¿De dónde vienes?

—Anoche di mi último concierto en Brujas, se acabó la gira europea.

Se acomoda en el sofá y se quita las Dr. Martens como si estuviera en su casa. La abuela se sienta a su lado y empiezan a hablar; parecen amigos de toda la vida.

—¿Quién lo ha invitado? —le pregunta mi hermano a Maddie. Ella levanta los brazos con aire inocente.

—A mí no me mires, yo no he sido.

—Ha sido la abuela. Mantienen el contacto desde Acción de Gracias —explico.

—Joder, vamos a tenerlo hasta en la sopa. —Aston se pasa una mano por la cara. Creo que en realidad no le molesta en absoluto, pero le mola quejarse. Es una especie de barrera para que no invadan su espacio. Yo cojo el móvil y aprovecho para enviarle un mensaje a Aiden. La cosa se pone interesante.

- 41 -

Always remember us this way

LIAM

Unas horas después, dejamos a los adultos en casa y nos reunimos con Jackson, Brenna y Aiden en La Bohème. Cuando Connor lo ve, se hace el indiferente, pero lo saluda con un abrazo que dura más de lo necesario y parece que le dice algo al oído que hace que el otro dé un paso atrás.

Miro a Ari, que me devuelve un movimiento de cejas. Entre estos dos hay tema, fijo.

—¿Me echabas de menos, monito? —le dice Connor. A Aiden se le encienden las mejillas.

—No mucho. Y no me llames así. Solo vengo por las birras gratis. —Se dirige hasta nuestra mesa de siempre y los demás lo seguimos.

Madison se sienta entre Aston y Connor. Este lo hace al lado de Aiden y enfrente de Jackson y Brenna, y Ari y yo nos acomodamos en la esquina que nos han dejado.

—¿Cómo va la obra? —le pregunta a mi hermano—. Mi Queen me ha contado que has invertido mucho tiempo en adaptarla.

La tormenta es una de las cosas que más hacen sonreír a Aston. Está muy orgulloso de su trabajo y nos cuenta un poco cómo ha sido el proceso de escribir el guion, buscar a los actores y que el estreno está previsto para mayo, justo antes de la graduación.

—¡Yo soy la prota! —dice Brenna, emocionada—. Los ensayos son superdivertidos.

—Lo secundo —interviene Maddie—. He ido a verlos unas cuantas veces y es como si Bren consiguiera darle vida a todo lo que siento. —Coge la mano de Aston por encima de la mesa y este le da un beso en el cuello.

—Oye, pues me molaría mucho verlo. No sabía que eras actriz. —Connor mira a Brenna con genuino interés.

—Todavía no, pero voy a estudiar Arte Dramático en la uni y a

formarme para serlo.

—Eso no funciona así. Yo era cantante mucho antes de sacar mi primer disco. Es algo que se lleva bajo la piel.

—Bueno, yo me apunté porque era muy tímida, me daba vergüenza hablar en público, y descubrí que me encantaba, así que ahora quiero ser actriz.

—Ahhh, yo es que no tengo de eso. —Connor se encoge de hombros —. Vamos a hacer una cosa: iré a alguno de los ensayos y grabaremos una prueba para un par de directores que conozco.

—¿De verdad? —Brenna se queda boqueando como un pececillo.

—Claro. Tengo contactos, te puedo ayudar.

—¡No me lo creo! ¿En serio? ¿A mí? —se señala. Está flipando mucho, y a Connor parece que le hace superfeliz ayudar, por la sonrisa de oreja a oreja que muestra.

—Para que me quede claro, ¿cuánto tiempo vas a quedarte esta vez? —pregunta Aston.

—Hasta que nazca el hermano de mi Queen, por supuesto. Luego iremos juntos a Boston.

—Ay, sí. ¡Qué emoción! —exclama Maddie.

Aston se pasa una mano por la cara, dándose cuenta de que no se va a librar de él tan fácilmente.

—Ahora podremos pasar más tiempo juntos, monito —le dice a Aiden. Me muero por saber de dónde cojones sale ese apodo.

—¡Que no me llames así! Y estoy ocupado. —Da un sorbo a su cerveza, mirándolo de reojo.

—Qué pena… ¿No te has acordado de mí estos meses?

Según Maddie, Connor le ha dicho que no han mantenido el contacto, pero quién sabe en qué punto están estos dos ahora. Parece que tienen un pique importante.

—Ni una sola vez.

—Pues yo sí me he acordado de ti varias veces —sigue Connor, que no tiene ningún tipo de filtro—. Sobre todo hasta que me desapareció

el chupetón. ¿Sabes? Deberías practicar un poquito más. Con ese cuerpo, seguro que más de uno se ofrece voluntario.

—Nunca he tenido ninguna queja —dice Aiden, echándole cara.

—Con las tías es diferente. No puedes comparar. —Hace un ademán con la mano, quitándole la razón.

—Pues para que lo sepas, no eres el único tío con el que me he enrollado, ¡así que no vayas de sobrado! —grita Aiden.

—¿Ah, no? —Connor pone cara de que la diversión se ha terminado. Mis cejas se disparan. Los demás estamos extrañados. Desde que nos confesó que se había liado con Connor, no habíamos vuelto a hablar del tema, pero dábamos por hecho que era su primera vez, pues nos dijo que solo estaba experimentando.

—No. Ya lo había hecho antes con otro chico del equipo. —Se pasa el botellín de una mano a otra, nervioso.

—¿Del equipo? ¿Quién? —me intereso.

Él duda, como si hubiera hablado de más, pero al parecer lleva mucho tiempo guardándose información, y explota de repente, como una bomba de relojería.

—Ethan Jones.

Aston y yo nos miramos.

Y luego miramos a Ari.

- 42 -

What It Is to Burn

ARIADNA

Llevamos tres horas en La Bohème y así están las cosas: Liam intenta meterme mano por debajo de la mesa. Lo regaño, y cuando ve que no va a conseguir nada, pasa el brazo por el respaldo de mi silla. No es que me queje, tiene su puntito tener público, pero es que no quiero perderme nada de lo que está pasando entre Aiden y Connor.

Este último está contando una anécdota sobre su vuelo y cómo pertenecer al Mile-High Club, en el que solo entran los que mantienen relaciones en un avión a no sé cuántos metros de altitud. Liam me lanza una mirada cómplice que viene a significar «eso tenemos que probarlo». Yo le mando otra que quiere decir «por supuesto. Acabo de apuntármelo». Él y yo mantenemos muchas conversaciones solo con la mirada. Es bastante útil en algunas ocasiones, y, además, nos sale solo.

Maddie, Jackson y Brenna no paran de reírse. Incluso Aston tiene una media sonrisa dibujada en la cara. En cuanto a Aiden, se gira alguna vez para hablar con nosotros, pero está más pendiente de él de lo que se considera aceptable para ser una persona que no le gusta, como se empeña en decir. Connor lo ignora cuando se da cuenta de que lo mira, pero luego vuelve a buscarlo cuando Aiden desvía la mirada. Vaya dos.

Creo que tienen una conversación pendiente y yo estoy deseando gritarles: ¡espabilad, que la vida son tres días y uno lo estáis perdiendo haciendo el tonto!

¿Lo hago o no lo hago? Mmm, de momento creo que no debo. Aiden está muy cerrado, aunque haya acabado confesando que se lio con Ethan. ¡Con Ethan! ¿En serio? Eso debió de ser hace al menos dos años, porque se fue a la universidad y ya no hemos sabido nada más de él.

¿Y desde cuándo a Ethan le gustaban los chicos? Liam siempre decía que tenía una extraña obsesión con Aston, pero nunca intentó

nada con él. Quizá no se atreviera. ¿Estaría reprimiendo sus sentimientos? ¿Por eso se comportó así conmigo? Lo peor es que no fui la única chica. Tiempo después me enteré de que hubo otras con las que también fue muy brusco, aunque no fuese su primera vez. Se lo callaron por vergüenza. Era mejor decir que había estado bien, porque Ethan era el capitán del equipo de *hockey* y todo el mundo lo respetaba.

A veces admiras a alguien, no sé, cantantes, actores, deportistas... personas capaces de hacerte sentir miles de emociones con sus palabras o su música, pero luego, cuando los conoces, la decepción es inmensa, porque no son ni tan geniales, ni tan simpáticos ni te dedican un solo minuto de su tiempo. Me alegro de que eso no nos haya pasado con Connor.

—Oye, la cerveza está muy bien, pero ¿no tenéis algo más fuerte?

—¡Tequila! —exclama Maddie.

—¡Genial! —dice Brenna.

Jackson abre los ojos como platos.

—¿Se puede saber por qué estáis tan desatadas?

Sonrío. Me gusta ver esta faceta en mis amigas.

—Yo me encargo de la cuenta —comenta Aston, que se ha ofrecido a invitar por su cumpleaños, aunque fue hace un mes.

Salimos de la cafetería, Liam y yo cogidos de la mano, y esperamos a que Connor compre la botella en la tienda del muelle, ya que ninguno de nosotros tiene todavía la edad legal para beber excepto él. Algo que, siendo sincera, me parece superinjusto. Puedes ir a la guerra con dieciocho años, te obligan a decidir el resto de tu vida incluso antes, si quisiera podría casarme, ¡por el amor de Dios! ¿Y no podemos comprar una botella de tequila sin que nos pidan el carnet? Vale que no soy muy partidaria de la bebida, y mucho menos de las resacas mortales del día después, pero hoy estamos todos reunidos y la brisa del mar trae una especie de aire nostálgico, como de despedida.

Liam rodea mi cintura y baja las manos hasta las nalgas,

incitándome a poner las piernas alrededor de sus caderas.

—Llevo vestido.

—Perfecto —dice contra mis labios. Nuestras lenguas se encuentran y acelero el ritmo. Quiero comérmelo entero. Este chico me pone demasiado.

Alguien carraspea detrás de nosotros.

—¿Nos vamos? —Es Connor, agitando una botella con aire divertido.

Nos sentamos en unas hamacas que hay cerca del mar. La brisa es fría. Liam se coloca a mi espalda, me abraza por detrás y apoya la cabeza en mi hombro. Yo me recuesto contra su pecho. Nuestras manos se unen bajo mi abrigo y soy muy consciente de lo bien que encajan y de lo completa que me siento.

—Así que por fin estáis juntos, ¿eh? —nos señala Connor.

—¿Por qué todo el mundo utiliza las palabras «por fin»? —me cabreo.

—Es que era demasiado evidente. La última vez que estuve aquí, a ti se te iluminaba la cara cuando la princesa aparecía —le dice a Liam —. Y tú te derretías con el hoyuelo de *Westy*.

—Es que es un hoyuelo adorable —le doy la razón.

—A ver, que los de Aston también me ponen, entiendo a mi Queen, pero él es más arisco.

—Sabes que estoy aquí, ¿no?

—Claro que sí. —Le pasa la botella de tequila en una ofrenda de paz.

—Al próximo que haga alguna referencia sexual sobre mí se la carga.

—¿Y yo? —Maddie se enfurruña.

—Tú eres la única que lo tiene permitido, mocosa.

Aston toma un sorbo y pone mala cara. Connor ni siquiera se ha inmutado cuando le ha tocado a él. Luego se la pasa a Madison, Jackson, Brenna y Aiden hasta que llega a mí. Me obligo a sacar las

manos de debajo del abrigo para cogerla. Estoy supercómoda. Tanto que no me apetece ni moverme.

Empezamos a brindar por cualquier tontería, como ya es costumbre en nosotros. Una hora después, estamos riéndonos a carcajadas por aquella vez que Liam se quedó encerrado en uno de los baños del insti.

—Dios, casi no me acordaba de aquello. —Maddie apoya la cabeza en el hombro de Aston y cierra los ojos.

—Aquí está tu Dios, pequeña —se burla él, y le pasa un brazo por encima para acurrucarla aún más a su costado.

—¿Estás viendo eso? —me susurra Liam, haciéndome cosquillas. Muevo el hombro hacia mi oreja para rascarme.

—¿Si he visto el qué?

—A Connor y a Aiden enrollándose.

Cuando los miro, veo que están en una actitud muy íntima. Connor tiene la mano alrededor de su nuca. Aiden coge con las suyas la camiseta de Nirvana, formando dos puños. Él le dice algo, Connor se estremece, unen sus frentes y... joder.

—¡Qué fuerte! —Mi voz es un chillido desafinado que consigue que la pareja se separe.

—Coño, nena, qué poco tacto tienes.

—¿Qué pasa? —pregunta Maddie. Aston achica los ojos. Parece confuso.

—Quizá deberíamos parar de beber —comenta Brenna.

—Creo que sí —la apoyo haciendo un gesto que nos abarca a todos —. No tenemos buena experiencia con el tequila y ya hace frío.

Me incorporo y pierdo el calor en mi espalda cuando Liam se levanta para ir a hablar con Aiden y Connor.

—Yo necesito hacer pis. Ahora os alcanzo —dice Maddie.

—Te acompaño —se ofrece Aston.

—Nos vemos, chicos. —Brenna y Jackson se despiden de nosotros y

enfilan el paseo marítimo hacia sus casas.

Cuando Liam viene hacia mí, me pasa un brazo por los hombros y comenzamos a andar.

—Mejor aviso a Roxana de que no voy a dormir. —Saco el móvil y escribo un mensaje. Después lo guardo y sujeto a Liam por la cintura para estar más cómoda. Miro hacia atrás y veo que Aiden y Connor se alejan juntos—. ¿Dónde van esos dos? —Liam se encoge de hombros.

—A mí no me mires, han sido ellos los que querían quedarse a solas.

—Pero tú les has dicho algo.

—Para nada. Ya sabes que yo no he roto nunca un plato —parpadea con inocencia.

—Eres un liante.

—Ese es uno de mis muchos encantos, nena.

Niego con la cabeza. Es incorregible, pero lo quiero.

Unos minutos después, Aston y Maddie nos alcanzan. Y así, entre risas y confidencias, llegamos a *Donde los sueños se hacen realidad*.

- 43 -

Feels Just Like It Should

LIAM

—¡Vamos, arriba! ¡Saltad a la tabla como si os persiguiera un tiburón! —Los niños se ríen y corren hacia el mar utilizando la técnica que llevamos todo el curso practicando—. Muy bien, ahora bracead tres metros y vuelta. Después lo haremos en horizontal.

No pueden alejarse mar adentro y, además, Ari los espera al fondo, haciendo de barrera de contención y aplaudiendo cuando llegan a la meta.

Becca, mi alumna más pequeña, viene hasta mí impulsándose con sus bracitos con mucho esfuerzo. Deja la tabla tirada en la arena y le revuelvo el pelo cuando lo consigue.

—Profe, tengo pis.

Solo tiene cinco años, así que acompaña su frase con un bailecito, es supergraciosa. Se me cae la baba con todos ellos. Los niños son felices por naturaleza, solo ven lo bueno del mundo y hallan soluciones donde otros solo encuentran problemas. Con ellos sale a la luz mi niño interior.

—Vamos a llamar a mamá, ¿vale?

Le hago un gesto a Ari para que eche un ojo a los críos y agito la mano hacia Kelly, que ya nos está observando desde una mesa en la cafetería del muelle, donde está sentada con varias madres más.

Nos encontramos a medio camino y me lanza una sonrisa antes de coger a Becca de la mano.

—¿Emergencia urinaria?

—Exacto.

Las dos se marchan dando saltitos y yo vuelvo con el resto. Me meto en el agua y juego con los niños remolcándolos de un lado a otro. Conmigo no solo aprenden a surfear, quiero que se diviertan, que conecten entre ellos y hagan amigos para toda la vida, igual que los tuve yo de pequeño. Ari ayuda a Joffrey, que le cuesta mantener

el equilibrio y ya se ha caído dos veces al agua.

—¡Chicos, reunión en la arena! —Pongo en marcha mi silbato, es una de las cosas que más me molan de ser profe, y enseguida los tengo a todos en fila en la orilla. En ese momento, Becca vuelve junto a su madre y corre a ponerse al lado de Winni.

—Como falta poco para terminar, me quedo por aquí —me dice Kelly.

—Genial. —Le guiño un ojo y me giro hacia los niños—. Muy bien, grumetes. ¿Alguien puede decirme qué hemos aprendido hoy?

—A ponerme de pie sobre la tabla.

—Los saltos.

—A bracear.

—A controlar la respiración.

Uno a uno van diciendo lo que se llevan de la clase. Me gusta esta forma de enseñar, porque no quiero que se les olvide, aunque sigamos trabajándolo la semana que viene.

—Estupendo. —Aplaude Ari—. Y como hoy lo habéis hecho genial —siempre les dice la misma frase— os he traído un regalito.

Reparte unas bolsitas de chuches a cada niño con el consentimiento de sus madres, y previa información sobre sus intolerancias alimenticias. Otras semanas trae chocolate, otras una fruta, va cambiando para motivarlos. ¿He dicho ya cuánto la quiero?

—¡Nos vemos la semana que viene, chicos!

Los pequeños corren hacia sus progenitores o tutores responsables y me aseguro de que sean los de siempre y que hayan venido todos. Tengo una política muy estricta sobre eso, por ese motivo las madres suelen quedarse tomando algo por aquí cerca, aunque Ari se empeñe en decir que lo hacen para verme a mí.

—¿Por casualidad te he visto guiñarle el ojo a Kelly? —me pregunta con la ceja alzada y una sonrisa bailando en sus jugosos labios.

—Es instintivo, nena. Pero ya sabes que solo tengo ojos para ti.

—Más te vale. —La abrazo y deposito un beso en su cabeza antes de

llegar a sus labios—. ¿Estás celosa?

—Un poco. —Pone morritos y está para comérsela—. Es que no se puede ser tan guapo.

Nos enrollamos un rato antes de que Ari tenga que irse a su casa. Lleva un bikini naranja debajo del neopreno y me encanta cómo queda ese color en contraste con su piel. Aquí, tumbada en la arena, con el pelo enredado y las pecas de la nariz acentuadas por el sol, creo que nunca la he visto más guapa.

El paseo marítimo está abarrotado de gente cuando empezamos a recoger las cosas.

—¿Te apetece venir? Roxana ha hecho lasaña.

Miro mi atuendo. Como mi casa está pegada al mar, el porche da literalmente a la arena de la playa, no suelo vestirme más que con el neopreno. Por otra parte, desde San Valentín, el padre de Ari se ha estado paseando por mi cabeza en más ocasiones de las que quiero admitir. Tengo la intuición de que oculta algo.

—Sí, estaría bien. Creo que tengo ropa en tu casa para cambiarme, ¿no?

Mi chica sonríe.

—Más bien, yo tengo ropa tuya, pero sí. La uso para dormir.

Suspiro. Esa visión es absolutamente erótica en mi imaginación.

Cuando llegamos, encontramos a sus padres discutiendo en el salón, pero se callan en cuanto nos ven. Solo alcanzo a entender las palabras «seguro» y «herencia».

—Hola, ¿va todo bien?

—Has llegado pronto. ¡Hola, Liam! —La señora Brooks me saluda con un entusiasmo impostado.

—Espero que no les importe que me una al almuerzo —digo, porque la situación me parece la hostia de incómoda.

—Claro que no. Pasa, hijo.

—Roxana —la llama—. Cuando puedas, ve preparando la mesa.

—Sí, señora.

—Nosotros vamos primero a cambiarnos. —Ari tira de mi mano para subir las escaleras y llegar a ese cuarto que tan buenos recuerdos me trae. Saca mi ropa del cajón y se queda mirándome los abdominales cuando me bajo la cremallera del neopreno. Una sonrisita arrogante se me dibuja en la cara.

—¿Te gusta lo que ves?

Ladea la cabeza y se muerde el labio inferior.

—Mucho.

Ojalá pudiéramos quedarnos tonteando un rato y no tuviéramos que volver a bajar, pero cuando la señora Brooks nos llama, sabemos que tenemos que darnos prisa.

El almuerzo es tan silencioso que el ruido de los cubiertos es ensordecedor. Ari y yo llevamos casi todo el peso de la conversación, lo que es bastante raro, teniendo en cuenta que sus padres no suelen escucharla. Apenas se miran entre ellos, no digamos ya intervenir en nuestra charla sobre la comida de la cafetería.

Me fijo en el señor Brooks, no tiene mal aspecto, solo está un poco más serio de lo normal. En cuanto a la señora Brooks, su apariencia es perfecta. No hay otra palabra para describirla. Lleva el pelo recogido en un moño del que no se escapa ni un solo mechón, el maquillaje impecable y un vestido azul que adorna con unas perlas que deben de valer más que mi casa.

Ari me lanza una mirada que viene a decir «larguémonos de aquí en cuanto podamos». Asiento. Dejo los cubiertos en el plato y me limpio con la servilleta.

—Estaba todo delicioso. Muchas gracias. —En realidad, debería dárselas a Roxana, que es quien ha preparado la comida, pero es que no sé qué más decir. Ari me imita.

—¿Podemos levantarnos ya?

El señor Brooks se aclara la garganta.

—Sí.

—Gracias.

Corremos fuera del salón, donde parece que va a haber una explosión en cualquier momento, y vamos hasta la cocina. Roxana está sentada, terminando de comer.

—Oh, ahora iba a llevaros el postre. —Hace el amago de levantarse, pero Ari la frena.

—No te preocupes, ya lo cogemos nosotros.

Se trata de un bizcocho de chocolate con crema que está de muerte. Nos sentamos a degustarlo junto a ella.

—¿Sabes qué les ocurre a mis padres? Ellos no discuten nunca y hoy parecen distantes.

—Creo que están con un caso y han dormido poco. Ya verás como en un rato se les pasa. No hay nada que la lasaña no arregle.

Cuando sospechas que ocurre algo es mucho más fácil descifrar las señales. Una caída de ojos, atusarse el pelo, levantarse porque no se es capaz de sostener la mirada del otro… Y cada una de esas cosas las está haciendo Roxana, pero Ari no se da cuenta. Yo, en cambio, estoy cagado de miedo.

Aun así, por el bien de todos, y sobre todo por el de mi chica, espero que tenga razón.

- 44 -

Sous Le Ciel De París

LIAM

El mes pasa rápido y por fin llegan las vacaciones de primavera. Aston y Madison se van a Boston el mismo día que nosotros llegamos a París. Han sido catorce horas de vuelo, con una escala en Dublín, y juro que estoy puto agotado. La caminata que damos por la ciudad nos sirve para estirar las piernas. Compramos agua y bocadillos en un supermercado, y subimos los tropecientos escalones de la Torre Eiffel hasta la cima, porque a nadie se le ha ocurrido la genial idea de contratar antes el ascensor y hay una cola de cojones.

—Es la ciudad más bonita del mundo —dice Ari. Lo cierto es que cuando llegas arriba te das cuenta de que ha merecido la pena el esfuerzo.

Nos hacemos un montón de fotos nosotros solos y luego con Aiden, Logan, Maxwell, Gabe, Hendrix, Jenny, Kate e incluso Danna y Alysa. Estar fuera de casa tiene algo que une, no sabría explicarlo. Cuando sales de tu zona de confort o del sitio al que estás acostumbrado, aparecen otras versiones de ti. No sé si mejores o peores, pero diferentes.

En París no hay rivalidad ni malos rollos. Incluso diría que hemos dejado atrás las clases sociales y nos mezclamos unos con otros.

—Sí que lo es —afirmo, mirándola a ella.

A principios de curso le pidió a su padre un año sabático para viajar antes de empezar a estudiar. Él le dijo que no, por supuesto, lo veía como una pérdida de tiempo. Y Ari no volvió a insistir porque se dio cuenta de que yo no iría con ella. Literalmente me dijo que ver mundo sin compartirlo conmigo no tenía la misma gracia.

Por aquel entonces aún estaba con Nick y me atormentaba pensar que se iría con él de gira, conocería decenas de países y viviría miles de experiencias nuevas sin mí. Y no porque se alejara, eso lo tenía asumido, y de verdad que me habría encantado que se fuera si eso la hacía feliz. Lo que me angustiaba era que nunca compartiríamos esos

momentos juntos. Me perdería demasiadas cosas de su nueva vida, cosas que la harían madurar, convertirse en la mujer que está destinada a ser, y eso sería una putada muy grande para mí.

Egoístamente, quiero vivir esos momentos con ella. Estar aquí ahora mismo, abrazándola por la espalda mientras el sol se pone en el horizonte, con esta paz interior y una calma que en circunstancias normales es difícil de conseguir, me hace feliz. ¡Qué demonios! Me hace querer saltar de alegría, dar una voltereta doble y hacer un triple salto mortal.

Vemos el espectáculo de luces de la Torre Eiffel de las ocho de la tarde. Un montón de gente se congrega en la escalinata de los Jardines del Trocadero, pasada la carretera y el pequeño monumento a los juegos olímpicos.

—¿Estás nervioso? —me pregunta cuando miro el móvil. Madison habló con su madre y dijo que sí le gustaría vernos a Aston y a mí. Nuestras charlas con el *sheriff* nos están ayudando mucho, sobre todo a mi hermano, pero yo aún no sé ni qué le voy a decir. Solo sé que necesito estar con ella y darle las gracias por todo lo que hizo por mi madre y por todo lo que la quiso.

—Un poco, pero en el buen sentido. —De algún modo siento que esto nos va ayudar a sanar a todos.

Un par de días después, descubro que estoy en lo cierto, cuando envuelvo a Marcia Sullivan entre mis brazos. Está muy delgada y tiene unas profundas ojeras moradas que explica cuando nos cuenta que aún no duerme del todo bien.

—¡Qué mayores estáis! —Nos acaricia las mejillas, recreándose en nuestros rostros—. Vamos, sentaos.

Nos colocamos alrededor de una mesa, en la sala que la clínica tiene preparada para las visitas. Hay bastante gente, entre trabajadores, pacientes y otros visitantes. Marcia coge nuestras manos por encima de la mesa.

Estamos Aston y yo solos. Ari y Madison se han quedado en un lateral, en el sofá, desde donde pueden oírlo todo, aunque prefieren no intervenir. Es una situación delicada y creo que para Maddie va a

ser muy duro escuchar algunas cosas de nuevo.

—¿Cómo se encuentra?

—Bueno… —Observa nuestras manos entrelazadas—. Todavía siento un agujero en el pecho, pero estoy aprendiendo a vivir con él. Poco a poco, ¿no? —Levanta la cabeza y sus finos labios se curvan unos milímetros.

—Se la ve bastante bien —la anima Aston. Ni me imagino el esfuerzo que está haciendo para contenerse. Él, que lo vivió todo casi en primera persona. Busco su otra mano por debajo de la mesa y se la aprieto.

—Faith fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Os quería tanto… y os parecéis tanto a ella… Sobre todo tú, Aston. Físicamente eres su viva imagen. Y tú, Liam, tienes su sonrisa, su actitud soñadora y esa forma de ver la vida que tanto me fascinaba de ella.

Comprobar cuánto la quiere todavía me lleva a preguntarme si mi madre hubiera sido una persona distinta con ella. Quizá más risueña aún. Y seguro que más feliz.

—Habéis sufrido algo por lo que nadie debería pasar nunca, y aun así os estáis convirtiendo en hombres buenos, como quería vuestra madre —continúa—. Lo sé por lo que me cuenta Madison sobre vosotros, pero también porque estáis aquí, habéis venido a verme, y eso la haría sentirse muy orgullosa. —Aprieta nuestras manos con fuerza. No las ha soltado desde que hemos llegado, y menciona a mamá con tanto amor que es imposible no estremecerse con su pena. Su semblante es desolador, y me pregunto, si ahora está así, tras cinco meses ingresada en la clínica, ¿cómo la encontró Maddie?

Hablamos durante una hora más hasta que termina el horario de visitas y le digo si no le importa que yo también la llame de vez en cuando. No me gustaría perder el contacto con ella. Quiero ayudarla en lo que pueda, y sé que Aston opina igual.

—¿Estás bien? —me pregunta Ari agarrándose a mi brazo mientras salimos de la clínica.

—Creo que sí. —Y lo creo de verdad. Es posible que Marcia tarde

mucho tiempo en recuperarse, si es que alguna vez lo consigue, pero lo intenta, y eso es lo más importante. Para aprovechar la vida al máximo hay que tener ganas de vivirla, y hoy he podido ver que ella está dispuesta a lograrlo.

Cenamos juntos en una cafetería cercana. Llevamos más horas de vuelo en esta semana que un piloto de aerolínea y ahora mismo solo me apetece dormir veinte horas seguidas.

—Mirad a mi hermano. Se llama Brandon. ¿A que es bonito? —Maddie nos enseña el millón de fotos que le ha hecho al bebé mientras nos comemos unos sándwiches—. ?Veis qué manitas tiene?, y ¡qué ojos! Son iguales que los míos, ¿a que sí?

Aston la mira con adoración mientras Ari y yo nos aguantamos la risa. Estoy dando un bocado a mi cena cuando me suena el móvil.

Es raro que alguien me llame. Salvo la abuela y un montón de números de *spam*, todo el mundo envía mensajes, así que me alarmo enseguida, pero mi ansiedad se incrementa cuando veo el nombre de Kirsten Brooks en la pantalla. ¿Por qué me llama a mí? ¿Por qué no directamente a Ari?

Trago con rapidez y lo cojo con la mano temblorosa.

—¿Sí?

—Hola, Liam.

—Dígame, señora Brooks.

Aston, Maddie y Ari cortan su conversación al oírme. Mi chica me mira extrañada.

—Sé que Sebastian te hizo una promesa y, la verdad, creo que es mejor que prepares tú a Ariadna que soltárselo a bocajarro a ella. —La oigo tomar aire. Esa pequeña pausa es el único signo de debilidad que transmite—. Mi marido se ha desmayado y se ha dado un golpe en la cabeza. Han tenido que operarlo de urgencia y ahora está en observación. Necesito que mi hija venga a Nueva York.

—Iremos para allá en el primer vuelo —le aseguro. Sé que no me hubiera llamado si no fuera importante. La señora Brooks no es el tipo de persona que pierde los nervios fácilmente.

—Ahora te mando la dirección del hospital por mensaje. Dile a Ariadna que compre los billetes con la tarjeta de crédito para emergencias.

—De acuerdo.

—Gracias, Liam. Nos vemos pronto —titubea un segundo antes de cortar la llamada, como si hubiera estado aguantándose las ganas de llorar hasta ese momento.

—¿Era mi madre?

Miro a mi chica. La expresión de su rostro es de confusión. Yo no estoy mucho mejor que ella.

—Sí, tenemos que ir a Nueva York. Es por tu padre.

- 45 -

What Are You Afraid Of?

ARIADNA

«Se ha desmayado y se ha dado un golpe en la cabeza». «Lo han operado de urgencia». «Está en observación». Esas frases se repiten una y otra vez en mi cabeza mientras intento darles un sentido.

—¿Y por qué te ha llamado a ti?

—No lo sé, nena. —Pero sé que sabe más de lo que me dice. Lo noto en su voz. En cómo agacha la mirada brevemente y se pasa la mano por el pelo en ese tic nervioso que conozco tan bien—. Creo que prefería que te lo contara yo, ya sabes que ella no tiene mucho tacto.

Que mis padres normalmente me ignoran es un hecho, pero de verdad pensé que hablarían conmigo si ocurría algo tan importante como esto.

El vuelo es complicado. Una hora y media durante la que no dejo de pensar en que por mucho que la relación con mis padres sea casi inexistente y que me duela cómo me tratan a veces, no quiero que les pase nada. Los quiero. Los quiero muchísimo, aunque ellos no me quieran a mí. Durante el vuelo, las ganas de llorar me arden en la garganta y las lágrimas me escuecen en los ojos, pero no las dejo salir. Liam me dice palabras de ánimo, aunque no soy capaz de prestarle toda la atención que se merece, porque estoy en *shock*, no acabo de creerme que esto esté pasando.

Llegamos al JFK de Nueva York y paramos un taxi que nos lleva al hospital en el que han operado a mi padre. Pregunto por él en recepción y subimos a la habitación con prisa. Al llegar, mi padre no está, pero mi madre sí, enfrascada en su teléfono, sin ningún pelo fuera de sitio.

Levanta un dedo cuando me ve entrar, pidiéndome un minuto. Tengo ganas de gritar, lo juro. Liam me coge de la mano mientras esperamos a que corte la llamada. Cuando lo hace, se digna a dirigirse a mí.

—Ahora lo subirán, le están haciendo unas pruebas para ver si han

conseguido extirpar todo el coágulo.

—Pero ¿qué ha pasado?

—¿No te lo ha contado Liam? —Se sienta en uno de los sillones, como si este fuera su pan de cada día. ¿Es que no se inmuta por nada? ¡Acaban de operar a su marido!

—Me ha dicho que se ha desmayado y se ha dado un golpe.

—Así es. Ha sido una mala caída, se ha formado un hematoma intracraneal y lo han operado de urgencia, pero seguro que se pone bien. —Da unas palmadas en el reposabrazos del otro sillón—. Sentaos, quizá tarde todavía.

Una hora. Eso es lo que tardan en subir a mi padre a la habitación, con su pijama de hospital, una venda en la cabeza y la cara tan blanca que se podría confundir con la pared. No puedo evitarlo y me abrazo a su cuerpo en cuanto lo veo.

—¡Papá! ¿Estás bien?

—Cuidado con los cables —me pide mi madre. Papá le hace un gesto con la mano.

—Todo está bien, Ariadna. Kirsten no debería haberos llamado.

Alzo la cabeza y lo miro extrañada.

—¿Cómo que no? —No iba a estar en París ni en Boston mientras mi padre luchaba por su vida en Nueva York. ¿Qué tontería es esa?

—Hicimos un pacto, Sebastian —le advierte mi madre.

—Tendrías que haber esperado a que despertara de la operación. —Después se dirige a Liam—. ¿Le has dicho algo?

—No, señor.

—¿Algo de qué? —Doy unos pasos hacia atrás.

—Usted me dijo que no había nada que contar.

—¿Algo de qué? —repito cuando no me contestan.

—Tu padre tuvo un mareo el día de la fiesta de San Valentín —me explica Liam—. Se tomó una pastilla y me dijo que estaba controlado, que solo eran vértigos, pero no es solo eso, ¿verdad, señor Brooks?

Sacudo la cabeza como si así pudiera despertarme de esta pesadilla.

—No… Ven aquí, Ariadna —me pide con una voz que suena más firme de lo que se siente, estoy segura.

No quiero acercarme de nuevo. No quiero que me diga nada más y, a la vez, siento que soy la única en la habitación que está perdida.

—¿Qué pasa, papá?

—Hija —suspira—, tengo esclerosis múltiple. Me detectaron la enfermedad hace unos años y he podido controlarla con tratamientos, pero hace una semana me dio un brote…

—Y se empeñó en seguir trabajando —lo acusa mi madre.

Escucho sus palabras como si fueran un eco lejano.

—¿Años? —Noto una especie de puñetazo en el pecho—. ¿Hace años que lo sabes?

—He estado intentando hacer vida normal, pero no siempre puedo.

—No… No lo entiendo. —Sé que la esclerosis es una enfermedad, pero no tengo ni idea de en qué consiste ni qué le va a pasar a mi padre a partir de ahora.

—Todo empezó con un hormigueo en las manos, mareos, visión borrosa… Pensaba que era estrés y lo fui dejando pasar; nunca encontraba el momento de ir al médico… y cuando lo hice, ya era tarde. Los síntomas están muy avanzados.

—Pero… eres demasiado joven, ¿no? Tienes cuarenta y cinco años. ¡Habrá algo que se pueda hacer!

—La esclerosis múltiple no tiene cura, Ariadna, pero sí hay tratamientos que pueden mejorar mi calidad de vida.

—Lo que tienes que hacer es dejar de trabajar, Sebastian —interviene mi madre tomándolo de la mano—. Hay ensayos clínicos, medicación que aún no hemos probado… Es hora de centrarte en eso y dejar el bufete en mis manos, y en las de Ariadna cuando esté preparada.

Entrecierro la mirada, encajando todas las piezas.

—¿Por eso insistís tanto en que haga prácticas en el bufete? ¿Crees que no vas a tener tiempo para enseñármelo todo?

—Ahora no es el momento de hablar de esto. —Mamá me lanza una mirada de advertencia—. Estás aquí porque la situación se ha descontrolado.

—¿Te vas a morir? —Me siento como una idiota cuando esas palabras salen de mi boca. Todos vamos a morir. Ya hemos pasado por eso con la madre de Liam, pero nada te prepara para el golpe, por mucho que te lo esperes. Y yo no quiero perder a mis padres.

—¡No digas tonterías! —me regaña mi madre—. ¿Por qué no os vais a la cafetería? Tu padre tiene que descansar.

—¡Y yo qué sé si es una tontería si nadie me explica nada! —me desespero. Liam pone las manos en mis hombros, pero me deshago de su agarre.

—¡Por el amor de Dios, no te he llamado para que montes un escándalo!

—¡Es que tú no me has llamado! —la acuso—. Se lo has dicho a Liam. Me has tratado como un cero a la izquierda o, peor, como a una niña pequeña que no sabe afrontar las cosas.

—No estás demostrando mucha madurez en este momento que se diga.

—¿Puedes darme cinco putos minutos para asimilarlo, mamá? ¡Vosotros habéis tenido años! ¡Yo me acabo de enterar!

—¿Qué modales son esos, Ariadna? Esta no es la educación que te hemos dado.

Agito la cabeza y tomo aire.

—Normalmente sois estrictos conmigo y me aguanto. Soporto vuestros reproches, vuestras exigencias y no suelo llevaros la contraria. —Me llevo una mano al pecho. Mi corazón late desbocado y me doy unos golpecitos para calmarlo—. A cambio, lo único que os pido es que confiéis en mí, y ni eso habéis sido capaces de hacer.

Mi madre levanta el mentón, pero al menos mi padre tiene la

decencia de parecer avergonzado. Luego miro a Liam con reproche. Se siente fatal, lo sé. Todos los sentimientos se le reflejan en la cara.

—Y tú, ¿desde cuándo nos mentimos o nos ocultamos cosas?

—No es culpa suya. Yo le pedí que no te dijera nada —lo excusa mi padre.

Doy unos pasos hacia atrás, abarcándolos a todos con la mirada.

—Pues los tres la habéis cagado pero bien.

Salgo corriendo. No sé a dónde voy, pero sé que no quiero estar allí.

Pensaba que ver a la madre de Maddie engullida por los musculosos cuerpos de Liam y Aston ya había sido lo suficientemente doloroso; no esperaba volver a sentirme así tan pronto. Tan vulnerable. Tan indefensa. Como si la persona que tuviera que protegerme ya no pudiera hacerlo o hubiera perdido algo que en realidad nunca he llegado a tener.

Hemos crecido a marchas forzadas, solo tenemos diecisiete años, ¡maldita sea! Y casi hemos perdido a nuestros padres de una forma u otra. Los míos eran los únicos que se mantenían en pie y juntos. Hasta ahora.

Cojo el móvil. Está vibrando y la pantalla se ilumina con el nombre de Liam, pero lo ignoro. En su lugar, llamo a Roxana.

—Hola, cariño. ¿Estás en Nueva York? —Su cálida y familiar voz es como un abrazo.

—Sí. —No puedo aguantar más. Lloro a lágrima viva sentada en un banco en medio de Manhattan. La gente se mueve a mi alrededor, pasa de largo, no le importo a nadie—. Mi padre...

—Lo sé, Ari. —Y se activa una alarma en mi interior.

—¿Desde cuándo? —Me sorbo la nariz—. ¿Desde cuándo lo sabes? —Se queda callada y entiendo que yo era la única que vivía a ciegas—. Tú también no, Roxana.

—Lo siento. Tus padres no querían que te enteraras. Al menos hasta que fuera inevitable.

—Ellos… no confían en mí.

—¡Al contrario! No querían verte sufrir, cielo. Querían que siguieras con tu vida, con tus estudios, y evitarte distracciones innecesarias, ¿no lo entiendes? ¿Qué ganabas sabiéndolo? ¿Había algo que pudieras hacer?

—No, pero yo… —me quedo callada. No sé cómo seguir, porque es cierto que no sé si hubiera actuado de un modo diferente. ¿Pasaría más tiempo con mi padre? ¿Acaso él querría estar conmigo? Solamente vive para mi madre y el bufete. No me ha dedicado más tiempo ni se ha preocupado por mí, a pesar de que él sí sabía que estaba enfermo—. Creo que mis padres no me quieren, Roxana.

Esa afirmación, dicha en voz alta, es un cuchillo que me atraviesa y me despedaza, trozo a trozo, hasta que solo soy desechos.

—Ay, mi niña. Habla con ellos, por favor, porque no es así. No es así en absoluto —insiste, pero yo no la creo.

¿Cómo voy a hacerlo si desde que tengo uso de razón solo han ido alejándose más y más de mí?

Hace un rato los he visto cogerse de la mano y me ha enternecido tanto como me ha apenado. A mí no me quieren ni una mínima parte de lo que se quieren entre ellos. A mí nunca me cogen de la mano ni me dicen lo importante que soy en sus vidas. Jamás han tenido un gesto de cariño conmigo, porque ellos ya se tratan como si fueran uno el mundo del otro. No necesitan nada más.

Faith West se quedó atrapada en una vida sin futuro para no perder a sus hijos. Y no es justo que alguien se sacrifique a costa de su propia felicidad.

Pero tampoco lo es hacer lo contrario: tener una hija y dejarla con la niñera, olvidarte de ella, darle una casa, ropa, joyas, dinero, pero nada de lo que verdaderamente importa. Nada de ti.

¿Cómo pueden querer a alguien que ni siquiera conocen? ¿Cómo pueden quererme si no saben nada de mí?

Estoy harta de que me digan lo que es mejor para mí, lo que tengo que hacer, qué debo ponerme o cómo comportarme. Hay veces que

solo me apetece gritar, soltar todo lo que llevo dentro y descargar lo que siento en el estómago hasta vaciarme. Sin embargo, me lo trago una y otra vez. Agacho la cabeza. Cedo. Me digo que pronto pasará. Que a lo mejor algún día puedo dejar de pagar esta especie de deuda que tengo con ellos. Pero eso se acaba aquí y ahora.

He comprobado que la vida cambia en un minuto, da igual la edad que tengas, lo bien que hagas las cosas o lo ilusionada que estés. La vida es cruel. Las personas lo son. Y yo no quiero ser así. Estoy cansada. Me siento agotada. No puedo más.

- 46 -

If I Handle You With Care

LIAM

—Son demasiado duros con ella —les digo cuando Ari abandona la habitación. ¿Cómo son capaces de tratarla así? Me da igual lo que digan. Ahora van a tener que escucharme a mí—. ¿No ven que su hija solo necesita cariño? ¿No ven la desesperación con la que les está pidiendo amor?

Se me saltan las lágrimas por mi chica preciosa, fuerte y vulnerable. Por todo lo que está sufriendo, porque no se siente querida ni valorada y ahora, además, piensa que yo la he traicionado.

—Trabajamos para que no le falte de nada. El dinero no cae del cielo —me espeta su madre—. ¿Crees que podría tener la habitación, la ropa, el ordenador o el coche que tiene si no fuera porque nos rompemos la cabeza cada día en el despacho?

—Supongo que no, pero de lo que estoy seguro es de que ella cambiaría todo eso por un segundo de su atención. —Me cruzo de brazos—. ¿No ven cómo se comportan con ella? ¿No se han fijado en cuánto está sufriendo?

—No vamos a hablar de esto contigo, Liam. —La señora Brooks se pone más a la defensiva aún.

—Kitty, para. El chico tiene razón —le dice su marido—. Yo crecí a base de palos y tú en una familia que solo te valoraba por tus logros. Hemos criado a Ariadna de la misma forma en que nos educaron a nosotros.

—Pero eso no es malo, Seb. —Su voz emite un lamento.

—Yo creo que sí.

No me corresponde a mí juzgar sus cualidades como padres, pero al menos la semilla de la duda ya está plantada. A partir de ahora, esta conversación deben mantenerla a solas.

—Voy a buscarla. Disculpen.

—Liam, gracias por quererla como lo haces —me dice el señor

Brooks desde la cama con la voz tomada—. Siempre ha podido contar contigo y me alegra mucho que eso no cambie.

—Eso espero, señor. —Al menos será así por mi parte—. Pero una de las cosas que más valora Ari es la sinceridad, y ahí le hemos fallado los tres.

Salgo de la habitación y la llamo por teléfono, pero no contesta. Sé que cuando le pasa algo de esta magnitud no quiere hablar con nadie, así que respeto su espacio, por mucho que me hierva la sangre.

El vuelo de regreso es incómodo. No decimos nada porque en cuanto llegamos a nuestros asientos, se hace la dormida. Se le da fatal fingir, pero en cierto modo entiendo que no quiera hablar conmigo.

Vuelvo a llamarla unas horas después de aterrizar, y sigue sin cogerlo; más tarde compruebo que ha apagado el teléfono.

—¿Crees que hiciste mal? —me pregunta el *sheriff* Tunner, o Gabriel, como prefiere que lo llamemos.

—¿Tú no?

—No sabías de qué iba la movida —comenta Aston con un clavo entre los labios. Le he dicho que se puede atragantar, pero pasa de mi culo.

—Ya, pero sí sabía que se había mareado. Tenía que habérselo contado a Ari y que ella lo confrontara.

¡Nosotros no tenemos secretos, joder!, es algo que me he repetido mil veces, y cuando llega el momento de demostrar que de verdad es así, la cago.

Gabriel me lanza una botella de agua de medio litro que me bebo de dos tragos. Es domingo, hace un calor de la leche, llevo tres días sin hablar con Ari y ya estoy hasta los huevos. Y cuando digo más tacos de lo habitual, es que la cosa es realmente seria.

—Podrías probar a enviarle un mensaje.

—¿Otro? —Resoplo, pero como es mi única opción, lo hago.

Liam: Nena, te echo de menos. ¿Podemos hablar, por favor? Lo siento.

Sigo con mi tarea en el porche del *sheriff*. Esta semana nos toca colocar la barandilla y eso me distrae en momentos puntuales en los que consigo dejar de pensar en Ari, en si me habrá contestado o no, y en si debería mandarlo todo a la mierda y presentarme en su casa, que es lo que verdaderamente me pide el cuerpo. Sin embargo, cuando llega la noche y suena mi teléfono, me alegro de no haberlo hecho.

Ari: Yo también lo siento, Liam, pero necesito tiempo, estar sola y asimilar todo lo que está ocurriendo.

Mi corazón se hace añicos cuando leo su respuesta, pero la respeto. Le daría todo lo que me pidiera.

Al día siguiente, unos cuantos chicos del equipo y yo estamos practicando los tiros de muñeca mientras descargo toda mi mala leche en el hielo. Agradezco como nadie se imagina que nos hayan autorizado estas horas para utilizar la pista, porque ha sido una mañana de mierda. Ari no ha almorzado en la cafetería. Según Brenna, se ha encerrado en la biblioteca y no le apetece hablar con nadie.

—¡West, un segundo! —me llama el entrenador.

Le paso el disco a Maxwell y patino hacia la valla. Foster se encuentra al otro lado, con el móvil en la mano.

—Dígame, entrenador.

—Tienes una oferta en firme de la UCLA.

—¿En serio? —Eso me hace sonreír, aunque no es la sensación de alegría que pensaba que tendría cuando llegara este momento.

—Eres bueno, Liam. El equipo no está a la altura, pero Aiden, Logan y tú os complementáis a la perfección. La UCLA necesita mejorar su línea ofensiva y os quiere a los tres.

—Eso es genial. —No sé si mis amigos se quedarán por aquí. Logan se lo plantea, pero Aiden tenía la intención de ir a Boston.

—Y no es la única universidad que se ha fijado en ti. Ya había hablado con San José cuando cambiaste de opinión y te han hecho una oferta. Y también Standford y Cleveland.

—¿Ohio? —Eso ni siquiera estaba en mis planes—. No me lo puedo creer.

—Llevas un tiempo en el radar de los ojeadores. Tienes potencial para jugar en la NHL, y si sigues esforzándote así durante los próximos años, vas a conseguirlo. En los Sharks o en cualquier otro equipo.

—Muchas gracias.

Me quedo pensativo, porque no tenía ni idea de que tendría tantas opciones. Ni Aston ni yo podemos permitirnos ir a la universidad sin beca, por eso es una gran noticia. Voy a seguir haciendo lo que amo, al menos cuatro años más.

—Pronto te empezarán a llegar las admisiones a casa. Mi consejo es que lo pienses bien.

Me quito el guante y aprieto la mano sudada contra la del entrenador.

—Lo haré.

Y tiene razón. Las cartas de admisión comienzan a llegar una semana después y lo primero que hago es escribir a Ari.

Liam: ¿Cómo estás? Hoy me han llegado las cartas de admisión de tres universidades. Dos de ellas me han admitido: San José y la UCLA.

Es la primera vez que le digo algo más que «¿cómo estás?», «lo siento» o «te echo de menos». Aun así, tengo que esperar una media hora interminable hasta que recibo respuesta.

Ari: Yo también. San José, UCLA, Columbia y Standford.

No tenía ninguna duda de que iba a tener opciones más que de sobra para ir a la uni, pero es la primera vez que dudo de que vayamos a escoger la misma, y aunque me da miedo preguntar, necesito hacerlo.

Liam: ¿Y qué vas a hacer?

Espero y espero, pero no recibo respuesta.

- 47 -

Ice girl

ARIADNA

¿Que qué pienso hacer? No sé ni cómo es capaz de preguntarme eso. Le he pedido tiempo para asimilar lo que está pasando, ¡no una vida separados! ¿Por qué duda de mí, joder?

Llevo siete años diciéndole que voy a ir a San José con él. Cuando cambió de opción a la UCLA, le dije que iba de cabeza. Que lo seguiría al fin del mundo. ¿Y ahora me pregunta que qué pienso hacer?

Pongo el móvil en silencio y salgo a correr. Echo de menos los ensayos, descargaba mucha adrenalina, y desde que no quedo con mis amigos, tengo demasiado tiempo libre. Ya me he puesto al día con todas las asignaturas, incluso he podido adelantar varios temas en algunas.

A mi padre le dieron el alta hace unos días, pero decidieron quedarse en Nueva York hasta la primera revisión, así que volverán el domingo. Siguen sin darle importancia, es como si no hubiera cambiado nada para ellos, porque ya lo tenían más que asumido, pero yo no. Yo me he tirado noches enteras buscando información sobre la enfermedad en internet. Ahora entiendo que la calidad de vida de mi padre va a empeorar, pero si se cuida, puede vivir tantos años como cualquier otra persona. Eso ha calmado un poco mi pobre corazón. Cuando hablé con él, me dio la sensación de que estaba intentando poner sus cosas en orden por si le ocurría algo de un momento a otro y no tiene por qué ser así para nada.

Esta semana estamos solas Roxana y yo, y por algún motivo pensaba que la casa se me iba a caer encima a pedazos, pero no ha sido así. He aprovechado el espacio para conocerme mejor a mí misma y para hacerme muchas preguntas que hasta ahora solo me había susurrado: ¿qué quiero hacer con mi vida? ¿Cómo me veo en el futuro? ¿Realmente les importo a las personas que me rodean? Esa respuesta estaba clara por cómo me han fundido el móvil a llamadas

y mensajes. ¿Mis padres me quieren? Esa pregunta ha sido la más dolorosa, porque nadie debería tener que hacérsela, y lo único que he sacado en claro de todo es que necesito hablar con ellos cuando vuelvan.

Me pongo los auriculares para distraer la mente, pero cada canción me recuerda a Liam. Corro sin rumbo fijo y no me sorprendo cuando mis pasos me llevan hasta casa de Madison.

Llamo al timbre sin saber si estará, y es Heather quien me abre la puerta.

—¡Ari! —exclama con voz cantarina—. Ven aquí.

Abre los brazos y no dudo en refugiarme en ellos.

—Lo siento, estoy sudada —digo contra su pecho.

—Bah, he tenido cosas peores por el cuerpo. —Me río por primera vez en varios días. Adoro a Heather—. ¿Buscas a Maddie?

—Sí.

—Anda, pasa. Voy a llamarla.

Buffy viene a hacerme una carantoña y después salta de un sofá a otro, hasta que encuentra exactamente el sitio que quiere en uno de los huecos entre los cojines. Me siento a su lado, pero duro poco, porque Maddie se abalanza sobre mí en cuanto baja las escaleras.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

—Os dejo solas, chicas. Voy a ver si hago una videollamada con Gabriel, que hoy está de guardia. —Nos guiña un ojo.

Ambas nos imaginamos de qué va a ir la videollamada y Maddie arruga la nariz con cara de asco.

—¿Cómo estás?

Me encojo de hombros.

Un día oí que lo que te afecta no es lo que te pasa, sino tu actitud ante esas circunstancias, y yo hace mucho tiempo que decidí afrontar todo lo que me ocurre con positividad, aunque a veces me escueza.

No soy de esas personas que les dan mil vueltas a la cabeza porque, o bien es algo que tiene solución y en algún momento la encontraré;

o es algo que no la tiene y preocuparse es una tontería. Sin embargo, a veces me cuesta seguir mis propios consejos.

—Creo que estoy dolida con mis padres, pero también con Liam.

—Él no estaba al tanto de lo que ocurría.

—Pero sabía algo que no me contó. Puede parecer una tontería, pero nosotros siempre nos lo contamos todo.

—Salvo vuestros sentimientos recíprocos —expone con una ceja alzada.

—Bueno, sí, intentaba evitar hacer daño a alguien, pero en cuanto supe que no estaba con Jenny se lo dije. ¿Sabes? Nunca me he podido callar nada con Liam, y me extraña que a él le resulte tan fácil.

—Tu padre se lo pidió y… —Suspira—. Dime una cosa, ¿qué pensaste cuando Aston me ocultó lo de mi madre?

—No es lo mismo.

—Sí lo es, y estabas de su parte. ¿Qué pensaste?

—Que no le correspondía a él contártelo —contesto reticente.

—Pues eso es lo que le ha pasado a Liam. Era tu padre quien debía decírtelo, y entiendo que te molestara, porque a mí me pasó lo mismo, pero no lo pagues con quien no tiene culpa. Liam está sufriendo y estoy segura de que eso es lo último que quieres.

—Por supuesto —digo con seriedad—. Para mí esto no es ningún capricho pasajero. Lo quiero.

Da una palmada feliz en el aire.

—Así que he tenido razón todo el tiempo, ¡estabas enamorada de Liam! ¡Admítelo!

Niego con la cabeza, divertida.

—¡Madre mía, Maddie! ¡Pues claro! ¡Estoy loca por él! —grito—. Si ya lo sabías, ¿cómo es posible que no me lo dijeras antes? —Le doy un pellizquito.

—¡Ay, eso duele! —Se frota el brazo—. Te pregunté si te gustaba y

me dijiste que no, pervertida.

Bufo.

—Me he metido en un lío muy gordo. —Me cubro la cara con las manos—. ¿Y si lo pierdo por haber sido tan tonta como para dudar de él?

—Lleváis una semana sin cruzaros, ¿acaso no lo estás perdiendo ya?

Asiento.

—Estos días sin Liam han sido horribles, y solo me puedo imaginar cómo los habrá llevado él de mal.

—No es a mí a quien deberías decírselo, amiga.

—¿Y si me rechaza? —Le he hecho mucho daño con mi silencio. ¡Si incluso duda de si quiero ir a la universidad con él!

—Oh, por favor. ¡Te está esperando con los brazos abiertos, ¿no lo entiendes?! Te esperaría toda la vida. —Me zarandea—. ¿Y tú? ¿Vas a ir a por él?

Tomo aire y me hago otra pregunta. Quizá la más importante y en la que hace tiempo que no me permito pensar, porque las exigencias de mis padres siempre me han hecho sentir que no era del todo libre para dar una respuesta.

Durante toda mi vida me he sentido como un elefante que vive atado a una cadena. Desde pequeño intenta escapar, pero al ver que no lo consigue, deja de intentarlo, incluso cuando crece y tiene la fuerza suficiente para romperla. Ha aprendido que esa cadena es parte de él. Pero ahora soy yo la que tiene que escoger. Esto sí depende de mí y estoy muerta de miedo.

Estos días he comprobado lo triste que sería dejar de ver la sonrisa de Liam, su hoyuelo retador y esos ojos azules en los que me encanta perderme. Y sí, sé que no va a ser fácil. Probablemente esta no será nuestra última pelea. Viajaremos, nos echaremos de menos, quién sabe si a lo mejor incluso tenemos que vivir separados durante un tiempo.

Sé que de amor no se muere. Podría vivir sin Liam, igual que

Marcia vive sin Faith, pero no quiero hacerlo mientras haya una posibilidad de que podamos estar juntos. Así que la cuestión es: ¿Seremos capaces de encontrar nuestro final feliz?

- 48 -

All The Things She Said

LIAM

Hemos almorzado con los Gordon, y después de darnos una ducha y ponernos cómodos, Aston y yo jugamos con la Xbox y el videojuego de la NHL. Es una puta pasada, e incluso podemos escoger una alineación mixta, algo que, por desgracia, está muy lejos de ocurrir en el *hockey* real.

—¿Te imaginas mi cara ahí algún día? —le digo a mi hermano cuando ya estamos en el tercer tiempo y él está a punto de perder.

Sonríe.

—Por supuesto que me lo imagino, tu futuro es la liga profesional —dice sin dudar—. Eso sí, tienes que trabajar muy duro para conseguirlo.

—Lo sé, tío. —Realmente no hago otra cosa que estudiar y pedir horas en la pista. Aún no he decidido lo de la uni, quiero hablarlo primero con Ari, cuando deje de castigarme con su indiferencia.

Creo que nunca hemos estado tanto tiempo sin vernos o sin hablar, y es lo que más me duele. La posibilidad de perder a mi mejor amiga era solo un chiste comparado con la posibilidad de perderlo todo. Porque eso es lo que ella significa para mí.

Aston se pone de pie para controlar a uno de sus jugadores. Está a punto de meter el disco, pero consigo pararlo en la línea defensiva.

—¡Joder!

—¡No digas palabrotas! —grita la abuela desde la cocina, donde está aprendiendo a preparar una nueva receta. Patty Melt, creo que se llama.

Le he preguntado si necesita ayuda, pero me ha dicho que prefiere hacerlo sola, así se entretiene. Ella también le está dando demasiadas vueltas a la cabeza.

—¡Lo siento, abuela! —Estamos en el último período y solo quedan cinco minutos de partido.

—Tenías que haber puesto a Chelios en la alineación, así tendrías cubierto el 3-4-3.

—Ya, ya. Hace tiempo que no jugamos. —Tuerce los labios.

—¿Lo añoras? —Me mira de reojo—. Ser portero, quiero decir.

—Sí, claro. —Se encoge de hombros—. Me encantaba la adrenalina del juego, la estrategia, estar frente a frente con el disco.

—Ojalá no hubieras tenido que dejarlo.

—Liam…

—Lo sé, lo sé… Pero eras el mejor portero que han tenido los Condors en décadas, maldita sea, y me fastidia que te lo estés perdiendo por mi culpa.

—No me estoy perdiendo nada. —Se coloca bien las gafas. Solo las lleva en casa—. Era divertido, pero prefiero escribir.

—¿En serio?

—¿De qué te extrañas?

—De nada, de nada. —Me río. Siempre me ha resultado curioso que el poeta sea él cuando yo soy el más sensible de los dos. Pero es que yo no me guardo nada dentro. Si siento algo, o lo digo o reviento.

—¡Mierda, joder! —exclama de nuevo cuando pitan el final y quedamos 2-1. Por supuesto, gano yo.

—¡Mi niño…!

—¡Perdona, abuela!

—¡No pidas perdón y deja de hacerlo!

Aston pone los ojos en blanco.

—¿Otra partida?

—Venga. No tengo nada mejor que hacer.

Me retrepo en el sofá mientras volvemos a elegir la alineación.

—¿Sabes algo de Ari?

Si me dieran un dólar cada vez que descifro las intenciones de mi hermano, ya sería rico. Es el tono que utiliza para fingir una

despreocupación que está muy lejos de sentir.

—No.

—¿Seguís sin hablaros?

—Es ella la que no me habla a mí.

—¿Y si le escribes o la llamas…? ¿Quieres que lo haga yo?

Y ahí está el Aston al que adoro y veo venir a kilómetros.

—No. Me pidió tiempo y se lo voy a dar. Igual que tú hiciste con Maddie en su momento, ya sea una semana, un mes o un año. —Joder, espero que no sea tanto. Miro a mi hermano—. No quiero forzar nada, As. Tiene que ser ella la que dé el paso.

Inicio el juego y todo el estadio se pone en pie para recibir a los jugadores.

—Es una mierda.

—Dímelo a mí. —Resoplo con fastidio cuando suena el timbre—. Voy yo.

Me levanto corriendo para ver quién es, y cuando abro la puerta, Ari está frente a mí, con la mirada desolada y una determinación que conozco como la palma de mi mano. Entonces se lanza a mis brazos y mi corazón se salta un latido.

La envuelvo con mi cuerpo mientras ella se acurruca en mi pecho. Sé que está llorando y que prefiere hacerlo en silencio para que yo finja que no me doy cuenta. Odio verla llorar. Odio cada puto momento del día en que no tiene una sonrisa dibujada en su rostro. La arropo con cariño y le acaricio la espalda. He echado mucho de menos el olor a fresas de su pelo, joder. La he echado mucho de menos a ella.

- 49 -

Always Been You

ARIADNA

Esperaba que fuera él quien me abriera la puerta, pero me he puesto tan nerviosa que ahora no sé qué decir. Me duele el estómago, tengo la boca seca y Liam está guapísimo y supersexi. Me dan ganas de olvidarme de todo, pasar los dedos por su pelo despeinado y besarlo hasta quedarnos sin aire. O permanecer para siempre acurrucada en su abrazo. A lo mejor puedo quedarme a vivir en él.

—Nena… —pronuncia con voz esperanzada.

—¿Podemos hablar? —me obligo a decir.

—Claro, pasa.

—¡Duendecilla! —me dice Aston en el salón con una sonrisa gigante y las gafas puestas. Igual no es el mejor momento para decir que le quedan tan bien que dan ganas de babearle encima, así que me lo callo.

—¡Cariño! ¿Cómo estás? —Dotty me saluda desde la cocina con las manos pringadas de harina.

—Bien. ¿Y tú? —Me acerco a darle un beso.

—Aquí, liada con un invento. —Se ríe—. ¿Te quedas a cenar?

—No lo sé. —Miro a Liam de reojo y él rodea mi muñeca, decidido.

—Vamos a la habitación, abu. Ahora te decimos.

—Vale.

Me da pena que Dotty se quede disgustada. Siempre que vengo aquí siento que estoy como en mi casa, pero no me apetece quedarme si Liam me rechaza o yo qué sé lo que se le estará pasando por la cabeza en este momento.

—Tú dirás.

Cierra la puerta de su habitación y se apoya en ella con los brazos cruzados. Está distante y lo entiendo. Se ha disculpado varias veces ya por mensaje y yo no he dado muestras de aceptarlas. Lo que no

sabe es que estoy más enfadada conmigo misma que con él.

—He tenido mucho tiempo para pensar y puedo llegar a entender que no me contaras que mi padre se había mareado. —Me siento en la cama—. Él te dijo que no tenía importancia y tú no querías preocuparme.

—Sí, pero me arrepiento, ¿sabes? —Camina hasta mí y se arrodilla para quedar a la altura de mis ojos. Coge mis manos entre las suyas, tan cálidas en contraste con lo frías que están las mías, y un estremecimiento recorre mi cuerpo—. Nos llenamos la boca hablando de sinceridad, y a la hora de la verdad, no fui capaz de contarte ese secreto. Tuviera o no importancia, debí decírtelo.

Le retiro el pelo de los ojos y le acaricio la mejilla.

—Aún no he hablado con mi padre. —Trago saliva—. No sé qué voy a decirle.

—Creo que tú ya has dejado clara tu postura. Ahora deberías escuchar lo que él tiene que decirte a ti.

—¿De verdad lo crees? Porque yo siento que nadie me escucha.

—Yo sí. Te lo juro, Ari.

—Pues yo creo que no. —Me muerdo el labio—. El otro día, cuando me dijiste que te habían llegado las cartas de admisión, me preguntaste qué iba a hacer.

—No sabía si habías cambiado de opinión…

Me pongo de pie y doy una zancada hacia la ventana para ganar espacio.

—¿Eso es lo que confías en mí?

—¡No es que no confíe, joder! Es que tienes muchas opciones por delante y no quiero que desaproveches nada.

—¿Incluso aunque eso implicara alejarme de ti?

—Ya sabes la respuesta, Ari.

—¿Incluso si conozco a otra persona?

Traga saliva. Sus manos forman puños a los costados.

—Quiero que hagas lo que sea mejor para ti.

Niego con la cabeza, incrédula.

—¡Deja de ser tan comprensivo, maldita sea! ¡Dime que no quieres que esté con otro! ¡Dime que me echarías de menos cada día si me fuera, que podemos llevar una relación a distancia, que no quieres vivir sin mí!

Liam da un paso hacia delante, más serio de lo que lo he visto jamás.

—Odio la posibilidad de que otro que no sea yo te toque o te haga reír. —Sube las manos hasta mi cuello—. Si te fueras, te echaría de menos cada puto segundo de mi vida. —Acaricia mi labio inferior—. Y Dios sabe que no quiero vivir sin ti, porque estoy enamorado de ti como un puto loco.

—Liam…

Mi corazón va a mil por hora. Necesito besarlo.

—Pero no voy a condicionar tus decisiones, ¿lo entiendes, nena? Solo tú tienes el poder, lo has tenido siempre. Y eres libre para irte o para quedarte. Para estar conmigo o con cualquier otro. —Mira mis labios—. Pero que te quede muy clara una cosa: para mí, el sol sale y se pone en tus ojos, Ari. En tu sonrisa y en esa forma de ser que me encanta. Y si estuvieras en peligro o alguien te hiciera daño, quemaría el puto mundo por ti. Así que no te atrevas a pensar que no me importas.

Dejo escapar un profundo suspiro y me lanzo a sus brazos, temblando.

—Te he echado mucho de menos, Liam. —Lo miro con la vista empañada por las lágrimas que él enjuga—. He echado mucho de menos tus besos, tus «nena» y tu sonrisa.

Me regala la curva reluciente de sus labios.

—Y yo te he echado la hostia de menos a ti. No quiero que volvamos a enfadarnos jamás.

—No. —Niego con la cabeza, riendo—. No quiero que me pase lo

mismo que a mi padre, Liam. No quiero que la vida pase por delante de mis ojos mientras me pierdo disfrutar con las personas que amo. Yo quiero vivirla. Contigo.

—Lo haremos. Te lo prometo.

Recuesto la cabeza en su pecho y dejo que mi corazón se vaya calmando entre sus brazos.

—Dame unos minutos, solo unos minutos.

—Todos los que necesites, nena. —Me acaricia el pelo—. No voy a ir a ninguna parte. Siempre estaré aquí para ti.

Y sonrío, porque sé que será así.

- 50 -

Dancing In The Moonlight

ARIADNA

Cuando por fin siento que estoy preparada para hablar con mi padre, llamo a la puerta del despacho. Lleva ahí encerrado desde que volvió el domingo para ponerse al día con los casos. Supongo que, por mucho que sus médicos le aconsejen tomárselo con calma, él no va a cambiar y no sé cómo me hace sentir eso.

—Pasa. —Su olor a madera y cítricos me invade cuando entro. Usa esa colonia desde que yo era niña y me trae muchísimos recuerdos—. Ah, siéntate, Ariadna. Tenía intención de llamarte cuando terminara de revisar estos expedientes.

—Vivimos en la misma casa, ¿sabes?

—Lo sé, hija. —Se echa hacia atrás en su asiento—. He pensado mucho sobre lo que nos dijo Liam en el hospital y tiene razón, no hemos sido justos contigo.

—¿Qué os dijo Liam? —pregunto extrañada. Él no me ha comentado nada al respecto.

Papá sonríe.

—Es un buen chico. Y te quiere.

—Lo sé. Y yo a él. Mucho.

—Eso es bueno. —Se aclara la garganta. Parece nervioso—. ¿Y a tu viejo? ¿Lo quieres?

Me quedo impactada por la pregunta, no me la esperaba. Su voz suena más insegura de lo que transmite su cuerpo. No para de mover un bolígrafo entre las manos.

—Te quiero mucho, papá. —No me permito llorar. No todavía, al menos—. Por eso no entiendo por qué mamá y tú sois tan duros conmigo.

En ese momento, mamá entra en el despacho, seguramente estaba escuchando detrás de la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Nada, Kitty. —Papá hace un gesto para que se acerque a él—. Ariadna y yo solo hablábamos.

—Necesitas descansar, Seb.

—Esto es más importante. —Mamá se sienta en el reposabrazos del sillón y coge su mano. Papá juega con ella un segundo hasta que vuelve a levantar la vista hacia mí.

—Yo… no estoy acostumbrado a dar cariño, Ariadna. No me educaron así.

—Con ella sí lo haces. —Señalo a mi madre con un gesto de cabeza. Él suelta un suspiro.

—Tu madre se metió bajo mi piel desde el mismo momento en que la vi. Me conoce incluso mejor que yo mismo. —Resopla con una sonrisa mirándola con amor—. A ella no puedo engañarla nunca, pero para ti tengo que ser fuerte. Soy tu adulto de referencia.

—¿Cómo puedes ser un referente para mí si nunca estás presente? He pasado más tiempo con Roxana que con vosotros en esta casa.

Esa afirmación parece molestar a mamá, que hace una mueca de dolor.

—Siempre hemos hecho lo que consideramos mejor para ti, aunque eso nos haya alejado —explica ella—. Si supieras cuánto te queremos, no tendrías ninguna duda.

—¡Pues demostrádmelo! —Me adelanto en el asiento—. Cuando estáis conmigo solo habláis de trabajo, la mayoría de veces me ignoráis o, si me decís algo, es para regañarme. Mi estilo, mi pelo, mi ropa, mis notas, mis novios, ¡nada os parece bien nunca!

—Eso no es cierto, hija. Estamos muy contentos con Liam y con tus notas para la UCLA —dice papá.

—Y yo puedo ser un poco estricta con respecto a tu imagen —comenta mi madre, atusándose el pelo—, pero tu estilo me parece impecable.

—Ser adulto no significa tener todas las respuestas. Algunos

seguimos aprendiendo sobre la marcha —confiesa papá—. Estamos muy orgullosos de ti, Ariadna.

—¿Tú también? —le pregunto a mamá. No debería bajar tanto la guardia, pero su aprobación es muy importante para mí.

—Por supuesto que sí, ¿cómo puedes dudarlo? —Me encojo de hombros. No suelo ser tan sentimental delante de ellos, pero hoy lo estoy dando todo—. Y tu abuelo te tiene en un pedestal. Se pasó una hora hablando de ti cuando te fuiste de la gala de Nochevieja, realzando lo inteligente que eres y lo mucho que aportarás al bufete este verano.

—¿En serio? —Mi cara se ilumina—. Pues confiad en mí —les ruego. Cojo la mano que papá tiene libre sobre el escritorio—. Dime cómo te sientes. Déjame conocerte.

—¿Quieres la verdad? ¿Crees que estás preparada? —Asiento. Él toma aire—. Este último año he pasado más tiempo en Nueva York porque los médicos están allí. Tu madre ha tenido que supervisar prácticamente sola la expansión a Chicago. El pronóstico es que mi salud empeore, así que es probable que tengamos que trasladarnos en algún momento definitivamente. Quiero enseñarte todo lo que sé mientras pueda. Esa es la verdad.

Supongo que esperaba algo así, pero oírselo decir me impacta.

—¿Por eso me fuerzas tanto? Estás empeñado en probar cuál es mi límite y yo hace tiempo que lo he alcanzado. —El solo hecho de verbalizarlo me hace sentir mejor.

—Sé que deposito mucho peso sobre tus hombros, pero es el peso de nuestro legado. Todo lo que hemos construido será tuyo en un futuro no muy lejano. Necesitas estar preparada.

—Hablas como si no fueras a estar entonces —le reprocho—. He leído mucho sobre la esclerosis múltiple. Puedes vivir bastantes años más, papá.

Internet es un pozo sin fondo de información, a veces más exacta y otras menos, pero yo quiero aferrarme a lo que he leído. Lo necesito.

—No sé cuánto tiempo me queda sin depender de un bastón o de

una silla de ruedas. No voy a poder estar siempre a tu lado. —Suelta mi mano y cierra y abre el puño varias veces, incómodo—. Tú misma lo dijiste el otro día. Aún no has podido asimilarlo, pero cuando lo hagas, entenderás por qué necesito…

—¿Sabes qué necesito yo? —Lo corto y me levanto, incapaz de estar sentada por más tiempo—. ¡Necesito que te comportes como alguien que quiere vivir!

—¡Ariadna! —me advierte mi madre.

—¿Qué? —grito—. Quizá no estés al cien por cien, ¡pero seguirás aquí con nosotras!

—En eso tiene razón, Seb.

Él sacude la cabeza.

—Ahora mismo no lo comprendes, eres muy joven, pero mi objetivo en la vida no es hacerte infeliz, sino darte un futuro.

Un futuro en el que quizá él falte. Eso es lo que me dice la tristeza de su mirada. Y yo solo puedo pensar en que hemos perdido mucho tiempo y que no quiero malgastar ni un segundo más, así que cierro los ojos un momento y le digo:

—De acuerdo. —Estoy cansada de pelear.

Doy media vuelta para salir del despacho, pero alguien me agarra por los hombros. Es él.

—Yo también te quiero muchísimo, hija —dice mirándome a los ojos—. No te haces una idea de cuánto.

Me abraza y hundo la cabeza en su pecho con un sollozo tembloroso. Nunca jamás imaginé que escucharía a mi padre pronunciar esas palabras. Y mucho menos que mamá se una a nosotros y diga:

—Por supuesto que nos queremos. Somos una familia.

Y creo que en algo sí me equivocaba. Mi madre y yo tenemos en común algo más que nuestra afición a la moda: el amor por papá.

- 51 -

Behind Blue Eyes

ARIADNA

Las semanas siguientes nos encerramos en la biblioteca hasta que terminamos los exámenes finales. Después del último, Brenna, Maddie y yo vamos al centro comercial a probarnos los vestidos para el baile de promoción.

—No me puedo creer que seamos libres.

—Ni yo que me hayan hecho la foto del anuario con estas ojeras —me quejo, mirándome en el espejo del probador—. Necesito una cura de sueño.

—¡Qué dices! Si no se te nota nada.

—Chicas, ¡va a ser superemocionante! —Abro la cortina para enseñarles mi vestido. Ellas ya tienen puesto el suyo.

—Guau, ¡estáis guapísimas!

—Y tú. Liam se va a caer de culo cuando te vea.

—¿A que sí?

Giro sobre mí misma. Llevo un vestido rojo con escote *halter* y falda de vuelo. El vestido de Brenna es azul, palabra de honor, y el de Maddie es verde con cuello en V.

—¿Nos da tiempo de pasar por La Bohème? —Maddie mira la hora —. Me apetece un *frapuccino*.

—¿No será que te apetece un Aston? —me burlo.

—Bueno, quiero verlo antes de que se estrene la obra y desearle suerte. ¿Puedes culparme?

—Claro que no, yo estoy nerviosísima —dice Brenna—. Connor envió una prueba a un director amigo suyo y me dijo que ya me diría algo, pero han pasado dos meses y aún no sé nada.

—Esas cosas llevan su tiempo.

—Claro, y si no te coge él será otro, pero triunfarás —le digo convencida. Es preciosa y tiene carisma para enamorar a la cámara.

He visto millones de pelis, estoy segura.

—Gracias, chicas.

—Yo cuando termine todo esto necesito un *spa* o algo, ¿eh? Siento que voy corriendo a todas partes.

Brenna y Maddie intercambian una mirada.

—A lo mejor tienes una sorpresita, quién sabe.

—¿Cómo? ¡Contádmelo ahora mismo!

—¿Estás segura de que quieres un *spoiler*?

—No sé vivir con la intriga, ¡soltadlo todo!

No me lo cuentan, por supuesto, pero pienso interrogar a Liam en cuanto lo vea.

Después de dejar las compras en casa y comer algo, vamos al auditorio para el estreno de *La tormenta en un verano infinito*. Brenna hace de Madison, por lo que tuvo que irse antes para participar en el ensayo general, Jenny de mí, y Kyle y Frank hacen de Aston y Liam, respectivamente.

—Me haces cosquillas. —Liam me está besando el cuello desde la butaca de al lado.

—¿Os dais cuenta de que estáis en público? —nos dice Maddie.

—Sí, tíos, cortaos un poco, que nuestras parejas están ahí. —Jackson señala el escenario—. ¡Ya empieza!

El auditorio se queda a oscuras y se hace el silencio cuando Brenna aparece en el escenario. Va vestida como suele ir Maddie, con vaqueros y camiseta de tirantes; además, como ella regresó a Santa Mónica a principios de septiembre, lleva una maleta a cuestas.

—Hoy quiero hablar de la vida. De cómo pasa, de cómo cambia, de cuánto vale, de lo poco que la apreciamos… de que todo eso ya lo sabemos. —La voz de Brenna es profunda, como si estuviera a punto de llorar—. La vida es fugaz, efímera, las cosas importantes pasan en un instante, y los momentos de felicidad son eso, momentos que hay que atesorar, aunque cuando terminen duela. Al fin y al cabo, estamos aquí de paso y no sabemos la huella que dejaremos en los

demás...

Durante la representación lloramos, reímos y nos emocionamos. Además, Liam y yo nos besamos cuando Jenny y Frank casi lo hacen en un guiño a nosotros, le doy la mano a Maddie en una escena desgarradora y, finalmente, nos ponemos en pie para ovacionar a los actores, que han estado increíbles, y sobre todo a Aston, que ha escrito una de esas historias que te llegan al corazón y se quedan contigo para siempre.

Aplaudo hasta que me duelen las manos y después lo celebramos todos juntos en el Heaven.

El viernes por la noche una limusina nos recoge a los seis. Aunque ya sabíamos quiénes iban a ser nuestras parejas para el baile de promoción, a las chicas nos tocaba pedírselo, y lo hicimos de la forma más original.

Yo decoré la taquilla de Liam con un montón de globos y corazoncitos que le valieron las burlas de algunos chicos del equipo, porque son idiotas y no maduran, como dice Aston.

Maddie puso una pancarta en el Jeep que todo el instituto vio cuando salimos al aparcamiento.

Y Brenna, algo más tímida, le preguntó a Jackson si quería ir con él con una caja de bombones que llevaba el mensaje dentro.

—Tendríamos que habernos caracterizado un poco más —dice Maddie.

—¿En serio?, ¿de *Grease*? —se queja Aston, horrorizado, porque el baile es temático.

—Estamos en la meca del cine, ¿qué esperabas?

—¿Originalidad?

—*Grease* es atemporal, como *Harry Potter* o Leonardo DiCaprio —explico con solemnidad—. ¡Ahí están Kate y Jenny, vamos a saludarlas!

Cojo a Liam de la mano y nos acercamos a ellas. Es genial verlas tan felices. Cerca está Aiden con una amiga de Jenny, Lizzy. Como cotilla mayor de este reino, me pongo a su lado, le doy un codazo y le

pregunto sin que nadie se entere:

—Así que Lizzy y tú, ¿eh? Pensé que te gustaba Connor.

—Qué va. Eso no iba a ningún sitio. —Bufa—. Está buenísimo y se enrolla que flipas, pero voy a ir a la uni y todavía me queda mucho por experimentar. No tengo ganas de atarme a nadie.

Me encojo de hombros cuando pienso en el peligro que va a tener un tío como Aiden en la uni. Y que, cuando de verdad quieres a alguien y es recíproco, no hay cadena que te ate; eres tú quien decide regresar a esa persona una y otra vez, pero eso no se lo digo. Hay cosas que cada uno debe comprobar por sí mismo.

Danna y Alysa también pululan por la fiesta, esperando ser elegidas reinas del baile, pero Liam y yo no nos quedamos tanto tiempo.

Después de beber ponche y bailar con nuestros amigos, todos salimos a tomar el aire y acabamos tumbados en la playa, llenándonos los esmóquines y los vestidos de arena y enrollándonos a tope. Al fin y al cabo, no nos molesta mancharnos un poquito, estamos en nuestro elemento.

—Ey, Maddie. ¿Recuerdas lo que te quedaba por hacer de tu lista?

Liam me mira y sus preciosos ojos azules se agrandan cuando cae en la cuenta.

—¡Hacer una locura!

—¡Exacto!

Me pongo de pie y empiezo a quitarme el vestido.

—No seréis capaces…

—Oh, ya lo creo que sí. ¡Os echo una carrera!

Sé que Liam me sigue, sé que corre detrás de mí, aunque no oiga sus pasos. También sé que a él siempre le ha gustado quedarse por detrás, observando.

Cuando estamos cerca de la orilla, me coge por la cintura y me amenaza con tirarme al mar.

—No hay huevos —le digo. Me encanta picarlo.

—Sabes muy bien que sí. —Lo siguiente que siento es que el agua inunda mis sentidos, y cuando emerjo, él ya me está esperando.

Nos quedamos mirándonos. Liam me rodea la cintura con las manos, y yo sus caderas con las piernas. Las gotas le resbalan por la cara y entonces sé que lo único que me apetece más que ese silencio que compartimos es el sonido de su boca estrellándose contra la mía.

El agua está helada en contraste con la agradable temperatura que hay fuera, pero nos da igual. Jugamos, nos hacemos aguadillas, reímos, nos subimos a los hombros de los chicos para intentar derribarnos y, en definitiva, vivimos y disfrutamos. Es nuestro momento. Somos afortunados de tenernos los unos a los otros y nos lo merecemos. Esta es una noche que jamás olvidaremos.

Salimos del mar un rato después y recogemos nuestras pertenencias. No tenemos toallas, pero no nos importa. Liam se acerca a darme calor y yo rodeo su cuello. En una muñeca llevo el ramillete que me ha regalado al principio de la noche, y en la otra, la pulsera que me dio en Navidad. Soy toda suya.

—Tengo algo para ti —susurra después de lamerme los labios con la punta de su lengua.

—¿Qué? —Se agacha para coger un sobre del bolsillo de su pantalón y me lo tiende—. Creo que te toco demasiado poco el culo —reflexiono.

—Puedes ponerle remedio cuando quieras.

Da la vuelta y se sitúa a mi espalda, recogiéndome el pelo hacia un lado y besando mi cuello mientras yo lo abro expectante.

—¿Esto es lo que me estabas ocultando? —Son unos billetes de tren para el California Zephyr—. ¡Qué fuerte! ¿Cómo…? —No tengo palabras.

—Sé que quieres viajar, ver mundo, y que ahora mismo no tenemos mucho tiempo, así que he pensado que podíamos hacer un viaje exprés después de la graduación.

Me giro para estar cara a cara con él.

—Para entonces tendré que empezar las prácticas en el bufete y tú

estarás dando clases de surf a tiempo completo, ¿no? —Frunzo los labios—. Seremos adultos responsables con trabajos que nos absorberán, no vamos a poder.

—Nena, no te engañes, nosotros nunca seremos responsables. —Suelto una carcajada—. Ya he hablado con tus padres y están de acuerdo. Solo son cincuenta y dos horas. Recorreremos siete estados en tren, veremos las Montañas Rocosas, cañones, sierras nevadas y desiertos.

Doy unas palmadas de felicidad.

—¡No me lo puedo creer!

—Quiero que tus sueños se hagan realidad conmigo. ¿Te apuntas?

No tengo ni que pensármelo.

—Sí, quiero.

EPÍLOGO

Happy Ever After

LIAM

Esos tres días fueron nuestros. Después de ponernos la toga, el birrete y recoger el diploma, nos embarcamos en una aventura corta, pero que nos unió más de lo que pensábamos que era posible. Cuando nos despedimos de nuestras familias y subimos al tren, apagamos el móvil y, simplemente, disfrutamos de las vistas, de nuestra compañía y de la tranquilidad que hacía mucho tiempo que no experimentábamos.

Salimos desde la Bahía de San Francisco y pasamos por Sacramento, Reno, Salt Lake City, Glenwood Springs, Denver y Nebraska. Hicimos el amor en parajes desiertos, probamos platos desconocidos, reímos mucho y también hablamos. De lo que queríamos, del futuro, de cómo íbamos a afrontar esta nueva etapa. Y después… nos separamos.

Ari hizo las prácticas en el bufete de Nueva York, pasó más tiempo con sus padres y se alegró muchísimo de hacerlo, porque descubrió un nuevo mundo que le encantaba.

Yo, por mi parte, me quedé en Santa Mónica dando clases de surf, y en agosto comencé la pretemporada con los Bruins junto a Logan y Aiden.

Madison, Aston, Ari y yo entramos en la UCLA en septiembre. Estamos muy ocupados con nuestros respectivos programas académicos, así que la que más feliz está de seguir viéndonos a diario es la abuela.

Tengo el corazón lleno de amor hacia mi familia y hacia mi chica preciosa, valiente y decidida, que ahora mismo me está mirando desde la grada mientras juego el primer partido oficial de la temporada con mi nuevo equipo.

Le lanzo un beso antes de concentrarme en machacar a los Bears de Berkeley. Visto con orgullo los colores de mi equipo, hemos hecho mucha piña entre todos, novatos y veteranos, y se nota la pasión con

la que el entrenador McCarthy vive este deporte.

Logan y Aiden se sitúan a mi lado, y el locutor y las gradas no dejan de mencionar a la triada imbatible. Los árbitros pitan un par de faltas a los Bears, mandan a Otis, uno de nuestros defensores, al banquillo de penalizaciones y estampan a otro contra el metacrilato.

El juego es la hostia de duro, estos tíos son unos bestias y se nota que el nivel es mucho más alto que en el insti, pero damos la talla, conseguimos un dos-uno para nuestro equipo y sentamos un precedente para el resto de la temporada.

Cuando salgo del vestuario, después de la charla de McCarthy y la ducha, Ari está esperándome fuera.

—Hola, nena.

Acuno sus mejillas. Sus manos están calientes y me recreo en la sensación de tenerla pegada a mi cuerpo.

—Dios mío, estoy supercachonda. Ha sido brutal.

—Lo sé. —Me duele todo el puto cuerpo—. ¿Nos vamos a casa para que pueda encargarme de ti?

—Todavía no, todos están fuera. —Hace una mueca, aunque se le escapa una sonrisa. Ya habrá tiempo para celebrarlo a solas—. Dotty está emocionada y creo que un poco asustada también.

Me río. Tienes que amar mucho este deporte para no cagarte de miedo cada vez que sales a la pista. Yo siento un subidón de adrenalina solo comparable con los besos de mi chica.

—Pues no los hagamos esperar. —Rodeo sus hombros y ella se aferra a mi cintura para llegar hasta donde la abuela, Aston y Madison nos esperan. Todos me abrazan, me dan la enhorabuena y nos dirigimos a La Bohème para celebrarlo. Esta noche hay fiesta, pero me la salto. Solo quiero llegar a la habitación que ya considero nuestra, aunque pillaremos algo para los dos en cuanto podamos, e invertir las energías que me quedan en hacerle el amor toda la noche.

—Estoy muy orgullosa de ti —dice acariciando mis abdominales. Sus mejillas están ligeramente sonrosadas y, de verdad, sigo sin saber cómo he tenido tanta suerte en la vida para que la chica más

maravillosa, sexi y divertida del mundo me haya elegido.

—Y yo de ti. Te quiero, Ari.

No sé cuál de los dos se lanza primero, quién desviste al otro más rápido o cómo terminamos tumbados en la cama, besándonos, frotándonos con desesperación, recorriendo nuestros cuerpos, que ya nos sabemos de memoria, acariciándonos y respirándonos el uno al otro. Solo sé que, cuando nos miramos a los ojos, no podría ser más feliz.

Mi mejor amiga, mi sol, mi todo, está aquí, conmigo, transmitiéndome esa paz que a veces me falta en mi día a día, y pienso que es así como quiero estar el resto de mi vida, con ella a mi lado, convencido de que no hay nada que no podamos conseguir si estamos juntos.

Y hoy, en este preciso momento, siento que no deseo nada más, salvo que dure todo lo posible. A lo mejor no sucede como esperas y no siempre será un camino de rosas; lo que quieres de verdad hay que perseguirlo, lucharlo y no desistir en el empeño. Pero si tienes mucha suerte, un día lo conseguirás y entonces te darás cuenta de que es cierto: hay sueños que se hacen realidad.

Agradecimientos

Han pasado dos años desde que publiqué mi último libro, y después del miedo, la incertidumbre y la tormenta por la que he atravesado durante este tiempo, me hace muy feliz que por fin haya vuelto a salir el sol.

Gracias a todas las personas que han pasado por este proceso conmigo: Ana, no hay palabras para tanto como tengo que agradecerte. No me faltes nunca. Mis Valkilectoras, María José, Eva, Susana, Ana y Pris, gracias por estar al pie del cañón siempre, sois muy especiales y tengo mucha suerte de teneros en mi vida. Lucía, Noelia, Steff, Irene, Elena, Nieves, Dess, Vir… y es probable que se me olvide alguien, así que también va por ti: gracias por todo el cariño y apoyo siempre, y por alegraros tanto cuando os dije que estaba escribiendo a Liam y Ari.

Para mí han sido un abrazo al corazón y tengo que dar un gran gracias a todo el equipo de Versátil, capitaneado por Eva, por la espera, la comprensión y la confianza que han depositado en mí y en ellos. Gracias por querer que formen parte de esta familia maravillosa que es la editorial.

A toda la gente bonita que me apoya, amigas, lectoras, *bookstagrammers* y *booktokers* que dedican su tiempo a leer y reseñar mis libros dándoles un espacio en el que tener visibilidad. Hacéis un trabajo increíble.

Y gracias a mis padres y a mi hermano, sin los que yo no sería yo, en ningún sentido. Estos años nos han puesto a prueba y más que nunca sois vosotros quienes inspiráis el aroma a familia que se respira en mis libros. Poco hay que pueda deciros para tanto como hacéis por mí siempre.